





# **EL IMPERIO DE LA ESPUMA**



Miguel Baraona Cockerell

# EL IMPERIO DE LA ESPUMA





© EUNA  
Editorial Universidad Nacional  
Heredia, Campus Omar Dengo  
Costa Rica  
Teléfono: (506) 2277-3825  
Fax: (506) 2261-7017  
Correo electrónico: [euna@una.cr](mailto:euna@una.cr)  
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

© El Imperio de la espuma  
Miguel Baraona Cockerell

Producción editorial: Alexandra Meléndez C. [amelende@una.cr](mailto:amelende@una.cr)  
Diseño de portada: Carlos Rubí

Ch863.44

B225-i

Baraona Cockerell, Miguel

El imperio de la espuma / Miguel Baraona Cockerell.  
— 1. ed. — Heredia, C. R. : EUNA, 2013.  
398 p. ; 21 cm.

ISBN 978-9977-65-403-4

1. LITERATURA CHILENA. 2. NOVELA CHILENA.  
I. Título.

Esta publicación es objeto de una  
licencia Creative Commons que no  
autoriza el uso comercial:  
Atribución-NoComercial-NoDerivadas  
CC BY-NC-ND 4.0



*Y sobre la fugaz eternidad de los días,  
se va alzando El Imperio de la Espuma.*



*Dedico esta novela a Carlin y Rafael,  
quienes fueron unidos dos veces por el amor.*



## Contenido

En el ojo de la tormenta .....	13
Aguafuerte .....	109
Un corazón sin mácula.....	225
Los días y los trabajos.....	277
Sombras nada más .....	331
Exaltación y eclipse .....	359
Epílogo.....	391



## EN EL OJO DE LA TORMENTA

*“En el libro de los infinitos secretos de la naturaleza,  
un poco puedo leer”.*

- Antonio y Cleopatra, Acto I, Escena 2.  
William Shakespeare.

---

*[Hay vientos que vienen del mar; otros bajan raudos desde las montañas distantes. Hay vientos que soplan atronadores, desde y hacia el centro mismo del alma. Otros soplan en silencio dentro del corazón. Hay vientos que enloquecen, y hay vientos que iluminan el rostro de quien espera a la deriva en el ancho mar, con sus pobres velas caídas. Hay vientos tan fuertes en la vida de mujeres y hombres, que se llevan por delante toda una era; hay otros, modestos, que en la infinitud del tiempo, grano a grano, remueven montañas y cubren abismos; vientos que al grande lo empequeñecen y al pequeño lo engrandecen. Hay vientos de muerte y hay vientos de vida; hay vientos que gimen en la noche, y brisas que cantan bajo el sol del mediodía. Hay vientos de todos tipos, vientos que soplan en todas direcciones, pero todos los aires que agitan el universo vienen de la nada y regresan finalmente a ella: dulce madre silenciosa del comienzo y el fin].*

---

## La tempestad, Entre Ríos, 4 de enero de 1949

COMO A LA una de la tarde, el viento comenzó a soplar con insistencia creciente. Gruesos nubarrones galoparon desde el mar tierra adentro. Pronto, todo el cielo quedó cubierto hasta el firmamento por una alfombra gris, cargada de aguas y presagios.

Por allá cerca de don Eudemio, doña Diotima Parrales —conocida por todos solo como doña Tima— agachó la cabeza y apretó el paso contra el viento húmedo, tibio, e impregnado de olores marinos que soplaba desde el golfo. Para sus adentros, le rogó al santito patrón tener suficiente tiempo de alcanzar su meta, antes de que el chubasco que se anunciaba convirtiera su avance en un tormento.

No lejos de allí, Juan “Hilitos” Palomares escudriñó por tercera vez consecutiva el horizonte de palmas y nubes. Impulsaba su cayuco por el largo canal que lo conduciría hacia la laguna en cuya orilla opuesta lo esperaba su compadre Luis. Avanzaba por el centro mismo del canal natural de aguas verdosas y semicubierto de bejucos y plantas de grandes hojas que flotaban hacia la laguna. Vestido de blanco en su canoa tallada de un solo tronco rojo oscuro, se recortaba como una figura diminuta y vulnerable contra el cielo sombrío y el elevado monte que lo rodeaba. Pero Hilitos ya había leído los signos que le interesaban. Desplazándose sin pausa, sabía que llegaría a su lugar de destino a tiempo. Detectó la velocidad y la dirección del viento. También el color de los nubarrones y el comportamiento de las tortugas, los cangrejos y los pájaros en la floresta le eran reveladores. Y se tranquilizó aún más cuando observó el vuelo despreocupado de un par de colibríes tornasolados que poco antes se habían cruzado en su recorrido por el canal. Sin pensarlo en forma muy explícita, casi como registrando el ritmo del mundo natural de reojo, estimó que todavía tenía entre cuarenta minutos y una hora para llegar a la laguna y alcanzar la otra orilla. Tiempo de sobra para adelantarse al temporal que se anunciaba desde hacía un par de horas.

A las tres de la tarde en punto, las primeras gotas pesadas y gordas cayeron sobre la polvareda fina y roja del camino. Marcas

de viruela, que se fueron acumulando con rapidez sobre el polvo seco y fino, haciendo un ruido sordo como de millones de pequeños tambores. El golpetear de la lluvia fue *increscendo*. Cubrió todos los otros ruidos, humanos y naturales, que venían de los caseríos regados junto al camino, y desde el monte que se levantaba más allá de los potreros, lagunas, canales, marismas y riachuelos que formaban la infinita retícula hidráulica de esa tierra singular.

Doña Tima comprendió entonces que no llegaría antes de que el aguacero se dejara venir. Aún tenía por lo menos otra hora más de camino y seguramente arribaría empapada a su meta. Pero no era eso lo que le preocupaba. Pensaba en Sanjuanita y en su condición. Siempre había sido delgaducha, con grandes ojos negros y una sonrisa perenne que ocultaba tras una mano pequeña y delgada, que con pudor escondía la blancura de sus dientes. Desde niña había mostrado una disposición a enfermarse y, con frecuencia, cuando los vientos cálidos y húmedos del golfo soplaban por días enteros al final del largo estío de agosto, empalidecía y se desmayaba por interminables minutos. Su embarazo tampoco había transcurrido sin sobresaltos. Y doña Tima había acudido varias veces al urgente llamado de doña Nona, quien mandaba a buscarla apuradamente con Luis, inclusive hasta en avanzadas horas de la noche.

Una tarde, cuando la “niña”, como todavía la llamaban en casa, comenzó a sangrar profusamente, pensó que tal vez algo grave interrumpiría el embarazo, o pondría en peligro la vida de la joven futura madre. Pero después de sobarle la barriga con hierbas cultivadas en su propio solar y de aplicar un emplasto de lodo, algas y agua bendita al ritmo de un canto apenas murmurado y que solo ella podía entender, la sangre se detuvo. Doña Tima y doña Nona vieron con alivio como el color volvía discretamente a las mejillas de Sanjuanita, quien al abrir los ojos sonrió de inmediato. Esta vez sin cubrirse.

Una ruido nuevo, como de una tos seca acompañada por una sonajera de latas sueltas, sacó a doña Tima de sus pensamientos. Al voltear la cabeza vio la mancha gris del viejo camionetón de Senén Rojas que avanzaba bamboleándose como un escarabajo

monstruoso por el camino. Su corazón dio un brinco de esperanza y sin pensarlo dos veces corrió al centro del camino y con los brazos en alto gritó:

—¡Pare!... ¡Pare!

La camioneta se detuvo a pocos metros de la figura apenas visible, y Senén, asomando la cabeza por la ventanilla, gritó de vuelta:

—¡Qué pasa carajo! ¿Se ha vuelto usted loca señora!?

Reconociéndolo, doña Tima corrió hacia la otra puerta, la abrió y sin más saltó al asiento junto a él.

**AL DEJAR ATRÁS** el último recodo del canal y al entrar en la laguna, entre las aguas espesas y bullentes como un caldo de verduras, Hilitos vio asomarse la cabeza de un pejelagarto. Para sus adentros se dijo: “Cazando amigo... Suerte tú que estás en tu elemento”. Arriba en el cielo las nubes continuaban acumulándose y la luz del día agonizaba en el firmamento. Allá donde las orillas de la laguna desaparecían debajo de los mangles blancos y rojos, el agua se veía como tinta china. Los cantos de las aves y animalillos que habitaban esas marismas iban acallándose, como para dar paso al rugido de la tormenta que se aproximaba.

Cuando al fin Hilitos divisó la figura borrosa de Luis reclinado en un palo joven de mango, el silencio era casi total. Solo el croar distante de las ranas rompía de vez en cuando la tregua que se había declarado en el monte.

Por un momento, la mente de Hilitos se trasladó en el tiempo y en el espacio y recordó de pronto en segundos, otra ocasión en que el monte a su alrededor había callado:

## **Hilitos y el tigre, Entre Ríos, febrero de 1940**

**HABÍA OCURRIDO MUCHOS** años atrás, cuando enfrascado en las tareas de la milpa un silencio inesperado lo había arrancado de su ensimismamiento. Al volver la cabeza, vio un jaguar que

con ojos dorados lo observaba desde el límite donde la palizada del monte indicaba el fin de la milpa. Por un rato, que pareció interminable, los dos se miraron sin moverse. El tigre comenzó a acercarse con pasos aterciopelados hasta que estuvo a solo un par de metros. Hilitos se mantuvo en la misma posición y podía sentir el rumor de su propia sangre corriendo a borbotones por todo su cuerpo. Luego, saciada su curiosidad, el jaguar dio media vuelta y se internó en la selva con pausada dignidad. A los pocos minutos, el cacareo del monte volvió a su tono habitual.

Esa sería la última vez que Hilitos tendría noticias de la existencia de algún tigre en las cercanías. Con frecuencia volvería a oír historias de los campesinos y viajeros, que a pie o a lomo de mula cruzaban el monte por las regiones más agrestes, relataban encuentros diversos con el elusivo animal. Pero no pasarían de rumores. En sus correrías por la selva, Hilitos no volvería jamás a experimentar esa mezcla de asombro y reverencia que le invadiera en esa ocasión lejana. Nunca más vería vivo y libre a otro tigre. Un par de veces lo escuchó rugir en la lontananza: un canto de poder que silenciaba todo el entorno cuando las sombras de la tarde comenzaban a oscurecer el monte, allí donde árboles centenarios cubren con su manto la selva.

Curiosamente, el encuentro no le había causado el menor temor. Aún cuando vio un brillo voluptuoso de curiosidad en los ojos del gran gato, permaneció sereno. Adivinó el deseo que cruzó la mente del animal. Observó cómo el tigre parecía cavilar, por un segundo, especulando quizás sobre el sabor de esa carne y esa sangre de hombre que se le ofrecía en medio de la selva. Pudo con facilidad haber recorrido en dos o tres brincos la distancia que los separaba, e hincar sus colmillos y garras en la carne de Hilitos. Pero este último presintió que el tigre no lo haría; que ese encuentro tenía otro significado; que era una cita imprevista con su otro yo desconocido, con una parte de sí mismo que ni siquiera había sospechado que existiera. Un encuentro con la sombra de su alma. Un incidente lleno de signos herméticos con cuyo sentido a menudo su mente jugaría con nostalgia. Posteriormente, por cerca

de tres décadas, Hilitos examinaría y reexaminaría ese incidente, estudiando la experiencia, distorsionándola, y mirándola desde diversos ángulos para así disfrutar de todas sus posibilidades.

## **Hilitos, Tima, Sanjuanita, Luis y Nona, la isleta, 4 de enero de 1949**

DANDO LOS ÚLTIMOS golpes en el fondo de la laguna con su larga vara de chonta, Hilitos llegó por fin a la otra orilla y desembarcó de un brinco. Luis se aproximó y sin decir palabra le ayudó a jalar el cayuco del agua hasta ponerlo sobre un pequeño promontorio de arena, caliente aún bajo el cielo borrascoso que los cubría desde hacía algunas horas.

—¿Qué pasa compadre? Pensé que no llegaría antes que cayera el agua, —dijo Luis, mirándolo con una leve sonrisa, que alegró su cara morena y de amplios pómulos, normalmente adusta.

Desde pequeño Luis había parecido estar siempre como molesto y preocupado por algo, pero era solo expresión de su timidez. En realidad era un mocetón con un corazón de niño en un cuerpo que el trabajo y la vida dura del monte habían tornado como de acero bajo una piel que cubría en apariencia poca musculatura.

—Me entretuve un rato allí con Manlio. Tenía que entregarle hoy ese cacao. El maldito ya no quiere pagar bien... dice que la humedad del grano, y que no sé qué y que no se cuánto, pero al final aflojó el billete. Después, cuando Ramoncito llegó con la noticia que Sanjuanita estaba con apuraciones para dar a luz, me vine de volada. Tenía confianza en llegar antes que cayera el aguazón... Me parece que se viene con todo. No es temporada todavía para tanta agua, pero estos aires están soplando con mucho encono desde ayer en la tarde.

Sin responder, Luis dio la media vuelta y caminó por una veredita que se abría paso entre arbustos y pastizales. Diez minutos más tarde, el monte escaso de la isla retrocedió por completo y el pastizal ralo se convirtió en una explanada de tierra desnuda. En el claro, una

incongruente casa de adobe y tejas rojas se erigía rodeada de árboles frutales, algunas palmas, y muchas flores y hierbas sembradas en grupos apretados de plantitas. El techo y las paredes mostraban huellas del paso de los años. Sobre la pintura blanca de los muros, ya algo descascarada y descolorida, manchas negras, verdes y amarillentas de musgo y humedad contribuían más al encanto del lugar.

Una desvencijada puerta de madera se encontraba medio abierta, y las ventanas, también cubiertas por fuertes persianas de madera, parecían estar cerradas. Sin golpear, Luis abrió la puerta y entró a la sala principal mientras con un gesto del hombro le indicaba a Hilitos que lo siguiera. El interior se encontraba en la semipenumbra. Por unos segundos, Hilitos no pudo sino distinguir la luz que se colaba por las rendijas de las ventanas. Entonces pudo escuchar también un murmullo que provenía de alguna otra recámara en la casa. Hilitos ya había estado varias veces antes en la casa de la isla, pero no conocía todos sus cuartos y rincones. Entre las sombras pudo ver el bulto de Luis que se acercaba a una de las puertas y golpeaba con los nudillos.

Una voz de mujer le preguntó de inmediato:

—¿Eres tú Luis?

Y sin esperar respuesta:

—Pasa, pasa, hombre. Ya era hora. Mira que la niña está muy mala. ¿Vienes con Tima?

—No, no tía, es Hilitos. Acaba de llegar. Aún no sabemos nada de doña Tima. Seguro ya viene para acá.

—Ay sí, Dios quiera que llegue pronto... Que no la agarre la lluvia. Porque ahí quién sabe si podrá cruzar la laguna.

—No se preocupe tía, ahora mismo parto con el cayuco chico, ese más liviano que dejó Pedro, a buscarla.

—Oye Luis, —dijo Hilitos— no te preocupes, tú quédate aquí. Yo regreso a buscar a Tima... ¿Y cómo está Sanjuanita?

—No está nada bien —respondió doña Nona con la voz tensa. Hace dos días que no descansa, está con fiebre, habla sola, puras incoherencias, hace como una hora que se le rompió la fuente, y ni señas del bebé.

Hilitos se acercó a la hamaca, y tomando una vela de una mesa cercana trató de alumbrar la escena.

–Nona, por favor, abra las ventanas, aquí hace falta más luz.

–No Hilitos, el viento ya está muy fuerte, se nos va a enfriar la niña... Ay, Dios quiera que ya venga Tima. Yo he hecho todo lo posible por jalar al bebé. Pero no puedo. Está como atascado. Tengo miedo lastimarlo, o sacarlo con el cordón enredado en su cuellito. ¡Ay Dios!”

–Cálmese Nona y déjeme ver.

Y acercando la vela al bulto humano que yacía arropado en una cobija al fondo de la hamaca, pudo por fin ver el rostro emaciado, pálido, con ojos entrecerrados y un rictus de dolor en la boca de la joven. A pesar de encontrarse en ese estado, Sanjuanita abrió los ojos al oír la voz de Hilitos. Intentó esbozar una sonrisa, cuando sintió la mano de Hilitos posarse sobre su frente y acariciar su rostro. Hilitos, animado con su reacción, le respondió con una sonrisa.

–No te preocupes por nada hija –siempre le hablaba con ese mismo paternalismo protector, a pesar de ser él mismo bastante joven aún–, todo saldrá bien. Ahorita viene Tima. Ella tiene mucha experiencia en esto... Pronto te vas a aliviar.”

Sanjuanita oyó el sonido de la voz de Hilitos, pero sus palabras no fueron para ella sino eso, un agradable sonido. Como el canto de ese arroyo donde solía pasar sus mejores ratos en soledad. Allí se refugiaba desnuda y envuelta solo por las aguas cristalinas que brotaban quién sabe de dónde, muchas jornadas de viaje, monte arriba. Su mente desvariaba. En dos días no había podido conciliar el sueño ni descansar. No tenía reposo, sintiendo la vida en ciernes que se agitaba dentro de ella. Esa vida pequeñita que pugnaba absurdamente, sin cesar, por abrirse paso al mundo. Aquel mundo donde de seguro nunca más volvería a encontrar una protección como la oquedad materna.

Al comienzo, Sanjuanita había sentido la asombrosa respuesta de su cuerpo. Se había sorprendido de la fuerza de las contracciones con las que su propio vientre intentaba expulsar a ese extraño

objeto de amor, que de pronto, se había tornado en un instrumento de dolor incesante. Al segundo día, ya completamente extenuada, su mente se lanzó a deambular por los largos pasillos de la memoria. Comenzó a visitar sin ton ni son las imágenes, sentimientos, deseos, temores, olores, colores y rostros que formaban la textura de su corta experiencia en esta vida. Su vientre cansado ya, dejó de contraerse con la misma frecuencia, y el pataleo del bebé en su seno parecía hacerse también cada vez más débil.

## **Sanjuanita y Efraín, San Vicente del Valle, 1947-1948**

LO HABÍA VISTO una tarde cuando atravesaba la plaza central de San Vicente del Valle. Caminaba en forma distraída y con paso relajado, sin prestar atención al gentío ruidoso y multicolor, tampoco al alboroto de los niños jugando ni al jolgorio de los zanates que regresaban por miles luego de saquear los campos vecinos.

Allí estaba, rodeado por un grupo de hombres que conversaba junto a la pérgola del centro. De inmediato llamó su atención. Pero solo lo miró de reojo mientras fingía total desinterés. Cuando ya estaba muy cerca de él, incluso bajó la mirada y apuró el paso. Era sin duda el hombre más bello –pensó para sus adentros– que había visto en toda su vida. Antes había conocido numerosos jóvenes campesinos, o muchachos del pueblo, que le parecían atractivos. También había conocido en el puesto del mercado a forasteros, la mayor parte operarios y trabajadores de la compañía petrolera que desde hacía veinte años había invadido la región. Había visto gringos provenientes de varios países gringos, generalmente muy blancos o colorados, algunos silenciosos y recatados, y muchos otros vociferantes y borrachos. Pero ninguno había conseguido capturar su interés.

El hombre de su atención era alto, delgado, casi enteco. Ese día vestía todo de negro con un sombrero blanco alón adornado por una delgada badana roja. Se paraba ligeramente encorvado. Eso le daba un aire intenso, acentuado por el contraste entre su piel

blanca, algo bronceada por el sol, y su pelo negro y ensortijado, y sus ojos pequeños, rasgados y muy oscuros. El rostro era largo, y junto al borde del mentón en el lado derecho, una cicatriz muy fina se extendía desde la oreja hasta la barbilla. Esa marca acentuaba también la boca grande, sensual, cuyos labios mordía de vez en cuando. No parecía tener más de treinta años, pero actuaba con cierta parsimonia calculada, que sugería una personalidad impetuosa, atemperada por los golpes que suele dar la vida a quien se ha dejado llevar demasiado por sus impulsos naturales.

Luego se enteraría, por unas amigas que frecuentaban los bailes adonde se congregaban los fines de semana los trabajadores petroleros de la región, que su nombre era Efraín. Pensó en él a menudo, pero pasaron cerca de cuatro meses antes de que Efraín se cruzara otra vez en su camino.

Había sido un día domingo. Un día lleno algarabía y agitación en el mercado. Sanjuanita se encontraba ocupada atendiendo el puestecito que con su madre mantenían desde hacía un par de años. De pronto, como flotando por entre las otras cabezas del gentío que fluía a su alrededor, vio su rostro mirándola desde las alturas. Ese día no llevaba sombrero, y grandes ojeras daban un marco sombrío a sus ojos que contrastaban con su sonrisa. Sanjuanita se levantó para atenderlo y le dijo sin levantar la voz un ápice:

—¿Se le ofrece algo al señor?

A pesar del ruido, él la escuchó a la perfección, pues sin demostrarlo había estado atento a todo lo que ella hiciera, observándola con disimulo que no había engañado en ningún momento a Sanjuanita. Por ello, sin dejar de sonreír, Efraín contestó sin dudarle y en forma espontánea, como era a menudo su costumbre:

—Se me ofrece tu corazón, muchacha.

Era una broma, pero sin dudarle Sanjuanita tomó su mano derecha, larga y áspera, entre las suyas pequeñas y morenas. Lo cual no era inusual, según las costumbres locales.

Curiosamente en ese mercado, desde tiempos ya inmemoriales, las vendedoras tomaban de la mano a los clientes hombres y con coquetería los llevaban hacia sus puestos para ofrecerles su

mercancía. Era una costumbre que resultaba sorprendente para el comprador primerizo, o el forastero que nunca había estado antes en el mercado de San Vicente del Valle.

Efraín, por supuesto, conocía bien la costumbre del lugar, y muchas veces las muchachas del mercado habían tomado sus manos, algunas con interés puramente mercantil, y muchas otras con genuino interés romántico. Efraín, sin embargo, no recordaba nunca haber sentido ese vuelco en el corazón antes con ninguna otra muchacha del mercado.

La noche anterior había sido una larga jornada de juerga y bebida. Pero había abandonado el bar temprano, algo deprimido, sintiéndose vacío. Sin proponérselo, sus pasos lo llevaron hasta el mercado cercano, alejándose de sus amigos de farra aún borrachos y dormidos sobre el piso y las mesas de la cantina.

Caminaba sin rumbo fijo, respirando hondo el aire todavía fresco de la mañana, y posando distraídamente la vista en la gente y las mercancías que se amontonaban en todos los rincones y pasillos de la feria.

La vio, y aunque solo era una chica más del mercado, le atrajo la frescura de su sonrisa. Después miró sus brazos bien torneados, su piel morena suave, sus ojos negros y almendrados debajo de unas cejas espesas, y la trenza de seda igualmente azabache que reposaba sobre su hombro y luego caía con incitante naturalidad sobre el escote de sus senos. Seguro no tendría más de diecisiete o dieciocho años. Y aunque su rostro era casi infantil, había en él ya una determinación bien asentada de mujer hecha y derecha. Quizás fue todo eso lo que le fascinó, o fue simplemente el contraste entre esa inocencia limpia de mujer incipiente, y la sordidez de su noche anterior de juerga y borrachera en la cantina. En realidad nunca se detuvo a pensarlo. Decidió allí mismo, y en ese mismo instante, que esa mujer sería suya a cualquier costo.

TRANSCURRIERON CERCA DE dos semanas sin que Efraín volviera a verla. Mientras tanto, había averiguado su nombre y obtenido información sobre su lugar de residencia. Ya sabía que

vivía sola con su madre, una mujer jumana oriunda de un poblado indígena de Entre Ríos, y un mestizo allegado a San Vicente desde alguna región de las tierras frías de la Sierra de Occidente que separaba a Entre Ríos del gran estado vecino de Caledonita. El padre, ese hombre del cual nadie conocía a ciencia cierta su procedencia, había muerto en una riña a machetazos por un asunto de tierras cuando Sanjuanita apenas tenía dos años. Una historia harto trivial en la región, lo cual parecía favorecer el designio de Efraín. Solo un obstáculo ponía un límite inmediato a la pasión que ya empezaba a hervir en sus entrañas. Esta última información había sido recogida por su mejor amigo, un gordo de poca estatura y con pelo prematuramente cano, a quien todos llamaban Petacón.

Conversando con un grupo de muchachos jumanos que estaban trabajando en la reparación del pozo 22 al sur de San Vicente, el Petacón se había enterado que Sanjuanita estaba prometida a un tal Jenaro Horquilla, hijo de un ganadero y líder local jumano de Mecuitlán Chico. El viejo Jerónimo Horquilla, hombre rico e influyente en muchos poblados jumanos, había ya ofrecido veinte cabezas de reses a la madre de Sanjuanita. Y la promesa de matrimonio parecía así estar bien sellada. Además, el viejo Horquilla era conocido por su voluntad de hierro, su carácter vengativo, y se presumía que había eliminado a más de un rival por tierras, mujeres e influencia. Era un indígena que se había abierto paso en un mundo dominado por blancos y mestizos a fuerza de valor, inteligencia, astucia, crueldad y pocos escrúpulos cuando las circunstancias así lo exigían.

Para cualquier otro que no fuese Efraín, ese habría sido un obstáculo formidable. Pero, para él, esto no era sino un acicate adicional. Ahora, a la excitación de la conquista y el romance, se agregaba la excitación del peligro.

Durante tres meses Efraín buscó toda clase de pretextos para crear oportunidades de encontrarse con Sanjuanita. Varias veces consiguió detenerla en su camino en la plaza, o cuando ella salía a algún mandado para así conversar apuradamente con la muchacha. Sobre todo, durante los fines de semana en el mercado, tuvo

ocasión de abordarla por más tiempo cuando la madre por alguna razón no se encontraba presente. En esos momentos, el mundo entero se evaporaba a su alrededor y el tiempo parecía detenerse. A pesar del recato de su comportamiento, Efraín podía adivinar por las sonrisas de Sanjuanita, y el brillo en sus ojos, que su pasión era correspondida. Sin embargo, sentía que Sanjuanita había erigido entre ellos una barrera que no conseguía derribar. Y eso exacerbaba aún más su impaciencia.

Fue en esos días cuando estalló la primera gran huelga nacional de los trabajadores petroleros. Los operarios habían exigido un aumento general de sueldos y una mejora en las prestaciones, a lo cual el gobierno se había negado rotundamente.

El sindicato, de reciente formación, y del cual Efraín se había convertido en uno de los principales líderes regionales, había endurecido también sus posturas en respuesta a la intransigencia del gobierno. Los pozos y las instalaciones petroleras fueron ocupados, y la tensión social se hizo palpable en San Vicente. A pesar de que los campesinos de la comarca veían sin mayor simpatía la causa de los trabajadores petroleros, los rumores que circulaban sobre una eventual intervención del ejército producían, si no zozobra, al menos ansiedad en todos los pobladores.

Una semana luego de que los pozos e instalaciones petroleras fueron ocupados por los huelguistas, Sanjuanita salió de madrugada antes de que el sol asomara por el horizonte, con rumbo a su retiro favorito a unas horas de San Vicente.

Caminó por tres horas siguiendo una veredita que gradualmente se sumía en la profundidad del monte. Avanzaba en medio de la selva cada vez más alta. El espíritu del monte matinal respondía a la felicidad de Sanjuanita, quien se sentía como en una gran catedral silenciosa, aún fresca a esa hora, y aparentemente vacía. Solo en las altas copas de los árboles se escuchaba de vez en cuando algún revuelo. El canto de un caracú macho, o el ulular extraño de los infaltables monitos cola y barba blanca, los misteques, que con frecuencia iban a parar a la olla de algún hambreado caminante o cazador furtivo. El murmullo del arroyo, que en esa

parte de mayor declive descendía raudo desde lo alto de la montaña, le indicó que ya había alcanzado su destino. Tomando una brecha secundaria que apenas se adivinaba entre la vegetación que rodeaba al estero, Sanjuanita llegó por fin a un remanso en el cual las aguas casi frías se apozaban cristalinas. Despojándose de sus vestimentas se introdujo con paso lento al arroyo y nadó hasta el centro de la poza.

Estaba allí parada sobre un promontorio rocoso debajo del agua, quedando sumergida hasta la cintura, cuando sintió a sus espaldas un crujido de pasos sobre la hojarasca. Eso la asustó, pues en todo el tiempo que iba a ese recóndito lugar de vez en cuando, jamás vio a otra persona, o percibió rastros de algún otro visitante. Manteniendo el precario equilibrio sobre la roca sumergida se volvió y vio a Efraín que la miraba con intensidad desde la orilla. Ambos permanecieron mirándose. Luego Efraín se introdujo al agua, así todo vestido como estaba, y caminó hacia Sanjuanita. Cuando llegó junto a ella, con apenas los hombros y la cabeza fuera del agua, la atrajo hacia sí tomándola sin apelaciones por la cintura.

LOS ENCUENTROS CON Efraín se repitieron durante todo el mes de marzo de 1948, cuando la brisa marina llegaba hasta el monte alto en las laderas de la Sierra de Occidente, y se abrazaba con los rayos del sol y el agua del arroyo. Era la época en que quién sabe de qué oculto vientre fecundo, el aire florecía en forma de millones de mariposas. Y en ese revuelo multicolor presidido por la espectacular “reina del monte” de alas grandes de color azul metálico con ribetes dorados y negros, los claros de la selva se convertían en un carnaval aéreo incesante hasta que el calor del mediodía ponía toda la vida tropical del monte en reposo otra vez.

Una mañana en que el pastizal que crecía junto a la poza, donde cada dos o tres días se reunían Sanjuanita y Efraín, aún conservaba el rocío de la madrugada, el claro estaba cubierto de mariposas. Viendo el tapiz de mariposas y conscientes del molesto polvillo que su hermoso revolotear dejaba caer como lluvia de minúsculas estrellas a su paso, decidieron trasladarse a otro claro cercano

sugerido por Efraín. Caminaron otros veinte minutos adentrándose por una quebrada que ascendía entre la selva alta, hasta llegar a una apertura junto a una fuente de aguas frías, que se abría como un pequeño espejo oscuro y redondo entre piedras y un pastizal ralo y de un color verde muy claro, como si lo acabaran de poner al descubierto luego de estar creciendo apenas debajo de una roca o un tronco. Sanjuanita se quedó un momento sorprendida por la atmósfera silenciosa y algo lúgubre que reinaba en el lugar. Ni un solo insecto o animalito pequeño corría o volaba allí, como si se tratara casi de una habitación cerrada por mucho tiempo y que ellos acabaran de abrir con su presencia. Sin embargo, el lugar era fresco, limpio, e invitaba a recostarse sobre el pastito exangüe que rodeaba al ojo de aguas brotantes. Los amantes extendieron una manta de algodón debajo de una sombra junto al estero delgadito que se desprendía de la fuente natural y salía presuroso por entre las piedras y guijarros circundantes, para desaparecer luego entre el pasto rumbo a la selva. Se extendieron con delicadeza sobre la cobija, riendo de sorpresa cuando unos pétalos blancos descendieron desde la copa de los árboles cercanos y se depositaron sobre ellos. Sanjuanita alzó la mirada con curiosidad y se quedó estupefacta y un poco asustada cuando observó sobre sus cabezas una vasta red lechosa que se extendía sobre el claro uniendo todo el follaje arbóreo y cubierto de grandes flores blancas a su alrededor, en un solo velo de hilos densamente tejidos. A través de la red lechosa, la luz se filtraba como atravesando un cristal esmerilado. Comprendió por qué la iluminación del claro era tan difusa, y pensó de inmediato en que se trataba de una enorme telaraña. Pero al ver su desconcierto, Efraín rio y le dijo con voz tranquilizadora:

—No creas que es una telaraña amor... No, es la red donde se anidan miles de capullos de la “reina del monte”... Así se protegen hasta que salen de su envoltorio de seda y alzan el vuelo... todas juntitas, como si las hubieran instruido desde el huevo... La tela tiene algún veneno o algo así, que mantiene a todos los otros bichos alejados. Por eso no hay mariposas aleteando por miles en este lugar, como ocurre con otros espacios abiertos. Ni las de su

misma especie se acercan, porque allí se quedan pegadas y se envenenan con ese hongo, o pelillo como le dicen por aquí, que es venenoso y crece en los hilos y protege los capullitos.

Cuando se desnudaron, un vientecillo marino que venía soplando a intervalos desde la noche anterior, se intensificó de pronto provocando la caída de más pétalos blancos, a medida que se deshojaban los grandes florones con pistilo rojo brillante que adornaban los árboles de corteza lisa y verdosa de urabá que rodeaban el claro de las fuentes brotantes. Los pétalos, que ya formaban una gruesa alfombra debajo de la cobija sobre la que reposaban los dos jóvenes, se incrementaron al caer en racimos al vaivén de la brisa, descendiendo con movimientos pendulares hasta donde se hallaban Sanjuanita y Efraín. Se posaron sobre ellos, cubriéndolos mientras sus cuerpos se fundían con abandono. Esa sería la última vez que estarían juntos.

Si primero el amor carnal irrumpió en la vida de Sanjuanita como un aluvión de emociones un tanto perturbadoras, muy pronto, su cuerpo se abrió como una flor ansiosa por recolectar todo ese placer que le prodigaban las ternuras de Efraín. Ambos disfrutaron impudicamente de las mañanas en que el monte celebraba su estación más benigna. Pero sería solo un breve intervalo. Un remanso de amor que el torbellino de la vida pronto se encargaría de desgarrar y arrastrar en direcciones imprevistas.

**A**PENAS UNOS DÍAS después del último y secreto encuentro entre Sanjuanita y Efraín, una nube de mariposas estalló desde el corazón del monte y se extendió sobre los caminos, las ciudades y los poblados de Entre Ríos. Al principio, la población pareció maravillada con ese despliegue de alas anaranjadas, azules, negras, rojas, tornasoladas, blancas y amarillas con diseños múltiples en otros colores que realizaban el efecto hipnótico que producía esa nebulosa revoloteante y caprichosa en el observador casual. Pero a las pocas horas de inaugurarse, el espectáculo inicial se tornó en algo macabro cuando los transeúntes y vehículos comenzaron a pisotear los insectos alados, dejando una pasta espesa de mariposas

trituras a su paso. Ese lodo magnífico, hecho como de flores maceradas, llegó a impedir el paso de bicicletas, entorpeció a las carretas dotadas de los más poderosos bueyes, e incluso un viejo bus que transitaba entre los pueblos más pequeños llevando pasajeros y mercancías, se atascó y ni siquiera con todos los pasajeros empujando, consiguieron desprenderse de esa argamasa insólita que detenía su paso como un pantano florido. Además, las inocentes mariposas se posaban sobre la comida, invadían el interior de las viviendas, y esparcían por doquier el polvillo hecho de miles de millones de escamas diminutas que se desprendían de sus alas.

El carnicero de Maciosare, un pueblito cercano a la Laguna de Yamaná –la más grande entre los centenares de lagunas de Entre Ríos– y que era famoso por sus carnes, embutidos y cortes, sacó por séptima vez una tira de papel pegajosa que utilizaba para atrapar moscas, y la arrojó a un tacho de basura junto a la entrada, donde cayó removiéndose como un extraño gusano de papel y mariposas fundidas y que se agitaba al igual que una enorme oruga moribunda. Debajo de ella se acumulaban otras seis cintas anteriores que todavía se removían al impulso de los pobres insectos que pugnaban por escapar de su pegajoso destino.

Ya al día siguiente de la irrupción de esas especies de orquídeas voladoras que dejaban polvo de estrellas a su paso, cuando el regocijo y la sorpresa inicial dieron lugar a la irritación general, todos deseaban que retornaran al monte o se murieran cuanto antes. Y efectivamente así fue. En la tarde de ese mismo día, cuando el sol bajaba en el horizonte, las mariposas se retiraron dejando atrás millones de bajas provocadas por la propia magnitud de su vital reproducción. El carnicero de Maciosare pensó en rociar el contenido del basurero de metal con un poco de gasolina y prenderle fuego para acabar de una buena vez con el tormento de las mariposas allí atrapadas, pero se olvidó del asunto cuando vio entrar a un par de clientes a su tienda.

Solo algunos viejos ya muy viejos, dijeron recordar algo similar. Había acaecido décadas atrás cuando aún el monte reinaba todopoderoso, y la deforestación para dar cabida a caminos, potreros, sembradíos, instalaciones petroleras y ciudades, no había

comenzado su marcha implacable. Además, coincidieron en recordar que en esa misma ocasión, solo un día después del retiro de las mariposas sobrevivientes hacia el refugio del monte, un gran terremoto había estremecido la región. El rumor se extendió como fuego en un pajar y todos se fueron a acostar esa noche luego del fin de la invasión alada, con el palpito de que algún peligro inminente se cernía sobre ellos.

COMO A LAS tres de la madrugada del día siguiente, el ejército ocupó San Vicente y pueblos aledaños, y recuperó todos los pozos petroleros en manos de los huelguistas. Cientos de “alzados” fueron arrestados y varias decenas murieron en enfrentamientos o fueron ejecutados en circunstancias confusas. La mayor parte de los líderes desaparecieron, y de Efraín se asumió que había sido ejecutado por el ejército junto a un puñado de colaboradores cercanos que estaban estacionados con carpas cerca del gran pozo 48. Nunca se encontró su cuerpo. Pero como veinte kilómetros aguas abajo por El Magnífico del Apure —el gigantesco río tropical que atravesaba la región, y que todos conocían simplemente como El Magnífico se había encontrado un cuerpo que algunos habían identificado como los restos del Petacón. La última vez que se vio a Efraín con vida, este se encontraba en compañía del Petacón, y con eso las especulaciones respecto a su paradero pronto se disiparon. Había ya suficientes otros desaparecidos y personas acongojadas por el destino de parientes, vecinos y amigos, como para que ese solo incidente concitara mucho más interés que el de un chisme pasajero. A pesar de la popularidad de la que entre muchos gozaba Efraín, el asunto pronto se apagó. Excepto para Sanjuanita.

La entrada del ejército a San Vicente del Valle había sido resistida por algunas horas por grupos armados de obreros petroleros que se habían atrincherado en varios puntos del pueblo. Cayeron unos cuantos soldados y petroleros en la refriega, pero el desastre mayor, como de costumbre, fue entre la población civil. Balas perdidas y un incendio que devoró el sector oriente y sur del pueblo causaron cerca de cien muertes entre mujeres, niños y hombres

cuyo único delito consistió en estar en el sitio equivocado a una hora inconveniente.

La casita donde vivían Sanjuanita y su madre se encontraba precisamente en el sector donde el fuego se inició. Cuando vieron las llamas asomándose por encima del almacén de Víctor Canizares, a tres casas hacia la derecha, Sanjuanita y su madre, despiertas desde hacía rato por el estallido de la balacera, salieron corriendo hacia la plaza más cercana. Pensaban buscar refugio en la pérgola central, o al menos en algunos de los macizos de plantas, o tras algunos de los viejos árboles de jacarandas que ornamentaban el lugar.

Cuando llegaron a la placita, la pérgola se encontraba ya abarrotada de vecinas y vecinos inspirados por la misma idea y necesidad. Como a unos treinta metros de allí, se encontraba el más grande de los cinco jacarandas. Corrieron hacia él, y en ese mismo instante un camión del ejército que transitaba por una calle contigua, comenzó a rociar de balas la plaza.

Sanjuanita no se percató de la ausencia de su madre sino hasta que se detuvo y se escondió tras el tronco generoso del viejo árbol. Sintió el impacto de las balas penetrando en forma tan inútil como sonora en el tronco añoso de la planta, que parecía así poner por delante su pecho de casi veinte metros de diámetro para detener los proyectiles. En la noche apenas iluminada por los fognazos de los disparos, se escuchaban los gritos de la gente aterrada que clamaba por algún ser querido extraviado en el pandemónium, y los gemidos sordos de los que caían heridos iban en aumento. En medio de esa confusión, Sanjuanita temblaba agazapada tras su parapeto natural, intentando en vano descubrir la figura de su madre entre las sombras que corrían, gritaban, caían, volvían a levantarse a veces para caer de nuevo y ya no moverse, o se agachaban dibujadas por la luz de los disparos.

Para Sanjuanita la situación se tornó aún más angustiante cuando desde la calle opuesta, precisamente a sus espaldas, un grupo de hombres comenzó a responder a los disparos iniciados por los militares. Disparaban desde las azoteas de un grupo de casas de dos pisos, y aunque se encontraban en una posición más favorable que los militares, a veces erraban y sus proyectiles iban a parar también

en la plaza donde mucha gente intentaba escapar al fuego de los soldados. Atrapada entre dos fuegos, la muchedumbre no atinaba a otra cosa que echarse al suelo, o perdiendo la razón, algunas personas corrían directamente al encuentro de las balas que las enviaban rodando al piso donde se quedaban quietas o agonizantes.

Ya sin saber qué hacer, Sanjuanita comenzó a rezar y se extendió bocabajo cubriéndose los oídos con ambas manos. Aún así podía sentir los disparos y el zumbir de las balas que parecían cruzar como abejones iracundos la noche apenas por encima de su cuerpo. Y sintió también el olor de la tierra y del piso de hojas y flores de jacaranda entre las cuales había enterrado su cara. Hojas y flores muertas se pegaron a su rostro mojado por las lágrimas y el sudor. En la noche calurosa y húmeda, de pronto la luna, en su cuarto menguante, brilló por entre las nubes que casi durante todo el día y la noche habían cubierto el cielo. Un rayo mortecino y sereno de luna descendió entre los nubarrones para posarse sobre las bóvedas altas y blancas de la iglesia mayor. Pero nadie le prestó atención, y en la plaza y el pueblo, la carnicería siguió su curso fatal como un tren desbocado en la noche.

Primero, los soldados habían bajado del camión de transporte y se habían parapetado al otro lado para responder al fuego proveniente de las azoteas y techos en el extremo opuesto de la plazoleta. Pero en el preciso momento en que la luna se asomó, su situación se hizo insostenible cuando desde el techo de una de las casas, justo en la misma calle donde se encontraba el camión militar, comenzaron también a disparar contra ellos. Atrapados como la multitud entre dos fuegos, los militares actuaron con el mismo pavor que los civiles a quienes masacraban con tanta deliberación poco antes. Una bomba incendiaria casera se estrelló sobre la parte delantera del camión militar que comenzó a inflamarse. Varios soldados cayeron. Entre ellos, el teniente que los dirigía. Una voz gritó:

—El camión va a estallar.

Otra voz de soldado gritó también:

—¡Teniente, teniente!

Y luego otra:

—¡El teniente está muerto baboso!

E inmediatamente, al percatarse del peligro en que se hallaban, los uniformados restantes comenzaron a huir, algunos incluso tirando sus armas para aligerar el paso, regresando calle abajo por donde había venido antes el camión.

Los últimos disparos se acallaron y pronto solo se escucharon lamentos mezclados con llamados de personas buscando casi a tientas a sus parientes o amigos. Sanjuanita se puso de rodillas, y temblando y llorosa, gritó simplemente:

—¡Maaadre!... ¡Maaadre!

Pero ese mismo llamado era repetido por varias otras voces que venían de distintos puntos de la plaza. Al percatarse de lo inútil de ese llamado genérico a su progenitora, Sanjuanita se puso de pie e intentó retroceder por el mismo camino por donde pensaba que había venido antes de encontrar refugio detrás del jacaranda.

A los pocos pasos tropezó con el cuerpo de alguien que yacía inmóvil. Se agachó para tratar de ver mejor de quién se trataba y pudo discernir que era un muchachito de aproximadamente catorce o quince años. De pronto, la luna se asomó de nuevo por entre la cortina de nubes y pudo ver la cabeza ensangrentada del muchacho, y por lo menos tres o cuatro cuerpos más de hombres y mujeres que permanecían también inmóviles contra el pasto y la hojarasca. Con una mano se tapó la boca conteniendo el grito primal que pugnaba por escapar de su pecho donde el corazón batía furioso. Se levantó y corrió a trompicones en dirección a la pérgola. A la mitad del camino se estrelló con una mujer que se abrazó a ella gritando y llorando. Intentó desprenderse de ese abrazo enloquecido, y levantando la voz le gritó a la mujer:

—¡Déjeme, déjeme, por favorcito de Dios señora, déjeme ir!

Sin responder, la mujer se aferraba con más fuerzas a ella y pegaba su cuerpo tembloroso al de Sanjuanita como si quisiera fusionarse con la muchacha. La llegada de un hombre interrumpió el forcejeo. Separándolas, les gritó:

—Vienen cuatro camiones militares de refuerzo. Hay que largarse de aquí cuanto antes. Vamos, vamos. El que se quede aquí, aquí se muere.

Y luego tomándolas de los brazos comenzó a arrastrarlas a través de la plaza hacia la calle más próxima.

Pronto un grupo grande de gente, algunos con niños en brazos, y otros intentando cargar el cuerpo de algún caído, comenzaron a correr en la misma dirección en que el hombre a jalones estaba arrastrando a Sanjuanita y la otra mujer. Llegaron al comienzo de la calle donde un foco de alumbrado público les permitió por primera vez verse con más detalle. Ambos, el hombre que las había rescatado, como la otra mujer histérica, eran jóvenes. El hombre tenía la camisa blanca cubierta de sudor, polvo y hollín. Un revolver enfundado a la cintura le indicó a Sanjuanita que era un joven petrolero o algún muchacho local que se había sumado a ellos, y casi de seguro era parte de los insurrectos que habían disparado contra los soldados poco antes. Desesperada y casi gritando, Sanjuanita le dijo al hombre:

—Tengo que regresarme señor. Tengo que encontrar a mi mamá. Nos separamos cuando corríamos por la plaza.

—De ningún modo, señorita. Ya no hay tiempo que perder. En unos minutos más esto va a estar lleno de militares. Ya le dije, el que se quede aquí, aquí se muere. Vamos, vamos...

Y diciendo esto la empujó hacia adelante. La otra mujer ya había comenzado a correr por la calle siguiendo a un grupo de gente que se hacía cada vez más numeroso. Aún así Sanjuanita quiso regresarse. Pero fue empujada hacia adelante por la estampida de gente que corría desde la plaza y por los muchos otros que se sumaban a ellos abandonando las casas circundantes. Por sus gritos comprendió Sanjuanita que no eran solo los soldados quienes representaban un peligro inminente. El fuego que se había iniciado en el barrio de Sanjuanita ya comenzaba a extenderse también hacia el sector de la plaza.

Empujada por la muchedumbre no tuvo más remedio que alejarse de la plaza y presumiblemente de su madre. Avanzaba casi dando tumbos, con sus piernas temblorosas y empujada por la multitud aterrada que venía detrás de ella. Se sentía casi como si fuera llevada en vilo por aquellos que la empujaban, pero cuando

quería separarse de ellos y apurar más su trote, se detenía chocando con los de adelante. Tropezaba a veces, y sentía que caería y sería aplastada por el gentío en pánico. Pero se mantuvo en pie, y a pesar del torbellino en que se encontraba envuelta, no cesaba de mirar por encima del hombro para ver si distinguía el adusto rostro indígena de su madre, doña Eudocia, cuyo nombre con el tiempo se había ido transformando en boca de todos en doña Audacia, quizás por su carácter o por la costumbre lugareña de modificar los nombres por razones meramente fonéticas.

Desde la plaza se escucharon otra vez ráfagas de disparos. El griterío entre la gente se hizo ensordecedor. Y la estampida se volvió más frenética. Sanjuanita se tambaleó, perdió finalmente el equilibrio, y cayó al piso con un grupo de unas cinco o seis personas. Eso salvó su vida. En el fondo de la calle por la que corrían aparecieron dos soldados que comenzaron a disparar sobre la gente que intentaba escapar. Se escucharon más gritos de dolor, y más gente rodó por el suelo herida o muerta. Sanjuanita se acercó a gatas hasta el vano cercano de una puerta y se acurrucó con los ojos cerrados y respirando en forma agitada en una esquina del portal, donde se hizo chiquita intentando escapar de la balacera. Dos personas más la imitaron y se agacharon junto a ella. Un grupo mayor de soldados comenzó a avanzar con cautela por la calle en dirección hacia donde se escondían Sanjuanita y sus acompañantes. Todo parecía perdido. Al ritmo que llevaban, los uniformados estarían encima de ellos en un par de minutos. En ese instante, la puerta en cuyo umbral se escondían se abrió y desde el interior a oscuras se escuchó una voz apenas audible:

—¡Pasen, pasen! ¡Rápido antes que nos vean los federales!

Sin pensarlo dos veces, los tres se deslizaron hacia el interior oscuro de la casa. El del susurro cerró de inmediato el portalón de madera asegurándolo con una tranca.

Durante un día completo Sanjuanita permaneció escondida en la casa de sus salvadores. Era una familia que vendía cúrcuma, achiote, jengibre, ajo, comino, perejil seco, canela, pimienta negra, páprika y otros productos sazonadores en el mercado. La habían

reconocido al espiar desde el interior de la casa por entre unos gruesos visillos de madera. Habían presenciado todo el drama que se desenvolvía en la calle, y al reconocer a Sanjuanita, decidieron ayudarla a pesar del terror que les embargaba.

Al segundo día, los militares establecieron un toque de queda y permitieron que la gente saliera a la calle a reabastecerse y a efectuar algunas de sus ocupaciones habituales. Cerca de doscientos cuerpos fueron amontonados en un campo de fútbol a las afueras de San Vicente. Allí Sanjuanita encontró los restos de su madre. En su rostro había la misma expresión de siempre, entre triste y severa, pero ahora con una serenidad que no se le había conocido en vida. Una sola bala le había perforado el pecho a la altura exacta del corazón. De seguro había muerto en forma instantánea con los primeros disparos en la plaza.

La doble pérdida de Efraín y de su madre dejó a Sanjuanita transida de un dolor que la mantenía en un estado de cuasisonambulismo. Sin recordar exactamente cómo, Sanjuanita enterró a su madre con ayuda de unos vecinos. Y así, con lo poco que pudo rescatar del incendio de su modesta vivienda, emprendió camino hacia la isleta donde vivía doña Nona, una prima hermana de su madre a quien había visto una sola vez en su vida cuando apenas tenía ocho años. Llegó exhausta y anonadada aún por los grandes vacíos en su vida y por el dolor que esa pérdida le ocasionaba.

Al mes de estar con doña Nona se dio cuenta que se encontraba embarazada.

LA LLUVIA FORMABA una espesa cortina y el vehículo se arrastraba ya con dificultad, tosiendo y rugiendo, mientras las llantas comenzaban a resbalar sobre las hondonadas del camino y se hundían casi hasta el eje en un lodo cada vez más espeso. Unos quince minutos más tarde, a través del muro de agua se pudieron vislumbrar los manchones indefinidos del caserío, que se encontraba al otro lado de la ribera frente a la isla donde habitaban doña Nona, Luis, y desde apenas unos meses atrás, también Sanjuanita.

—Ay hijo, por fin llegamos. Creí que nos quedábamos tirados en el camino —dijo doña Tima, hablando a sus treinta años —y a un hombre solo unos años menor que ella— con esa misma condescendencia materna que le caracterizaría hasta el final de sus días.

—No señora, cómo cree. Es usted mujer de poca fe. Esta camioneta ha conocido peores temporales que este, y nunca me ha dejado tirado, —respondió Senén, con tono bromista.

Sabido era que se pasaba una buena parte del tiempo componiendo la vieja camioneta, y que no era raro verla detenida y humeando en cualquier recodo del camino esperando por ayuda.

Junto a la orilla, y ya completamente empaado, se encontraba Hilitos. La vio venir corriendo debajo de la lluvia, con un equipal de tela rústica, e intentando cubrirse la cabeza y los hombros con una bolsa de hule natural, que el viento hacía revolotear en todas direcciones azotando su rostro a intervalos irregulares.

Luego de un breve saludo y abrazo, Hilitos ayudó a Tima a subirse al cayuco y de inmediato lo empujó con energía en dirección a la isla.

Todo era agua. Agua por todos lados. Agua embravecida debajo de la canoa, y agua desplomándose desde el cielo gris. A pesar de las condiciones climáticas, el trayecto no duró sino unos momentos. En el cayuco que se balanceaba peligrosamente, Tima consiguió mantener el equilibrio mientras rezaba y protegía a dos manos, apretando contra su pecho su cargamento de medicinas, yerbas y pócimas. Hilitos, con la cara oculta tras un sombrero de paja cubierto con la bolsa de hule, no perdía su concentración ni un segundo, preocupado en afincar bien la pértiga mientras mantenía al cayuco lo más estable posible con la fuerza de sus piernas.

En la casa todo era agitación. Sanjuanita parecía haber perdido el conocimiento, pero solo se había recogido muy hondo dentro de sí misma para recolectar las últimas fuerzas de su cuerpo. Nona y Luis se turnaron varias veces, aplicándole fomentos calientes sobre el estómago y en la parte inferior de la espalda. No cesaban de darle masajes en las sienes mientras le susurraban palabras de aliento al oído. Cuando Hilitos y Tima llegaron

finalmente, ya este había explicado a gritos contra el viento la situación a la comadrona.

—A tiempo llegas Tima.

—Sí, a tiempo para morir ahogada.

—No, no, es en serio mujer. Sanjuanita ya está por parir y no puede.

—¿Ya le diste té de pazcutín?

—No, si apenas llegué antes que tú... además, que sé yo de esas cosas, mujer.

—Viejo mañoso, tú sabes tanto como yo, nada más te haces el lunático. Estamos hablando de la vida de la niña. Ya te dije que en caso de emergencia no se queden esperando hasta que caigan solos los milagros del cielo.

## **Tima e Hilitos, Entre Ríos, 1945**

Ese era el estilo de Tima. Con sus veinticinco años recién cumplidos, ella, que era cinco años más joven que Hilitos, siempre lo regañaba un poco como si fuera su hermano menor. Hilitos la conocía y no pudo dejar de sonreír una vez más, inclinándose ante el temperamento de la mujer. Y aunque desde hacía mucho tiempo estaban unidos por vínculos que el afecto mutuo había tornado inquebrantables, jamás había existido algún interludio amoroso entre ellos. De hecho, a Tima no se le había conocido todavía ningún hombre, y muchos decían que era una mujer atractiva con su piel clara, sus rasgos indígenas sutilmente combinados con una herencia europea, y su cuerpo de formas agradables. Una vez Hilitos le había sugerido algo un día que bebían en el jacal de Tima. Esta lo había mirado con una sonrisa extraña. Le había dado un empujón firme, pero cariñoso, y le había dicho:

—Estás borracho ya, mejor vete a dormir Hilitos.

Y lo condujo a una hamaca donde su amigo se había desplomado y muy pronto roncaba como si no hubiese dormido en toda una semana. Al día siguiente, Tima lo levantó temprano y tomaron el desayuno en silencio. Una vez desayunados, Hilitos

se puso de pie y se encasquetó el sombrero. Al partir, Tima lo abrazó y le dijo al oído:

—Yo te amo viejo, pero de un modo que no es de este mundo... Yo creo que tú me entiendes, ¿verdad?

Hilitos alzó la mirada al cielo y frunció el ceño como preguntándose, ¿y de qué mundo será entonces? Pero Tima no le prestó atención y siguió imperturbable:

—El día que me entregue a un hombre ya no podré curar más. Así es la costumbre. Pero te juro que si hubiese un hombre, ese solo podrías ser tú.

Ahora Hilitos la escuchó cabizbajo, y luego de una pausa silenciosa, respondió en voz muy baja:

—Pues yo te amo con amor que es bien de este mundo, y solo puedo decirte que aunque haya otras mujeres en mi vida, solo a ti pertenece mi corazón. Nada más amé a otra mujer cuando era apenas un niño, pero fue nada más un foganazo del corazón, un sueño hermoso, pero sin los cimientos profundos que tienen mis sentimientos hacia tí... te amo como un hombre hecho y derecho ama a una mujer hecha y derecha, pues.

Y dio media vuelta, ensilló su jaco, y salió al galope perdiéndose por el camino.

No volvió por casa de Tima sino hasta seis meses después. Tima no le preguntó nada e Hilitos tampoco le dio explicaciones. Regresó y la saludó con toda naturalidad, como si se hubiesen visto por última vez el día anterior.

Hilitos traía botas nuevas, de una piel suave y amarilla, que Tima jamás había visto en la región. Su sombrero no era el típico de paja, sino de fieltro café, y se veía tan impecable y terso, que cuando lo dejó sobre una silla, Tima no pudo contenerse y lo tomó entre sus manos y lo acarició distraídamente pero con deleite. Hilitos la espío con el rabllo del ojo mientras sacaba un revólver que traía escondido debajo de su chaqueta de cuero rojo oscuro. Lo dejó sobre una repisa de ramas y cuerdas, y se volteó y miró con una sonrisa a Tima.

—No creas que te olvidé Tima.

–Nunca lo pensé viejo (solía llamarle así, aunque Hilitos tenía nada más treinta y cinco años). Yo tampoco te olvidé ni un solo día. Es más, ¿cómo puedo olvidarte si un trozo de tu espíritu yo lo llevo pulsando en las venas, cada segundo, cada minuto, cada hora de mi vida?

Bromeándola, Hilitos le dice:

–Mentirosa. Si allí en el rancho ya me dijeron que andas estrenando novio y que todas las tardecitas cuando creen que nadie los ve, se van a saborear el fresco de la noche en esa hamaca.

–Cállate viejito loco. ¡Mentiroso! ¡Tú, mentiroso! O tal vez fuiste tú a quien vieron como gato montés, o mejor dicho como ratón gordo de granero, escurriéndose hacia el jacal de Aurora... pues parece que hasta te quedaste medio año volteándote y saboreando el fresquecito de la noche con esa negra chumeca y calentona.

En realidad Hilitos siempre había mirado con disimulada avidez –lo cual no había pasado desapercibido para el ojo clínico de Tima– el cuerpo sensual y achocolatado de Aurora, una mujer de una zona aledaña como a treinta kilómetros del municipio donde residía Tima, y con quien a veces se encontraba en el bus que transitaba de pueblito en pueblito hasta llegar a Paraíso. Aurora vivía en el pueblo de Caña Brava, donde Tima había nacido y vivido hasta los veinte años, abandonando el lugar luego de la muerte de su mamá. La sensual morena vivía sin hombre, pero era acompañada con frecuencia desde hacían ya varios años por varones que solían pasar temporadas con ella y luego se desvanecían. Prácticamente cada dos años echaba al mundo otro chiquillo de padre diferente, y después comentaba riéndose:

–Otra vez vino el papá de los niños para dejarme preñada y luego largarse..., así es ese hombre, pero ya es la última payasada así que le aguanto. Ahora sí me voy a buscar otro marido nuevo que me cuide y me proteja bien, como Dios manda.

Su marido había desaparecido rumbo al norte hacía diez años, y no se le había vuelto a ver por ese lugar. Aurora insistía en que aún le mandaba dinero, cosa que era posible, pero que nadie había podido corroborar. Una vieja con lengua filosa le había dicho un día:

–Tú todavía dices que te ves con tu marido, pero yo te he visto como con diez viejos diferentes viviendo contigo en tu jacal.

–Ay, no sea amargada ni sea habladora doña Julieta, no ve que son los amigos de mi marido que pasan a dejar el billete que él me manda. Qué quería doñita, que después que tienen la gentileza de traerme el dinero que me manda Alfredo, los eche a la calle. Pero mire doñita. Si tanto le preocupa el asunto, le prometo que el próximo que venga, como sé que usted lleva mucho, pero mucho tiempo muy solita y muy reseca, ahí se lo mando para que usted le brinde hospitalidad. Quién sabe, hasta quizás sale usted con su domingo siete.

Y junto con todos los que la escuchaban se echó a reír a carcajadas que estremecían sus pechos, mientras contoneaba con exageración las nalgotas. Las risotadas persiguieron a doña Julieta mientras se apuraba de regreso a su casa y se persignaba con rabia.

Regresando de sus pensamientos, Hilitos comentó:

–Pss, calla, calla, mujer ingrata... Y además celosa. Yo estuve lejos, demasiado lejos como para estar ahí como ratón de granero –¡como dices tú!- saboreando las ternuras de Aurora. Pero ahora que lo pienso no sería mala idea ir a visitarla para regalarle a ella esto que traje para ti.

Y del bolsillo de su camisa sacó una bolsita de terciopelo rojo. Adentro traía una cadena de plata de filigrana, delicadamente elaborada a mano. También había un pendiente. Un corazón de plata decorado con palomitas de oro y que se podía abrir para poner dentro una fotografía.

Tima se acercó a mirarlo. Tomó la cadena y el pendiente y miró atónita el bello obsequio. Nunca había tenido una pieza de joyería, y ciertamente no recordaba haber visto algo tan primoroso.

–Qué bonito Hilitos... Gracias, viejo... Gracias de verdad –dijo enjugándose una lagrimilla discreta que pugnaba por brotar de uno de sus ojos.

Y de pronto, como acordándose del último comentario de Hilitos, mientras con una mano encerraba el pequeño tesoro y lo apretaba contra su pecho, con la otra le daba un golpecito en el hombro a su amigo:

–Como te atrevas a dárselo a Aurora, allí mismo te mueres viejito rabo verde.

Enseguida lo abrazó, le besó la mejilla áspera de barba, viento y sol, y con los ojos húmedos y en voz bajita no cesaba de repetirle:

–Perdóname Hilitos, perdóname, perdóname... Es que yo estoy juramentada y ya no soy por entero de este mundo, aunque me encuentre de momento en él.

Hilitos, por su parte, no atinaba sino a decir:

–Tú perdóname a mí, Tima, perdóname por quererte así, bien egoísta, como hombre nada más que soy, pues.

Y al tenerla así en sus brazos, sin querer la apretaba más fuerte sintiendo la tibieza de ese cuerpo de mujer filtrándose a través de sus ropas. Hilitos cerró los ojos y por un segundo –sí, por primera vez en tantos años de amor velado– comprendió cuanto la amaba. Sintió que en ese momento Tima era suya para siempre. Y volvió a recordar que solo una vez antes en toda su vida había sido tocado por un sentimiento de esa magnitud hacia una mujer. Había sido muchos años atrás, cuando él era apenas un muchacho. Apenas un retoño de hombre en su primera floración.

Y así murió el segundo. Su magia imperecedera se disipó para dejar una huella que no se borraría. Fue apenas un abrir y cerrar de ojos, pero para ambos fue una vida entera que compartieron durante ese abrazo. Se separaron y quedaron mirándose a los ojos. Sacudiéndose el ensueño, Tima dijo:

–¿Un té de apio y menta, viejo?

Hilitos sin poder hablar, asintió con la cabeza.

Desde entonces se frecuentaron a menudo, como de costumbre. Pero nunca más se volvió a mencionar la palabra “amor” referida a ellos y su relación. Fue un acuerdo tácito, más fuerte que un juramento de sangre.

**APENAS DESEMBARCADA DEL** cayuco, Tima había caminado apurada siguiendo de cerca a Hilitos. Agachada contra el viento y el agua, iba escuchando lo más atentamente posible las noticias que le soltaba Hilitos por el camino. Cuando entraron en la casa

de la isla, Tima ya había diseñado un plan de ataque, y con esa fe enorme que tenía en sí misma en lo tocante a sus habilidades de curandera, estaba casi segura que podría traer al bebé de Sanjuanita sano y salvo al mundo.

—Y a qué mundo... con este aguacero infernal... más parece el fin del mundo —pensaba.

Pero, por otro lado, sí le preocupaba la condición de Sanjuanita. Desde algún punto recóndito, bien escondido en los vericuetos de su mente, siempre había temido por la salud de la niña. Y desde ese mismo punto misterioso muy al fondo de su espíritu, numerosas veces le habían llegado palpitos inexplicables. Presentimientos que desde lo más hondo de su subconsciente, se habían alzado como luces de bengala en noches serenas, y que para bien o para mal, casi siempre resultaron ciertos. Con justificada razón Tima sabía que no podía tomar a la ligera esos “fogonazos” o “espan-tos”, como ella misma solía llamarles.

La encontró sumida en su trance doloroso. La falta de sueño, el cansancio y el dolor que no la dejaba ni por un segundo, habían hecho ya un efecto devastador sobre su ánimo y energías después de dos días de lucha por dar a luz.

—Y ASÍ ES esta puta tierra. Un día hermosa y plácida, al día siguiente traicionera como una terciopelo agazapada y que sale del monte bajo y lo pica a uno cuando menos se lo espera. Ya lo veo, el tiempo de paz hoy llega a su fin. Mira ese cielo, amigo. Si parece que trajera el mar enterito en esa enorme panza como de res empachada —dijo Guy Malebrand con voz cansada, parado en la veranda de su hermosa mansión rural, mientras el viento que se tornaba rápidamente en vendaval, le agitaba la camisa blanca y el escaso cabello rubio que aún adornaba sus sienes.

Sus ojos de un azul gastado, contrastaban con la nariz enrojecida por el sol tropical, y la boca grande y de labios gruesos que se movían con amplitud como esculpiendo cada palabra. Aunque nunca lo había confesado a nadie, estaba orgulloso de sus ojos, que desde niño habían despertado elogios entre las mujeres lugareñas.

Por ello solía usar camisas con colores turquesa o índigo claro que realzaran el tono añil gastado de sus ojos. Pero lo que más le envanecía, y era como un instrumento de trabajo que había pulido con gran dedicación desde joven, era su voz. Era una voz que convencía con facilidad, una voz amable y viril que primero seducía, y que en seguida se imponía llevando a muchas y muchos de sus interlocutores a aceptar cosas y a hacer promesas de las que luego a menudo se arrepentían. Entonces, Guy, recurría otra vez al empuje de la persuasión o echaba mano de métodos menos gentiles, pero tan o más convincentes que sus sibilinas palabras edulcoradas con el encanto de su voz. Alguien que no quería a Guy, pero que le temía, había descrito esa voz “como un culebrón que sale de su cueva rosada y se te enrosca suavemente al cuello y luego aprieta duro mientras te acaricia con su lengüecilla partida hasta convencerte por hipnosis o te estrangula hasta morir”.

Junto a Guy en la veranda se encontraba su amigo Anselmo, un contador venido de la capital y avecindado en Caramango, un pueblo que había brotado y se había regado como un tumor maligno alrededor de un campamento petrolero a unos veinte kilómetros de San Vicente. El lugar era particularmente feo, pero era sin duda el asentamiento urbano más moderno de la región. Hacía diez años que Anselmo Recaret se había instalado en Caramango luego de ser contratado por la Compañía Petrolera Nacional (CPN), gracias a los buenos oficios de Guy Malebrand. Desde entonces había adquirido tierras al norte de la provincia en la zona que otrora fuera parte tradicional del gran territorio jumano. En realidad, más de la mitad de esas tres mil hectáreas eran propiedad de Malebrand, quien había hecho arreglos con la compañía petrolera para adjudicárselas a raíz de una expropiación del gobierno por razones de “interés público”. Anselmo Recaret había servido de testaferro y a cambio de ello se pudo adjudicar para sí mismo cerca de quinientas hectáreas.

Recaret era un hombre extremadamente sagaz, pero pusilánime. Gracias a los artilugios de Malebrand, ahora era un hombre acomodado que había podido comprar varias propiedades en la

capital adonde siempre había pensado retirarse. Odiaba el trópico, y en contraste con Malebrand, siempre se había sentido un extranjero en esas latitudes. Pequeño y nervioso, con una cara morena y larga, arrugada en forma prematura, con una expresión adusta y sobre la que rara vez brillaba una sonrisa, solía decir: “Aquí el hombre blanco se deshace más rápido que un pan de azúcar en café hirviendo”. En su fuero interno había decidido que su compromiso con Malebrand solo duraría hasta el día en que pudiera salir de ese infierno. Después vendería todo, de alguna forma se liberaría de su esposa, y se retiraría a vivir la buena vida en la capital con su amante de mucho tiempo.

Tomando otro trago de ron con Coca-Cola, miró también hacia donde los potreros se perdían en la distancia. Con un poco de resquemor dijo:

—Creo que ya me marchó Guy. Parece que se avecina un temporal. No es época todavía, pero aquí nunca se sabe. Como bien dices, esta tierra es veleidosa.

—No hombre, Palillo, quédate a dormir esta noche.”

A Recaret nunca le había gustado que lo llamaran así. Estaba demasiado consciente de su corta estatura y su cuerpo de carnes magras. Pero muy a su pesar se había acostumbrado al sobriquete que Malebrand (y por suerte en la región era el único que lo utilizaba) le pusiera con sus otros compinches de aventura en el internado salesiano de la capital, donde todos se conocieran de niños. Sin expresión visible en su rostro, respondió:

—Pues creo que mejor no. Mejor me marchó. Mañana temprano tengo una junta de la Coordinadora Regional con Sepúlveda, el nuevo director de Materiales y Adquisiciones.

Con desenfado, Malebrand encogió los hombros. Siempre le había sorprendido y disgustado un poco la untuosa delectación con que Recaret se refería siempre a todo ese farragoso mundo burocrático en el que parecía moverse como pez en el agua.

—Antes que partas Anselmo, me gustaría que dieras órdenes para que muevan todo el ganado hacia el caserío de Lencho Viejo, donde las tierras son altas y seguras.

—No te preocupes Guy, hace más de una semana que comenzaron a arrear cerca de dos mil reses hacia los corrales de invierno. Además, creo que no se recuerda por estos lados que haya habido nunca una inundación tan fuerte como para cubrir ni siquiera un cuarto de los terrenos de Palo Colorado. No te preocupes, las reses podrán pasar allí los meses de aguas sin problemas. Tenemos pasto suficiente, y en los últimos años en esos potreros no hemos tenido casi víboras ni garrapata.

En lo último, Anselmo tenía razón. De todas las tierras de Entre Ríos, las del rancho Palo Colorado eran las mejores. Planas, relativamente altas —casi sesenta metros sobre el nivel del mar— y con buenos pastizales que proveían de alimento abundante a cerca de tres mil reses que rumiaban en ese gran desmonte. En época de lluvias, solo una pequeña porción del gran rancho se inundaba. Pero un declive adecuado permitía la pronta evacuación de las aguas apozadas, evitando que proliferaran demasiado las alimañas y los hongos venenosos para el ganado, y que prosperaban en tiempos de mayor humedad. Los terrenos en cuestión habían sido ilegalmente expropiados mediante intrigas en las que el viejo cacique Horquilla había sido primero un rival, y luego un asociado secreto de la maniobra que había despojado de sus tierras a cerca de doscientos campesinos jumanos y mestizos. Sin embargo, desde hacía tiempo el asunto había sido acallado, y solo en conversaciones de cantinita de aldea o en pequeñas reuniones a veces todavía se comentaba lo ocurrido. Después de todo, ese incidente era apenas un minúsculo episodio en el vasto drama que venía transformando esa tierra desde hacía ya un buen tiempo.

Lo cierto es que Recaret estaba ansioso por partir no solo debido al aguacero que parecía aproximarse. También estaba incómodo al sentir el malhumor y la desazón apenas encubierta de Malebrand. Una semana atrás, la esposa de Guy había alumbrado una niña. Era el séptimo —y sería el último— vástago en una serie de embarazos que se había iniciado a menos de nueve meses después de que Malebrand y su flamante y juvenil esposa contrajeran matrimonio.

El parto había sido fácil. Sin embargo, transcurridos apenas dos días después del nacimiento del infante, doña Teresa se había enloquecido, y en un raptó tan inexplicable como perturbador, había arrojado al bebé desde la ventana de su dormitorio al jardín. Por fortuna, el hecho había ocurrido cuando una vieja sirvienta regaba las flores que crecían debajo de la ventana. Con asombro, la mujer había visto descender al bebé como un angelito caído del cielo sobre la mullida cama florida debajo del ventanal. Poco después, Guy Malebrand corrió al dormitorio de Teresa para encontrarla encogida, en posición fetal, sobre la cama aún con sus ropas de dormir. Cuando Teresa lo vio entrar corriendo con el rostro pálido, lanzó un alarido y en un ataque de histeria comenzó a desgarrarse las vestiduras mientras se revolcaba sobre la cama. Luego con manos convulsas se jaló el cabello, arrancándose grandes mechones de pelos que arrojaba al piso. En un segundo de calma, se detuvo en medio de su agitación demente, y fijó sus ojos muy abiertos y enrojecidos en el rostro de su marido, que la observaba tenso y sin moverse a un par de metros de la cama. Fue una mirada tan profunda de desesperanza, que Guy jamás podría borrarla de su mente.

Solo con la llegada del cura y el médico, quienes vinieron a marchas forzadas en un vehículo especialmente enviado por Malebrand, la situación pareció recobrar un mínimo de normalidad en la gran casona llena ahora de cuchicheos entre la numerosa servidumbre. Al día siguiente, por consejos de ambos, el médico y el cura, Malebrand había enviado a su esposa con su hermana menor rumbo a la capital a la casa de los padres de Teresa. Antes de la partida, Malebrand le había dicho con voz algo dura a su hermana:

—Cuidala mucho hermanita. Sé que quizás extrañarás la vida por aquí, pero quiero que te quedes con Teresa hasta que esté en condiciones de regresar... ¡Que no vuelva hasta que se encuentre totalmente recuperada! ¿Me oyes bien hermana? Hasta que su mente esté derechita otra vez... y si no... ¡Que se quede por allá para siempre con los suyos!

—Confía en tu hermanita Guy. Te voy a extrañar, pero te prometo que te escribiré o te llamaré cada semana. Y ojalá Teresa

se reponga pronto para que podamos regresar cuanto antes a Palo Colorado –dijo Margarita empujándose para darle un beso en la mejilla a Guy y ocultar la sonrisa y el arrebol que de pronto había tomado por asalto su rostro.

En el fondo, Margarita, diez años menor que Guy, siempre había deseado trasladarse a la capital. De modo que aunque no dejó que se transparentara, recibió con regocijo las órdenes de su hermano. Sabía que este, además, proveería generosamente para su estadía en la gran ciudad. Allí, en Santa Fe de Arcadia, podría encontrar un buen partido, escaparía del pesado bochorno del estío y de la deslucida vida social de la provincia. Además, los padres de Teresa eran personas tolerantes y agradables, a quienes ya había tenido ocasión de conocer durante un par de viajes anteriores al centro del país.

## **Teresa Santiesteban y Guy Malebrand, Arcadia, 1934 en adelante**

Al año de regresar de su viaje a Francia había comenzado a buscar esposa. Había decidido que sería una mujer atractiva, bien educada, de buena familia, más joven que él, mucho más joven, y sobre todo dócil y complaciente. Quería una compañera para el resto de su vida. Una mujer trofeo, una esposa bella y virtuosa a quien pudiera poner en un pedestal, para que a su vez ella lo reverenciara desde allí. Una buena esposa, fiel, y dedicada en cuerpo y alma a su familia.

Conoció a varios prospectos, pero no conseguía entusiasmarse. Casi nunca eran una combinación adecuada de los atributos que él quería en su futura esposa. Conoció hermosas mujeres jóvenes. Pero o bien eran tontas, o muy vanidosas, o poco instruidas, o sexualmente poco atractivas aunque fueran bonitas, buenas y cultas. Por fin, su madre lo introdujo con una familia amiga de la capital, cuya hija mayor ya era casamentera. De inmediato sintió que esa mujer era perfecta para él. En contra de lo que él mismo esperaba, pronto se enamoró, o creyó enamorarse, de Teresa Santiesteban.

Aunque quizás demasiado instruida para su gusto, la belleza y la alegría espontánea de la joven rápidamente hicieron mella en su naturaleza escéptica y desconfiada, dejándolo inerte por un tiempo, lo suficiente como para que un atisbo de enamoramiento echara raíces en el corazón. Además, experiencia poco habitual para él, esta era una mujer en quien reconocía una gran inteligencia, un don de gentes que contrastaba con su propia rusticidad, y con ella podía conversar sin nunca aburrirse. Un día vino a reunirse con él con todo su profuso cabello castaño y ondulado flotando sobre sus hombros y su espalda, y ese detalle le produjo deseos sexuales en forma casi inmediata. Su pasión se encendió aún más, cuando observó por primera vez con atención sus labios muy llenos y entreabiertos mientras se pasaba la lengua entre los dientes luego de una frase muy larga que parecía haberlos secado. Decidió que no podría seguir viviendo si no poseía cuanto antes a esa mujer. Muchas noches soñó que la chiquilla esa era suya. De modo que muy pronto le propuso matrimonio, y fue aceptado por Teresa, quien también disfrutaba de la compañía de ese hombre tan viril y contenido. Le atraían su misterio, su fuerza animal, combinada, esta última, con una indudable inteligencia y con un sentido del humor que al principio le resultaba algo extraño, hasta que comprendió la velocidad y profundidad irónica con que Guy captaba momentos y personas. Posiblemente fue esa complejidad no aparente de Guy, la que le resultaba más atractiva. Fue capaz de percibir la sutileza del hombre detrás de su fachada simplona, casi animal en su rusticidad. Y también descubrió con sorpresa, que ese supuesto provinciano de las tierras calientes lejanas, poseía en realidad un espíritu cosmopolita que emanaban no solo de sus raíces francesas bien preservadas, sino de un gran amor por la lectura y los viajes.

Pero se equivocó cuando pensó, ya algo infatuada, que esa fachada provinciana era expresión de modestia y vulnerabilidad. Con los años comprendería que era otra faceta más de una personalidad bien determinada y afincada sobre un pragmatismo sumamente efectivo en su combinación de elementos en apariencia disímiles. El noviazgo había sido breve, pero intenso. Ya antes de

llegar al altar, Guy había conseguido saciar su libido descomunal a través de una serie de encuentros furtivos. Habían pernoctado en distintos hoteles elegantes. Se habían quedado también en apartamentos prestados por amigos solteros queriéndole hacer un favor especial a un hombre que pronto llegaría a ser rico e influyente, al sumar su cuantiosa herencia a su talento natural para hacer dinero por cualquier medio. Teresa había descubierto también con delección, la propensión natural de su cuerpo hacia el placer físico, en sesiones de pasión que se prolongaban por tardes enteras. Guy demostró en esos primeros tiempos ser un amante avezado, cuidadoso y lleno de inagotable imaginación sensual que no dejaba de sorprenderla cada noche, o a veces varias veces al día en los lugares y momentos en apariencia menos propicios. Pensó que la intensidad de esa gratificación física auguraba un futuro paradisíaco junto a Guy, quien además le prodigaba toda clase de pequeñas atenciones que la embargaban de felicidad. Se sentía flotando sobre las nubes doradas de un edén que había descendido de súbito en el centro mismo de su vida.

Teresa ya estaba embarazada de su primer hijo cuando contrajo matrimonio con Guy. Durante los meses de noviazgo había practicado poco el piano, en el cual, según varios expertos que la habían escuchado, poseía un talento y soltura natural que con práctica podría convertirla en una intérprete de gran virtuosismo. Sus interpretaciones eran originales y de indiscutible maestría técnica, faltándole solo la convicción necesaria para dedicarse ocho o diez horas diarias a la práctica del instrumento. Pero su verdadera pasión era la literatura. Siempre había sido una ávida lectora, y desde temprano había mantenido un diario en el que escribía todos los días. Además, escribía numerosas cartas a quien tuviese el tiempo, la energía y la dedicación para mantener al día un intenso intercambio epistolar con ella. Las palabras que escribía eran como cuentas de un collar multicolor, que ella hilvanaba con facilidad y gran placer. Escribir jamás sería para ella una tarea penosa o impositiva; las cuentas de sus narraciones se sucedían con absoluta naturalidad y, cuando terminaba alguna narración y volvía sobre

ella para leerla de un jalón, descubría que el todo, la secuencia y el ritmo de lo que había escrito se ajustaban a la perfección a todo lo que su fantasía deseaba desplegar.

Apenas dos meses después del matrimonio, Guy decidió trasladarse a una recámara separada. Arguyó que ella necesitaba una cama amplia para descansar en forma adecuada durante el embarazo. Teresa pensó en disuadirlo, y sonriendo le puso una mano sobre la mejilla, le despeinó el cabello escaso de manera juguetona, y le dijo:

—Querido, yo solo podré descansar bien sintiendo tus brazos alrededor mío. Solo contigo estaré realmente a gusto.

Él se desprendió algo enfadado y le respondió sin sonreír:

—No Teresa, quizás en realidad tú no estés tan mal, pero yo necesito mi privacidad. Es mejor que te acostumbres, porque yo solo así estaré a gusto.

Y para suavizar en algo sus palabras, le tomó la cabeza con ambas manos y le estampó un gran beso paternal en la frente. Luego, queriendo alegrarla un poco, le dio una suave palmadita sobre las nalgas, y mientras se alejaba rumbo a sus menesteres, le dijo con una sonrisa de complicidad:

Pero no te preocupes, todas las noches te haré dulce compañía... Al menos por un rato.

Ese fue el primer golpe, y quizás el más significativo. Desde ese prematuro instante, Guy solo fue una función práctica y un papel formal en la vida de Teresa. Casi cada noche la visitó para descargar sus bríos sexuales sobre una Teresa cada vez más indiferente, pero su pasión nunca fue como en esos luminosos y ya casi imaginarios primeros meses de noviazgo. Los embarazos se sucedieron uno tras otro, con la predictibilidad de las estaciones del año. Los esposos se tornaron cada vez más distantes y solo de vez en cuando conversaban. Ya rara vez compartían inquietudes más allá del intercambio rutinario de pequeñas novedades domésticas, o cuestiones relativas al rancho de Palo Colorado, adonde se trasladaron apenas nacido el primer hijo.

Teresa no se sintió nunca completamente dichosa en Palo Colorado. Pero no por ello dejaba de apreciar algunos rasgos

sobresalientes de la belleza salvaje de esa tierra tan difícil. Los atardeceres eran magníficos. Cuando el sol se levantaba de madrugada luego de una lluvia nocturna, el día se anunciaba con una luz diamantina y de gran pureza, y las primeras horas eran frescas y estaban animadas por una algarabía melódica de cánticos de innumerables aves y pajarillos, que con su música celebraban la nueva jornada. Las tormentas explotaban con una energía divina y demoníaca al mismo tiempo, y el redoble de sus tambores gigantes hacía estremecer al mundo. La infinita variedad de plantas, así como las miríadas de insectos, aves, mariposas, y toda suerte de animales que habitaban la región, eran en verdad portentosas.

—Algo bueno y maravilloso debe ocultar esta tierra en su seno tras su fachada tan poco amable, para que tantas criaturas y seres quieran vivir aquí —le escribió Teresa a su madre al tercer mes luego de su llegada a Palo Colorado, y esa reflexión sintetizaba a cabalidad aquellos pensamientos y sentimientos más íntimos que jamás comentaría con Guy. Y con justa razón, pues este de seguro los haría a un lado como hojarasca nacida de la sensiblería inútil de su esposa.

Entre embarazo y embarazo, y el cuidado de los hijos que se sumaban sin fin, Teresa encontraba solaz únicamente en ocasionales paseos al campo y a la playa cercana, y en su diario que mantenía con celo fanático. Pero, poco a poco, su amor por escribir se fue extendiendo con toda naturalidad hacia la elaboración de cuentos y poemas, que una vez terminados, guardaba en un arcón al pie de la cama matrimonial que desde años ocupaba sola o en compañía del último de sus hijos. Y mientras ella se internaba cada vez más en su propio mundo ajeno, Guy se involucraba obsesivamente en sus amoríos, las intrigas políticas, y la expansión de su pequeño imperio.

Después del nacimiento de su tercer hijo, Teresa decidió emprender por fin una empresa más ambiciosa que le diera algún foco a su dispersa actividad literaria. Decidió escribir una novela. Sería la historia de una joven criada en un ambiente frívolo capitalino, a quien una serie de circunstancias dolorosas e imprevistas dejan

enfrentada a la necesidad de buscar una identidad diferente de la que la sociedad ha impreso en ella, y que a su vez espera que la acepte y represente en todo momento. En su mente, delineó a grandes rasgos, la lucha épica y trágica de esa joven por liberarse de la camisa de fuerza que la sociedad –su medio social inmediato– quería imponerle.

El título tomó forma en su mente casi de inmediato después que decidió lanzarse a esa nueva tarea. Decidió llamarla *La mansión de mármol*.

El personaje principal se llamaría Elsa Santelices. La hermosa Elsa se mueve entre los nuevos ricos capitalinos –gentes cuyas fortunas han sido forjadas en la banca, el comercio, la especulación financiera, pero sobre todo mediante sus vínculos con la clase política que dirige al país–. En medio de este mundo, Elsa, de veintiséis años, busca un marido que satisfaga sus ansias de ser admirada y al mismo tiempo que le brinde todos los lujos de una gran fortuna. Su búsqueda, sin embargo, llega a su fin cuando se involucra con un hombre rico, pero casado y de importante posición en la política nacional. Esto causa un gran escándalo. La relación fracasa y el hombre rico y poderoso se aleja de ella en forma tan indigna como precipitada. Elsa es marginada de su mundo familiar de vacuas convenciones, y es forzada a encontrar un nuevo camino, presumiblemente más auténtico, en su propia vida. Era a partir de ese punto que la novela comenzaría. Y hasta ese punto, Teresa pudo escribir sin problemas las ciento cincuenta páginas de los dos primeros capítulos, pero luego, enfrentada a su propio vacío interior, toda su inspiración pareció secarse.

Teresa se hundió así en la indiferencia y perdió peso. Viendo su tristeza, su única y mejor amiga en Palo Colorado, Marianita, la afable cocinera, le aconsejó ver a una curandera de Entre Ríos. Así fue como doña Tima llegó por primera vez a la mansión de Guy Malebrand. Teresa la hizo venir un fin de semana en que Guy se encontraba de viaje en otra provincia del país. Tima la sometió a un escrutinio detenido, le tomó el pulso de ambas manos, y le pidió que desnudara su torso. Un poco cohibida, pero impresionada por

la seguridad de la curandera, Teresa no se atrevió a objetar. Tima fue palpando con fuerza la espalda, presionando más sobre ciertos puntos que sobre otros e inquiriendo con respecto a si había dolor o no. Luego de un prolongado examen que duró más de una hora, Tima se secó el sudor de la frente con un pañolón que traía en una bolsa grande de trapo con tiras de cuero, y le dijo:

—Esta bien niña, ya puedes vestirme. Lo que tú tienes es frío adentro. Te voy a calentar otra vez, pero tu mal no se irá en forma permanente. Al menos no hasta que encuentres algo que te dé calor en el alma. Eso ya dependerá de ti niña. Yo solo puedo encaminarte hacia la sanación completa, que tú sigas o no la senda apropiada, eso ya depende solo de ti, mi niña.

Y Teresa supo de inmediato que esa tibieza de la que hablaba la curandera solo podría venir de su amor —y el reflejo que sobre ella tendría— por su trabajo como escritora. Y supo también que escribiría no para el mundo y su posible reconocimiento, sino por su propia salvación. Escribiría para no enloquecer o morir marchitándose poco a poco. Escribiría o moriría. Así de simple.

DESPUÉS DE LOS conjuros y salmos con velas, los masajes, los rezos, y luego de tomar por un mes el té que doña Tima le recetara, pudo finalmente escribir la primera página del tercer capítulo. Poco a poco fue recuperando sus fuerzas psíquicas. Era un proceso que se retroalimentaba a sí mismo: su trabajo le permitía enfrentar a sus propios fantasmas, y al disiparse estos, su alma se entibiaba al ritmo de las páginas escritas que se acumulaban como hojas caídas del aguacate gigante que daba sombra al pequeño estudio donde se sentaba a trabajar todos los días. Y la satisfacción y la confianza que obtenía al lidiar con sus temores y necesidades afectivas le permitían escribir cada vez con mayor aplomo. Y aunque Elsa no era exactamente el *álterego* imaginario de Teresa, ambas compartían el mismo agónico deseo por encontrar algún asidero de amor, intimidad y autenticidad en sus existencias vacías más allá de las salvaguardas convencionales de la vida social. Ambas compartían, además, un sentido frágil e inestable de su propia identidad. Esa

vulnerabilidad se expresaba en una necesidad compulsiva por hallar un espejo exterior en el cual su “yo” se encontrase definido y reafirmado, pero al final de cuentas, siempre de manera distorsionada e insatisfactoria.

Teresa terminó al cabo de un año su novela, escribiendo casi a hurtadillas, y escondiendo el manuscrito no solo de su propio marido, sino del resto del mundo. Cada vez que Guy inquirió por sus largas sesiones solitarias en el estudio que se había hecho en el cuartito de costura, ella le respondía que estaba estudiando ruso.

—Un idioma tan expresivo y de una fonética tan hermosa y me hace muy bien, ya que me concentro en eso y me olvido de todo... De todo lo demás —agregó poniendo énfasis en la última palabra, cuando su marido quiso convencerla que mejor se dedicara más tiempo a los niños o a la manufactura de pasteles franceses, en cuya confección ella era antes una experta.

Guy se encogió de hombros y se alejó con una mueca sutil de desagrado, pero convencido de que su esposa, quien ya dominaba cuatro o cinco idiomas, de seguro perdía el tiempo aprendiendo otra lengua tan bárbara como inútil. Y mientras Guy se enfrascaba en sus tortuosas luchas por más tierras, más ganado, más influencia política, más dinero y más amantes con las cuales pasar sus escasos ratos libres, Teresa escribía casi con desesperada delectación. Era su pequeño gran secreto. La medicina privada con que restañaba y consolidaba su propio corazón, para que de este modo su alma no volviera a “enfriarse”, quizás para siempre. Pero luego vinieron más hijos, y más responsabilidades maternas que solo parecían hacerse más complejas y más agobiantes con el transcurso del tiempo.

PERO EL ACABOSE para ella fue cuando quedó embarazada de Teresita, a pesar de tantos cuidados que había puesto en impedir que su marido la fecundara otra vez. Había recurrido a cuanto menjurje le recetaron para impedir que los tenaces espermios de Guy alcanzaran su objetivo fatal. Sin embargo, cuando su vientre de pronto se expandió casi como respondiendo a un hechizo maligno, a pesar de que no había dejado de sangrar ni un solo mes,

Teresa supo que estaba preñada de nuevo. Guy observó unos pocos días después la transformación sutil pero evidente en la cintura de su esposa. Se acercó a ella mientras se vestía luego del baño, y la tomó por atrás y cruzó sus manos sobre el vientre de ella, y en tono triunfal le susurró al oído:

—¿Cómo se dice en ruso?... y vamos pariendo otro Malebrand, amorcito, corazón.

Teresa no respondió nada y se volvió a mirarlo casi con desprecio, pero él ya iba rumbo a la puerta que conducía a las escaleras que llevaban a la planta baja, y de nada se percató. Los meses transcurrieron uno tras otro como en una pesadilla silenciosa que avanza por un túnel sin final. Callada, Teresa se sentaba junto al gran ventanal de su dormitorio, y dejaba pasar el tiempo con la misma indiferencia terminal con que un presidiario de por vida ve transcurrir los días y las noches por un ventanuco en su celda. Y la fuente de inspiración volvió a secarse. Esta vez de manera que parecía tan definitiva como irremediable.

## **Un bebé que no llora, isleta de Francisco Junín, 4 de enero de 1949**

Afuera el viento y la lluvia golpeaban con furia intermitente, como latigazos, sobre la vieja estructura de la casona. Tima se afanaba con sus masajes y compresas, y como buena curandera de un mundo en transición, al final le aplicó una inyección en la base de la espina dorsal a Sanjuanita. Nona e Hilitos sostenían una vela y un candil cada uno, que proyectaban sombras chinescas sobre los muros blancos del cuarto donde yacía Sanjuanita. Luis estaba en la cocina manteniendo el fogón encendido para calentar agua con la que Tima había preparado la inyección, compresas, y un brebaje de “diecisiete hierbas” —mismo que siempre anunciaba con tono de misterio y orgullo— y que luego había dado a beber a Sanjuanita.

Pasaron otro par de horas. Tima había recurrido para ese entonces a medidas aún más extremas para facilitar el alumbramiento. Con ayuda de Hilitos y Luis había bajado a la debilitada

Sanjuanita de su hamaca y la había puesto de cuclillas sobre un par de adobes. Sobando el vientre desnudo y adolorido de Sanjuanita, que no dejaba de contraerse sin resultados evidentes, había conseguido situar la cabeza del bebé sobre la posición de salida. De inmediato tomó dos tablillas de una madera muy suave, y las amarró con fuerzas a los costados de la ingravidez de Sanjuanita, de manera que formaban una especie de rieles o marco a los lados de la panza, impidiendo que el bebé se saliera de la posición de salida con la cabeza apuntando hacia el canal de parto. Luego, con movimientos circulares y diestros, empujó con lentitud, pero con firmeza, presionando con una mano la parte superior del vientre de la muchacha, mientras con la otra, introducida en las intimidades de Sanjuanita, dirigía la cabecita del bebé por el canal materno que lo llevaría hacia la salida y el mundo. Sanjuanita apretaba los dientes y seguía refugiada en un limbo nebuloso, desde donde todo lo que ocurría a su alrededor parecía como un escenario lejano. Como una historia que alguien le narraba desde la distancia en forma vívida, pero de algún modo misterioso, ajena a ella.

Con emoción vieron como se asomaba la cabeza negra y mojada del bebé. Cuando su cuerpecito terminó de aparecer por completo, Nona dijo:

—Un niño, miren un machito más al mundo.

Y todos miraron con amorosa atención bajo la luz escasa, ese cuerpecito tan nuevo y, sin embargo, tan perfecto en su plenitud humana. Exclamaron de sorpresa y alegría cuando todos observaron un triángulo equilátero más oscuro, pero perfecto en su geometría, dibujada sobre la base de la columna vertebral y que descendía en punta hacia el nacimiento de las nalguitas regordetas del bebé.

—Eso es una marca, una marca muy especial que lleva este niño...  
—apuntó con solemnidad Tima, y todos asintieron en silencio.

En el momento en que se aprestaban a lavarlo con agua tibia, un ruido atronador aunque lejano se escuchó de pronto. Fue como una gran roca que cayera de lo alto de un acantilado, seguido por un retumbar sordo y profundo como un millar de reses corriendo al mismo tiempo. Lívido, Hilitos se enderezó con la luz de la

vela que tenía en la mano reflejándose temblorosa sobre su rostro. Como un animal del monte, tenso y alerta, apenas respirando, Hilitos escuchó con atención el ruido que crecía por momentos. De pronto gritó:

–Se rompió el bordo de Matías Alamilla... ¡Es el agua que se viene!

–¿¡Qué!? ¿¡Qué dices Hilitos!? –exclamó Tima atónita.

–Que el bordo se rompió y lo que se oye es un muro de agua que se nos viene encima. Agarra a la niña y al bebé, vamos para la canoa. ¡Rápido mujer!

–¡Estás loco, si ni siquiera he cortado el cordón!

–No importa mujer. Escúchame, por amor de Dios, que solo nos quedan minutos.

Y agachándose tomó el cuerpo de Sanjuanita entre sus brazos mientras le gritó de nuevo a Tima:

–¡Tú agarra al niño y a correr!

EL BORDO DE Matías Alamilla había sido construido por el hacendado del mismo nombre con el trabajo de centenares de campesinos mestizos e indígenas, hacía ya un poco más de un cuarto de siglo. Era un muro de piedras y lodo con el cual se había contenido una parte del canal superior –no el mismo por el cual Hilitos había venido en su cayuco– que desembocaba en la laguna de la isleta de Nona. Con esto se habían conseguido drenar unos excelentes terrenos planos, pero demasiado bajos para utilizarse sin ayuda del bordo. Esos terrenos tenían, además, la ventaja de haber sido deforestados en tiempos que nadie recordaba ya, antes que la topografía cambiante de la región los hiciera susceptibles a periódicas inundaciones. Al terminarse el bordo y drenarse y secarse los terrenos aguas abajo, se descubrieron estructuras de piedra que antes se asomaban sobre el nivel del agua como pequeñas islas cubiertas de lodo, mangles y pastos. Debajo de esas islitas cubiertas de barro y algas en las secciones antes sumergidas, el sol pronto hizo evidente al secar todo el sedimento acumulado, que se trataba de

pirámides y no de promontorios naturales. Un viejo campesino jumano que participaba en las faenas del tranque, dijo con voz seria:

–Eso lo levantaron los antiguos. Los abuelos de los abuelos de nuestros abuelos. Ellos limpiaron esos terrenos. Ahora nosotros hicimos el bordo para que don Matías ponga sus reses a pastar entre los sueños de nuestros antepasados. Así es la vida, así es la vida... bueno, al menos por aquí.

Terminó moviendo su cabeza de un lado a otro, en forma sentenciosa, el anciano.

Los campesinos que le acompañaban asintieron en silencio. Solo un muchacho jumano aún imberbe, le retrucó al viejo en tono de broma:

–Y qué querías abuelo. Que nomás el pejelagarto y el caimán disfrutaran del trabajo de los antiguos.

Y luego sacando un fajo de billetes de la paga reciente, agregó agitándolo como si fuera un abanico de papeles:

–Vamos amigazos, yo invito las putas cervezas.

Y se fueron todos caminando entre chanzas y risas rumbo a la cantina del pueblito más cercano.

Apenas unos años después del drenaje de los terrenos, don Matías mandó a demoler casi todas las pirámides.

–Aquí hay una fortuna en piedras de granito que no abundan por estos lugares. Estas deben haberlas traído desde los faldeos de la sierra, por ahí donde están las Canteras de Talala –dijo Matías Alamilla casi frotándose las manos de satisfacción.

Silbando suave entre los dientes, Paco Román, su capataz mayor, se sorprendió:

–¿Talala? Puchas patrón si eso está como a trescientos kilómetros de estos lados.

–Precisamente Paquito, precisamente...

A continuación don Matías hizo que sus peones albañiles cortaran los bloques de piedra en trozos más chicos para ampliar la casona patronal de la hacienda. El resto de las viejas estructuras dispuso que se utilizara para reforzar el bordo. Cada año, Matías Alamilla haría que se agregaran más bloques de piedra y lodo,

como si presintiera que incluso esa gruesa cortina de rocas y barro seco y limo molido hecho argamasa, no podría rivalizar con una tempestad grande, de esas que estallaban cada medio siglo, y de las que él nada más tenía noticias por los criados más viejos de su hacienda. Por ello se esmeró cada vez que pudo, en seguir erigiendo su propio monumento práctico con el cual calculaba que se agregaría su nombre a la posteridad regional. Tanto así, que el bordo llegó a levantarse, incluso en época de lluvias, varios metros por encima del nivel del ancho brazo acuático que se fue formando a ambos lados del bordo: aguas arriba formó una laguna importante, y aguas abajo era una suerte de canal ancho que se movía entre los potreros despejados y que se unía a la laguna de la isleta de doña Nona, la cual recibió el impacto concentrado de lo que antes eran aguas dispersas, y se sumió al menos unos seis o siete metros más por debajo del nivel anterior. Para fortuna de doña Nona y su familia, la casita que tenían estaba sobre un promontorio natural bastante alto que se encontraba casi en el centro de la isla.

En veinticinco años, el bordo había permanecido incólume ante los peores huracanes que varias veces en ese período azotaron la región. Cuando una epidemia de malaria se llevó a don Matías, uno de sus hijos que había estudiado ingeniería en la capital, dispuso, como una precaución adicional, que junto al bordo se cavara un canal de desagüe que aligerara la presión sobre la represa. Así, en caso de que la laguna detrás del bordo subiera cerca de unos dos metros de la parte superior del muro de contención, tendría una vía de escape para aliviar la presión e impedir que se rebasara la rudimentaria presa. Eso ocurrió con frecuencia, y así se formó el brazo fluvial que serpenteando entre los potreros drenados por los Alamilla, desembocaba en la laguna de la isleta.

Aguas abajo del bordo, casi a los dos años después de terminado, se establecieron tres caseríos. Dos en tierras del rancho de don Matías, a quien pagaban con una cierta cantidad de jornadas de trabajo obligatorias por año, y el otro en terrenos de reciente colonización a orillas de la laguna natural donde vivían Nona y su gente en la casita de la isleta. Este caserío estaba justo al frente de

la isla donde los abuelos de Nona habían erigido con gran orgullo una casa de “material pesado” —adobe, tejas de greda cocida y grandes vigas de hermosa madera dura tropical que obtuvieron del bosque talado para abrir el claro de la mesetita central de la isla— años antes de que Matías Alamilla levantara su famosa “represa”.

El abuelo de Nona había ocupado la isla como parte de uno de los primeros planes de colonización oficial de la región. Había venido del norte lejano del país, y se instaló en la isla mucho antes de que nadie considerara siquiera la posibilidad de que pudiera ser ocupada. Los otros colonos habían preferido quedarse en tierras más altas, ahora colindantes con Palo Colorado y la hacienda de los Alamilla. De hecho, muchos de esos infortunados habían perdido sus parcelas ante la tortuosa maniobra que había permitido a Malebrand la ampliación de su rancho a buenas tierras ya desmontadas.

Francisco Junín, el abuelo de Nona era, sin embargo, un hombre orgulloso. Decidió que él viviría en su propio reino. Se apartó de sus camaradas colonos para establecerse muy lejos y muy independiente. Todos pensaron que estaba loco. Impresión que se reforzaba por su aspecto extraño: muy alto, desgarrado y flaco, con una cabeza cubierta de cabellos indómitos que escondía debajo de un sombrero de jipijapa de ala muy ancha, con tiras negras entrelazadas en bonitas grecas y diseños geométricos típicos de su terruño y que él mismo confeccionó, y unos ojos que abría mucho al hablar, y para rematar, una voz estentórea como un trompetazo, y que se trababa de vez en cuando, sobre todo, en aquellos momentos en que se aceleraba por alguna alegría o irritación pasajera.

Pero Francisco, sin detenerse a ponderar ni por un segundo las objeciones de sus vecinos, pronto se puso a talar la parte más alta de la isla que resultó ser una meseta bastante plana y fértil. Sembró tubérculos, maíz, ají, porotos bayos y negros, y hasta tomates, melones y sandías que se dieron en abundancia. Francisco nunca sintió atracción por los cayucos o las canoas rústicas, de modo que utilizando los conocimientos de su tierra, construyó un amplio y largo bote de remo con una caseta, y al cual se le podía agregar una vela central en los días propicios. Ciertamente el bote no serviría para

navegar los estrechos y con frecuencia poco profundos canales de la región. Pero su único interés era pescar en la laguna con red y línea, y llevar sus productos a la otra orilla para luego venderlos en San Vicente. A los dos años se casó con una mujer de un pueblo aguas arriba, y comenzó a levantar la extraña casona de adobe, tejas y madera que sería su orgullo y su mayor legado; “extraña” para ser una casa campesina de la región, pero típica de la provincia norteña de Axcalatzú –o Ascalatzú, como le decían ahora casi todos en la República Independiente de Panguera (RIP)- de donde había venido Francisco Junín. Completó la obra de su vida construyendo un horno redondo y amplio de adobe, para cocinar pan. En San Vicente vendió maíz y compró trigo. Con ayuda de su esposa, quien pronto se convirtió en una experta, horneaban los fines de semana unos panes grandes que luego llevaba a vender al mercado, no sin antes haberse asegurado una buena ración para su familia y amigos ribereños.

Francisco vio con sorna la construcción del bordo. En voz alta una vez comentó:

–Ese loco del demonio no sabe en qué se está metiendo. Yo he visto como se crecen aquí las aguas en tiempos de temporal. A la primera lluvia fuerte las aguas se lo van a llevar hasta el mar. Lo malo es que nosotros vamos a estar aquí como tarados justo para recibir el golpe del agua, que ahora se va a venir con piedras y una montaña de barro.

Pero el tiempo pareció darle la razón a Matías Alamilla. Y de hecho, Francisco vio con secreta satisfacción que su pequeño reino acuático para pescar se había ampliado al subir un tanto el nivel de la laguna. Descubrió que los nuevos terrenos que quedaban de bajo del agua unos meses y luego salían a la superficie por otros seis meses, eran prodigiosamente fértiles para sembrar y cosechar antes de que se desplomaran sobre la región los primeros temporales al terminar el llamado “verano”. Sin embargo, años después de construido el bordo, Francisco seguía murmurando en contra de este, sin que nadie pusiera ya mayor atención a sus protestas. Hubo fuertes lluvias, y el bordo permaneció incólume. Nadie escuchaba ya las monsergas del viejo panadero loco de la isleta.

Con el tiempo, la existencia del bordo fue asumiendo una realidad casi natural, como si estuviera allí desde tiempos inmemoriales, igual que el monte, los ríos y las marismas. La posibilidad de que alguna vez fuese rebasado por las aguas, y menos aún destruido por estas, se disipó por completo de la imaginación popular de los alrededores.

SOLO LA SAGACIDAD de Hilitos podía haber deducido que el ruido sordo que se escuchaba en la distancia, proviniese de la rotura del bordo a casi veinte kilómetros de distancia. Sobre todo, considerando que si bien la lluvia había sido intensa hasta ese momento, había comenzado unas pocas horas antes. Pero aguas arriba, desde donde comenzaba la sierra hasta las alturas más frías de esta, la lluvia había estado azotando desde hacía diez días. A ello venía a sumarse un temporal que en pocas horas había anegado las tierras bajas, ya de por sí parcialmente cubiertas de agua. Desde hacía un par de días El Magnífico se había desbordado, inundando toda la zona del delta, y también las zonas superiores del río cercanas a la capital provincial. Así, el canal que llevaba al bordo y se convertía en una laguna frente a él por el lado superior, de pronto recibió una carga descomunal de agua. Unas horas antes de que el bordo por fin cediera, el canal de desagüe quedó rebasado, se obturó con rocas, lodo y troncos arrastrados por la corriente, y el agua comenzó a caer como una cortina por encima del muro de la represa. Este sería el comienzo del fin.

Un vaquero que pasaba por el lugar a pesar de las severas inclemencias del tiempo, al ver el espectáculo desde una lomita en cuyos faldeos el agua ya formaba una playa convulsa que ascendía muy rápido, se bajó apresurado de su montura y se puso a rezar de rodillas debajo de un roble centenario que coronaba el cerro. Numerosos parientes y amigos suyos vivían aguas abajo del bordo. Luego, aún a sabiendas que era poco lo que se podía hacer, salió al galope con rumbo a la casa patronal del rancho de los Alamilla. Al final de cuentas, los pronósticos de Francisco, después de treinta años habían terminado por cumplirse. Se había

corroborado así su obcecada intuición de zorro campesino, dos décadas después de su muerte.

Apenas media hora luego de que el desborde inicial fuera presenciado por el vaquero, la represa de tierra y piedras cedió por uno de sus costados. Como una gigantesca víbora líquida, el agua se precipitó por el boquete ampliándolo más y más, hasta que casi todo el bordo fue arrasado. Ya no fue una víbora, sino una amplia alfombra de agua que se fue abriendo paso como una estampida de espuma, troncos, ramas, piedras, y muy pronto se agregaron casas, animales del monte y domésticos, y numerosos seres humanos que se vieron arrastrados por la mazamorra.

Por fortuna –si tal palabra tuviera cabida para describir semejantes eventos– a medida que avanzaba aguas abajo, el aluvión se expandía, se hacía menos elevado, y perdía algo de su fuerza inicial. Cuando Hilitos escuchó el rumor sordo que se aproximaba, y sintió el temblor de la tierra debajo de sus pies, el aluvión estaba a cerca de diez kilómetros de distancia. Es decir, a solo unos minutos de la isleta de Francisco Junín.

Salieron de la casona y ya la tierra temblaba como si fuera un terremoto de mediana intensidad. Ahora, el ruido que antes era sordo y distante se había convertido en un rugido atronador. Tima cargaba al recién nacido, mientras Hilitos llevaba en brazos el cuerpo inerte de Sanjuanita, aún unidos en medio de esa locura por el cordón umbilical. Luis, que corría detrás con Nona apoyada en su brazo, gritó contra el ruido que crecía en intensidad:

–¡Espera Hilitos! El cayuco no va a aguantar... No nos puede cargar a todos. ¡Vamos al bote del abuelo!

–¿Adónde, adónde? –respondió Hilitos, quien no recordaba haber visto el bote en la playita donde había dejado estacionada su canoa junto a la de Luis. Dando la vuelta por detrás de la casa, Luis y Nona corrieron hacia la otra punta de la isla.

–Jamás llegaremos, –dijo Hilitos. Y luego agregó, mirando a los ojos inquietos de Tima.

–Subámonos al techo de la casa.

–¿¡Cómo!? ¿¡Cómo!? –gritó Tima, sin poder procesar bien lo que escuchaba.

—Por el algarrobo que crece junto a la pared de la cocina, —respondió Hilitos.

Y sin esperar respuesta, enfiló sus pasos hacia el costado norte de la casa. En el camino tuvieron la suerte de encontrar una escalera de palos amarrados con tiras de cuero, apoyada precisamente contra uno de los muros de la casa. Sin decir palabra Hilitos comenzó a subir por la escalera, mientras sostenía a Sanjuanita en sus brazos. A pesar de la situación tan comprometida, Tima no pudo dejar de admirar la fuerza desplegada por Hilitos. Con el bebé bien arropado y protegiéndolo con su pecho y su brazo derecho, Tima siguió el ascenso de Hilitos, protegiendo el cordón que había enrollado en su mano libre, y subiendo con deliberación, preocupada en seguir al mismo ritmo que su amigo, y procurando no caerse por los golpes de viento y lluvia.

El antiguo techo de tejas era sólido. Estaba sostenido por gruesos muros de adobe encalado, y construido sobre un entramado de vigas de huaulí, que es una madera muy dura y que se hunde en el agua como una piedra. Fácilmente hubiese podido durar otros cien años en condiciones normales para la región. Pero aún así, Hilitos no dejaba de temblar en su interior al imaginar lo que se les venía encima a todo tropel. Tratando de no dejar traslucir sus verdaderas emociones y pensamientos, con calma, mientras se sentaba sobre el techo y mantenía en sus brazos lo más protegida posible a Sanjuanita, le dijo al oído:

—Tranquila niña, todo va a salir bien. No te preocupes por nada.

Sanjuanita lo miró, y apenas pudo susurrar:

—Gracias, tata Hilitos...

—Shhhh, calla, calla niña.

Y con una mano Hilitos le cerró los ojos y la cubrió con el chal. Junto a ellos Tima dijo acercándose lo más posible a Hilitos para no tener que gritar contra el viento y la lluvia que en ese instante habían arreciado.

—Hilitos, necesitamos cortar el cordón ya, pero ya. No podemos esperar más tiempo. Tendrás que volver a la casa rápido para traerme mi maletín que dejé junto a la hamaca de Sanjuanita.

–Estás completamente loca mujer, –respondió Hilitos mirándola con espanto.

En el preciso instante en que Tima se aprestaba a responderle para insistir en su demanda, el estruendo del aluvión se hizo ya atronador. La casa se remeció, como hoja al viento. Pasmados de sorpresa y temor, en el momento mismo en que la lluvia de pronto se detuvo, como cediendo también el escenario al nuevo drama que se desenvolvía a ras del suelo, vieron con la escasa luz natural existente, el monstruo que cabalgaba hacia ellos. Lo vieron asomarse a la vuelta del último meandro anterior a la laguna. Rodaba sobre sí mismo cubriendo todo el desmonte alrededor del canal y desapareciendo luego entre la selva y los potreros circundantes. Los árboles caían a su paso. Muchos de ellos arrancados de raíz. En seguida devoró el poblado en la otra ribera. Entrando en la laguna, pareció dudar un instante en su avance al estrellarse con sus aguas calmas. Pero la lucha de las dos aguas duró nada más un segundo. La estampida venció, y en una gran ola, quizás menos tumultuosa que la del aluvión anterior, pero no por ello menos potente, las aguas de la laguna se sumaron al asalto líquido, formando una enorme aplanadora lodosa con una cresta de espuma turbia entre la cual se asomaban las ramas de los árboles que arrastraba, como extremidades y manos alzadas e implorando hacia un cielo inclemente.

Hilitos y Tima ya no tuvieron tiempo –ni tampoco habrían tenido la presencia de ánimo para hacerlo– de decir nada. El tiempo parecía haberse detenido en sus mentes aterradas. Tima no atinó a más que a rezar en silencio, e Hilitos pensó: “Dios mío, esto es peor de lo que había imaginado”.

Sanjuanita recobró la consciencia y pudo levantar la cabeza. Por encima del regazo de Hilitos, quien aún la sostenía en sus brazos, vio el peligro que se aproximaba. Lanzando una suerte de suspiro y quejido, se volvió a recostar reposando su cabeza en el hombro frío de Hilitos, y quiso en forma instintiva apretar al recién nacido contra su pecho, pero alcanzó a distinguir el bultito que Tima atesoraba sentada junto a ellos, y se dio cuenta que no era ella misma quien tenía al niño y volvió a cerrar los ojos ya sin pensar en nada. Pero fue apenas un parpadeo, pues los

volvió a abrir unas fracciones de segundos más tarde, y sintió emerger en su ser exangüe nuevos deseos de vivir y de luchar.

**POCO ANTES SANJUANITA** quería simplemente descansar, y quizás para siempre olvidar tanto dolor, temor y revuelo endemoniado. Pero de pronto pensó con dolorosa claridad en su hijo recién nacido en el brevísimo momento en que cerró sus ojos. Y una ternura y amor intensos invadieron su corazón. De inmediato, volvió a sentirse con bríos renovados que no pensó podían existir ya en su cuerpo tan castigado y en su alma tan lastimada. Dando un salto se incorporó a medias. A pesar de su brusca maniobra, esta no distrajo a Hilitos y Tima del estado hipnótico con que observaban el avance del monstruo. Arrancó a su bebé de los brazos de Tima y lo apretó contra su seno. Abajo, se escuchó a los perros de Nona y Luis aullar. Un caballo relinchó desde un corral cercano y unos chillidos de cerdos se escucharon, y luego un ruido de cuerpos intentando tirar la cerca que los aprisionaba. Casi de inmediato, el aluvión golpeó la casa.

**NO LEJOS DEL** drama del bordo, pero en otro mundo, Guy Malebrand salió por enésima vez a la veranda de su casa a mirar preocupado el aguacero que caía sobre la región. Por la radio —de la cual no se había despegado sino para mirar hacia los cielos borrascosos o para ir a ver a su recién nacida hija— había escuchado de grandes inundaciones en La Divina Providencia de Aracazú —o simplemente Providencia, o Aracazú CE (Capital Estatal)—, la capital provincial. Ya sabía Guy que El Magnífico se había desbordado. El delta, como de costumbre cuando llovía en demasía, estaba anegado, cubriendo ahora el agua una extensión al menos tres veces su tamaño habitual. Pero lo más alarmante según lo consignaban algunas radios de la capital provincial, era que también todas las tierras bajas de la gran cuenca fluvial hasta el faldeo mismo de la sierra, se encontraban afectadas de una manera u otra por la intensa pluviosidad acompañada de fuertes vientos que azotaban la región. Pero poco podían imaginar que lo peor aún estaba por venir.

Unas semanas luego de enviar a Teresa a la ciudad con su hermana, Guy había hecho bautizar a su hija por el mismo cura que viniese a asistirle con el repentino resquebrajamiento mental de su esposa. Guy miró a la pequeñita, y se admiró de cuán hermosa era ya, a pesar de su muy breve estadía en este mundo. Su piel era blanca y limpia como nácar. La más sedosa piel femenina que Guy jamás hubiera acariciado. Y sus ojitos, medio desenfocados, eran de un azul intenso, que en un par de semanas virarían al negro azabache. Las manitas regordetas eran de una perfección admirable, y todos los delicados dedos estaban coronados por uñas rosadas como si a propósito las hubieran pintado con algún esmalte translúcido. Las cejas eran espesas y bien delineadas siguiendo una curva elegante sobre los ojos, como alas de gaviota desplegadas en pleno vuelo. Los labios formaban una boquita de coral, cosa que parecía casi imposible en un bebé de tan corta edad. Desde el instante mismo en que la miró con reticencia la primera vez, había quedado prendado de ese puñadito humano tan bien constituido, y desde tan temprana edad.

El nacimiento de sus otros seis hijos lo había llenado de orgullo masculino, pero en realidad no se había interesado sino en forma muy superficial por ellos, haciéndoles un cuchicuchi de vez en cuando, como quien juega a ser papá. Y por cierto, cuando eran bebés recién nacidos los había observado un par de veces sin alzarlos ni tocarlos, mirado con fingida atención, pues en realidad todos le habían parecido igualmente poco atractivos. Casi repulsivos, para decir las cosas con franqueza, le confesó a Recaret un día que bebieron y conversaron sentados en uno de los yates de Guy mientras intentaban pescar algún zurubí en la laguna mayor. Para él, todos parecían como chicharrones mal cocidos, de color, olor y apariencia desagradable. No muy distintos en realidad que polluelos de gorrión recién salidos del huevo.

Sorprendidos todos lo vieron cargar a la pequeña y besarla con frecuencia, mientras le hacía arrumacos y le hablaba tonterías en voz baja. Sin pensarlo dos veces, decidió llamarla Teresa, igual que su madre. Los sirvientes especularon al respecto:

—Quizás el patrón está tan aburrido con el encierro por causa de la lluvia que de pronto ha decidido volverse tierno con su hijita.

—No, cómo crees. Lo que pasa es que está muy conmovido por lo de su esposa que ha perdido la razón y se le ha ido para la capital.

—El loco eres tú, mamertazo... ¡Sí serás de los ranchos! No ves que al patrón poco le importa doña Teresa... psss. ¿Y por qué le iba a amargar eso la vida?... Ppsss si a él por aquí no le falta buena pierna para consolarse... ¡Más bien le sobra, digo yo!

—Pura envidia negra es la tuya... ¡Babosón! contestó al final el otro, medio ciscado, pero con una risita de sorna.

La verdad es que ni el mismo Guy habría podido explicarlo. Es cierto que estaba algo aburrido por el encierro, pero lo que más le preocupaba del temporal eran sus consecuencias económicas negativas sobre sus propiedades y negocios. De allí su constante irritación y nerviosismo. Con respecto a su esposa, eso a decir verdad también le molestaba un poco, pero más que nada porque era un suceso que venía a perturbar el orden normal de las cosas en su bien controlado universo. A su modo quería a Teresa, pero sin duda, era de un modo radicalmente egocéntrico. Algo que él mismo habría admitido con desenfado, si alguien se lo sugiriera o mencionara. Estaba tan poseído por su propia vida y la importancia de sí mismo, que difícilmente podía haber sido afectado de manera muy profunda por lo acaecido a Teresa.

Quién sabe qué ocurría en el corazón de Guy Malebrand, pero el simple hecho es que desde que tomó en sus brazos a la pequeña Teresita, sintió hacia ella un arrebato de ternura y amor como nunca antes había sentido en su vida. Por primera vez también en su vida, una mujer pasó a ocupar sin competencia el centro de ella. Guy siempre había tenido una fuerte inclinación por el sexo opuesto, pero eso nunca se había traducido, ni siquiera en el caso de Teresa madre a quien sí llegó a amar más que a ninguna otra antes del nacimiento de Teresita, en una gran pasión por ninguna mujer en particular. A Guy le gustaban las mujeres como objetos de sus apetitos sexuales, o como piezas de utilería en el universo que él había generado alrededor de su propia persona, y que era

el único que le resultaba de verdad agradable, al igual como un molusco produce su propio entorno inmediato para habitar en él sin tener que compartirlo ni abandonarlo jamás. Más de una vez se sintió inflamado de pasión por alguna mujer en particular, y él pensó que estaba enamorado, para luego ver su interés disolverse gradualmente a medida que el objeto de sus atenciones sucumbía a sus afanes seductores.

Su madre lo había adorado, tratando todos los días de complacerlo en todas sus necesidades y caprichos, pero Guy siempre la había despreciado un poco tras una fachada de benevolente aceptación; despreciaba en ella aquello que recordaba como su abyecta sumisión para con su padre, un tirano estúpido y violento, a quien Guy detestaba, y cuya muerte cuando todavía era niño le procuró una secreta satisfacción. Cuando su madre murió, se negó a depositar sus restos junto al que fuera su marido. La hizo enterrar —a pesar de la callada desaprobación de muchos— en una capilla especial que levantó para ella como a doscientos metros de la mansión, debajo de un árbol de tronco corto y grueso pero con una copa de gran diámetro, conocido como queirón dorado, y que casi todos los años se cubría de flores amarillas al comienzo de la temporada de lluvias. Así, la tumba de su madre nunca estuvo desprovista de flores, mientras que la de su padre, en un cementerio cercano, pronto se cubrió de malezas y hiedras, llegando en unos años a parecer un gran matorral a la distancia, a pesar de ser un mausoleo bastante grandioso.

Por supuesto que el amor de Guy hacia Teresita era además de otra naturaleza. No únicamente la amaba como a ninguna otra mujer en su vida, sino que la amaba con ese amor paterno que tampoco experimentó nunca antes. A pesar de su numerosa progenie anterior, con Teresita, el siempre distante Guy se sintió padre por primera vez. En otras palabras, por primera vez en su vida, Guy conocía el poder y la vulnerabilidad que otorga e impone el amor cuando es realmente desinteresado y sin condiciones. Fue el nacimiento inesperado para él, de un conjunto de emociones nuevas que crecerían con los años, y que llenarían su pecho hasta sus últimos días de amor incondicional y al mismo tiempo posesivo.

Cuatro días después del tardío bautizo de Teresita, lo peor, aquello que Francisco Junín había profetizado años atrás en su desvarío, se produjo. Por la radio de San Vicente, Guy se enteró de que el bordo de los Alamilla había colapsado. Las noticias eran todavía bastante escasas y confusas, pero se mencionaba la posibilidad de que hubiera gran cantidad de víctimas, aunque no se daban nombres, números ni mayores detalles. El temporal que había azotado desde mar adentro internándose hasta la sierra luego de arrasar la costa había amainado un poco, pero aún seguía afectando toda la región con repentinos ramalazos de lluvia e inundaciones tan vastas que nadie recordaba algo igual. La noticia de la ruptura del bordo había sido propalada desde el rancho de los Alamilla, quienes con dificultades habían llegado con una pequeña cuadrilla de trabajadores hasta donde antes estuviera la represa, ya completamente arrasada. Juan Alamilla, el más joven y más determinado de todos los hijos del ya fallecido viejo Matías, intentó descender hacia las regiones inundadas. Sin embargo, las aguas todavía estaban bastante revueltas y una poderosa corriente había estado a punto de volcar su barcaza. El cielo, por otra parte, seguía gris y preñado de aguas que caían inclementes. Un campesino jumano que trabajaba desde hacía veinte años en el rancho de los Alamilla pronosticó que al día siguiente la lluvia amainaría y que era mejor postergar hasta entonces cualquier labor de rescate. Todos estuvieron de acuerdo. Esa misma tarde la radio de San Vicente comenzó a anunciar que se necesitaban voluntarios para llevar a cabo el rescate. Pedía no solo brazos solidarios, sino también alimentos, mantas, medicinas, y sobre todo botes, barcazas, lanchas y cayucos para lanzar el rescate aguas abajo del bordo destruido.

Pasado el mediodía del día siguiente, la lluvia por fin se detuvo. Durante toda la tarde y la noche, un viento del sur empujó las nubes de vuelta al mar, y al amanecer un sol esplendoroso se levantó desde el horizonte marino. Por lo menos unas cien embarcaciones de todo tipo se habían reunido para lanzar las operaciones de salvamento. Desde la capital provincial, el gobierno había enviado, además, dos grandes lanchas militares con un par de oficiales y un centenar de soldados para ayudar a los voluntarios.

En cuanto Guy Malebrand escuchó el llamado por radio, ensilló su yegua favorita y partió al galope rumbo a Los Palmares, un pueblito como a diez kilómetros de su casa dentro del mismo rancho Palo Colorado. El camino que llevaba a Los Palmares era apenas una brecha en el monte, y solo se podía llegar hasta allí a pie, a caballo o en lomo de mula. Los habitantes del pequeño poblado eran todos vaqueros y campesinos empleados por Malebrand, quien les pagaba mediante acceso a una parcela de veinte hectáreas que cada jefe de familia podía emplear como quisiera.

El monte aún exudaba humedad. Una pátina brillante cubría toda la vegetación, e innumerables insectos y aves que revoloteaban en los claros, celebraban casi con frenesí el fin del temporal. Guy tuvo que sortear por lo menos una docena de grandes árboles que se habían desplomado sobre el camino a causa del viento y la lluvia tan intensa. En un punto tuvo que dar un buen rodeo para evitar un gigantesco puyil que en su caída arrastró por lo menos una decena de árboles menores y arbustos. Las raíces del árbol caído habían dejado al descubierto un socavón de por lo menos unos veinte metros de profundidad en cuyo fondo se había apoyado el agua del chubasco.

Se bajó del caballo para caminar alrededor del gigante caído y su séquito. Pero cuando comenzaba a alejarse tomando otra vez el caminito del monte, sintió un ruido sibilante que lo hizo detenerse. El caballo asustado se encabritó levantándose con un relincho sobre sus cuartos traseros. Una víbora verde oscura con franjas parduzcas cruzadas en forma de diamantes se deslizó muy rápido por entre las hojas acorazonadas de un arbusto y lanzó su cabeza hacia adelante como un proyectil. Guy vio lo que estaba ocurriendo como si fuera en cámara lenta. La veloz cabeza del animal se estrelló contra la parte inferior de su pierna y sonó como un fuetazo. Por suerte, las altas botas que solía usar para montar a caballo detuvieron los letales colmillos. Pero el segundo fuetazo de la víbora dio esta vez contra uno de los muslos de su cabalgadura. El caballo se desprendió y salió al galope a campo traviesa. Guy retrocedió asustado y luego cayó sentado sobre sus aposentaderas

en medio del lodo. La víbora se recogió sobre sí misma y a continuación desapareció entre la vegetación.

Sudoroso, temblando y cubierto de lodo, pero aliviado de salvar su vida, Guy continuó su camino a pie. Cuando llegó por fin a Los Palmares estaba extenuado, pero feliz de llegar a su destino. Las casas de palos y techos de hojas de palmas enanas rodeaban un claro bastante amplio cubierto de césped y arbustos. En medio del claro todavía se mantenía incólume una ceiba plateada que cubría con sus ramas altas y bien extendidas por lo menos la mitad del terreno. Debajo de ella un grupo de hombres conversaban y reían sentados en círculo. Se podía ver que acababan de regresar de las faenas del campo, pues aún tenían sus machetes, espeques, chuzos, picotas, pequeñas hoces y palas con ellos. Vieron a Guy acercarse y al principio no lo reconocieron. Un hombre alto, de bigote grueso y de complexión bastante blanca se levantó y se quitó el sombrero mientras decía con una sonrisa:

—¿Don Guy? ¿Qué le pasó compadre? ¡Qué milagro! ¡Gusto de verlo por acá!

—¡Aaaaahhhjjjj! ¡La yegua colorada se me escapó Melchor! Me atacó una víbora y casi dejó el pellejo en el monte... Pero pues ya estoy aquí, vivito y coleando. ¿Y ustedes qué?

El trato entre ambos hombres, a pesar de las distancias sociales que los separaban, era de familiar camaradería. Guy era padrino del hijo mayor de Melchor y este era el tercer capataz de la hacienda y uno de sus más leales servidores. Además, Guy tenía amoríos con Celeste, una de las hermanas menores de Melchor, desde hacía un par de años. Con ella había tenido ya dos hijos, quienes por supuesto no llevaban su apellido, pero que todos sabían eran suyos, aunque nadie mencionaba el asunto.

Guy retribuía esa discreta tolerancia y resignada aceptación de los hechos consumados, haciendo regalos ocasionales, préstamos esporádicos de dinero que casi nunca cobraba, y fungiendo como el padrino de sus propios hijos no reconocidos. Ello lo obligaba, como buen padrino y acorde con el código de honor ancestral de la región, a proteger y cuidar con patriarcal deferencia de esos peculiares ahijados que portaban su propia sangre en sus venas.

Explicó a Melchor que había venido a buscar brazos para trasladar el lanchón que tenía junto a una laguna menor y llevarla hasta el bordo derruido para colaborar en las tareas de salvamento. Había decidido que no iba a arriesgar ninguno de sus preciados yates en esas aguas traicioneras, que de seguro encubrían luego de la rotura de la presa, toda clase de obstáculos peligrosos arrastrados por la corriente. Se sentaron a la mesa rústica de la cabaña de Melchor y bebieron unas cervezas tibias mientras este último se arrancaba, una a una, con un cigarrillo encendido, las diminutas garrapatas que se le habían prendido de los antebrazos y las piernas. Los vientrecillos de las garrapatas ya comenzaban a formar pequeñas uvas negras colgando de las extremidades del campesino al henchirse con la sangre de su huésped. Cada vez que Melchor les aplicaba la brasa ardiente del cigarrillo, comenzaban a agitar sus patitas y medio moribundas se desprendían solas y caían al suelo donde un firme pisotón acababa de rematarlas.

—Está bravo el pinolillo compadre. Hoy fui a mirar el ganado junto al estero blanco y me metí en el pasto estrella para buscar una vaca recién parida. No aguanté ni diez minutos. Está infestado de garrapatas. Es raro. Nunca habíamos tenido tanta alimaña de esa. Dos días atrás le saqué como mil de estos demonios a la vaca rubia que más leche me da. Tenía las ubres y el culo renegridos de garrapatas. Si hasta parecía como la piel negra y granulosa del sapo ese que le dicen verrugoso.

—Este es un año raro Melchor. Huracán, inundaciones, se fue al demonio el bordo de los Alamilla, y yo me quedé sin esposa y con un bebé recién nacido. ¡La gran joda es que no sé cómo mierdas le voy a hacer!

Melchor lo miró con sorpresa. Aún no se había enterado ni del bordo ni de lo sucedido con Teresa. Tampoco sabía nada del nacimiento más o menos reciente de Teresita.

—Pss... ¡Qué cosa jefe!... y luego... ¿Qué pasó?

—No, vieras Melchor, todo mal, muy mal... ¿Pero qué te puedo decir?... Teresa ya se volvió loca... y el temporal se llevó el bordo de esos idiotas de los Alamilla. No he ido a verlo. Pero escuché por la

radio que hay una laguna como la boca de El Magnífico, desde donde estaba antes el bordo hasta las marismas costeras... Todo un solo mar de agua. Por eso vine a verte. Necesito hombres para llevar mi lancha hasta la orilla cercana de la inundación, allí cerca de donde estaba el bordo. Con unos cuatro bueyes fuertes, unos veinte hombres y el carretón de José Manuel... si le quitamos los lados... podemos trasladar hasta el agua a mi lancha, esa que bautizamos El Chagual. ¿Te acuerdas de cuál? No me mires así. Tengo que hacerlo. No me puedo quedar fuera de esta movida. Luego que no se vaya a decir que me he cagado en los pantalones... Tú ya sabes como es la gente de por aquí: chismosa y deslenguada... Hasta los cabrones que se las dan de muy hombrecitos son así... como si fueran todos unas miserables ancianitas chimenteras. Ahí de seguro van a estar los Alamilla, los Fuentes, y todo ese montón de supuestos “valentones”... Hasta quizás el gobernador se asome a echar una miradita para la foto.

Esa noche permanecieron hasta tarde bebiendo y conversando. Planearon la acción del día siguiente y Melchor le sugirió a Guy que se llevara consigo a Silvana para cuidar de Teresita.

Silvana era una muchacha que había regresado de la capital provincial embarazada, y al poco tiempo de llegar había perdido a su bebé. Rumores circulaban que había ido a San Vicente con un médico para “arreglarse”, pero ella insistía en que había sufrido una caída cuando intentaba tomar un autobús. Federico, un sobrino de Melchor, se había enamorado perdidamente de Silvana, y había, en un par de ocasiones, expresado su deseo de casarse con ella. Melchor, cuya segunda y joven esposa, Irene, estaba celosa de Silvana, a pesar de ser esta última la hija de un compadre muy cercano de su marido que había fallecido junto con su esposa y sus otros hijos en un accidente carretero muy trágico y comentado en la región. La situación se iba tornando cada vez más borrascosa, con pleitos y griteríos frecuentes, jalones de cabello, amagos de bofetones entre las dos mujeres, y chismes en aumento dentro del pueblito. De manera que en cuanto Melchor vio una oportunidad de sacarse el problema de encima sugiriéndole a Guy que se llevara a Silvana, brincó sin pensarlo dos veces sobre la oportunidad.

—Silvana es la persona que usted necesita compadre. Vea, señor, no hay por estos lados ninguna más bella y más buena que esa muchachona. Además, está cargadita de leche, con las pechugotas así de grandes —dijo poniendo la copa de sus dos manos en forma expresiva sobre su propio pecho musculoso— y perfecta, oiga, para darle de mamar a la criatura esa de su hijita, pues...

Guy dijo al principio con cierta reticencia que lo pensaría. Pero cuando fue a bañarse al río en la tarde vio a Silvana con otras muchachas riendo y hablando con gran animación mientras lavaban ropa. La vio esbelta, de rostro ancho y alegre, y además de unas caderas y glúteos muy deseables, unos senos que se remecían con firmeza al ritmo de las risotadas que la joven dejaba escapar, cada dos minutos, con la potencia de un surtidor de petróleo recién descubierto. De inmediato decidió que la idea de Melchor era magnífica. Pero no dijo nada sino hasta el día siguiente, fingiendo que aceptaba la propuesta de su compadre y capataz a regañadientes, y solo como un favor a Melchor.

Galoparon de regreso a la casa patronal. Tomaron un camino más largo por los potreros cubiertos de grama natural y pastos sembrados, donde se veían cabezas de ganado rumiando en forma apacible por todos lados. Mientras cabalgaba con la brisa casi volándole el sombrero prestado y la ropa limpia que le entregaron en el caserío antes de partir, Guy dejaba su mente volar. Con frecuencia sus pensamientos regresaban a Silvana. La veía sonriendo con picardía, con sus altos senos aún plenos de leche, su atractivo y sencillo rostro de mujer campesina, y sus amplias caderas y fuertes muslos que se adivinaban debajo del vestido de algodón. Habían acordado que en dos días Silvana sería llevada a la mansión para ocuparse de Teresita a tiempo completo.

En Los Palmares, el sobrino de Melchor, a quien todos conocían por su sobriquete Mosco, había ido a marcar unas reses al otro extremo de Palo Colorado con el corazón apesadumbrado. Cuando le preguntaron, “¿y ahora qué te pasa a ti?”, el joven, conocido por su temperamento colérico y su taciturna timidez, no contestó y apuró su montura dejando a sus tres compañeros atrás mirándose entrañados y luego riendo cuando uno de ellos comentó:

—Ya se le fue su yegüita al tonto mamerto del Mosco.

Y otro respondió al vuelo:

—Ahora va a tener que buscar otra carnita donde meter su aguijón.

Alejándose de ellos, el Mosco se secaba las lágrimas que bajaban dejando surcos húmedos sobre su rostro sombrío pero aún juvenil.

LA CASONA DE la isleta aguantó quizás diez o quince minutos. El primer golpe de agua la remeció con fuerza y casi de inmediato el aluvión se llevó por delante la cocina y un par de cuartos agregados después de la muerte del viejo Francisco. Tima sintió un terror frío que la paralizaba cubriéndola como una coraza de hielo. Se agachó en forma instintiva, abrazándose con desesperación a Sanjuanita y su bebé. Hilitos gritó algo y de inmediato su voz fue apagada por el ruido ensordecedor del torrente. Ese ruido fue sin duda lo peor. Tima cerró los ojos y sintió el cuerpo huesudo de Hilitos que se abrazaba al montoncito humano tembloroso que conformaban ella, la joven madre, y el bebé que en ningún momento había llorado, unido todavía al vientre materno por el cordón umbilical.

En medio de esa vorágine, Tima alcanzó a preguntarse para sus adentros con extrañeza, “¿y por qué no llora, será que está muerto?” Pero de inmediato sus afanes de curandera se calmaron en cuanto pensó, “no, no puede ser, vi sus ojos abiertos y su cuerpecito en mis brazos está caliente, con el calor de la vida”. Y extendiendo la mano por entre las ropas y el pecho tumultuoso de Sanjuanita y sus brazos, puso su palma sobre la boquita del bebé. De inmediato con sus dedos largos y secos pudo “tocar” el aliento tibio que brotaba del infante. Sin prestar ya más atención al infierno circundante, suspiró con resignación y sintió una gran paz. Y en medio del cataclismo a su alrededor, sintió, además, en esa fracción de un segundo, que el aliento del pequeñito subía desde la yema de sus dedos hasta su pecho para alojarse en sus entrañas.

En cuanto vio el aluvión a solo unos metros de su refugio, Hilitos pensó “qué descabellado, cómo pude pensar que aquí estaríamos a salvo”. Pero enseguida se consoló con otro pensamiento instantáneo, de esos que preceden cualquier expresión verbal en la mente,

“bueno, pero igual no había mejor alternativa que esta”, y estrechó aún más a los seres que más amaba en este mundo.

Mirando por encima del hombro de Tima, Hilitos pudo vislumbrar a la luz de un relámpago el rostro de una mujer que pasaba arrastrada por el aluvión junto a la casa. Vio sus ojos y su boca abierta. Se veían como negros agujeros contra su rostro blanco cenizo y por un momento imaginó que era la muerte misma que pasaba fantasmagórica. También vio un árbol que venía flotando directo hacia la casa. Al fin la casa se derrumbó. En sus últimos estertores, la vieja estructura pareció ser capaz de detener por un segundo, el árbol que arremetía en contra de ella como un ariete impelido por las fuerzas del aluvión. Pero segundos después, el techo se desprendió de sus paredes y cayó a las aguas turbulentas, que la acogieron abriendo para recibirla sus brazos tintos y enfurecidos. Girando sobre sí mismo, el techo flotó siguiendo la corriente que lo arrastraba en forma cada vez más veloz.

El agua estaba relativamente tibia. Hilitos tomó a Tima por la espalda y esta se aferró a Sanjuanita, a quien parecía que ninguna fuerza en el mundo podría arrebatarle a su bebé de los brazos, luego de que poco antes casi se lo arrancara ella misma a Tima de su regazo para sostenerlo contra su propio pecho. Así viajaron todos, flotando a medias sobre ese inusual navío. Apiñados y a gran velocidad, hundiéndose un poco para enseguida salir a flote, y volver a hundirse otra vez en la corriente que brincaba a su alrededor. Pero a pesar de esa cabalgata a lomos de la bestia acuática desbocada, el techo no se hundía por completo, ni tampoco se desbarataba a pesar del castigo al que estaba sometido.

Sanjuanita hacía lo posible por levantar al bebé fuera del agua cada vez que el techo se hundía algunos centímetros en las olas que lo arrastraban. Al mismo tiempo, Tima e Hilitos se habían tomado de las manos formando un escudo alrededor de Sanjuanita y el recién nacido. Se deslizaron río abajo de ese modo. Tosiendo, aspirando aire con angustia cada vez que el agua se arremolinaba a su alrededor. De vez en cuando intentaban comunicarse gritando palabras a voz en cuello que eran silenciadas por el torbellino. Troncos, ramas, objetos

de manufactura humana como sillas, ropa, trozos de viviendas, todo eso y mucho más, bajaba brincando entre el torrente. Incluso un par de cuerpos en apariencia sin vida, se unieron por un instante al pequeño grupo sobre el techo flotante, para luego ser llevados en otra dirección por la corriente y desaparecer en la oscuridad. Durante un par de minutos, un perro con su cabeza blanca y orejas negras bien levantadas consiguió pegarse a ellos, intentando después subirse sobre sus espaldas y hombros mientras gemía de terror. Otra hondonada y el aluvión los jaló de nuevo hacia sus entrañas alteradas. El pobre cánido cayó otra vez al agua y desapareció aullando en la noche.

Cuando volvieron a la superficie turbulenta, Hilitos sintió un golpe punzante a la altura de los omoplatos. Un trozo de madera astillada le había clavado sus mil agujones en la espalda. Lanzó un grito de dolor y aflojando su abrazo, desprendió la mano derecha que había sostenido con fuerzas la de Tima. La madera era parte de una barcaza grande que venía flotando vacía río abajo. Hilitos se prendió del borde parcialmente despedazado y se mantuvo a flote mientras su otra mano seguía casi fundida con la de Tima. Sintió que la esperanza renacía en su corazón acongojado. Gritando inútilmente contra el torrente, trató de comunicarse con Tima, y como siempre en circunstancias especiales de solemnidad o afecto, le habló de usted:

—¡No se suelte!... ¡Agarre a Sanjuanita!... ¡No se suelte de mí!... ¡Tómeme de la cintura! ¡Ahora agárrese del bote!

Tima escuchaba solo algunas palabras sueltas, pero adivinó las intenciones de Hilitos. Sanjuanita, saliendo de su inconsciencia, abrió los ojos y levantó en forma mecánica a su bebé casi completamente fuera del agua estirando los brazos. Ya Hilitos se había subido a la frágil embarcación, y agachándose de manera muy precaria, entre barquinazos, pudo alzar a Sanjuanita y depositarla en la barca, quien aún mantenía a su bebé en alto como una ofrenda para aplacar a un dios distante e iracundo.

Hilitos intentaba levantar a Tima, mientras Sanjuanita se había acurrucado en un rincón de la embarcación salida de quién sabe dónde. Pero antes de que Hilitos pudiera lograr su cometido,

un barril de petróleo medio lleno de agua golpeó de pronto la tambaleante embarcación, y lanzó a Hilitos de cabeza al torbellino. En su caída se golpeó con algo que parecía una rama y que resultó ser la pata de un caballo muerto que flotaba a medias, con la cabeza volteada dentro del torrente y con las extremidades fuera del agua. Perdió el conocimiento. Pero, para su fortuna, un veleidoso movimiento de corriente lo llevó en forma sorpresiva a los brazos de Tima, quien flotaba prendida de las ramas de un árbol. El árbol, que alguna vez se había erguido unos cuarenta o cincuenta metros hacia el cielo, arrastraba ahora sus raíces sobre el fondo lodoso y avanzaba con más lentitud que el aluvi6n. Sus ramas eran gruesas y tupidas, y en ellas se habían refugiado toda clase de criaturas. Arañas, serpientes, zorros, iguanas, un tigrillo, y hasta un cerdo dom6stico habían subido a esa extraña Arca de No6 natural. Movidos solo por el pánico y el deseo de sobrevivir, cada uno de los diversos pasajeros del añoso gale6n arb6reo, permanecía aferrado a su salvaci6n, tiritando y sin prestar la menor atenci6n a sus compaeros de infortunio. Tima se haba encaramado a duras penas a la rama m6s gruesa, que f6cilmente tendría un metro de diámetro. Extenuada se recostó cuan larga era y con sus pies empujó al cerdo que a regañadientes y chillando se vio forzado a desplazarse hasta quedar cara a cara con el tigrillo. El pequeo felino ni siquiera se enfurruñó. Clavando sus garras sobre la corteza rugosa, se replegó como pudo hasta una rama secundaria.

Respirando con agitaci6n, Tima vio acercarse el cuerpo de Hilitos llevado por la corriente hasta el árbol que seguía moviéndose con relativa lentitud. La ropa blanca y enlodada de Hilitos se podía vislumbrar en la noche y vio como su figura inerte se pegaba a la punta de otra rama que apenas sobresalía del agua. A pesar de su temor y sus músculos ateridos, Tima se arrastró hacia la base de la rama en la que se encontraba y tomó a Hilitos por el cuello de la camisa, la que ahora podía ver que estaba desgarrada y ensangrentada en la espalda. Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió voltear el cuerpo de Hilitos, quien flotaba bocabajo y no parecía ya respirar. Algún obstáculo en el fondo del río detuvo el árbol que quedó así

extrañamente varado en la mitad de esa agua que huía turbulenta hacia las marismas costeras y el mar no muy lejano.

El bote fantasma en que Sanjuanita flotaba a la deriva y a gran velocidad, poco a poco comenzó a ser llevado por la corriente hacia la orilla del aluvión. Dos veces chocó con pesados obstáculos sumergidos que se movían con más lentitud que el bote. Sanjuanita oyó el crujir de las maderas, pero la embarcación construida de recio canulí y bien cubierta de brea, resistió todos los embates. La joven no había dejado de temblar, pero aún así tuvo suficiente presencia de ánimo como para pensar en cortar el cordón umbilical y tratar de darle pecho al niño. Buscó a tientas un objeto cortante cualquiera, pero solo encontró algo viscoso y frío que resultó ser un pez muerto. Lo arrojó por sobre la borda y siguió tentando a ciegas mientras la cabeza comenzaba a darle vueltas y sintió un par de veces que perdería el conocimiento. Su mente se despejó cuando su mano se posó sobre algo grueso y musculoso como la pierna de un hombre bien fornido. Estaba frío y por un momento creyó que se trataba tal vez de un inesperado acompañante que dormía o estaba muerto junto a ella en el fondo de la barcaza. De pronto, la pierna comenzó a moverse y la sintió deslizarse. Seguramente el hombre se había despertado al sentir su contacto. Su corazón dio un brinco de alegría. Apretó la pierna del hombre con angustia pensando en forma irracional que este se levantaría y se iría del mismo modo que Hilitos y Tima, dejándola sola con su bebé en medio del torbellino y la noche. La pierna siguió retirándose y Sanjuanita sin pensar en lo que hacía, clavó en ella sus uñas con desesperación e imploró:

—Por favor... Por favor... ¡No se vaya, por favor!

Un ruido sibilante y rabioso le indicó que el hombre no era tal, sino una enorme serpiente que había encontrado refugio antes que ella en la embarcación. A continuación, y mientras retiraba su mano con horror, un impacto en el hombro como un puñetazo, la arrojó contra un costado del bote donde se golpeó la cabeza. No supo cuánto tiempo estuvo en penumbras, pero lo primero que hizo en cuanto recobró la consciencia, fue apretar el cuerpo tibio y silencioso del recién nacido que aún sostenía entre los brazos.

Poniendo sus labios trémulos contra la mejilla del pequeñito, sintió con alivio su respiración apenas perceptible. Con su mente aún confusa comenzó a recordar el golpe que la había hecho perder el conocimiento y sintió que el mundo entero había decidido abandonarla y comenzó a sollozar. Pronto sus sollozos se convirtieron en un llanto convulso que parecía brotar desde alguna fuente recóndita de su ser. Lloró por Efraín, por su madre, por Hilitos y Tima, por el padre que nunca conoció, por su abandono, pero sobre todo, por su bebé venido al mundo en condiciones tan difíciles. Lloró hasta que su mente acongojada se sumergió en la inconsciencia.

Un golpe violento despertó a Sanjuanita de su lloroso letargo. Abrió los ojos sobresaltada. Al principio no pudo ver nada, pero alcanzó percatarse de que el bote se había enredado con algo. Quizás con las ramas de un árbol. Cuando sus ojos se acostumbraron un poco más a la oscuridad, pudo discernir que eran las ramas de un árbol casi hundido por completo debajo del aluvi6n. A lo lejos se veían las copas de otros numerosos árboles que se perdían fuera del alcance de su vista, hasta fundirse y formar un solo e irregular perfil más negro que el del trasfondo nocturno, iluminado a intervalos por truenos y relámpagos. La corriente debajo del bote se sentía aún fuerte, pero Sanjuanita tuvo también la impresión que no había torbellinos y que estaba varada fuera del centro del aluvi6n. A pesar de ello, el bote se sacudía bastante, como si buscara desprenderse para volver a navegar con libertad hacia su aciago destino.

## **Ottomar Lauder, Sierra de Occidente de Caledonita, diciembre de 1948**

Hacía tres días que no salían casi de la cantina sino para orinar. El gringo estaba tirado sobre un saco de maíz con la saliva desliziándose por la comisura de la boca, desde donde caía sobre el costal formando una mancha viscosa. Antes de hundirse en su sopor, había sostenido un confuso altercado con su acompañante, un hombre gordo, de mediana edad y de poca estatura. En realidad, el gringo era un técnico alemán que se había internado a

lomo de mula con un paisano de Piuchén Chico para examinar un pozo petrolero abandonado que según los campesinos había comenzado a derramarse. En el camino habían decidido detenerse en un pobladito jumano, como a cinco horas todavía de camino al pozo. No había dejado de llover desde que dejaron el camión de la compañía petrolera estacionado junto a una gasolinera. Después, avanzaron monte adentro a lomo de recua por los caminos selváticos que los llevarían al pozo K-128. Empapados y agotados entraron a un jacalito donde una mujer jumana les había servido unas cervezas que sabían a orines de burro y un delicioso plato de arroz con frijoles. Luego llegaron otros tres hombres jóvenes y los invitaron a sumarse a ellos. Todos se sentaron o recostaron en hamacas mientras la mujer silenciosa continuaba trayéndoles cervezas. Cuando estas se acabaron, pidieron más y la mujer les trajo una jarra de chicha de maíz y las risas se fueron apagando a medida que la embriaguez se apoderaba de todos. Los diálogos se fueron convirtiendo en monólogos entrecruzados y obsesivos. Así como habían llegado, así también se fueron los tres muchachos campesinos: discretamente, y llevándose entre los dos menos borrachos a uno que había estado llorando hasta que casi se desmayó de ebriedad, cayendo de su hamaca al piso como un gran costal de camotes a medio llenar.

Ottomar Lauder abrió sus ojos con dificultad. Tenía los párpados hinchados y sentía los ojos pegajosos y cubiertos de una fina película aceitosa. Con lentitud miró a su alrededor sentándose sobre un saco de maíz. En la hamaca contigua vio a su compañero de viaje durmiendo con la boca abierta, los labios partidos y cubiertos de una película seca de baba blanquecina, y respirando de manera estrepitosa. Sintió el dolor en su boca y se tocó con mano temblorosa el rostro. Cuando retiró la mano vio que tenía coágulos de sangre adheridos a los dedos, y sintió el sabor salado-dulzón de la sangre en su boca y un hilillo tibio que se escurría por su mentón. El dolor palpitante de cabeza le hizo casi gemir y se levantó a duras penas. La mujer no estaba y salió al exterior tambaleándose. Mantuvo un equilibrio inestable y por un momento fue cegado por el sol.

Cuando la mujer regresó cargando un balde grande de masa de maíz recién molido, la siguió al jacal. Se sentó en la hamaca nuevamente tratando de ordenar sus pensamientos. Recordó haber recibido un golpe en el rostro de parte de su ayudante y guía, pero no pudo recordar el motivo del pleito. Sintió rabia y levantándose con torpeza le descargó una patada en las costillas al otro hombre, quien se quejó y luego siguió roncando. La mujer lo miró sin dejar traslucir ningún sentimiento. Estaba de cuclillas con su pelo reluciente peinado en una trenza. Se había levantado de madrugada y se había bañado en el río cercano, para después llevar el maíz a moler al molinillo de su comadre Amelia. Su preocupación principal ahora era que el gringo le pagara antes de partir.

El alemán comió una docena de tortillas con huevos revueltos y una gran jarra de café. De un bolsillo escondido sacó una bolsita de plástico y desenrolló unos billetes y le pagó a la mujer, quien por primera vez en la mañana sonrió apenas y le dijo algo en jumano. Lauder lo interpretó como un agradecimiento e hizo un gesto vago con la mano como diciendo, “no hay de qué”.

Partió sin su acompañante, llevándose las tres mulas y todo el equipo. Tenía una brújula, un buen mapa de la región, y consideró que si por algún motivo perdía la huella que a veces se tornaba invisible en la selva, encontraría seguramente a alguien que pudiera encaminarlo de nuevo en la dirección correcta. La lluvia comenzó a caer y se internó en el monte dejando el caserío atrás en unos cuantos minutos. La senda parecía bastante clara y una hora más tarde se cruzó con un grupo de campesinos que marchaban en silencio y con premura, casi trotando debajo de la lluvia. Se saludaron y esas fueron las últimas personas con las que se cruzaría por un buen tiempo.

Pernoctó acurrucado debajo de un enorme huitaque mientras la lluvia seguía cayendo tenaz. Trató de encender un fuego para cocinar un trozo de carne salada que había comprado antes de dejar la aldea, pero fue inútil. A pesar del hule que le protegía a medias del agua, la hornilla de queroseno se negó a encenderse. Buscó leña para tratar de iniciar una fogata, pero lo único seco que pudo hallar fueron unos trozos de madera podrida que arrancó de las raíces del huitaque. Pero

también fue inútil. Aunque los roció con combustible, los troncos se encendieron por un momento, para pronto apagarse dejando una humareda desagradable. El humo, sin embargo, redujo un poco el ataque incesante de los mosquitos. Renunciando al fuego se consoló abriendo una lata de sardinas muy saladas que comió con tortillas.

Masticó con lentitud calculando que si la lluvia amainaba podría recorrer la mitad del camino que aún le quedaba por delante en una jornada, examinar el pozo, y regresar a la aldea donde dejó a su guía, en unos dos o tres días más. Consolándose con este pensamiento, decidió darse un buen trago de aguardiente para celebrar sus planes y terminar de calmar ese palpitar que a veces parecía querer estallar en sus sienas. Olvidó por un momento la frustración que arrastraba por meses y se sintió casi feliz. Quizás ahora podría juntar el dinero necesario para regresar a su bien amado Bremen, y dejar para siempre atrás ese maldito país, su maldita gente y sus malditos sueños de enriquecimiento fácil..., pues admitía que por un tiempo los había tenido.

Cuando llegó al puerto Xanaguas desembarcó de inmediato y se dirigió hacia el sur de su “patria adoptiva” –como le comentó con sorna a un compatriota que se encontró en la primera cantina que visitaba en tierra firme después de seis meses–. Había escuchado que en los grandes y ricos campos petroleros encontraría fortuna muy pronto..., “un técnico alemán como usted será muy bien pagado”, le había dicho, y le creyó. Dos años más tarde, su única esperanza era retornar a su país... o tavez mejor, trasladarse a los Estados Unidos donde seguramente con una nueva identidad podría rehuir la justicia. Sí, tendría que ser el país del norte. Lo más seguro es que nunca podría retornar a su propia tierra natal. Seguiría haciéndolo siempre en sus fantasías, pero la razón le indicaba, una y otra vez, que ya no había vuelta atrás. Con rabia y ansiedad escupió un salivazo amargo y comenzó a buscar unos cigarrillos que con suerte quizás estuviesen aún secos.

DOS AÑOS DESPUÉS de la guerra, su preocupación central aún era comer a saciedad. Había desertado del frente oriental solo meses antes del colapso. De milagro había conseguido huir a

través de Polonia y llegar a Berlín. Cuando los soldados soviéticos por fin tomaron la ciudad, huyó otra vez al campo, a los alrededores de Berlín, mientras veía batallones de niños ofreciendo la última e inútil resistencia al avasallador avance soviético. Medio muerto de hambre regresó a Berlín quedando en la zona occidental ocupada por los norteamericanos. Al cabo de dos años, había conseguido regresar a Bremen. Pensó que la suerte retornaba a su vida cuando consiguió un trabajo como mecánico de autobuses de transporte, y la comida y la cerveza volvieron a circular en abundancia razonable por su modesta mesa, en una pequeña habitación de un edificio que sobrevivió a medias a los brutales bombardeos del final de la guerra.

La vida era dura, poca la paga y mucho el trabajo. No obstante, Ottomar Lauder no era desdichado ni muy exigente, sobre todo después de su experiencia en el frente oriental. Se embriagaba todos los fines de semana, a veces con más frecuencia, hasta quedar dormido mientras escuchaba una vieja radio que apenas transmitía una sintonía y que intercambiaba por un queso enlatado del ejército norteamericano. Era un buen trabajador. Con sus gruesas manos enrojecidas y callosas desarmaba, removía, reparaba o reemplazaba los achacosos motores diésel. Nunca se quejaba, trabajaba con pocas distracciones. Su supervisor, un hombre pequeño y nervioso de Gdansk –quien según los rumores había sido oficial de la Gestapo estacionado en Rumania– le mostraba simpatía. Una vez incluso le regaló un salchichón de Bavaria. Un preciado bocado en esos días de escasez. Hacia fines del segundo año de restablecido en Bremen, Lauder comenzó una relación con una mujer un poco mayor que él, cuya hermana vivía con su numerosa familia en el mismo edificio. A la semana de conocerse, ella se trasladó a vivir con Ottomar Lauder en el segundo piso.

La primera vez que la golpeó fue apenas a los dos meses de vivir juntos. Al día siguiente no recordaba nada, y hubiese partido tranquilamente a trabajar si no fuera porque vio el pómulo y el ojo hinchado y amoratado de la mujer. Ella le sirvió el café con un pan grande y manteca, y él la miró sin saber qué decir. Hundiendo un

poco la cabeza entre los hombros, tomó su desayuno escuchando la radio en silencio. Antes de partir dudó un momento al salir del baño. Quiso decir algo, al final se encogió de hombros y bajó de dos en dos las escaleras y corrió al encuentro con el aire frío de la madrugada. Pedaleando su bicicleta sintió que se le despejaba la mente. Recordó vagamente lo sucedido, pero pronto hizo a un lado el asunto. Seis meses más tarde se despertó un sábado a mediodía después de una larga noche de ebriedad y encontró el cuerpo inerte de la mujer en el piso del baño. Esa misma noche huyó en un tren de carga hacia Holanda. A la semana de estar en Rotterdam, consiguió escabullirse en un barco mercante español con destino al Nuevo Mundo.

El cigarrillo le supo a moho y paja podrida, pero le sirvió para apaciguar un poco sus nervios. La lluvia no se detuvo, pero algo pareció amainar. Montó en su mula y jaló a las otras dos amarradas en fila. El pequeño cortejo se internó otra vez en el monte.

NO TRANSCURRIERON MÁS de dos horas de camino antes de que Lauder se percatara que estaba perdido de manera irremisible. Había tenido que desmontar cuando su mula comenzó a respirar con pesadez y a mostrar su descontento con la carga excesiva que la oprimía. El sendero en el monte se había bifurcado varias veces, y en cada ocasión Lauder había seguido el sabio consejo de tomar la brecha ascendente, pues en caso de error, era más fácil descender hacia el camino correcto que hacerlo a la inversa. De pronto se encontró llegando casi a la cresta de una empinada ladera por la cual había subido resbalando. Había ascendido penosamente, cayendo en el lodo, maldiciendo de mil maneras, y peleando con la mula principal de su pequeña recua, que irritada no cejaba de tratar de morderlo en cuanto se descuidaba un instante. En una ocasión incluso la mula mordió y jaló con fuerzas la manga de su chaqueta y se la arrancó entera, con la misma facilidad de quien arranca la cáscara de un palo podrido. Lívido de ira, Lauder recogió una piedrota del camino y obnubilado por la rabia irracional que lo embargaba, se la estampó con todas sus fuerzas a la pobre acémila

junto a la oreja. La bestia lanzó un rebuzno extraño, alcanzó a lanzarle una coz a Lauder a mitad del cuerpo, y luego se desplomó entre estertores. El alemán también cayó con un alarido de dolor, pero tuvo suerte de que la patada solo lo golpeará de refilón. Si no de seguro allí mismo hubiera acabado su viaje y su vida con la cadera fracturada.

Se tardó casi un minuto en recuperar la respiración. Luego, pálido como un trozo de cebo crudo, se arrastró a duras penas hasta un árbol cercano donde casi llorando se reclinó. Permaneció así, con los ojos húmedos y cerrados, mientras se tentaba la tumefacción que crecía en su cadera izquierda.

Las otras acémilas se habían detenido y miraban con inquietud a su compañera que había caído fulminada. Pero carecían de la voluntad y la inteligencia de la mula guía. Después de un instante se calmaron, y permanecieron en su lugar espantando con sus colas los insectos que sin cesar intentaban posarse sobre ellas. Al cabo de unos buenos diez minutos, Lauder por fin tuvo la presencia de ánimo como para desabrocharse el pantalón y mirar la hinchazón que seguía creciendo sobre su cadera. Se le había levantado un rabioso montículo de carne magullada, rodeado ya de una aureola púrpura que parecía irse extendiendo desde el centro enrojecido y palpitante de la tumefacción. A pesar del dolor se puso de pie. Intentó mover las piernas flexionándolas hacia arriba mientras se apoyaba en un árbol. Constató con algo de alivio que podía hacerlo sin dificultades a pesar del dolor casi insoportable. Se volvió a recostar —casi desplomándose sobre el suelo suave de la tierra orgánica de la selva— con todo el cuerpo extendido y se quedó así con los ojos cerrados una buena media hora. Cuando estuvo algo más recuperado, pudo doblar el torso y levantarlo hasta quedar sentado. Otro síntoma positivo. Después se volteó y se puso en cuatro patas apoyándose sobre las manos y las rodillas. Con dificultad se fue poniendo de pie sintiendo los agujonazos de dolor que ascendían desde encima de su cadera, justo donde comenzaban sus costillas, y se difundía hacia la cintura y la espalda. Dos veces lanzó un grito de dolor seguido de una retahíla de groserías en su lengua natal. Y cuando

estuvo por fin de pie otra vez, los pantalones se le deslizaron hasta las rodillas. Por un instante se sintió estúpido. Luego, mientras se agachaba con dolor para subirse los pantalones, comenzó de nuevo a ser poseído por un acceso de ira que casi lo sofocó.

Olvidándose del dolor, Lauder se dejó caer de rodillas al suelo armado con un largo cuchillo de cazador que extrajero de una vaina que traía colgada del cinturón. Medio gateando y medio arras-trándose como un gusano cubierto de lodo, se arrimó a la acémila que ya estaba más muerta que viva. Fuera de sí comenzó a apuñalar al pobre animal en su ancho y sudoroso cuello. El cuerpo de la mula apenas se sacudió con un último estertor. Solo se movían un poco sus ojos desorbitados, manteniendo la boca muy abierta de la cual pendía la lengua inerte. La expresión del animal moribundo parecía clamar en silencio por un poco de conmiseración en sus últimos segundos de vida.

Lauder no supo cuántas veces descargó el cuchillo, pero con cada golpe que daba, sentía una suerte de satisfacción íntima que nunca antes había experimentado. Era como si estuviera exorcizando todos los demonios que habían plagado su vida desde que tenía memoria. Con cada puñalada fue aniquilando el recuerdo de las palizas que solía darle su padre cuando intentaba defender a su madre. Apuñaló sus años de pobreza y hambre. Apuñaló las numerosas veces en que había sido el hazmerreír de la escuela por sus ropas sucias y sus pantalones rotos en el trasero. Apuñaló la humillante remembranza de las veces en que fue rechazado por las muchachas en su juventud, luego de que estas observaran con desagrado su rostro cubierto de acné y sus dientes grandes y amarillos, además de chuecos. Descargó el cuchillo numerosas veces para exterminar el recuerdo quizás más doloroso de todos: sus dos años en el ejército nazi sirviendo en el frente oriental. Uno a uno acabó con los oficiales sádicos que habían abusado numerosas veces del soldado Ottomar Lauder durante ese largo e indescriptible invierno de combate, intentando infructuosamente tomar Estalingrado. Así, mientras se cubría con la sangre de su víctima y terminaba de degollar a su chivo expiatorio, Lauder sentía que

su espíritu atormentado se purificaba; sentía que se aligeraba su corazón y que la sangre derramada lavaba todas las heridas no bien cicatrizadas que acumuló en su alma. Acabó exhausto y llorando a gritos, como nunca lo había hecho, ni siquiera cuando su padre lo molía a palos, o cuando su mejor y único amigo murió destrozado por una granada de mano que le arrojó desde su balcón semiderruido una anciana rusa durante un repliegue en Estalingrado.

Cuando se calmó, volvió a levantarse. Su mente flotaba como entre vapores. Además, la lluvia que se había detenido hacía una hora comenzaba a evaporarse de nuevo subiendo en volutas sinuosas desde el suelo lodoso y cubriéndolo de gotas gruesas de agua y sudor como si estuviera en un gran sauna natural. Como un autómatas comenzó a descargar los bultos que aún estaban atados a la mula muerta. Las otras dos se habían alejado un poco y habían comenzado a pastar, indiferentes a lo acaecido a su líder. Lauder redistribuyó la carga lo mejor que pudo. Tuvo que dejar atrás un par de bolsas de harina y un costalito de sal, pero tuvo especial cuidado en rescatar una escopeta envuelta en cuero aceitado. Y así como estaba envuelta, se la colgó del hombro y comenzó a descender con las dos mulas restantes atadas a una misma cuerda.

Lauder avanzó sin saber hacia dónde iba y sin importarle tampoco mucho. No supo cuántas horas caminó de este modo sin rumbo fijo. Se detuvo un momento junto a un arroyo y permitió que las mulas abrevaran. Pero apenas tomándose el tiempo para saciar la sed de los animales y la suya propia, partió apurado rengueando y conteniendo el dolor, como si tuviera una cita a una hora precisa y en un lugar bien definido. No salió de su estado de vaporoso estupor sino hasta que escuchó una serie de disparos de distinta intensidad que parecían provenir de varias armas diferentes. De modo instintivo abandonó la huella y se hizo a un lado con sus mulas. Las ató a un arbusto y se agachó entre unas lianas que bajaban enrolladas las unas sobre las otras como columnas leñosas del techo de la selva. Volvía a ser el cauto y aterrado soldado Lauder que sobrevivió durante el crudo invierno soviético de 1944. Unos minutos más tarde vio a un hombre que avanzaba corriendo,

brincando sobre obstáculos, y abriéndose paso con frenesí entre la vegetación. En una fracción de segundo, Lauder pudo percatarse que el hombre venía herido y avanzando con sus últimas fuerzas. Casi cayéndose, el fugitivo desvió de pronto su curso, como para despistar a sus perseguidores, y enfiló en línea recta hacia el lugar donde Lauder se encontraba agazapado. De pronto, el alemán saltó desde su escondrijo y abrazó al hombre con todas sus fuerzas. Este intentó lanzar un grito, pero Lauder lo sofocó con una mano de hierro mientras arrastraba al hombre al suelo, rodando como un par de extraños amantes cubiertos de lodo y sangre.

Por un breve instante se miraron a los ojos. Los ojos azules y enrojecidos de Lauder, y los ojos negros y rodeados por una aureola oscura de cansancio y dolor de su inesperado cautivo. Recostado con todo su peso –fácil unos cien kilos– sobre el hombre, Lauder levantó un dedo hasta sus propios labios haciendo un gesto de silencio, a lo que el hombre respondió con un trabajoso asentimiento de cabeza. En su áspera lengua nativa, Lauder le susurró al oído en alemán:

–No te muevas Marinush... Calla, calla, aguanta el dolor. Esta vez no morirás amigo.

Y luego quitó su mano, que se agitaba como un jamón afiebrado, de la boca del hombre. Este lo miró asombrado y en voz baja le respondió en español:

–¿Qué te pasa gringo? ¿De qué hablas?

Y forcejeó para sacarse de encima al pesado y poderoso cuerpo de Lauder sin conseguirlo. Lauder volvió a poner su mano entera y extendida sobre la boca del hombre, y con impaciencia le repitió en un susurro:

–Silencio. El enemigo se acerca. Si no me obedeces vamos a morir ambos esta vez.

Con resignación el hombre pensó:

–La gran puta... este gringo está loco, y Jenaro y sus compinches deben estar cerca... ya me jodí.

En ese instante, caminando con paso ligero y agachado mirando en todas direcciones como un cazador furtivo, apareció el primero de los perseguidores. Lauder tomó a su cautivo en sus brazos y se

lo echó al hombro mientras saltaba hacia un árbol con raíces como arquitecturas de catedral. Pero el perseguidor era un hombre rápido, y sin detenerse a pensarlo un instante, disparó en dirección al bulto amorfo que huía rumbo al árbol que estaba a mitad de camino entre él y su blanco móvil. Una parte de los perdigones dieron en la pierna de Lauder, quien a pesar de ello no se detuvo y alcanzó a ponerse a cubierto detrás del árbol. Rodaron por el suelo y Lauder sacó con rapidez sorprendente la escopeta que traía colgando del hombro. Dejó al hombre maltrecho y exangüe contra la gran raíz, y con rapidez rodó fuera del escondite rumbo a una roca cercana. El perseguidor también se había agazapado detrás de un árbol y desde ahí esperaba detectar algún movimiento proveniente del lugar donde vio caer al hombre que cazaba. Aún no se percataba que eran en realidad dos hombres. Poco después llegó otro par de perseguidores y se acurrucaron junto al primero que había disparado.

—¿Qué pasó? ¿Ya te lo manducaste?

—No sé Jenaro, creo que le di otra vez y ahora se está muriendo detrás de ese árbol.

El fugitivo, en efecto, se había desmayado recostado en el mismo punto donde lo dejó Lauder. Mientras tanto, este último había continuado arrastrándose en dirección al lugar desde donde vino el disparo. Se arrastró con cuidado mientras apretaba los dientes aguantando el dolor que venía de su cadera, tratando de acallar las punzadas ardientes que ahora se irradiaban en todas direcciones desde el punto donde la mula alcanzó a rozarlo con su cox postera. En cuanto a los perdigones en su pierna, ni siquiera los sentía.

Jenaro y sus dos hombres continuaban parlamentando para decidir qué harían. El coloquio fue bruscamente interrumpido cuando una de las mulas de Lauder se acercó trotando por entre los arbustos. Uno de los hombres que venía con Jenaro se levantó y disparó sin detenerse ni un segundo. Se sintió exaltado y orgulloso cuando jaló el gatillo de su revólver, y este respondió haciendo un estruendo formidable. Además, en esa breve fracción de segundo, tuvo la sensación casi física, como si hubiera descargado un golpe con su propio puño, de que había dado de lleno en el blanco. Y antes de que visualizara

con exactitud la criatura –¿humana o animal, no lo sabía aún?– a la que acababa de aniquilar, la mula que venía avanzando entre los arbustos rodó por el suelo, muerta al instante a causa del disparo que le destrozó el pecho. Los perseguidores oyeron el cuerpo que caía, pero no alcanzaron a distinguir entre la alta vegetación que era una mula, y asumieron que su presa humana era la que había caído fulminada.

Jenaro comentó:

–Lo acabalaste Rubén. Cayó como un tronco dinamitado. Era grandote el fulano.

Esperaron unos diez minutos y ya no escucharon ningún ruido. Se levantaron con cautela y avanzaron despacio, bien separados, hacia donde escucharon caer al fugitivo. Jenaro fue el primero en separar las hojas, pastos y ramas tras las cuales había caído la mula. Cuando por fin la distinguió recostada e inmóvil sobre su lecho mortal, no pudo articular palabra por un breve momento. Cuando sus otros dos acompañantes convergieron hacia él y por fin también se asomaron a la escena, se quedaron igual de sorprendidos.

–Una mula... –dijo por fin uno de ellos, en voz baja y en jumano. Jenaro se agachó junto a la mula, tocó su cuello y comentó mirando con aprecio los bultos que aún llevaba el animal atados al lomo:

–Bien muerta... Y bien cargada además la muy bandida.

El primero que había disparado sobre Lauder empezó a decir:

–¿Entonces dónde está...?

Pero su frase quedó trunca por un disparo hecho casi a quemarropa desde el otro lado del arbusto. Cayó fulminado. Lauder disparó en forma consecutiva otras cuatro veces sobre Jenaro y los otros hombres, quienes no alcanzaron a reaccionar. Lauder estaba acelerado y la adrenalina y la locura que lo poseían lo llevaron a avanzar casi de inmediato después de disparar, sin detenerse a corroborar si “sus enemigos” estaban en efecto muertos. A duras penas se arrastró hasta el pequeño claro de pastizal y matorrales pisoteados que la mula y los tres hombres caídos habían formado entre la vegetación. Casi al borde de la muerte y disparando a ras del suelo, Jenaro alcanzó con certeza a Lauder, quien se había asomado al claro caminando tambaleante entre la vegetación húmeda.

Cuando se apagaron los ecos del último estruendo, un gran silencio envolvió la escena. Después, un abejorro pasó zumbando con pereza, y un rayo poderoso de sol se filtró por entre las altas copas de los árboles, treinta o cuarenta metros más arriba. La luz del sol descendió sobre la escena como la luz de un faro en las tinieblas. Bajó iluminando los cuerpos sombríos e inanimados sobre el suelo de la selva, como uno de esos chorros de luz divina que se abre paso entre nubes, y que son característicos de los cuadros renacentistas o las marinas *kitsch*. Por un momento, esa luz casi sólida en su espesor transitorio, alumbró a los cinco seres dormidos para siempre, y en proceso ya de devolver la fertilidad de sus cuerpos al ciclo voraz del monte tropical.

Apenas unos metros más allá de aquella escena dantesca, el fugitivo se quejó y su espíritu ascendió a la superficie de la consciencia. Entreabrió los ojos y sintió que se había elevado por entre aguas sombrías, flotando hacia arriba desde las profundidades de un insondable cenote. Con angustia respiró a bocanadas el aire cálido y húmedo que lo envolvía. La cabeza le daba vueltas y la sentía ligera como si solo estuviera llena de aire. Mareado como estaba, pudo levantarse y caminó en cualquier dirección con paso incierto. Se detuvo, y recordó al gringo loco que lo había asaltado en su huida. Recordó también a Jenaro y sus hombres, y por un momento tuvo un acceso de pánico. ¿Cómo es que aún no le habían caído encima como una manada de lobos hambrientos? ¿Por qué aún estaba vivo? Las interrogantes se agolpaban en su mente todavía confusa. Pronto llegó a la conclusión acertada de que ese gringo que había brincado como un demonio del monte, cubierto de lodo seco y sangre coagulada, seguramente había enfrentado a sus perseguidores. Y enseguida llegó a otra conclusión, acertada también: de que él mismo había perdido el conocimiento por cerca de diez o quince minutos. Pero a pesar de los razonamientos cada vez más claros que fluían en su mente, tenía en realidad más preguntas que respuestas.

Decidió alejarse de ese lugar cuanto antes. Pero no había dado diez pasos, cuando oyó un quejido cercano. Se detuvo preocupado. No obstante, a pesar de su temor, decidió acercarse al lugar de

donde había provenido el lamento. Con el primero que se encontró fue con el misterioso hombre extranjero que lo había abrazado contra el suelo hablando en su lengua foránea poco antes de que perdiera el conocimiento. Luego vio a Jenaro y a los otros dos hombres que lo perseguían, tumbados junto a una mula inmóvil sobre el pasto. Todos estaban muertos. Después volvió a escuchar una voz temblorosa en un idioma desconocido.

—Es el gringo —pensó—, aún esta vivo este demonio.

Se reclinó sobre él y lo puso de espalda. El gringo estaba cubierto de sudor, demacrado su rostro, y sus ojos perdidos en otro tiempo y en otro lugar. Por entre sus labios amoratados y temblorosos se escapaban palabras en alemán que el hombre reclinado junto a él trataba en vano de entender.

Murmurando por encima del borbotón de palabrejas extrañas que manaron apenas de la boca del alemán moribundo, el fugitivo dijo con voz casi afectuosa:

—Me salvaste la vida gringuillo. Te la debo. Saliste igual que un demonio que brota de un agujero del infierno, pero para mí resultaste como un ángel caído del mismísimo cielo. Te la debo gringo... Te la debo.

Y sintió una oleada de simpatía y agradecimiento hacia Lauder.

—No sé quién eres, ni cómo te llamas, pero te lo agradezco hermano.

Lauder, más allá que acá, ya no escuchaba las palabras del hombre a quien le había salvado la vida sin querer. Sus ojos azules, fijos en un punto distante, como avizorando ya otro mundo, brillaban ahora con ese destello final que antecede a la muerte.

Hubiese necesitado ocuparse de su propia herida en el hombro que aún sangraba, pero ahora solo tenía en mente hacer algo por ese insólito salvador que agonizaba ante sus ojos. Entre las cosas que cargaba uno de los hombres de Jenaro encontró una calabaza llena de agua, que cuando la probó le supo a agua bendita. En uno de los bolsillos de Jenaro encontró cigarrillos y fósforos. Con cuidado le fue dando un poco de agua a Lauder, quien la sorbió ansioso por entre sus labios ya sin color. Por un momento, cesó incluso de musitar en alemán la frase que ya había repetido cada

vez con más dificultad desde que recibió el impacto en el pecho y cuello del escopetazo final de Jenaro:

—Soldado Ottomar Lauder... Batallón mecanizado, quinto regimiento de infantería del ejército alemán... ¡Presente!

Lauder se atoró con el agua y el hombre le secó la cara con un pañuelo de colores que se desenredó del cuello. Luego lo acomodó como a un niño, poniéndole un saco de harina como almohada, mientras ponía un cigarrillo encendido entre sus labios temblorosos. Lauder sonrió por última vez y expiró. El hombre se quedó un par de minutos observándolo en silencio. Le cerró los ojos y tomándolo de los sobacos lo arrastró hasta ponerlo junto a las raíces del árbol que les sirvió antes a ambos de parapeto y escondrijo. Pensó que Lauder descansaría a gusto a los pies de ese monumento natural que había emergido desde lo más hondo del monte hacia el cielo, quizás doscientos o trescientos años atrás.

Enterró a Lauder como pudo y partió. A la media hora de camino, la suerte le sonrió otra vez cuando se encontró pastando en un claro a la última de las mulas de Lauder. Arrojó una buena parte de la carga que la acémila aún tenía atada al lomo, y se montó en ella y casi desmayando de dolor se dejó llevar por su montura siguiendo la primera senda que encontró.

## **Guy, Sanjuanita y Sirenito, el rescate, 5 de enero de 1949**

La mayor parte de las embarcaciones para el rescate ya habían comenzado a bajar por la laguna-río que ahora descendía con fuerza moderada hacia el mar, cuando Guy colocó su bote en el agua. Lo habían transportado sobre una plataforma de madera y arrastrado primero con bueyes y luego con un camión. La lluvia ya se había detenido por completo. Doce hombres se embarcaron con Guy. Llevaban cuerdas, adminículos de primeros auxilios, víveres para tres días, lámparas, un par de escopetas, dos perros, y un gran mosquitero con el cual podían cubrir el lanchón casi entero al caer la tarde.

Al segundo día, los rescatistas habían encontrado tres mujeres, cuatro hombres y seis niños en la arrasada isleta de Francisco

Junín. Habían sido llevados sobre el techo de una iglesia de madera que se desprendió por completo y que había flotado con su cargamento humano hasta quedar atrapado entre los árboles más altos en la meseta central de la isleta. Los rescatistas eran tres pescadores que habían venido desde el cercano puerto de Totoral para colaborar en las labores de salvamento. Sin embargo, el bote del intendente, quien se había hecho acompañar hasta por una banda de músicos, algunas prostitutas y varios periodistas y colegas cercanos, aparte de una pequeña tripulación, se apresuró a transbordar a su navío a los damnificados y llevarlos a tierra firme con gran fanfarria. Luego, el intendente desembarcó e invitó a toda su comitiva a un gran asado generosamente regado con aguardiente, vino importado y cerveza. En la tarde regresó ebrio y eufórico a la capital provincial, donde bien aleccionados simpatizantes lo recibieron como a un héroe. Tras su tan teatral como breve intervención, el verdadero drama del rescate continuó su curso real.

El bote de Guy pasó junto a la isleta de Francisco Junín y se enfiló río abajo rumbo al mar bordeando la orilla norte. Serpenteando de manera trabajosa entre los árboles más grandes que estaban semisumergidos, y que formaban montículos transitorios al quedar envueltos en masas acumuladas de lodo, restos de edificaciones, ramas, hojarasca, cadáveres humanos y de reses en gran número. Avanzaban con lentitud, inspeccionando con atención todo ese entorno devastado. Aparte de las islas momentáneas de residuos apilados, navegaban en general sobre una selva acuática que había quedado casi a tres metros por debajo de la superficie del agua. En las áreas más transparentes del agua en que esa floresta sumergida era visible, se vislumbraba desde arriba como un bosque siniestro y embrujado, lo que tornaba la labor de rescate en una tarea aún más ominosa.

Por suerte para los rescatistas y sus naves, en las orillas de la inundación la corriente era poderosa, pero lenta, comparada con el centro. De hecho, la mayor parte de las embarcaciones de rescate decidieron orillarse para eludir el correntón del centro. Había más obstáculos, pero las posibilidades de encontrar algún otro

sobreviviente o cuerpo de víctimas eran allí mucho más elevadas, y sin duda mucho menos peligroso el trabajo de los rescatistas. En el centro del aluvión, grandes troncos y desechos de todo tipo eran arrastrados a gran velocidad por la corriente, aunque eventualmente eran empujados en forma gradual hacia las orillas. Así, todos los rescatistas dedujeron muy pronto que casi de seguro ese era el mismo destino que habrían corrido los sobrevivientes y las víctimas.

En la noche, los rescatistas encendían unas velas gordas, hechas de cera natural y dotadas de gruesos pabilos, las ponían sobre tablas y las dejaban flotar río abajo. Luego seguían con atención su curso, y donde se detenían junto a la orilla, se suponía que se encontraba algún cuerpo flotando, o sumergido a diversas profundidades, enredado de alguna manera en la vegetación u otros obstáculos debajo del agua. Y por improbables que parecieran sus buenos resultados, este método había sido usado desde siempre en la zona, y en la presente situación resultó ser bastante efectivo. Muy pronto, los rescatistas habían encontrado otros veinte sobrevivientes y unos cien cadáveres. A veces, las veladoras se detenían en algún punto y las esperanzas de los rescatistas resultaban frustradas al descubrir solo el cuerpo atascado de alguna res, o algún animal de monte vivo y aferrado a las ramas sobresalientes de un árbol.

Apenas bajaba el sol, el asalto de los zancudos era despiadado. El huracán había levantado millones de mosquitos que habitaban las marismas costeras y los había empujado tierra adentro. Allí, fuera de su ambiente natural, se debatían por sobrevivir atacando con frenesí incesante a todo ser de sangre caliente al caer la tarde. La experiencia resultó terrible para numerosos rescatistas, quienes abandonaron la empresa después de la primera noche en el río. Además, en la oscuridad, las posibilidades de naufragar parecían demasiado altas para correr ese riesgo.

Guy y sus hombres siguieron adelante, protegidos por el gran mosquitero que habían tenido la precaución de traer. Aún así, los diminutos jejenes y las feroces purrujas conseguían pasar a través de las mallas muy finas de los mosquiteros. Los voraces insectos voladores los atormentaron tanto la primera noche, que al día siguiente

regresaron a tierra por tres barriles recortados de petróleo, mientras unos cuantos abandonaron del todo la difícil empresa. Colocaron un barril en cada extremo de la lancha, y el tercero al centro, cerca de la cabina de navegación. Los llenaron de cebo derretido y les agregaron una gran cantidad de heces vacunas secas. Después, a partir de las cuatro de la tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, los mantuvieron encendidos hasta la madrugada siguiente. En la segunda noche pudieron descansar por turnos a pesar de la pestilencia a bosta de vaca quemada y la pesada humareda que invadía la embarcación. Pero imperturbable ante las incomodidades, Guy se mantenía de buen temple, animando todo el tiempo a sus acompañantes, haciendo bromas y contando anécdotas para levantar el ánimo general. Cuando sacaron a una muchacha y su padre que se encontraban atorados sobre un banco de ramas y lodo, Guy fue uno de los más osados y entusiastas. Se metió él mismo al lodo, y codo a codo con sus hombres cavó hasta poder liberar al padre casi moribundo y a su hija de unos trece o catorce años, que no cesaba de llorar y gemir en su delirio precursor de la muerte. El hombre estaba casi por completo inconsciente cuando fue por fin desenterrado, y solo una parte de su torso, su cabeza y un brazo habían permanecido libres de la mazamorra que lo atenazaba. Con el otro brazo había sostenido a su hija. Y así, con la mitad del cuerpo fuera del lodazal que pronto había empezado a secarse como adobe cuando al día siguiente del diluvio el sol les dio de lleno, el hombre había hecho todo lo posible para salvar a la niña. A las seis horas de levantarse el sol implacable de la mañana, perdió el conocimiento pero siguió sujetando el brazo de su hija como un simple reflejo mecánico.

Ambos damnificados estaban atrocemente picados por los mosquitos, y presentaban ya numerosas llagas e infecciones de hongos en diversas partes del cuerpo. Guy se ocupó de que fueran lavados con esmero, y que se le administraran pomadas y ungüentos para las llagas. Dio órdenes estrictas de que se les diera agua y comida poco a poco. “Si no se arrebatan y se mueren aquí mismo frente a nuestros ojos”, aclaró. Después los llevaron a tierra firme junto al bordo derruido donde el ejército había levantado un hospital de campaña.

El Chagual se abasteció de agua fresca y víveres, y apenas unas horas después de dejar a los damnificados en manos de las autoridades, volvió a lanzarse al rescate con el mando de Guy. Soplabla una ventisca a favor, y con orgullo Guy ordenó izar la única vela de su lancha, la que aparte del ruidoso motor diésel que poseía, podía ser impulsada por el viento en ocasiones favorables. El Chagual se reinternó en la laguna-río, avanzando con gallardía entre las otras embarcaciones más pequeñas que partían o regresaban al centro de rescate.

EL BOTE POR fin se desprendió para ser arrastrado otra vez por el aluvión. Esta vez un remolino lo atrapó, lo hizo girar un par de veces, y enseguida lo soltó hacia el centro de la corriente. Navegó al garette siguiendo la corriente río abajo con rapidez vertiginosa. Sanjuanita se abrazó con fuerzas al recién nacido y empezó a llamar a su madre, con la misma vehemencia con que lo hiciera casi un año atrás, durante una noche tan apocalíptica como la presente. La frágil embarcación entró en una zona de rápidos y comenzó a remecerse de manera muy peligrosa. Su curso enloquecido terminó cuando se estrelló contra un árbol gigante de la selva arrancado de cuajo por la inundación, y que flotaba bastante más lento que el bote. La embarcación crujió como una nuez aplastada y se desguazó dejando a Sanjuanita y su bebé a merced otra vez del río. La joven se hundió en las aguas revueltas. Volvió a salir a flote y comenzó a ser arrastrada con su bebé apretado entre sus brazos junto al árbol que había destruido su pequeña arca. Nuevamente sintió que todas las esperanzas y las fuerzas la abandonaban. Pero no soltó a su pequeñín. Se aferró a él pensando en que pronto irían juntos a un mundo mejor, cualquiera que este fuese. Salió a flote y levantó la cabeza del bebé lo más posible fuera del agua para que pudiera respirar. Milagrosamente, el niño se veía tranquilo. Había abierto sus ojitos muy negros y brillantes, y la miraba muy fijo, algo raro en un recién nacido, como transmitiéndole un amor que parecía fluir a través de él desde el corazón mismo del universo. Una vez más, Sanjuanita igual que Tima, no pudo dejar de preguntarse, inclusive en tan apremiantes circunstancias, ¿por qué no llora?

El torrente los volvió a lanzar contra el árbol. Parecía que serían arrastrados por debajo de este, cuando Sanjuanita sintió que algo jalaba con fuerzas a su hijo casi arrancándoselo de los brazos. El enorme tronco de pronto se giró sobre su eje horizontal, y con horror Sanjuanita vio que uno de los piecitos del bebé se había atorado entre unas ramas y era jaloneado fuera de sus brazos por esa implacable tenaza. Pero sin soltarse de él, ella se subió a horcajadas sobre la rama en que se hallaba atrapado su hijo, y en ese mismo momento descubrió que su bajo vientre estaba empapado de sangre. El cordón, aún unido a su pequeñín, se había por fin desprendido solo con la placenta incluida. Trató, sin buenos resultados, de liberar a su bebé, moviendo con energía y con cuidado las ramas que aprisionaban su piecito, haciendo así lo posible por liberarlo sin lastimarlo más. No dejaba de escrutar su carita buscando señas de dolor. Pero, misteriosamente, el niño solo hacia muecas sin soltar el llanto. De inmediato, Sanjuanita volvió a pensar, con preocupación maternal un poco fuera de lugar dadas las circunstancias en que se hallaba, “pobre, pobrecito mi angelito... ha nacido mudo”.

Viendo que estaba lastimando aún más a su propio bebé al intentar zafarlo del cepo arbóreo, cejó en sus esfuerzos, y cubriéndolo con su chal mojado, volvió a arroparlo estrechándolo contra su pecho, mientras la sangre seguía corriendo desde sus entrañas y se derramaba como un velo rojo y espeso sobre la rama que le servía de montura. Sosteniendo a su nene recién nacido en ese último abrazo de amor materno, de a poquito la vida se fue escurriendo del cuerpo de Sanjuanita, al igual como la sangre que huía de su vientre. Y así, la muerte fue entrando en forma insidiosa por el mismo conducto de amor, por donde poco antes saliera otra vida al mundo.

Al día siguiente, como a las cinco de la madrugada, Guy y sus hombres divisaron a lo lejos la extraña figura recortada contra el sol matinal. De inmediato enfilaron la embarcación hacia esa madona inmóvil, fundida en un último abrazo con su nene recién nacido. Surcaron hacia ellos en silencio, casi con reverencia. Algunos hombres se persignaron, otros se quitaron el sombrero y agacharon la cabeza, y otros se pusieron de hinojos y oraron en voz

baja. Con infinito cuidado tomaron el cuerpo ya rígido de Sanjuanita en sus brazos, mientras con una navaja y una sierra pequeña cortaban las ramas que aún atenazaban el pie del bebé.

Nadie dijo nada por un buen rato. La pobre mujer estaba a todas luces muerta desde hacía un par de horas. Su vestido estaba cubierto todavía de sangre coagulada que se había secado luego de que Sanjuanita falleciera y se detuviera el sangrado. Pusieron sobre una lona el cuerpo exangüe de la joven madre y la cubrieron con la misma tela luego de lavar su rostro con delicadeza y peinar sus largos cabellos. Al pequeño lo arroparon con unas cobijas secas y suaves después de comprobar que estaba vivo. Guy tomó al niño envuelto en frazadas entre sus brazos con una ternura que nunca manifestó hacia sus propios hijos hombres y que extrañó a los hombres a su alrededor que lo conocían mejor, se acordó de inmediato con ternura de Teresita, y miró con suma atención el piecito que asomaba por entre las frazadas.

Con aire solemne Guy se quedó hipnotizado por esa diminuta extremidad retorcida y flagelada. Nadie decía nada a su alrededor, y así transcurrieron como cinco minutos. Al fin dijo sin alzar la voz:

—Esta patita nunca podrá caminar con normalidad. Pobre niño. No solo ha perdido a su madre, sino que ha quedado baldado de por vida.

A lo cual, el viejo Antinor Cruz agregó con su voz áspera característica:

Pero es un milagro que esté vivo. Este niño está protegido ñor... Mírelo, pues, don Guy, si ni un solo piquete de zancudo tiene, ningún rasguño, nada, nada... Apenas su patita está lastimada... Este niño está protegido por el de arriba... Yo, en mi pobre juicio de campesino, pienso ñor que lo que este niño vivió en las pocas horas que han pasado desde que nació, seguro no lo viviremos nunca nosotros... Ni aunque pongamos todas nuestras vidas ya vividas, en filita señor.

Decidieron allí mismo regresar sin dilaciones, porque era obvio que el niño pronto necesitaría ser amamantado y atendido por un médico experto. Pero aunque hicieron lo posible por retornar pronto al centro de rescate río arriba, se tardaron un par de horas

con la corriente en contra. Uno de los muchachos se lavó bien las manos con agua fresca que traían, y le puso el dedo meñique en la boca al bebé, quien de inmediato lo succionó con entusiasmo, despertando una algarabía de festejos entre los rescatistas.

Pobre, tiene hambre —dijo el muchacho del dedo— y ni siquiera llora este pedacito de cristiano.

Pronto Guy perdió interés en el curioso rescate que acababan de realizar, y empezó a pensar en las tareas del rancho, en Teresita, y luego de un rato, solo en Silvana, quien de seguro lo esperaba joven, muy deseable y jugosa en la mansión patral.

**REGRESÓ TARDE** A la mansión. Sus tres mastines ladraron un instante y luego parecieron derretirse de alegría celebrando con húmedo afecto la llegada de Guy. Se despidió, casi murmurando, de cuatro de sus hombres que habían venido con él en su camioneta, y le encargó a uno de ellos que se llevara al bebé y se lo entregara a una de las mucamas más jóvenes de la mansión.

—Que le den un poco de leche de cabra hervida primero, y que parta uno cualquiera de ustedes a buscar...

Y cambiando de idea, agregó:

—No, anda tú Manuel que eres el que mejor maneja la camioneta más chica... Sí, anda de inmediato a buscar un médico y me lo traes cuanto antes desde San Vicente o Paraíso... Apenas lleguen, lo llevas con este pobre desdichado niño y que le cure bien la patita. Después que se le pague bien, lo llevas de vuelta... ¡Ah!, y que nos deje receta de los medicamentos que se puedan necesitar... Tú los compras después ya sea en San Vicente o Paraíso. Después me pasas la cuenta y arreglamos... ¿Está bien?

Y luego, dejando los bultos en el vestíbulo de entrada, subió a la recámara de Teresita. Entró de pies juntillas y vio la cunita blanca con adornos dorados y pinturas naive que había mandado a hacer con el mejor ebanista de Molocoyén, el pueblo de los grandes artesanos, especialmente para Teresita.

Se acercó conteniendo la respiración y se asomó por el alto borde de la cuna y escudriñó con dificultad en la penumbra tratando

de visualizar el bulto de la niña durmiendo. Durante dos minutos la buscó en la oscuridad en vano. Al borde de la angustia empezó a palpar las frazadas buscando el cuerpo regordete y tibio de su hija. No encontró más que las cobijas vacías. Entró en pánico y estuvo a punto de comenzar a gritar llamando a los criados. Se dio vuelta para salir del cuarto e ir por ayuda, cuando con los ojos ya más acostumbrados a la oscuridad, vislumbró en un camastro el bulto de alguien que respiraba con parsimonia. Se acercó y se sentó en el borde del lecho. Ahora sí pudo vislumbrar la figura curvacea de una joven mujer que pronto reconoció como la de Silvana. Y pegada a su pecho moreno, voluptuoso y túrgido que se asomaba por entre las cobijas, estaba la bebé que aún succionaba el pezón de vez en cuando, mientras dormía. Se agachó y besó la mejilla regordeta de la niña. Y luego, con toda naturalidad, comenzó a besar el seno de Silvana junto al pezón. La muchacha se removió, y en el momento que comenzaba a abrir los ojos, Guy le dio un beso largo introduciendo su lengua entre los labios semi-abiertos de la joven mujer. Silvana, todavía medio dormida, respondió de manera casi instintiva al beso. Luego abrió los ojos y se detuvo por un segundo tratando de determinar qué era lo que estaba ocurriendo. Guy apartó su rostro de ella, y así Silvana pudo reconocerlo. La muchacha se sonrió, sacó una mano por entre las frazadas, y tomando a Guy por el cuello lo atrajo hacia ella. Volvieron a besarse, esta vez respirando ambos de forma cada vez más acelerada.

—¿Cómo estás, dulzura? He pensado mucho en ti. No encontraba la hora de regresar para verlas a ti y a la niña.

—Yo también pensé en ti —le dijo Silvana con familiaridad y desenvoltura, pues tal era su forma de ser— todos estos días le he dado la teta a Teresita, pero me imaginaba que eras tú.

Después remachó sus palabras con amplia sonrisa, sensual y pícara, para enseguida soltar una risita de alegre complicidad.

Besándole y mordisqueándole la oreja, Guy le murmuró apasionado con voz ronca:

—Esta noche vas a ser mía, mía para siempre. Te voy a hacer subir al cielo, tan alto que nunca vas a querer bajar.

La verdad es que a Guy no le interesaba si la muchacha sería suya para siempre o no, pero en ese instante, el sentimiento de posesión total que involucraban sus palabras, lo excitaba aún más de lo que ya estaba. Silvana, por su parte, no entendió muy bien el significado de esas palabras, pero su cuerpo ya estaba respondiendo con fuerzas a los mordisquillos, lengüetazos y besos que Guy con pericia le daba en la oreja, el cuello y los hombros.

—Hazme tuya, pues —le respondió al cabo de unos minutos Silvana, con voz igual de ronca y en un tono de desafío. Sus ojos ya no sonreían, sino resplandecían con una intensidad que Guy jamás había visto en otros ojos de mujer. Silvana agregó con voz entrecortada:

—Desde el día en que no me sacabas los ojos de encima allí junto al río, supe que me deseabas. Me habían hablado de ti y yo también siempre quise conocer al gran don Guy.

Acercó a él su boca grande y húmeda y prácticamente se tragó los labios del hombre, dándole un suave mordisco, manteniendo por un instante el labio superior de Guy entre sus dientes. Guy se encabritó de placer y deseo. Sin decir nada se desprendió un momento de los brazos de Silvana. Pero, a pesar de su excitación, levantó con amor a Teresita, y después de volver a besarla la depositó con ternura en su cuna y la cubrió con cuidado.

El hermoso seno de Silvana aún se asomaba por su camisón entreabierto. Sentada sobre la cama con su cabello despeinado, esperaba a Guy con natural impudicia.

## **El Mosco, El Magnífico de Apure, junio de 1948**

EL JOVEN DESEMBARCÓ en la otra margen de El Magnífico. Llevaba un bolso de tela rústica a cuestas con todas sus pertenencias en este mundo. La lancha se había tardado casi una hora en cruzar el río, y antes había esperado más de dos horas debajo del sol del atardecer hasta que cargaron la barcaza con camiones, caballos, sacos de café, cacao y maíz. Parecía que la enorme y desvencijada plataforma de madera y metal se desharía en cualquier

momento. Tuvo un poco de aprehensión, pues no solo nunca había atravesado El Magnífico, sino que nunca había salido del rancho mas allá de San Vicente del Valle y Paraíso. Pero calándose el sombrero más abajo sobre el rostro, se sentó imperturbable sobre una caja de madera entre barriles fétidos de petróleo.

En la otra ribera dejó la balsa y caminó por cuatro horas hasta llegar a un pueblito conocido simplemente como “Kilómetro Siete”. Ingresó a la cantina que estaba a la entrada del caserío y se sentó sin sacarse el sombrero. Pidió una botella de aguardiente y vio a otro hombre de mediana edad ya algo ebrio que lo saludó amistoso desde otra mesa. Respondió al saludo del extraño sin mirarlo y con un ligero toque de sombrero.

El otro hombre se dejó venir de inmediato con un vaso temblando entre sus manos y una sonrisa grande y fea, que dejaba al descubierto una encía protuberante adornada de una hilera irregular de dientes podridos:

—Si quieres compañía amigo, yo soy aquí el hombre más parlanchín y sabio de este pueblucho de porquería. Invítame a unos tragos y no te arrepentirás, mi joven amigazo.

El muchacho lo miró con una expresión vacía en el rostro, y en tono casual y ausente le dijo:

—Claro, amigo. Échese unos buenos conmigo que vengo necesitado.

Y sin pausa procedió a servirle a su inesperado “amigo” en un vaso pequeño que tenía junto al suyo —como si esperara alguna compañía— hasta el tope y luego se sirvió otro igual. El borrachín consuetudinario dejó el vaso grande y sucio que traía consigo. Con una mano en que una herida aún fresca se extendía desde los nudillos hasta desaparecer debajo de la manga de una camisa raída, agarró el pequeño vaso que le ofrecía su callado interlocutor. Saboreó el contenido haciendo resonar los labios. El vasito había estado cargado de un licor más fuerte y mejor que el “bigoteado” —recolectado de restos dejados en sus copas por otros parroquianos anteriores— que él mismo se había agenciado poco antes a cambio de limpiar los urinales.

Levantaron sus vasos al unísono y chocándolos levemente ambos dijeron:

–¡Salud!

Después bebieron en silencio y al cabo de unos diez minutos, el hombre le dijo al muchacho:

–Amigo, siento que tú traes una pena de amor, que traes el corazón lastimado.

Lo dijo nada más por decir algo, pero con esa suerte de los borrachines, le acertó medio a medio.

El muchacho, que no había despegado los ojos de su propio vaso, estaba echado hacia atrás en la silla, el sombrero bien calado y cabizbajo. Calló un buen rato y pareció que nunca iba a responder. El borrachín aprovechó el largo intervalo para servirse apurado otro vasito hasta el borde y empinar el codo y tragarse todo el contenido de un golpe, mientras su interlocutor callaba como si buscara las palabras más apropiadas para hablar de algo incómodo o doloroso.

Por fin levantó la mirada, quedando sus ojos ocultos debajo de la sombra que proyectaba sobre su rostro el sombrero, y con voz apenas audible, dijo:

–Pues sí... Sí, traigo un dolor muy grande porque me han pagado mal. Creí que ella me amaba, pero solo jugaba con mis sentimientos, y así jugando con mi corazón a la payaya, me lo hizo añicos.

A esa breve frase siguió otro largo silencio que su acompañante utilizó para servirse de nuevo con mano tiritona otro vasito de agua ardiente. A continuación, el muchacho se levantó y oprimió algunos botones de la vieja rocola de la cantina. Se sentó a la mesa, echó la silla para atrás y mientras se mecía con suavidad en ella, escuchó la canción mirando hacia el techo cubierto de manchas de humedad y moho:

*De mi mente tu imagen no puedo borrar,  
y así, solamente copa a copa, me voy olvidando de ti,  
copa a copa me olvido del mundo,  
me olvido de todo,  
y me olvido de mí...*

Y mientras la escuchaba, gruesos lagrimones descendían por su rostro inexpresivo. El agua que corría en abundancia por sus pómulos y mejillas era como si aún estando muerto, su corazón continuara derramándose por sus ojos entrecerrados. Pero esa sería la última vez que el Mosco lloraría sus penas de amor. Su corazón estaba, en efecto, muerto, y las lágrimas que sus ojos dejaban caer sobre su rostro y su pecho no eran más que un reflejo automático de una pena que ya se había apagado, consumiéndose a sí misma hasta dejar puras cenizas. En los años siguientes, Mosco simplemente recluiría esas cenizas de su amor traicionado hasta muy al fondo de su alma, donde permanecerían olvidadas por mucho tiempo. Cuando esos residuos de una pena consumida volvieron a aflorar, sería solo para causar más dolor. Pero no dolor a su propia persona –al menos no en forma directa–, sino a otros seres ajenos a la historia del Mosco y su tragedia. Así, una cadena viciosa se desataría: con dolor encadenado a dolor, lastimadura generando lastimadura, y resentimiento exudando resentimiento sin cesar; como una estirpe maldita de acciones y reacciones que se prolongaría en forma indefinida hasta alcanzar alguna resolución apoteósica o apagándose como un volcán moribundo.

## AGUAFUERTE

*“Hay una historia en la vida de todos los hombres”.*

- II Enrique IV, Acto III, Escena 1.  
William Shakespeare

---

*[¿Qué es todo esto sino una exhalación fantasiosa a la vera de los sueños? Pasajera la vida, pasajero el amor, pasajero el dolor; eterno el olvido y eterna la muerte. Todo pasa y en su pasaje deja huellas que pasan también para nunca volver. Fugaz, el pasar va pasando, poco a poco, borrándose para siempre en la memoria infinita del olvido. Y lo que fue, ya no será jamás, sino reflejo que retorna para disolverse en el instante mismo en que se corona en toda su gloriosa eternidad. Historia, que al registrarse, quedará prendida hasta nunca más de los hilos invisibles de la imaginación y el deseo].*

---

## Hilitos, Caledonita, marzo de 1924

Caminó tres días a monte traviesa y luego salió a la carretera. Había partido de Panguera Chica del Sur hacia Villafranca, la capital provincial del vecino estado de Caledonita, rumbo a los Altos de Santa Catarina de Tinampa. Después de un par de días en Villafranca y ya sin un centavo, primero había conseguido aventones hasta Molocoyén, y desde ese punto se había reunido con un grupo de hombres que como él se encaminaban a trabajar en los numerosos cultivos y cafetales de altura o en la cosecha de granos y tubérculos en las cuencas de los valles.

Dejaron Molocoyén atrás, y desde la cima del primer cordón de montes que llevaban al macizo serrano, pudieron ver el pueblo encendido de colores antes de que las sombras del anochecer descendieran sobre él. Dos horas más tarde se detuvieron junto a un arroyo de aguas gélidas. Durmieron cada quien arropado como pudo, junto a una fogata que daba más luz que calor, debajo de un cielo cristalino y salpicado de estrellas.

Al día siguiente, antes de que despuntara el sol, ya estaban en camino otra vez. La ruta era una antigua senda real, es decir, un camino prehispánico que los antiguos habían tallado por las cumbres y laderas de los montes y recubierto con piedras para impedir que se convirtiera en una huella lodosa, y protegerlo así de las inclemencias del tiempo. Con posterioridad, en tiempos coloniales, el camino había sido mantenido por los nuevos señores recurriendo a las jornadas gratuitas y obligatorias de trabajo que las comunidades indígenas cercanas debían aportar cada año. De todos modos, el tiempo no había pasado en vano. Quizás trescientos o cuatrocientos años atrás el camino fuera “real”. Ahora estaba en su mayor parte medio desmoronado y, con frecuencia, los caminantes avanzaban chapaleando sobre el lodo y brincando sobre las piedrotas sueltas y los zanjones que plagaban la senda.

Marcharon a pie durante diez días hasta que llegaron a la Hacienda de Guanabar. El camino culebreaba a veces hasta la cumbre de elevadas colinas, y luego descendía por empinadas laderas hasta

el fondo de vertiginosas quebradas en las que, con frecuencia, un arroyuelo estacional bajaba estrellándose entre los roqueríos. El camino estaba empedrado desde épocas prehispánicas, pero el lento proceso de desintegración de la vía, cuya realceza de antaño estaba ahora carcomida por el efecto combinado de la lluvia y el viento, lo había dejado convertido en una ruta resbalosa y llena de irregularidades y baches. Los caminantes no podían distraerse un segundo a riesgo de caer y lastimarse en forma muy severa contra las losas de piedra, o peor aún, con riesgo de deslizarse hacia los barrancos que casi siempre flanqueaban la ruta. Fue un viaje agotador. Pero todos caminaron estoicamente, deteniéndose a ratos debajo de la lluvia inclemente para fumar debajo de una gran hoja cortada de una mata cercana de orejona, comer algo, y seguir avanzando hasta que la noche los detenía. Entonces, mientras acampaban, hacían circular entre chanzas y anécdotas un par de botellas de “refino” áspero y embriagador como una coza de acémila. Según uno de los viajeros, el refino había sido potenciado con una buena dosis de fertilizante para maíz.

—Para que raspe —agregó en forma sentenciosa otro muchachón a Hilitos, mientras se empinaba un buen trago que lo dejó tosiendo.

—Eso es lo que le agrega esa patadita de burro malevo que te hace brincar hasta los huevos —agregó otro, y todos rieron de buena gana al mismo tiempo que destapaban una nueva botella del tóxico brebaje.

Eran doce jornaleros, tres de ellos menores de diecisiete años, pero ya eran hombres que habían trabajado la mayor parte de su vida en las múltiples faenas del campo. Todos eran de Entre Ríos y habían decidido probar suerte en los Altos de Santa Catarina de Tinampa, después de tres años de malas cosechas e inundaciones en los bajos, como a trescientos kilómetros del lugar donde se encontraban ahora. Hilitos, aunque no lo parecía, era el más joven de todos, con solo catorce años recién cumplidos.

El día en que por fin vieron el valle donde estaba el casco de Guanabar era uno de esos días fríos que marcaban el comienzo de la nueva temporada. Desde las alturas del último monte antes de

comenzar el descenso, vieron la vieja estructura colonial con sus patios interiores, sus fuentes, sus tejas enmohecidas y la capilla. El enorme conjunto estaba todo pintado de rosado desvanecido, y parecía una flor caída y recostada contra el verde de innumerables matices del valle. Se sentaron sobre unas rocas de granito que el viento había desnudado en la cumbre, y observaron en silencio y con admiración la belleza del espectáculo a sus pies. Luego descendieron hacia el valle como si bajaran desde las nubes. En su descenso fueron seguidos por un manto de niebla que se derramaba desde la sierra y rodaba cuesta abajo como una masa de espuma que caía en cámara lenta hacia el Valle de Guanabar.

Guanabar era una de las últimas haciendas que quedaban en esa región. Sus propietarios eran una familia de origen español reciente, allegada al país solo tres generaciones atrás. Cuando el gobierno militar en turno había decidido expropiar a mediados de los años veinte todas esas grandes haciendas y dividir las en lotes más pequeños durante el período de la llamada “revolución agraria”, los Amenábar habían conseguido adjudicarse, por distintos medios, los mejores lotes que conformaban la vieja hacienda de Guanabar. De ese modo, Guanabar había permanecido casi incólume, cubriendo aún una superficie de más de cinco mil hectáreas.

Un acueducto colonial traía el agua desde un río al otro lado de una quebrada hasta el añoso casco de la hacienda. Desde allí se distribuía el agua de riego a unas quinientas hectáreas de alto valor sembradas con trigo, cebada, maíz y numerosos árboles frutales. Dos grandes poblados indígenas con sus propias tierras comunales, aunque ya bastante menguadas, estaban enclavados en la Hacienda de Guanabar, y rodeados por esta como islas en el mar. En otros tiempos lejanos, la hacienda había realizado una buena parte de su expansión sobre tierras de los pueblos indígenas campesinos cercanos. En los siglos XVII y XVIII, por lo menos una docena de pueblos indígenas y mestizos habían sido reducidos a su mínima expresión por el crecimiento insaciable de Guanabar. La “revolución agraria” en el siglo XX se había encargado de empobrecer aún más todas esas comunidades aledañas, colocando a sus habitantes

con una tutoría burocrática que siempre, en última instancia, se inclinaba ante los intereses de la Hacienda de Guanabar. Muchos pueblos se vaciaron a medida que los pobladores originales vendían sus tierras a nuevos ricos, en su mayoría militares activos y retirados, y que conformaban una nueva clase latifundista emergente. Al final, cuando Hilitos llegó por primera vez a los Altos de Santa Catarina, aparte de los dos pueblos que habían quedado rodeados por el latifundio, había solo caseríos aledaños habitados por campesinos muy pobres.

La reforma agraria solo había reasignado a algunos pueblos campesinos colindantes con Guanabar tierras de menor importancia, generalmente desmontadas, y de pastizales de poca fertilidad en laderas empinadas. Los pueblos indígenas englobados aportaban un centenar de pares de brazos para las faenas de la hacienda, pero nunca eran suficientes para cubrir las necesidades de fuerza de trabajo de la cosecha de café. Es en esa época cuando comenzaban a llegar jornaleros de otras regiones del país. Venían movidos por la esperanza o la desesperación, que para el caso representaban lo mismo. Se contrataban por unos meses y luego partían con algunos centavos ahorrados rumbo a sus lugares de origen, o migraban quizás al norte, siempre tan prometedor como esquivo.

Cuando aún estaban en camino a través del valle rumbo al corazón de la hacienda, tres hombres a caballo salieron a recibirlos. Dos parecían indígenas vestidos como ladinos. El tercero era un hombre gordo, blanco, de largos cabellos negros, lacios y aceitosos que caían hasta sus hombros. Llevaba un pañuelo negro atado a la cabeza como un pirata, y sobre el paliacate tenía calado un sombrero negro también, algo raído pero bastante fino, y de ala plana y fieltro. Su cara redonda y sin rasurar por varios días, estaba cubierta de cicatrices violetas que atravesaban su rostro de lado a lado. Traía una brizna de pasto entre los dientes. Moviéndola con destreza hacia un lado de la boca, la mantuvo entre sus labios mientras se dirigía a los caminantes.

—¿Qué fue muchachos? Vienen por trabajo. Si quieren pega, aquí sobra en esta temporada.

Luego escupió un gargajo espeso y verde de saliva con pasto molido, como si fuera baba de rumiante, y siguió hablando sin esperar respuesta.

—Ya, pues, no se queden ahí, parados como si fueran ya difuntos, miren que aquí no hay trabajo para ánimas. Lo que queremos son jornaleros bien fajados, obedientes y que no le saquen la vuelta al trabajo. Bueno, pues, el que quiera papar esta noche que me siga. Un buen puchero de cerdo y coles les espera calentito para que se reanimen. Mañana empezamos la pega a las cuatro de la mañana. El que esté borracho o dormido se jode y se me manda a cambiar con viento fresco. Aquí solo pagamos por jornada efectiva de trabajo, diez centavos diarios, menos la comida y el guaro. El hospedaje es gratis... gratis, pues, para el que trabaje... y que trabaje bien y duro, por supuesto. Los que no, los flojitos, o los que siempre están quejándose como maricones o mujercitas, pueden largarse cuanto antes por ahí mismito por donde llegaron. Los espero entonces junto a la fuente del primer patio.

Y sin más, volvió a escupir y se alejó al galope con sus acompañantes por el mismo camino por donde había venido.

Joaquín, el más viejo de todos los jornaleros, dijo:

—Ese joputa feo como una iguana, debe ser el capataz.

—Está feo el canijo gordo ese hijo de una mala noche —dijo otro.

—Más feos el revólver y el látigo que traía... —agregó Luciano, otro de los mayores, quien no pasaría de los treinta años.

Hilitos, siempre positivo y con un apetito acumulado de varios días, comentó con buen espíritu:

—Pues yo oí que habló de papar, compañeros. Yo no sé ustedes, pero yo me voy a apurar para alcanzar una buena ración de pitanza.

Y empezó a caminar casi al trote por el camino de tierra. Todos lo siguieron sin chistar, agachando la cabeza contra el viento.

## Hilitos, Millán-Millán, 1918

Habían jugado una partida informal de fútbol con una pelota de trapo. Fue un juego intenso, sorteando piedras, sobre el polvo, y entre matorrales pisoteados que se resistían a ceder por completo a los muchachos el espacio que desde años era un “campo de fútbol”. Hubo unas cuantas patadas, un muchacho se lastimó las rodillas al caer de bruces, y al final casi se dieron de trompadas entre algunos rivales. Pero todo terminó bien. Habían jugado hasta el atardecer exprimiendo así la última gota de luz al día que terminaba. Al final del partido se fueron a tomar agua de un pozo artesiano y acabaron orinando todos juntos contra un muro de piedra, al grito de:

–Cañería milico, el que no mea no tiene pico.

Hilitos no tenía deseos de orinar, pero tuvo que quedarse con la picha en la mano hasta que por fin, contrayendo los músculos del estómago sobre su vejiga, consiguió producir un par de gotas que cayeron débilmente contra el polvo.

–Ya oriné... Soy hombre igual que todos.

–Mentiras –protestó uno– no measte nada... El pico ya se te sumió como gusano seco... Ahora mejor agáchate pa’ mear como una vieja, maricón.

Todos rieron, e Hilitos le dio jugando un zape al bocón en la cabeza rapada.

–Cállate tarado... A ti te voy a enseñar que soy hombre ahora mismo cuando te meta por donde te quepa mejor este culebrón de potrero.

Volvieron a reír y luego comenzaron una guerra de terrones que arrancaban del suelo húmedo junto al pozo.

Todo acabó cuando uno de los más pequeños recibió un terronazo en plena boca abierta, y comenzó a llorar mientras le corrían los mocos y la baba lodosa por el mentón y la pechera. Hilitos lo abrazó y consolándolo le limpió la cara con su propia camisa de franela remendada y lo condujo, aún sollozando, a su casa de donde la madre lo salió persiguiendo a escobazo limpio.

—Ya te voy a agarrar maldito flacucho, patas de hilo —le gritó la madre, mientras Hilitos se escurría corriendo en zigzag entre los palos de lima, carambola, pera de agua, ciruela amarga, chico zapote y guayaba. A los pocos pasos, la señora se dio por vencida, y con las manos en la cintura echó a reír al ver al larguirucho de Hilitos desvaneciéndose entre los frutales de la huerta, como una araña de patas largas y agitadas como crines de caballo al viento.

Con sus piernas largas y delgadas, su torso fino y estilizado, sus brazos interminables y su cabecita ensortijada de cabello castaño dorado que luego se tornaría más oscuro, y sus ojos de color miel, Hilitos no corría, sino que galopaba como un cervatillo. Y mientras corría, el viento secaba el sudor debajo de su cabello de muchos bucles apelmazados.

—¡Ah, que muchacho! —exclamó la madre del llorón sacudiendo la cabeza, y luego se volvió con su hijo de la mano al jacal para cambiarlo de ropa y ponerlo a dormir en una cama de palos y ramas trenzadas, cubierta de un poncho grueso de lana y algodón.

—A dormir... Oye tú... ¡Chiquillo e' miéchica! ¿Quién te manda a jugar con esos badulaques?... ¿Y qué horas son estas de regresar a casa? Bien te debería dar los escobazos yo a ti en vez de perseguir al esqueleto ese.

El niño volvió a llorar. Esta vez sin mucha convicción. Muy pronto se calmó y tras unos minutos de silencio dijo mientras ya comenzaba a cabecear de sueño:

—Ma, Hilitos es bueno, él solo me quiso acompañar a la casa.

La madre estaba zurciendo un vestido con más remiendos que una colcha de retazos. Lo miró con una velada sonrisa.

—Ya lo sé hijo, pero igual me dio rabia.

—Ma, tú muchas veces tienes rabia.

—Sí, hijo, pero no contigo. Tengo rabia por cosas que tú aún no puedes comprender.

Apagó la vela y suspirando se acostó en su hamaca. Ningún hombre había dormido junto a ella por años desde que Filemón hizo su último viaje por El Magnífico, sin que todavía se conociera su paradero. Así era El Magnífico. Así había sido siempre, desde

que los primeros humanos dejaron sus huellas en la arena grisácea y parda de sus orillas lodosas. Se tragaba a veces a los cristianos y los guardaba celosamente en su seno insondable. “Se lo llevó El Chan del agua”. Decía filosóficamente la gente. Y esa conclusión, más misteriosa que el propio enigma al que intentaba responder, parecía poner fin a todo el misterio de la desaparición, envolviéndolo de este modo en uno mayor y que ya no necesitaba, por ende, de elucidación humana. Eran cosas del misterio divino e insondable de la creación y de los avatares de la vida terrenal. Y punto.

Hilitos continuó corriendo hasta que llegó a su casa. Penetró al solar y se percató que en los tres jacaes pegados el uno al otro, formando una suerte de “u” donde habitaba su familia, solo la luz amarillenta de un par de lámparas de aceite se filtraba por los huecos que quedaban entre los palos cubiertos de adobe encalado. Detectó la sombra de su madre pasar un par de veces frente a la entrada sin puerta, y luego escuchó risas de niños y el murmullo de una voz de hombre que reconoció como la de su padre.

Hilitos tenía hambre, pero primero tenía deseos de consumir un pequeño ritual que solía efectuar al cobijo de las sombras del anochecer. Acompañado de su perro favorito que había salido a recibirlo, se encaminó al rincón más distante del patio trasero. Caminó furtivo hasta allí donde las pircas de piedra formaban una esquina no cubierta por frutales. Caminó por entre naranjos, aguacates, limas, y otros varios frutales típicos de la región. El último naranjo cercano a su rincón favorito había florecido antes que todo el resto del solar y de él se desprendía un embriagador aroma a flores de azahar. Se detuvo con delectación en su rincón favorito y orinó dibujando una espiral negra contra el polvo café que se veía casi cenizo bajo la luz blanca de la luna llena. Al terminar, tuvo un tiritón de placer y se quedó mirando su obra. Se imaginó que era un túnel a otro mundo. Detenido frente a ese boquerón a lo desconocido, Hilitos cerró los ojos y se imaginó lanzándose al hoyo ficticio, cayendo por ese abismo hacia otra realidad. Al salir del otro lado, una luz intensa lo cegaba, y al abrir con lentitud los ojos veía una figura grande recostada contra un pastizal mullido y

muy verde: un tigre de ojos dorados lo miraba con un rostro humanizado que parecía casi sonreír. Aún con los ojos cerrados, Hilitos pensó en preguntarle a su misterioso anfitrión algo, cuando oyó el grito de su madre:

–Hiiiilitos, Hiiiilitos, a comeeer y a dormiir, Hiiiilitos!

Volvió bruscamente en sí y corrió a la casa saboreando ya las deliciosas tortillas al rescoldo, y los garbanzos con frijoles y carne de venado en salsa negra de granadas y ajonjolí, y que su madre le había comprado con adobo y todo a la vecina esa misma mañana.

**CUANDO HILITOS CUMPLIÓ** ocho años, viajó con sus padres y hermanas a visitar a sus tíos a Millán-Millán, un pueblo fluvial que estaba a tres días de viaje río arriba por El Magnífico.

Viajaron en una gran barcaza de cedro amarillo, impermeabilizada por dentro y con una pequeña cabina de tablas y hojalata instalada al centro. Hilitos se dormía entre sus hermanas bien arropado para evitar a los mosquitos y vampiros, que según los tripulantes eran comunes en las noches junto al río. Le gustaba pegarse mucho a Juana, su tocaya y hermana favorita. Ponía la cabeza infantil entre sus senos ya desarrollados de muchacha de diecisiete años, y se dormía profundamente arrullado por el acompasado respirar de Juana, y la suave y monótona vibración del gran motor diésel que impulsaba a la barcaza. Durante tres largas jornadas navegaron sin cesar río arriba, deslizándose sobre las aguas oscuras de El Magnífico, que a ratos eran verdes y a ratos de un color chocolate.

Para Hilitos sería una aventura inolvidable.

Con temor y curiosidad vieron los grandes lagartos cruzando las aguas como troncos flotantes y letales, o dormidos e inmóviles junto a las orillas del río como si estuviesen petrificados para siempre. Una tarde, cuando el horizonte se pintó de colores al atardecer, vieron un par de dantas que hacían el amor junto a la orilla con una dedicación tan absoluta, que no se percataron de la proximidad de los humanos. Un pasajero se levantó con una escopeta en la mano y apuntó cuidadosamente. Todos podían ya saborear la carne tierna y jugosa de los paquidermos. Pero de pronto, una rama gruesa que

venía flotando en dirección contraria, golpeó el fondo sumergido de la barcaza. El hombre disparó, pero su tiro pasó por encima de los torpes enamorados. Hilitos suspiró con alivio. Apenas vio los grandes animales copulando y absortos en su tarea de amor, sintió simpatía hacia ellos. Una sólo vez antes había visto una danta muerta en un canal. El animal no estaba descompuesto. Se acercaron en el cayuco de su tío Alfredo, e Hilitos en forma instintiva comenzó a acariciar la piel suave de tiras blancas y negras. Se asustaron cuando detrás del lomo del animal, una pequeña danta de no más de un mes de nacida, salió chapaleando y chillando aterrada entre los pastizales acuáticos y los mangles. Intentaron sin éxito alcanzarla. El animalito desapareció en la vegetación y nada más se escuchó su llanto en la distancia.

Llegaron a Millán-Millán en la noche. Hilitos se despertó cuando sintió el golpe del bote contra el rústico muelle fluvial. Se levantó y se acercó a la proa, donde una gran lámpara de gas alumbraba todo el escenario en un radio de unos diez o quince metros. Hilitos nunca olvidaría la nube de insectos nocturnos que comenzó a revolotear junto al lamparón. Eran decenas de miles de entusiastas voladores noctámbulos que se quemaban, cayendo luego, víctimas de su propio entusiasmo inocente por ese sol artificial que de pronto brillaba en medio de la noche, al agua donde rápidamente formaron una especie de nata viviente. Desde el fondo del río pronto comenzaron a emerger alborozados diversos peces, bagres, percas, pejerreyes, puchucos, grandes guapotes y pillas que se festinaban con los insectos. En un momento fue tanto el frenesí de la carnicería, que el agua pareció hervir junto a la proa de la barcaza.

Los otros tripulantes y pasajeros comenzaban a descender con sus bultos saludando a veces a parientes y amigos, contentos de haber arribado al fin del viaje, pero sin prestar ninguna atención al barullo de los peces tragando insectos a saciedad. Únicamente, Hilitos permanecía observando fascinado el minúsculo drama que se desenvolvía bajo su mirada atenta. Su concentración fue interrumpida cuando un objeto largo como una perca con un tridente

de hierro en la punta, descendió con precisión sobre los peces que no paraban de tragar.

El arpón improvisado volvió a salir del agua con cuatro pescados, dos de ellos de tamaño respetable, que se removían y coleteaban como incapaces de admitir que la hora de su hora había llegado también. Hilitos se volteó, y por sobre el hombro vio a Pedrón que se reía feliz ante tan afortunada pesca. Era un mulato gigantesco con una hilera de dientes blancos y perfectos que hacían contraste con su rostro roído por la viruela, o alguna otra enfermedad juvenil de la piel. El tridente bajaba y subía incansable, cargado de peces que Pedrón iba arrojando dentro de un saco mientras no dejaba de reír y de comentar en voz alta. “Vengan, vengan a papi que trae mucha hambre”.

Los días en Millán-Millán pasaron en un santiamén. Hilitos tuvo la impresión de que volvían a partir apenas desembarcados. Sin embargo, habían estado casi una semana en ese lugar tan diferente a su pueblo de origen.

Millán-Millán era un verdadero mosaico interétnico, formado por personas negras, indígenas, blancas, y todas las mezclas intermedias. Millán-Millán era en realidad un pueblo que había crecido junto a una gran plantación bananera, y como todos los pueblos de esa índole era en la práctica un gran depósito de mano de obra barata. Poseía varias cantinas grandes en el centro, y numerosos burdeles en las orillas. La gran plaza central estaba dotada de una pérgola donde todos los domingos tocaba la banda del regimiento cercano. Todo eso constituía un ambiente excitante y novedoso para Hilitos, quien apenas conocía su pequeña aldea campesina de origen.

Un día antes de comenzar la jornada del retorno, Hilitos se acostó en su hamaca al fondo del jacal. Su madre y su tía habían salido a caminar por el pueblo después de la cena. Pronto todos se durmieron y a los oídos todavía atentos de Hilitos, llegaron nada más los ronquidos y las respiraciones acompasadas del numeroso grupo de personas que pernoctaban en las tres habitaciones que formaban parte de la rústica vivienda. Por alguna razón, Hilitos no pudo conciliar el sueño. Quizás era porque la luna estaba tierna, o

porque la partida era ya inminente. Se volteó numerosas veces en la hamaca, pero seguía sintiéndose inquieto, a veces con excesivo calor, otras incómodo por el ronquido de su padre, quien dormía junto a él en una cama matrimonial reservada para los visitantes de alcurnia. Nunca antes le había molestado el ronquido de su padre, pero ahora le resultaba insoportable.

Por fin, haciendo algo que pocas veces antes había hecho, Hilitos se bajó de la hamaca y pegado al muro salió con pasos furtivos hacia la noche y el pueblo que lo esperaba con todas sus incitantes posibilidades. Estaba nervioso y acelerado. Podía sentir su corazón batiendo como un pajarillo alborotado contra la jaula de sus costillas. Antes se había escabullido del jacal paterno en medio de la noche para reunirse con una pandilla de amigos e ir a robar las frutas deliciosas de la famosa huerta de Isaías, un jumano conocido en Entre Ríos por su “buena mano”, prodigiosa para la agricultura. Pero jamás pensó que tendría la audacia de hacerlo en un lugar aún extraño. Estaba atemorizado, pero luego se calmó diciéndose a sí mismo, “aprovecha ahora Hilitos, pues nunca volverás a tener la oportunidad de ver tantas cosas novedosas y diferentes en tu vida”.

El centro estaba atestado de hombres y unas pocas mujeres. La mayor parte eran borrachos que salían de las cantinas y a veces seguían bebiendo, conversando, riendo, o peleándose en la plaza central. La mayoría eran trabajadores de la bananera cercana. Muchos de ellos se encontraban lejos de sus familias tratando de ahorrar un dinero que nunca se acumulaba, pues todo se lo tragaban las pulperías de la compañía que vendían fiado al doble, los bares y los burdeles. Sus vidas eran de trabajo duro y agobiador, y para la mayoría de ellos, el alcohol y las putas eran su único escape. Hilitos se sentía transportado a otro planeta. Escondido en un matorral junto a la plaza observaba hipnotizado la escena. Así estuvo por casi una hora y, de pronto, volviendo a la realidad, recordó su situación y emprendió el camino de regreso a casa sintiéndose muy culpable.

La casa estaba a las orillas del pueblo, allí donde en forma gradual las viviendas de material del centro de Millán-Millán, eran sustituidas por jacales campesinos rodeados de grandes solares.

Estaba como a media cuadra, cuando vio a su madre y su tía tomadas del brazo que regresaban calmadamente al jacal. Sintió temor de ser descubierto y se pegó a un muro que estaba en la oscuridad. Así, escondido y asustado, las fue siguiendo hasta que las vio entrar a la vivienda donde el resto de la familia seguía profundamente dormida. No pudo dejar de notar el aura de afecto e intimidad que parecía rodear a las dos mujeres mientras caminaban en forma pausada debajo de un cielo casi sin luna pero regado de estrellas. Cuando llegaron a las cabañitas, se sentaron en un pequeño cuarto de entrada y avivaron un fuego que ya agonizaba en un brasero. Sentadas frente a frente, en pequeñas sillas de tres patas, que seguro su propio tío había fabricado, las mujeres se acomodaron y sin mirarse permanecieron en silencio por largos minutos. Hilitos las espiaba desde cerca, escondido junto a la puerta tras una vieja artesa de latón apoyada en la pared y con el fondo agujereado.

Por fin su madre habló en voz baja:

—Ha sido lindo verte de nuevo comadre. Los años pasan rápido. Todos tus hijos están tan lindos. Lástima que Martín no esté aquí para verlo.

—Pues sí. Es el primero que se nos va. Recibimos una carta de él hace dos meses. Nos ha escrito con frecuencia. Dice que se empleó con el puerto fluvial. Dice que Villafranca es una ciudad muy grande. Linda. Llena de luces en la noche. Tantas que cuenta que rara vez se pueden ver las estrellas. Pero qu, pues, de todos modos extraña su rancho.

—Claro. ¡Y cómo no! Aquí ha dejado toda su vida y su gente.

—Sí, pero no creas comadre. Los jóvenes rápido se acomodan donde sea. Tengo miedo a veces de que ya no lo veamos más. Que quizás se encuentre una buena muchacha por allá, se enamore, y se case. ¿Después cuánto tiempo puede pasar antes de que venga a vernos? No es fácil río arriba.

—Sí, no es fácil. Pero se puede. Mira nosotros. Después de tanto tiempo y con tanto chiquillo. Y aquí estamos, pues, juntitas otra vez a pesar de la distancia y los años que se van corriendo como venaditos asustados.

—Y qué bien que están todos tus niños... Juanito, sobre todo, está muy hermoso... muy hermoso, de de veras hermoso... —se repitió la tía de Hilitos refiriéndose a él por su “verdadero” nombre

En familia pasó mucho tiempo antes de que adoptaran el apodo de Hilitos, sobriquete con que fuese bautizado quién sabe por quién en el pueblo.

—Sí, está lindo tu hijo —repitió y después de este comentario se produjo otro largo silencio.

—Gracias Lucía —dijo la madre de Hilitos, y se produjo otra pausa.

Y luego agregó algo que quedaría grabado a fuego en la memoria de Hilitos, pero no sería sino hasta años después que comprendería su verdadero significado:

—Si no fuera por ti y Juan (el tío de Hilitos), habríamos tenido puras hembras.

—Eso no se agradece comadre. El niño es tuyo y lo has criado lindo. Dios te lo mandó, y pues aunque saliera de aquí (sobándose el vientre), era para ti. Está lindo tu hijo.

Las dos mujeres se miraron a los ojos. Se levantaron y se abrazaron estrechamente por un par de minutos. Cuando se separaron, aún se sostenían de los brazos. Se miraron otra vez, y la madre de Hilitos bajó la cabeza y comenzó a sollozar con suavidad. Lucía le dijo:

—Calla, calla Alicia. No llores. Dios te mandó al niño a través de mí y yo he recibido muchas cosas a cambio... Muchas cosas a cambio... Muchas, muchas cosas a cambio.

Y seguía palmeándole la espalda con una mano, mientras con la otra le acariciaba el cabello.

Después las mujeres se separaron y fueron cada una a reunirse con su marido respectivo en los camastros grandes donde ellos ya dormían roncando.

Hilitos no se detuvo a pensar dos veces en el significado de las palabras que había escuchado. Por el momento solo estaba preocupado en escurrirse de vuelta a su pequeña hamaca colgada en un rincón del cuarto donde sus padres ya dormían en una cama muy ancha, rogando que nadie se hubiese percatado de su ausencia.

Partieron de regreso al amanecer. Hilitos se levantó con sueño y medio dormido caminó con todos sus familiares rumbo al puerto. Su tía lo abrazó estrechamente y lo besó numerosas veces, hasta que Hilitos, un poco incómodo, se liberó y saltó junto a sus hermanas y sus padres, quienes ya estaban acomodados en la cubierta de la barcaza. Su tío Juan apenas le dio a Hilitos una caricia en la cabeza de despedida, pero se quedó largo rato mirando al niño hasta que la barcaza desapareció de su vista. A través de la niebla matinal vio desaparecer las figuras cada vez más diminutas y más oscuras de sus tíos, primos, y otras personas que agitaban sus manos despidiéndose desde el muelle.

**AL CABO DE** una hora llegaron al casco de la hacienda. Un cuarteto de mujeres colgaban ropa a secar en un cordón junto al portón de entrada en un patio interior donde había una pileta con un surtidor apagado y cubierta de lotos flotantes. Algunas carpas rojas, negras y blanquecinas de diversos tamaños nadaban sin prisa por entre las plantas acuáticas.

Acercándose a las mujeres uno de los acompañantes de Hilitos preguntó:

—Nos dijeron que aquí podíamos emplearnos... también nos dijo el patrón que podíamos pedir albergue y comida. Dijo que había comida lista para nosotros.

Las mujeres empezaron a reír tapándose la boca, excepto una mujer gorda y rubicunda que rio con desparpajo. Ellos las miraban enfadados y en silencio. Al cabo de unos cinco minutos incómodos, la gorda, con voz ronca, les dijo:

—No sé con quién hablaría usted, pero el patrón se encuentra de viaje y no creo que venga hasta la próxima semana.

Era la mayor de las cuatro mujeres, y habló sin quitar la vista de la ropa que colgaba, como si sus interlocutores fueran invisibles. Luego siguió con su tarea sin volver a prestar atención al grupo de recién llegados. A excepción de la más joven, quien no le quitaba los ojos de encima a Hilitos, las otras siguieron sus tareas indiferentes.

—Señora, creo que hablamos con el capataz. Nos salió a recibir por el camino. Llegó a caballo con sus dos ayudantes cuando veníamos para este rumbo. Él nos dijo que aquí había pega y comida —trató de aclarar Hilitos, avanzando un par de pasos hacia la joven más receptiva mientras retorció el sombrero entre sus manos.

—Sí, ese es Pocho Manuco. Espérenlo aquí. No creo que tarde”, dijo la joven; una muchacha morena y esmirriada, con cara media tristona, y con acento raro en su español.

Los doce hombres se pararon en línea frente a la entrada y esperaron estoicamente un par de horas más. La niebla y el frío del atardecer cayeron sobre ellos convirtiéndolos en manchas opacas desde las cuales solo la luz de los cigarrillos encendidos era la única señal de vida. Así permanecieron, incómodos, algo cohibidos, y tratando de engañar el hambre a fuerza de bocanadas de humo mientras se calentaban las manos con la lumbre de los pitillos.

Una hora más tarde apareció uno de los ayudantes de Pocho, quien se materializó abriéndose paso entre la neblina. Era el más chico de los dos ayudantes. Tenía un ojo más pequeño que el otro y cuando hablaba se le torcía la boca en un rictus como de disgusto.

—Recojan sus cosas y síganme... ¡Rápido! —les dijo en tono seco.

Y luego de escupir un par de veces al piso adoquinado, caminó rápido a través del primer patio interior hacia una entrada que conducía a una amplia escalera de piedra. En tropel los nuevos peones lo siguieron por la escalera hasta un pasillo en el segundo piso, abierto a otro patio. Desde arriba Hilitos vio a un grupo de mujeres afanadas en una enorme cocina, y de inmediato sintió el castigo de los agujonazos del hambre en su estómago vacío. El aroma y los vapores de la comida le hicieron salivar de apetito y sintió las piernas flojas y el pulso acelerado. Hacía muchas horas desde que probaron el último bocado en la sierra antes de comenzar a bajar hacia Guanabar. Al final del pasillo tuvieron que subir otra escalera, una bastante más pequeña y desvencijada, que llevaba a un cuarto muy amplio con hileras de camastros cubiertos por mantas viejas de deslucidos colores grises y cafés. Muchas tenían

grandes manchas de dudosa proveniencia. El hombre que los guiaba encendió unas lámparas de aceite y los espetó:

—Ocupen las camas a partir del fondo. Pueden bajar a buscar agua con esos baldes al pozo que está junto al lado derecho de la entrada. Con esas palanganas pueden lavarse. Yo regreso en un momento. No hagan mucho barullo y cuando terminen dejen todo ordenado y limpio.

Y luego agregó, con esa costumbre inveterada suya de dar órdenes redundantes:

—¡Muy limpio!

Se distribuyeron en las camas haciendo bromas y riendo a pesar del frío y del hambre. Hilitos primero escogió una cama en un rincón algo oscuro, pero luego detectó al mirar por el alto muro de piedras y adobe hacia el techo con una lámpara de la cual se había agenciado, que a tres metros sobre su camastro colgaba un enorme Cristo sangrante y con el cabello —aparentemente natural— cayéndole sobre el rostro atormentado. Decidió que esa era demasiada religiosidad dolorosa para él. Se imaginó al Cristo moribundo en su cruz y a punto de sangrar y de llorar sobre él mirándolo desde su altura cada mañana al despertar, y sintió un escalofrío. Se movió con rapidez hacia otro lugar cercano a una ventana. Quizás sería un rincón más frío, pero moralmente menos severo. Esperaron en vano en casa el llamado a la cena que les prometió Pocho. Al final se acostaron desilusionados y con hambre.

La mañana estaba oscura cuando vinieron a despertarlos para iniciar la jornada de trabajo. Entraron dos hombrecitos deslizándose entre las sombras del cuarto. Cada uno llevaba una vara con la que golpeaban los extremos de madera rústica de los camastros, dándoles en los pies incluso a algunos de los hombres dormidos. Corrían así entre los peones dormidos mientras gritaban a pleno pulmón:

—¡Arriba las mulas que el día ya apunta! ¡A trabajar! ¡El que no se levante en cinco minutos se queda sin desayuno y se va a fregar los baños!—

Justo antes de llegar a la cama que ocupaba Hilitos, uno de los hombrecillos golpeó con fuerzas, en forma casual o intencional

–imposible saberlo en esa penumbra apenas iluminada por las velas que traían los gritones–, los pies sobresalientes de quien dormía en ese lugar. Sin quejarse ni proferir insulto alguno, el hombre se levantó con una velocidad que sorprendió tanto a Hilitos –quien observaba la escena cubierto hasta los ojos con su cobija– como al imprudente encargado de despertarlos. Era un hombre de mediana estatura pero de una poderosa contextura. Envuelto aún en parte con la cobija, tomó del cuello al hombrecillo que lo golpeó y lo levantó pataleando en el aire. Y al tiempo que el atónito despertador chillaba incoherencias, el otro se aprestó a asestarle un puñetazo en plena cara mientras lo sostenía en vilo.

La silueta ominosa de Pocho se dibujó en el dintel de la gran puerta del dormitorio colectivo. Traía como de costumbre su gran revólver al cinto y un látigo que hizo chasquear sin decir palabra. Se acercó con paso amenazante al alborotador que había prensado contra el suelo al hombrecillo que lo despertó en forma tan desagradable. Ambos jadeaban sin proferir palabra ni sonido, a excepción de sus respiraciones agitadas. Al ver a Pocho acercarse, el vecino de cama de Hilitos se levantó apurado, liberando de su tenaza al otro. El chicoco se alzó rápido con rostro enrojecido por el golpe e iba a propinarle una bofetada a su agresor, pero la voz gutural de Pocho lo detuvo:

–¡Déjalo! ¡Yo me encargo de él, Pirincho!

El tal Pirincho se detuvo en el acto y siguió mirando con furia a quien lo puso contra el suelo como una pluma luego de darle un buen puñete.

–¿¡Y tú cómo te llamas idiota!?

El hombre había llegado con otro contingente de trabajadores un poco más temprano el mismo día en que Hilitos y sus compañeros arribaron a Guanabar. Desapareció junto a Pocho con destino desconocido para Hilitos. Se había vestido con premura y llevaba la camisa de fuera y los cordones de sus gruesos botines desatados y arrastrándolos por el suelo frío del amplio dormitorio colectivo. Tras de él, Pocho caminaba con el rostro sombrío y el cabello grasiento y largo colgando como un trapo sucio sobre su rostro

agachado. Caminaba con sus gruesas piernas arqueadas mientras acariciaba, sin pensarlo, la cachea de su revólver.

La jornada de labor fue intensa y agotadora. Todos regresaron a su pitanza a mediodía casi arrastrando los pies. Les informaron que no los necesitaban para la pisca de café, sino para cavar un largo canal de cinco metros de ancho, por dos de profundidad, y siete kilómetros de largo.

—La paga será la misma... Así que nada de rezongones y a trabajar... Si hasta menos duro es esto que cosechar café... —dijo un joven bien pituco que reemplazaba a Pocho por ese día, como respuesta a algunos murmullos de descontento que se alzaron entre los nuevos peones.

Hilitos observó con curiosidad sus ropas elegantes que desentonaban con el entorno rudo y agreste. Era delgado y alto, no tanto como él, y tenía un rostro afeitado de manera tan impecable como su ropa. Su cabello era castaño y ondulado a pesar de que estaba pegado al cráneo por una gruesa capa de gomina, dejando solo unos rizos libres alrededor de las orejas y que bajaban hasta el cuello de su chaqueta. Las facciones hubieran sido agradables, si no fuera por un gesto de altanería y amargura que se sobreponía a la regularidad del rostro, agregándole un aire de envejecimiento prematuro y poco feliz. Luego se enteraría que era el secretario personal de Remigio Amenábar Rendón, el patriarca y dueño absoluto de Guanabar.

El trabajo se reanudó en la tarde luego de una rápida pitanza de no más de media hora, y laboraron sin descanso hasta que el atardecer comenzó a apoderarse de todo el paisaje. La noche se precipitó sobre ellos temprano, y a las seis de la tarde las luces del casco de la Hacienda de Guanabar brillaron como las luces amarillentas de un viejo galeón en la oscuridad sin luna ni estrellas. Hilitos y sus compañeros cenaron en el mismo refectorio donde habían desayunado. A diferencia del almuerzo que fue poco y lo engulleron en el campo cerca del enorme canal que cavaban, la comida de la noche fue abundante y pudieron repetirse hasta quedar saciados.

Al día siguiente, la rutina se repitió casi idéntica, salvo por un par de hombres que no eran del grupo inicial de Hilitos, que

huyeron durante la hora de almuerzo intentando escapar de lo que preveían como un tequio demasiado pesado para soportarlo hasta el final de la obra.

El petimetre que supervisaba el trabajo ya les había prevenido con un tono que sonaba más a amenaza que a simple información:

–De aquí no se me va nadie hasta que terminemos a cabalidad el proyecto de don Remigio. La paga se hará al final de cada mes, pero solo les adelantaremos la mitad hasta que esta gran obra... que traerá prosperidad y progreso para todos... escuchen bien: ¡para todos!... esté terminada. Ese día les daremos además un bono extra a todos los que se destaquen en el trabajo.

–¿Pero y si uno se cansa o tiene que volver a su pueblo por compromisos de familia o de otro tipo, señor don...?

–Mi nombre es Silvio Cousiño-Egaña –respondió presto el petimetre al final suspensivo del hombre que lo interpeló. Una ceja se levantó en su rostro con aire de superioridad, y remató:

–No, de aquí no se va nadie hasta terminar la gran obra de don Remigio... Son órdenes estrictas del patrón... Y al que trate de escapar se le aplicará su debido castigo... Este es un compromiso que ustedes adquirieron libremente, y ahora lo tienen que cumplir. A medida que lleguen más peones frescos a Guanabar, la cuadrilla irá creciendo y el trabajo se hará menos pesado. Además, señores, piensen que les estamos pagando veinticinco centavos diarios más que a los que están dedicados a tareas del campo... ¡Sí, ustedes son los privilegiados por aquí señores!

Hilitos sintió que le daban un bofetón en pleno rostro. Se levantó con sus mejillas enrojecidas por la ira, y en voz alta, pero más lenta que de costumbre, se dirigió al tal Silvio:

–Oiga, señor, con todo respeto, ¿pero cómo vamos a ser los privilegiados de por aquí, si ni siquiera nos consultaron si queríamos hacer este trabajo que hasta pa'una mula está pesado, pues don Silvio? Nadie nos preguntó, oiga, señor. ¡Nadie!

–¿Pero por qué vamos a preguntarles? ¿No vinieron acaso a trabajar? ¡Qué más da que sea en una faena o en la otra!... No, no, no, me parece que ustedes querían trabajo de damas, trabajito fácil

y llevárselas así bien suave, ganando bien, con techo y comida incluidos... no, joven, lo siento mucho pero esta no es la Pensión Soto... ¡Así es que basta de tanta alharaca y a trabajar como hombrecitos se ha dicho!

—Mire, pues, don Silvio, nosotros caminamos por dos semanas, día y noche, por valles, ríos, quebradas, abismos, montañas, sin parar, comiendo apenas, todo por el trabajito, de modo que no piense usted señor que venimos a que nos den vida de reyes... no señor, pero también es cierto que queremos un poco de respeto, un poco de trato digno, queremos que se nos pregunte al menos, antes de asignarnos cualquier faena que a ustedes se les dé la regalada gana imponernos...

Hilitos habló con elocuencia, puesto que el don de la palabra fácil y expresiva se había manifestado en él desde muy pequeño, y sin duda era un “talento que diosito mismo en su grandeza le dio a este mocoso”, como solía decir su madre.

Estaba por lanzarse a una nueva filípica ante la mirada un poco sorprendida y bastante irritada de Silvio Cousiño-Egaña, a quien un músculo secundario de la cara se le había comenzado a retorcer junto a la comisura de la boca como una lombriz recién desenterrada del fango, cuando sintió un par de gritos de alerta y enojo a sus espaldas. Comenzó a volver su cabeza, y en ese mismo segundo sintió que una lengua de fuego le quemaba la espalda desde un hombro hasta la cintura. Ni siquiera registró el chasquido que acompañó al fuetazo. Sin lanzar más que un gemido de dolor se desplomó al suelo. Quedó de rodillas con la cabeza gacha mientras se tomaba el hombro lastimado con la mano opuesta. Sintió la humedad tibia de la sangre correr entre sus dedos. La sombra que se había descolgado del infierno sobre él, se aproximó de nuevo amenazante. Con el rabillo alcanzó a vislumbrar la figura gruesa y las facciones desagradables de Pochó. En su mano derecha sostenía un látigo tres veces más grande que el fute que le había visto con anterioridad. Comenzó a agitarlo por sobre su cabeza, pero se detuvo en seco cuando se oyó una voz ronca y carrasposa que gritaba:

—¡Pare! ¡Pare Pocho! Pare un momento, por favor, pare, pare... ¿Acaso no ve usted hombre por Dios que es solo un muchacho, casi un niño?

—No don Eugenio, este no es un muchacho, sino un bandido malhablado y respondón y yo tengo instrucciones de don Remigio de poner atajo a cualquier revoltoso a como dé lugar, don Eugenio.

—Claro, por supuesto que es un chiquillo nada más... Déjelo Pocho. Yo me hago responsable ante Remigio... No se preocupe, yo le explico.

Pocho lo miró de través mientras seguía acariciando el mango lustroso de su látigo. Pero antes de que hiciera algo estúpido, don Eugenio caminó rengueando un poco y se interpuso con sorprendente rapidez entre el capataz e Hilitos. A pesar de su edad y de estar ligeramente encorvado, don Eugenio era aún un hombre de grandes proporciones. Era algo gordo, pero sus anchos hombros y manos revelaban a un hombre que aún poseía una considerable reserva de fuerza física. Y con facilidad le llevaba cerca de treinta centímetros de estatura a Pocho, quien no era ningún enano. Pocho bajó la cabeza un poco y colgó el látigo hacia el suelo en señal de sumisión. Pero en sus ojos algo ocultos debajo de un sombrero ajado que conoció mejores tiempos, sus ojos brillaban entre sus párpados carnosos, con una emoción cercana al odio. Intuyendo el torbellino de ira, frustración, desencanto y animosidad que se agitaban en el espíritu de Pocho, Eugenio Amenábar Rendón, médico de la Hacienda de Guanabara y hermano de Remigio Amenábar Rendón, le dio un par de palmadas en el hombro y dirigiéndose hacia Hilitos, quien ya estaba de pie sosteniendo aún el hombro con la camisa desgarrada y cubierta de sangre en la espalda, le dijo con firme suavidad:

—Vamos, vamos muchacho que te examine esa herida y te haga una curación allá en mi clínica.

Había dejado su caballo esperando como a unos veinte metros. Con agilidad sorprendente para un hombre de su edad —era apenas cinco años menor que el viejo Remigio Amenábar, quien ya rondaba los ochenta— y contextura, se subió a su corcel y mirando hacia

atrás para cerciorarse de que Hilitos lo seguía, enfiló el paso hacia el casco de la hacienda.

Hilitos empezó a caminar sin demostrar el dolor que le embargaba y que a ratos le nublabla la vista. Solo el orgullo impidió que las lágrimas rodaran de sus ojos que se veían opacos y sumidos por el dolor, la humillación y las náuseas. Jamás en su corta vida había recibido castigo físico alguno y sentía deseos de regresarse para arrancarle a golpes la vida a Pocho, aún si ello significara perder la propia en el intento. Pero caminó tras el viejo doctor, quien a sabiendas de que el joven campesino caminaba con dificultad y dolor, redujo el paso de su corcel al mínimo. Con la cabeza baja, los dientes apretados y los ojos brillantes de lágrimas de rabia e impotencia, Hilitos daba pasos calculados con sus piernas temblorosas, para no caer al suelo. El doctor evitó voltearse siquiera una sola vez, para no expresar así la conmisericordia que sentía, y que sin duda habría agravado los sentimientos de obvia humillación que hervían en el corazón del muchacho.

Llegaron así en triste cortejo hasta la entrada lateral de la casa patronal. Entraron a una amplia habitación con un pesado escritorio de nogal, muros tapizados de libros de cubiertas de cuero, bellamente ordenados en estantes de maderas que parecían del mismo modo nobles, y un par de escalerillas apoyadas en los libros para facilitar el ascenso a las hileras superiores. Otros estantes y muebles pintados de blanco y cubiertos de probetas, morteros, recipientes diversos de vidrio, cajitas de acero reluciente con instrumental médico, completaban el extraño lugar que fácilmente tenía unos cien metros cuadrados. En una esquina, una camilla elevada, cubierta de impecables sábanas de lino blanco, terminaba por crear en el visitante primerizo, la rara sensación de estar en el santuario de un individuo dedicado no solo al servicio del prójimo mediante la práctica médica, sino a la alquimia y la búsqueda de conocimientos tan arcanos como prohibidos. Ese gran recinto, sombrío a pesar de los grandes ventanales con bellos vitrales en cada panel, era lo que el doctor Eugenio Amenábar llamaba su "clínica". Haciendo caso omiso de la presencia del doctor, Hilitos

se olvidó de su propio dolor, y atraído como una mariposa nocturna a la luz de una vela en la oscuridad, se acercó fascinado a los grandes estantes llenos de libros, casi todos empastados en cuero y con títulos y autores estampados en grandes tipos dorados. Extendió sin poder contenerse la mano del brazo sano y tocó los lomos suaves de los volúmenes que estaban alineados con prolijidad. No pudo evitarlo. Era como si a través del tacto, algo del maravilloso y desconocido contenido de esos libros, se transferiría por ósmosis a su juvenil espíritu sediento de esos saberes ignotos, que de seguro se ocultaban en las mágicas entrañas de esas interminables hileras de volúmenes.

El doctor Amenábar lo halló así, enfrascado en esa suerte de ritual espontáneo, cuando se volvió para verlo. No pudo dejar de sentir una emoción especial al observar a ese humilde joven campesino, hipnotizado por la magia y el misterio de la palabra impresa que presentía se hallaban encerrados en esos libros que se extendían en todas direcciones frente a sus ojos. Lo vio parado allí, con sus ojos fijos en los objetos de su interés, la mirada expectante a través de los párpados entrecerrados, como intentando adivinar lo que ocultaban las entrañas de esos libros, y con la mano del hombro no lastimado, acariciando los lomos de suave piel bruñida por el uso y los años. Eugenio Amenábar miró las manos callosas y sucias del muchacho, sus uñas rotas por el trabajo rudo, y las varias cicatrices que las cubrían, todo ello en contraste con la suave y añeja civilidad de sus libros, y sintió una mezcla de ternura y compasión por Hilitos, a quien veía por primera vez y cuyo nombre aún desconocía. Quiso interpellarlo, pero calló, y lo dejó absorto unos minutos más en su trance. Cuando al fin se acercó a él y poniéndole la mano en el hombro sano le dijo:

—Vamos a la camilla muchacho a que te limpie y te cure las heridas.

El joven se volteó hacia él como si descendiera de un viaje a un lugar remoto y que solo él conocía. Su rostro, casi de niño, volvió a expresar en silencio el dolor del cuerpo y del espíritu. Don Eugenio dejó correr su vista sobre esas facciones todavía imberbes, y le pareció que había sido joven en otra vida, mil años atrás,

cuando su espíritu todavía habitaba un cuerpo ágil y vigoroso, gobernado por una mente todavía inocente, como parecía ser la del muchacho frente a él.

–A sus órdenes doctor... Usted diga...

–Bueno acuéstate aquí en esta camilla de estómago, y déjame curarte esas llagas que todavía sangran un poco, antes de que se te infecten. Ven, ven, ponte aquí... –dijo el doctor, palmeando la camilla elevada sobre sus patas con ruedas.

Hilitos se acercó con timidez, y sintiéndose torpe y fuera de lugar se encaramó en la camilla y se extendió de panza tratando de no ensuciar las prístinas sábanas con sus manos cubiertas de una pátina de lodo seco y sangre. Antes se había quitado las rústicas botas de hule, que yacían ahora a los pies de un sillón dorado y con tapiz rojo, como si fueran seres antediluvianos súbitamente arrojados sobre la alfombra persa de delicados patrones que adornaba el suelo de nobles maderas del piso, lustrosas e impecables, como si fueran obras de ebanistería y no solo una superficie sobre la cual caminar.

El doctor tomó con seguridad unas tijeras largas y cortó por la mitad la espalda de la camisa de Hilitos.

–No te preocupes muchacho, ya te daré otra. Esta de todas formas ya está arruinada.

Algo compungido, pero no por la vieja camisa, sino por el trato tan amable del doctor en ese entorno que para Hilitos era de gran lujo, contestó atropellándose:

–No... No, no, no se preocupe señor... Doctor... Córtela toda... Yo ya conseguiré otra con mis amigos.

–De ninguna manera... ¿A todo esto cómo te llamas muchacho? ¿Hilitos? –sonriendo-... bueno, como sea, no te preocupes, aquí en esta casona hay mucha ropa de reserva que te quedará bien... Así es que te pondremos como todo un príncipe...

El doctor lavó, desinfectó y luego vendó con gran destreza y esmero la larga y profunda laceración sobre el hombro y la espalda de Hilitos. Después llamó a una de las sirvientas más jóvenes y le hizo traer una camisa nueva para Hilitos. Era un poco grande para él, pero Hilitos sintió con placer la tela fresca y limpia de su nueva camisa.

El doctor lo miró con satisfacción, viendo que el rostro de Hilitos había recobrado su coloración normal. La herida sanaría pronto, aunque de seguro dejaría alguna cicatriz duradera. Sin dejar de auscultar el rostro de Hilitos, no pudo evitar preguntarle:

—¿Por qué te viniste a trabajar aquí, donde las faenas son duras, largas y no muy bien pagadas que digamos?

La franqueza del doctor para describir las poco auspiciosas condiciones de trabajo de los nuevos peones en Guanabar tomó un poco por sorpresa a Hilitos. Hasta ese momento, a pesar del trato bonachón y gentil de su protector, el joven no podía dejar de asociar al doctor con el orden semifeudal que en apariencia predominaba en la hacienda de su hermano. No conocía aún al “patrón”, pero indicios sutiles que parecían flotar en esa atmósfera autoritaria y sombría que impregnaba todo el casco de la hacienda, le hacían presentir que don Remigio no era un hombre de trato fácil, sobre todo para con los numerosos trabajadores y sirvientes bajo su mando. Y no se equivocaba. Don Remigio había forjado su pequeño imperio a fuer de determinación inquebrantable, que a menudo bordeaba la brutal imposición, la inmoral capacidad para quebrantar reglas y doblegar voluntades por medio del dolo, la extorsión, la amenaza y, cuando todas las anteriores fallaban, la eliminación física de cualquiera que obstaculizara el progreso de su ambición que parecía insaciable.

Repuesto de su pequeña sorpresa inicial, Hilitos contestó sin dudar, e incluso se dejó llevar por una súbita necesidad de confesarse con ese viejo que lo miraba con afecto y curiosidad:

—Vine aquí para juntar un dinerito para saldar deudas de mi familia, para sacar a mi madre del apremio, y para hacer unos ahorritos y comprar mi propia tierra cerca del mar, allí donde se escucha el canto de las olas fundido con el piar de las aleutinas, una avecita verde brillante, con penacho blanco y cola larga con puntas de azul metálico —la describió con esmero y entusiasmo infantil— que regresa a anidar en mi tierra durante el estío, y que parte a otros lados al final de las cosechas. Todos sabemos que las aleutinas nos traen el beneficio del grano abundante, y que mientras más pían sus

crías, más es el grano que recogemos cuando se llega el momento de hacerlo... Sí, doctor, quiero vivir y prosperar en una parcelita con buenos suelos junto al mar, donde cada año se escuche el grito de los polluelos de las aleutinas anunciando las buenas cosechas...

—Bonitos propósitos muchacho... Pero, con franqueza, me temo que aquí no juntarás más que cansancio, golpes y desilusión... Regrésate si puedes... Regrésate cuanto antes...

De nuevo, la insólita franqueza del doctor lo tomó por sorpresa. Y aunque el doctor Amenábar había tenido estos sentimientos durante mucho tiempo, era la primera vez que los expresaba de manera tan directa a uno de los peones o trabajadores de la hacienda. Pero el muchacho había tocado ciertas fibras en su viejo corazón que lo habían movido a tratar de ayudarlo de una mera especial.

—No, no puedo doctor, imposible dejar atrás a mis amigos... De verdad no puedo. Vine con ellos y nos volveremos juntos, y con nuestros centavitos bien ahorrados.

—Te entiendo... ¿Hilitos, verdad?... Te entiendo, Hilitos, pero no seas necio y hazme caso, te lo digo por tu bien, agarra tus cositas y lárgate cuanto antes de Guanabar...

Otra vez esa extraña franqueza, proviniendo del mismo hermano del dueño de Guanabar, sacudió a Hilitos, quien en el fondo de su mente no podía dejar de preguntarse qué diablos era lo que le ocurría a este hombre tan curioso. ¿Acaso no se suponía que debía defender, ante todo, los intereses de su hermano, que sin duda eran los suyos también? Hilitos era aún demasiado joven para entender a cabalidad las complejidades del alma humana, y en su visión sencilla y coherente del mundo y de la vida, la familia era siempre primero. Sin embargo, los meses por venir le mostrarían que hay muchos tipos de familia, y que en aquellas en que la codicia por el dinero reinaba suprema, los lazos sagrados de la sangre se tornaban más débiles y delgados que la misma tinta con la que se imprimen los billetes.

—Doctor, ¿usted no cree entonces que podamos hacer algunos ahorritos y partir con el fruto bien ganado de nuestro trabajo? ¿Qué razón legítima habría para privarnos de ellos? Vinimos a realizar

un trabajo honesto, por una paga que suponemos que será también honesta. ¿Por qué nos van a quitar lo que nos merecemos?

Esta vez le tocó al doctor sorprenderse ante la madurez mezclada aún con candor que manifestaban las palabras de Hilitos.

—No, no hay ninguna razón legítima muchacho. Pero ya verás, con el paso del tiempo los obligarán a comprar ropa, alimentos y trago en la pulpería de la hacienda a precios exorbitantes. Los centavitos, como tú dices, no les alcanzarán y se irán endeudando sin remedio... Mira, yo lo he visto demasiadas veces como para pensar que contigo y tus amigos será diferente... Son muy pocos los que parten de aquí satisfechos y con algo ahorrado... Muy pocos, muy pocos. Casi todos se van contentos nomás de que al final los dejen partir... Vivos.

—Pero igual ya no tengo alternativa doctor... Aunque quiera, ya no me podría ir... Me quedo doctor y jalo parejo después con mis amigos.

Eugenio Amenábar se quedó mirándolo en silencio por largos dos minutos, pasándose con aire absorto los dedos de una mano por una ceja hirsuta. Hilitos tampoco se movía, con la cabeza gacha, y sumido en sus propios pensamientos. Miraba al suelo, con las piernas colgando de la camilla donde estaba sentado, pero tocando el suelo frío con la punta de sus pies descalzos. Le agradaba ese joven campesino. Nunca conoció a uno antes que mostrara tal reverente fascinación por su vasta biblioteca. De hecho, a excepción de su sobrina Matilde, la penúltima de las hijas de su hermano, nadie en este periférico rincón del mundo, había mostrado mayor interés hacia su preciosa colección de libros. Los había coleccionado con gran entusiasmo, dedicación, esmero y conocimiento. Había invertido una pequeña fortuna en libros antiguos, primeras ediciones, muchas de ellas autografiadas por sus autoras y autores, volúmenes incunables, y otras obras curiosas y muy buscadas e invaluable formaban ese gran acervo bibliotecológico. Según su última cuenta de un par de años antes, había calculado con ayuda de sus dos sobrinas más pequeñas – de dieciocho y quince años respectivamente– que poseía 25.000 ejemplares, incluyendo algunas colecciones de revistas que agrupó en volúmenes bellamente empastados por años

de publicación. Al igual que una dama primorosa que se engalana para ser admirada, el doctor apreciaba mucho cualquier muestra de interés ajeno por lo que consideraba la gran realización de su vida. Hablar de sus libros era su mayor pasión y alegría. Solterón empedernido y carente de una vida social significativa en la región (en otra época sus aventuras amorosas y juergas en la capital durante sus años mozos, había conmovido los círculos adinerados en que se movía en aquella etapa de su vida que ya nunca comentaba o siquiera mencionaba), los libros y su lectura eran su mayor consuelo y orgullo, aparte de su incansable y dadivosa labor como único médico en ese lejano rincón del país. Sin oponerse nunca en forma directa a la tiranía de su hermano mayor, conseguía, no obstante, aliviar las vidas y el infortunio de muchos peones, campesinos independientes y pequeños y medianos negociantes y empresarios de la zona. Era querido y respetado, e incluso el irascible Remigio lo dejaba hacer sin chistar, moviendo a menudo la cabeza de un lado a otro en gesto de callada desaprobación, que no conseguía disimular por completo el afecto retorcido pero genuino que sentía por su hermano, el altruista doctor, cuyo único defecto visible eran esas curdas silenciosas y discretas que de vez en cuando se autoadministraba para hacer la vida más llevadera.

Se acercó por fin a Hilitos, que permanecía callado y cabizbajo, y le dijo sin titubear:

—Muchacho, me caes bien. En todos los años que llevo refundido en esta hacienda, nadie de por aquí... Bueno, nadie aparte de Matilde, mi sobrina, había mostrado mayor interés por mi biblioteca. A ti, en cambio, te vi maravillado con los libros. Si hasta me parece que los acariciabas con la vista y con las manos, al igual como un joven fogoso acaricia a una enamorada...

Hilitos se sonrojó, y el doctor miró con pícara alegría ese rubor que le daba de pronto un aire de jovencita arrebolada al rostro serio, suave y moreno del muchacho.

—Sí, de verdad que me diste un gran gusto Hilitos... Un gran gusto (repitió como saboreando las palabras)... Y quiero premiarte por ello... Mira, yo te propongo algo... ¿Qué te parece si trabajas

como mi ayudante?... Mira, de veras, yo necesito a alguien joven, entusiasta y con energía que me de una mano con *mi labor* (siempre llamaba así a su tarea como médico, nunca se le oyó decir, refiriéndose a ella, como “mi trabajo”), porque yo ya me voy haciendo viejo, mi estimado y *joven amigo*.

Enfatizó las últimas palabras mientras con una mano se acariciaba el vientre protuberante, y se pasaba la otra sobre una mejilla adornada por profusas patillas, que enmarcaban y daban firmeza a su rostro rubicundo de buen comedor y bebedor.

—¿Usted cree doctor? Vea, yo no sé nada de medicina, curaciones, emplastos o cosas así... Yo nada más he sido, bueno para pescar tierra adentro por los ríos o en las lagunas costeras cayuco, sí para eso y para labrar y sembrar... Me han dicho que tengo buena mano... Pero así que como ayudante suyo... Me gustaría, de verdad que me gustaría mucho, pero con sinceridad le digo que no creo que pueda ayudarle en mucho don Eugenio...

Hilitos dejó la última frase suspendida, como no queriendo perder del todo la ilusión que en forma incontenible había nacido en su corazón al escuchar la propuesta del doctor. Levantó la vista y miró otra vez los libros, sin poder evitarlo, revelando de nuevo la fascinación ingenua que ejercían sobre él.

—No importa, Hilitos. Aquí lo que cuenta es la actitud, y tú me parece que tienes la actitud y todas las capacidades potenciales para aprender muy pronto y ser un gran ayudante. Además, no es mucho lo que deberás aprender... a poner inyecciones, vendar, entablillar, limpiar heridas, lavar un bebé recién nacido, trasladar enfermos entre dos mulas, moler en mi mortero ingredientes para tónicos, medicinas y antisépticos, luego de pesar bien los ingredientes..., en fin, ya verás, te gustará y aprenderás rápido... Mira, además te presto todos los libros que quieras para leer en tus ratos libres. Aquí empezamos todos los días, de lunes a viernes, de las siete de la mañana a tres de la tarde, antes de que comience a bajar el sol... ¿Qué te parece? ¿Empezamos mañana...?

Hilitos no entendió lo de “capacidades potenciales”, ni varios de los otros términos y conceptos que le había arrojado con cierto

atropello el doctor Amenábar, pero cuando escuchó lo de los libros, su rostro se iluminó con una sonrisa tímida.

–Empecemos ahora mismo don Eugenio... Ahora mismo... Si usted quiere...

–No, mañana muchacho, mañana, ahora todavía estás débil.

Y ante la evidente objeción en el rostro y el ademán de Hilitos, don Eugenio lo tomó sin ambages por el brazo y lo condujo a una recamarita que estaba afuera, frente al tercer patio interno tras la cocina, y donde pernoctaban también otras y otros sirvientes domésticos.

Este cuartito está limpio, es cómodo, y de ahora en adelante es tuyo –dijo Eugenio Amenábar, mientras mostraba una pieza con un pequeño velador, un ropero enorme y una cama bien tendida con una cobija de lana con alegres diseños y colores. Una mesita rústica con una silla, y frente a ella un retrato de la virgen con el niño en brazos en un marco dorado de metal ya un poco oxidado, completaba el austero amueblado. Por la ventanita de cortinas de algodón crudo se filtraba la luz tenue del atardecer, y fue lo que más le gustó a Hilitos a primera vista. Se detuvo en el umbral, inseguro y sin decidirse a entrar. En alguna parte de su mente sentía como si estuviera traicionando a sus amigos y compañeros, que tendrían que permanecer en la gran recámara colectiva de alojamiento y seguir con la dura faena que se les había endilgado. Pero no tuvo tiempo de arrepentirse, pues el doctor lo empujó con firmeza y luego cerró la puerta tras él, al tiempo que le decía:

–Mañana temprano en la clínica.

Hilitos se desnudó con agotada lentitud. Con solo su ropa interior se extendió sobre la cama sin abrir las cobijas. El lecho era mullido y cómodo, e Hilitos se relajó entre suspiros a pesar de la fría humedad de la habitación. Se sintió cansado, solo y mortificado, a pesar de que su entorno material y la propuesta de trabajo del doctor Amenábar, sin duda representaban un avance en sus condiciones de vida desde su llegada a Guanabar. Cerró los ojos y se durmió casi de inmediato. Una sola lágrima gruesa se deslizó por una de sus mejillas y descendió hasta el borde de su mentón, desde donde cayó

sobre la almohada. Pero antes de que tocara el blanco rutilante del lino que cubría el cojín, Hilitos ya dormía en forma profunda.

LOS DÍAS SE apilaron en una sucesión intensa y caótica de la que Hilitos no pudo obtener una idea clara de la nueva dirección que tomó su vida. Desde el primer instante le sorprendió la inagotable energía y dedicación que el doctor Amenábar ponía en su “misión” —como la llamaba él mismo— y que contrastaba con su apariencia de hedonista y su actuar caracterizado siempre por una calma bonachona e imperturbable. Recorrieron todos los rincones del Valle de Guanabar y de los Altos de Santa Catarina de Tinampa. Visitaron docenas de aldeas campesinas dentro y fuera de la hacienda, rancherías de dos o tres casuchas de pescadores de la Laguna de Curcumita, cascos de haciendas vecinas, pueblitos medianos, caseríos indígenas perdidos en el monte. Un par de veces incluso cubrieron la distancia de casi cien kilómetros para llegar hasta Villafranca, la capital provincial del enorme estado de Caledonita, a comprar medicamentos y componentes básicos que el Dr. Amenabar usaba para manufacturar sus propios remedios. Hilitos se dejaba arrastrar por la experiencia, tratando de hacer lo mejor posible, y sin intentar eludir ninguno de los nuevos desafíos que casi a diario debía confrontar.

Una tarde vino un muchacho montado en un jumento flaco y nervioso y vestido casi en harapos. Hasta su sombrero de fibra vegetal que portaba estaba deshaciéndose por todo el perímetro del ala, y en la parte superior se hallaba coronado por un agujero que parecía como si una avecita asustada se hubiera abierto paso con desesperación a través de la paja para así volar libre. A pesar del frescor del atardecer, el chiquillo estaba sudando y gruesas gotas de transpiración se deslizaban desde su cabellera hacia el rostro y el cuello, igualmente empapados.

Sin bajarse de su caballo, el niño llegó casi gritando hasta la puerta abierta de la clínica del doctor Amenábar:

—Doctor, doctorcito, por favor apúrese y venga a darnos su ayudita, por favor doctorcito... —levantó la voz con el caballo cacoleando debajo de él.

Eugenio Amenábar estaba lavándose las manos luego de abrir y drenar el absceso en la pierna de una señora de setenta años que llegó en una camilla improvisada con ramas y cargada por cuatro de sus hijos, cuando escuchó el barullo en el patio de viejos adoquines lustrosos con el paso de los años. De inmediato supuso que era una emergencia, ya que no era la primera vez que ese revuelo —que tanto enojaba a doña Melania Rivas de Amenábar, la avinagrada esposa de don Remigio— se armaba frente a su puerta. Salió tras de Hilitos justo cuando este detenía el caballo sosteniendo la brida con energía.

—¿Qué te pasa chiquillo? ¿Por qué tanto escándalo? —exclamó el doctor Amenábar por sobre el hombro de Hilitos, quien a duras penas había conseguido calmar un poco al muchacho y su agitada montura.

—Es mi mamá, señor... hace dos días que no puede parir mi mamá. Se ve mal mi mamá... Por diosito doctor, se lo ruego, vaya a sanar a mi mamá, señor, por favor...

La súplica desesperada del niño conmovió al doctor, y como era fácil de predecir, alistó su maletín y cuando Hilitos trajo su caballo ensillado y la mula baya en la que él siempre lo acompañaba, apretaron el trote rumbo al caserío del muchacho, que estaba fuera de los confines de Guanabar.

Llegaron a un grupo de seis chozas que formaban un semicírculo frente a un potrero cubierto de grama y que estaba a su vez al otro lado de un arroyuelo que descendía alegre desde la sierra cercana y que encerraba entre sus cumbres al extenso Valle de Guanabar. Era un lugar bello, a pesar de la evidente pobreza de sus pocos habitantes, quienes vivían de pastar cabras y ganado lanar en los faldeos escarpados de la sierra. Cada cierto trecho, los faldeos se detenían en pequeñas mesetas escalonadas como si las cumbres de algunos cerros hubieran sido taladas por algún machete colosal, y donde abundaba un pasto duro y de poco beneficio, razón por la cual los hacendados y otros finqueros adinerados de la zona las habían desdeñado.

En el caserío vivían unas cinco familias emparentadas, que en total sumaban cerca de cuarenta almas. El niño desmontó y los

guió apurado hacia la casa principal que aparte de ser la más grande, era también la que se encontraba al centro del semicírculo. Un grupo de unas diez personas entre hombres, mujeres y niños, se arremolinaba inquieto y sombrío junto a la entrada iluminada por una tea que despedía una luz incierta y ambarina. La puerta estaba a medio abrir sobre sus goznes de cuero trenzado, y contra ella se apoyaba un hombre muy alto y de gran corpulencia cuya cara pálida cubierta de una barba de varios días, se destacaba por encima de todas las personas que le rodeaban. Su quijada temblaba y un sudor frío cubría sus facciones demacradas y a ratos relucientes cuando la luz del farol de aceite no era movida por la brisa y entonces alumbraba mejor la irreal escena. Pero luego, la luz temblaba de nuevo al mecerse incierta al vaivén de la brisa, y todos los congregados parecían ánimas recién flotando fuera del camposanto, rumbo a un encuentro en el más allá. El doctor comprendió, de inmediato, que el gigantón con grueso rostro al borde del pánico, era de seguro el padre de la criatura que pugnaba hacía dos días por venir a un mundo que casi de seguro marchitaría poco a poco ese entusiasmo animal e inocente por la vida.

En la segunda habitación, junto a la nave central de la gran choza, una mujer gemía con un sonido áspero, rasposo y apenas audible. Estaba tendida sobre la cama mientras una comadrona sobaba sin cesar su vientre protuberante como un melón gigantesco y a punto de estallar. En un esfuerzo infructuoso por dirigir al bebé hacia el canal de nacimiento, las comadronas habían colocado dos tablitas embarriladas con tiras de tela blanca a los costados del vientre materno, manteniendo así la cabeza de la criatura hacia abajo, impidiendo que se volteara y quedara con las piernitas y las caderas por delante, como ya sucediera varias veces desde que comenzaron las contracciones más intensas y más frecuentes. Pero aún con la ayuda de ese entablillado y los masajes de las comadronas, el bebé pugnaba por salir y no lo conseguía.

El doctor Amenábar ya estaba familiarizado con esos tratamientos y con situaciones similares. Se acercó y apartó a las comadronas con un ademán amable pero autoritario. Se puso sus guantes

y con una lámpara de pilas en la mano, auscultó el canal de nacimiento. De inmediato notó la primera vértebra un poco sobresaliente del coxis de la madre, y concluyó que debido a ese obstáculo el parto no se podía llevar a feliz término. Con ayuda de Hilitos, quien estaba tranquilo, pues ya había asistido a numerosos alumbramientos desde que empezó a trabajar con don Eugenio, el doctor puso a la mujer de cuclillas sobre la cama para que el descenso del bebé fuera favorecido por la gravedad, y empujó el bulto en el vientre hacia el canal de nacimiento, con presión lenta pero poderosa. “Empuje, empuje, señora”, le repetía a la madre, quien con gallardía respondía lo mejor posible, pero con poca fuerza, pues ya se encontraba extenuada, al igual que el bebé, quien parecía debatirse cada vez con menos energía. Trató de este modo durante las próximas dos horas de impulsar hacia el mundo y la vida al pequeñín que se encontraba atrapado dentro del vientre de su propia madre. Viendo que sus esfuerzos eran inútiles, y considerando esa la última carta que podía emplear para generar un parto natural. Alarmado por las débiles reacciones de la madre y su bebé, decidió optar por la última alternativa que a su juicio le quedaba. Era una alternativa arriesgada por el peligro de infección, pero sintió que ya no podía esperar más, pues podría perder al nonato y a su madre. Pidió agua hervida, y sobre una mesa extendió un paño limpio que traía bien protegido dentro de una petaquilla de piel de venadillo, la más suave e higiénica de todas. Sobre el paño colocó algunos instrumentos básicos de cirugía. Desde la puerta, el grandullón comenzó a temblar otra vez mientras del fondo de su garganta salía un quejido gutural y sordo. El doctor le ordenó a Hilitos que empujara al hombre fuera del vano de la puerta y que la cerrara tras de él. Solo Hilitos, las dos comadronas y el doctor permanecieron encerrados en la habitación junto a la parturienta. Muchos años después, Hilitos recordaría esta experiencia, cuando en circunstancias aún más dramáticas, asistiría al alumbramiento de Sanjuanita.

Luego de ordenar todo su instrumental básico que había desinfectado otra vez con agua hirviendo y alcohol, y luego de colocarse su chaquetilla blanca y un nuevo par de guantes, procedió a

limpiar el área en el vientre de la acongojada mujer, a lo largo de la cual haría un corte por donde extraería al bebé. Era una intervención antigua, pero que nunca dejaba de conllevar ciertos riesgos. Siendo el de infección y el de un sangrado interno luego de la extracción de la criatura, los peores de todos. Si el útero no se contraía y volvía en forma gradual a una forma cercana a la original, un derrame interno e invisible de seguro mataría a la madre, cuyo corazón se detendría luego de un par de horas de pérdida aguda de sangre. El doctor había llegado tarde muchas veces para salvar a madres que sufrieron este percance luego de un parto atendido solo por comadronas locales, siendo casi siempre imposible cauterizar la herida interna y detener el derrame, puesto que, para lograrlo a cabalidad, se necesitaba una histerectomía con eliminación de la matriz completa. Y a pesar de que poseía un buen instrumental de campaña, tales emergencias eran imposibles de enfrentar para el doctor Amenábar con éxito en un lugar primitivo y perdido en la campiña. Solo en el último año, había visto morir con impotencia silenciosa y desesperada, a cerca de quince madres que no habían sobrellevado con éxito los rigores del parto, debido a la desnutrición de la madre, la falta de condiciones de higiene apropiadas, y el descuido de alguna comadrona aún inexperta.

Con cuidado y mientras Hilitos sostenía con una de las comadronas los brazos de la parturienta a lo largo de su cuerpo, Amenábar aplicó una mascarilla de su propio diseño sobre el rostro de la mujer, y contó dos minutos y veinte segundos, tiempo durante el cual la concentración de cloroformo que utilizaba, dormiría por al menos dos horas a la paciente, según su experiencia. Luego procedió a un corte transversal largo y ligeramente curvado hacia abajo.

Una hora más tarde, el doctor suturaba la herida, mientras Hilitos lavaba y desinfectaba el instrumental utilizado, y las comadronas se ocupaban de la diminuta niña recién nacida por cesárea, y que era muy morena y con abundante pelo negro que rebasaba sus orejitas perfectas y muy pegadas al cráneo húmedo todavía. Desde el momento que extrajo a la niñita del vientre de su madre, el doctor supo que venía escasa de peso, a pesar de que en todo lo demás

parecía ser una bebé sana y muy hermosa. Pensó en dejar vitaminas para la madre, y se encontraba hurgando el fondo de su enorme maletín de cuero para hallar el frasco que buscaba, cuando entró un hombre de unos sesenta años, flaco, encorvado y con un solo ojo bueno que lagrimeaba en forma crónica, y se les quedó viendo a todos, sin atinar a pronunciar palabra. Era el abuelo paterno de la pequeña recién nacida y el patriarca del caserío. Cuando por fin habló, luego de unos largos treinta segundos, su voz salió atropellándose, con las pausas y acelerones propios de un tartamudo:

—Do... do... do... doc... doctor... Salve, por favor, a mi hijo. Aaaa... a... a mi hijo... ¡Sálvelo por favor!

Y salió corriendo del cuarto seguido de cerca por Amenábar e Hilitos. Entraron apurados a la habitación contigua y vieron al hombretón, el padre de la recién nacida, tirado cual largo era, y con una cuerda atada con firmeza alrededor de su grueso cuello de toro. Había intentado suicidarse y por fortuna su hermano menor lo descubrió a tiempo y cortó la cuerda que pendía de una viga del techo de una de las habitaciones de la choza mayor, justo en el momento en que el hombretón pateaba la silla en la que se había encaramado para llevar a cabo su intento de suicidio. Unas cinco personas estaban agachadas a su alrededor intentando revivirlo. Al ver que aún traía un bisturí en sus manos, el doctor le pidió a Hilitos que cortara lo que quedaba de la cuerda, hundida como aún estaba en los músculos y la grasa del cuello del suicida fallido. Hilitos la trozó con habilidad y el doctor se puso a darle primeros auxilios al hombretón, intentando respiración boca a boca. Había sentido un tenue pulso en el cuello antes de comenzar a darle aire y comprobó que por fortuna el cuello no estaba roto ni fracturado, lo cual habría sido fatal, incluso para el gigantón que intentaba resucitar. Luego le pidió a Hilitos que siguiera dándole boca a boca, cosa que este último hizo sin chistar, y empezó a presionar a intervalos regulares el amplio tórax por encima del vientre descomunal del gigantón. De pronto, el hombre exhaló aire con un bufido y comenzó a respirar con desesperación, como si hubiera estado sumergido debajo del agua un par de largos minutos. Luego

sus ojos se abrieron forzando al máximo sus párpados pesados y enrojecidos, y un grito salió de su pecho:

—Madre mía, ¿dónde estoy diosito santo?

Quiso levantarse con agitación y entre todos apenas pudieron plancharlo otra vez contra el suelo.

—¡Quédese quieto hombre por Dios! Mire que usted todavía está en este mundo, para bien o para mal... y alégrese, pues tuvo una niña preciosa. Alégrese y deje de portarse como una criatura de pecho, por Dios.

La voz imperiosa y algo molesta de Amenábar pareció tranquilizar al hombre, quien se quedó quieto, mirando todavía con ojos desorbitados hacia el techo, y respirando entre bufidos. Al fin dijo:

—¿Una niña? ¿Y Felicia? ¿Qué es de Felicia? Yo vi que usted se aprestaba a cortarla como uno destaza los cerdos por aquí, doctor. ¿Me salvó a mi Felicia también doctor? Mire, porque si no déjeme morir tranquilo de una buena vez. La vida sin Felicia ya no sería vida para mí doctorcito... No sería vida, pues... ¿usted me comprende verdad?

Y mientras hablaba, las lágrimas corrían de sus ojos como de un surtidor.

—¡Cómo se le ocurre hombre por Dios que yo voy a destazar a su buena esposa! ¡Qué cree que soy! ¿Un carnicero? Yo estoy aquí para salvar vidas, no para arrancarle la vida a nadie, hombre por Dios santo.

Su voz, al final expresaba una franca irritación, mezclada con desazón, ante la enormidad que salió de la boca de ese hombre, quien yacía a sus pies todavía. Pero pronto, la rabia cedió su lugar a la compasión, cuando vio que el hombre se sacudía con un llanto apenas contenido de alegría y alivio, y decía:

—Gracias doctor, gracias señorcito, gracias diosito, por darme otra vida junto a Felicia y toda esta gente que tanto quiero... Gracias señor.

Y en el borbotón de palabras confusas de gratitud que brotaban de su boca, no se sabía si agradecía a Dios, al doctor o a ambos al mismo tiempo.

Partieron cargando toda clase de presentes humildes: una canasta llena de huevos de gallinas montaraces que todos en la región apreciaban por su especial sabor, dos puerquitos, tres bellas mantas de lana de colores naturales, una de las cuales Hilitos conservaría con él hasta el día de su muerte, y una gran cantidad de plumas y piedras de todos colores, incluyendo algunas de estas últimas que eran de cierto valor, a pesar de estar en bruto. Era otra jornada más de una tarea que no se terminaba nunca. Siempre aparecían nuevos motivos para salir apurados en dirección a un nuevo destino y salvar vidas, o permitir que algunas personas dentro del vasto océano de pobreza que les rodeaba, pudieran sostener, a pesar de la precariedad de sus existencias, una mejor calidad de vida.

TRES MESES TRANSCURRIERON de este modo. Llegaron las lluvias y el trabajo del doctor Amenábar y de Hilitos se volvió tan penoso que casi lo interrumpieron por completo. El doctor se enfermó en una de esas raras ocasiones en que el sentido del deber, la compasión o un simple reflejo mecánico de continuar con la rutina normal de su vida, lo empujó a una visita de urgencia de la cual retornó mojado “hasta el alma”, como él mismo diría riendo antes de tomar un baño caliente para recuperar el calor “de mis huesos”. Al día siguiente estaba muriéndose con una pulmonía que lo llevó muy rápido al borde de su muerte. Pero el hombre era fuerte y sobrevivió. Hilitos no se separó ni un instante de su lado durante los diez días que estuvo muriéndose y los otros diez que estuvo convaleciente, recuperando poco a poco sus fuerzas de antaño.

Durante su enfermedad, el doctor Amenábar recibió muchas visitas, y así Hilitos pudo conocer mejor a familiares, amigos cercanos y visitantes que llegaron inclusive desde la capital de la república. En general, en esas ocasiones Hilitos se retiraba con discreción a sus propios aposentos, o salía en su mula rumbo a los cerros cercanos donde se paseaba en soledad y sin que nadie lo molestara durante horas.

En una de las raras ocasiones en que doña Melania, el ama y señora de la mansión de Guanabar, se dignó a descender asl cuarto

del doctor a brindarle una breve visita y entregarle unos chocolates que le trajo de regalo desde Molocoyén, Hilitos estaba presente.

–¡Qué bueno verte mejor Eugenio! –le dijo al comienzo de la convalecencia, un día en que el doctor Amenábar estaba pálido, con profundas ojeras, y pensaba que se iba a morir,– aquí te traje estos chocolatitos para endulzarte tu estadía en cama, que estoy segura no será muy larga. Mira, Eugenio, quería aprovechar para pedirte que me prestes a este chico, a tu ayudante, pues, para que me mueva unas cosas pesadas en la recámara...

Don Eugenio sonrió a duras penas, y respondió casi susurrando:

–Sí, sí cuñada, sí, por supuesto. Hilitos siempre tiene muy buena disposición.

Y moviendo solo los ojos en dirección a Hilitos, le pidió:

–Por favor, acompaña a doña Melania, para que le ayudes en lo que te pida... Gracias, pues. Y gracias, cuñada, por esos chocolates que se ven deliciosos...

Ya Hilitos se había percatado de la falta de empatía entre ambos cuñados, pero intuía que mientras de parte del doctor apenas había indiferencia, de parte de la patrona, en cambio, había una mal disimulada corriente de antipatía que bordeaba con la enemistad velada. Solícito, pero sin mayor entusiasmo, siguió a la mujer a través de largos pasillos, salones y recintos interiores de la enorme mansión, que hasta ese momento le eran desconocidos. En contraste con el ala donde se alojaban los trabajadores, que era oscura, descuidada y con muros roídos por el moho y la acción de la humedad y de los elementos, el resto de la gran casa era solemne, elegante, de impecable limpieza y llena de ornato en las paredes y las puertas entre recintos. Los grandes salones y pasillos estaban profusamente amueblados con sillones mullidos, mesitas de lado, arcones, estantes, y otros muebles de todos los tipos, pero con predominio de aquellos que con facilidad se adivinaba que estaban elaborados con maderas finamente trabajadas. Daguerrotipos, fotos más modernas, y retratos y paisajes pintados en óleo, adornaban muchas paredes y creaban una impresión de mayor intimidad en esos grandes espacios domésticos silenciosos y muertos. Aparte

de las pinturas de familiares y ancestros (supuso Hilitos), la casona parecía desierta, como si nadie habitara esos vastos recintos, aparte de los rostros de hombres y mujeres posiblemente ya muertos, y que al pasar, miraban con severidad a ese humilde intruso que de pronto irrumpía en el santuario prohibido de una clase superior. Hilitos llevaba su sombrero en la mano, y miraba con gran interés, pero con cuidadoso disimulo, el boato interior, para él desconocido hasta entonces, de esa fortaleza oligárquica.

Al parecer los cinco hijos e hijas del matrimonio Amenábar se encontraban fuera o en otra ala distante de la mansión que era el centro de la hacienda, pues no se cruzaron con ninguno de ellos en el largo trayecto por esa enorme y laberíntica –o al menos así le pareció a Hilitos– residencia patronal. No se escucharon los trinos parlanchines de las dos menores, a las que Hilitos había llegado a conocer relativamente bien desde que el doctor lo trasladara a trabajar y a vivir junto a él. Los tres hijos mayores eran hombrecitos que iban desde la edad de veintiún años a diecinueve y diecisiete. Las hijas, por su parte, eran menores. Matilde, la mayor de las hijas, tenía dieciséis, y Justina, con quince abriles recién cumplidos, era apenas un año mayor que Hilitos.

Ascendieron por unas amplias escaleras de mármol al igual que el piso de la planta baja. En los dos rellanos de la escalera, cuatro bustos igualmente de mármol, los miraron ascender con la misma severidad de los retratos del pasillo principal que conducía a la enorme cocina y los cuartos de los sirvientes principales, al primer salón que con facilidad tendría unos veinticinco metros de largo por unos quince de ancho. Doña Melania avanzaba como el mascarón de proa de un navío antiguo, con su típica postura hierática, casi sin percatarse de la presencia de Hilitos un par de pasos más atrás. Llegaron por fin a la enorme habitación de la mujer –quien dormía en recámara separada y a buena distancia del cuarto de su marido– con dos ventanales que bajaban desde el techo hasta el piso, y que daban a sendos balconcitos que se vislumbraban entre las pesadas cortinas de raso rojo oscuro que estaban entreabiertas, dejando entrar una luz paliducha que apenas permitía discernir

los contornos y las formas opacas del contenido del recinto. Doña Melania encendió un par de lámparas largas y elegantes que se alimentaban con energía eléctrica, que fluía desde una especie de locomotora –locomóvil le llamaban los de la hacienda– sin rieles que se encontraba a un par de cientos de metros de la mansión, y que los trabajadores permanentes del latifundio mantenían operando de día y de noche con una montaña de leños bien cortados y que se destinaban solo a ese propósito.

Melania tuvo a Hilitos ocupado durante una hora moviendo muebles que eran demasiado pesados para él. El joven campesino y aprendiz de curandero era muy alto para sus escasos catorce años, pero era delgado. Sin embargo, sudando y respirando fuerte, Hilitos se las ingenió para llevar a cabo todas las desmesuradas tareas que, con su típica falta de consideración hacia la servidumbre, doña Melania le exigió. Cuando hubo terminado, la patrona le dijo con cierta displicencia:

–Bien, no lo has hecho tan mal, después de todo (siendo el significado de ese “después de todo”, un enigma para Hilitos), y no sé cómo compensarte. Un peso de plata sería demasiado... Hummm... Se me ocurre que te voy a dar este ángel antiguo de madera que ya no me gusta... Creo que es valioso, y algún día podrás venderlo por un buen precio si lo guardas y lo arreglas un poco... Súbete en esa silla sin cojín, y alcánzamelos desde el fondo de la parte superior de este ropero empotrado... Súbete con confianza, pues para eso utilizamos esa silla muchacho... Vamos, súbete.

Repitió varias veces con impaciencia al observar a Hilitos dubitativo.

Hilitos introdujo la silla entera al ropero empotrado –que por sí solo era como una pequeña habitación sin ventanas– y subiéndose sobre ella como le ordenaron, se asomó a la parte superior llena de paquetes, valijas, bolsos y tiliches diversos. Miró entre todo el *bric-a-brac* de cosas sin poder divisar el famoso ángel.

–Búscalos, búscalos... Por ahí en un rincón debe estar... Mira detrás de esas maletas. Yo hace un año que no lo veo ni toco, porque ya me cayó mal, búscalos bien muchacho...

Y después Melania se fue a una habitación adyacente y no volvió a ocuparse de Hilitos y sus intentos por encontrar el ángel.

Hilitos comenzó a bajar algunos bultos y objetos para mirar en la parte trasera de la tabla superior del ropero. Por fin, tras de una amplia colección de perfumes y aguas de rosas de diversas marcas y envases que estaban guardados en cajas diversas que abrió y volvió a cerrar y a a colocar en otro lugar del ropero, Hilitos divisó un bulto elongado, como de unos cincuenta centímetros de longitud por unos veinte de circunferencia. Era una manta vieja y fea enrollada alrededor de algo, y al palparla Hilitos se percató de que dentro había un objeto duro con formas y proporciones parecidas a las de una pequeña escultura de un cuerpo humano. Bajó el bulto y fue a tocar a la puerta de la habitación adyacente por donde desapareció minutos antes la patrona. Tocó con timidez, temiendo irritarla más de lo que parecía ser un estado permanente de rabia fría y contenida. La mujer abrió.

—¿Qué quieres ahora? ¿No ves que estoy ocupada muchacho??

Hilitos pudo ver un altar lleno de veladoras encendidas y percibió un fuerte aroma de incienso que golpeó su olfato casi impidiéndole respirar por un segundo o dos.

Cuando se repuso del impacto, Hilitos dijo en voz apenas audible:

—Creo que encontré el santo, señora. Por eso me atreví a molestarla...

—Santo no, mocoso, ya te dije que es un ángel... ¡Un ángel nada más! ¡Llévatelo así como está, todo envuelto en esa cobija vieja, y que no lo vuelva a ver más, porque si no, lo quemo! Ya chiquillo encimoso, no te quedés mirándome así como un tonto. Ándate y llévate esa cosa cuanto antes y déjame en paz.

Y al terminar esa última frase, le cerró la puerta en la cara a Hilitos y no volvió a asomarse.

Como pudo, Hilitos reencontró el camino de regreso a su cuarto a través de la mansión. Se encontraba a mitad de camino con el bulto en brazos, cuando casi de la nada brincó delante de él una chiquilla con el pelo castaño largo que le caía hasta la cintura, unos pantalones bombachos de montar, botas altas y una camisa de

mangas cortas a pesar de que la temperatura del atardecer bajaba rápido. Tenía un rostro altivo y enrojecido por el aire fresco de la tarde, unos grandes ojos algo rasgados, entre dorados y verdosos con pintitas cafés, unas pecas discretas sobre la nariz y las mejillas, y una boca grande con una pequeña cicatriz a un costado, pero de bonito diseño y que en ese momento estaba ligeramente curvada en un gesto de burlona picardía. Al hablar con mucho entusiasmo, la parte superior de su naricilla se arrugaba un poco, lo cual confería a su expresión un encanto especial.

—Te agarré bandido... ¿Adónde vas escapando con eso?

Hilitos se detuvo primero sorprendido, y al recuperarse la miró de arriba abajo en forma desafiante, y en un tono un poco más serio que el de ella, le retrucó:

—Nada que a usted le importe, señorita Justina... Nada, ahora, si me deja pasar, por favor...

Pero ella no se hizo a un lado. Por el contrario, le colocó una mano sobre el pecho.

—No te dejes pasar. Esta es mi casa después de todo, y quiero saber qué es lo que llevas allí.

—Ya le dije: nada que a usted le interese. Es algo que su madre me obsequió, y la verdad es que aún no sé muy bien qué es lo que es... O mejor dicho, no sé bien cómo es... Por favor...

Ella estaba por agregar algo parecido a lo que ya había dicho, pero antes de que comenzara a hablar apareció su hermana mayor desde una recámara que estaba un par de metros más allá. Traía una cajita de madera recubierta con cuero repujado sobre cedro aromático. La joven era sin dudas la más hermosa de las dos, con un cabello café muy oscuro, abundante, sedoso y que bajaba hasta sus hombros en ondas largas y brillantes. Su rostro era muy blanco, con una naricilla que terminaba sobre un labio superior un poco corto y que dejaba traslucirse tras los labios rojos una dentadura muy blanca y pareja, con apenas una pequeña ranura entre los dos dientes delanteros. Esas peculiaridades del rostro lo hacían encantador, y los ojos verdes, almendrados y sombreados por unas largas pestañas y unas cejas delicadas, lo convertían en

un conjunto de facciones de excepcional belleza. Sin embargo, la muchacha era seria, retraída y distante, lo que hacía de la menor la favorita casi universal de la hacienda, excepto para don Eugenio y los sirvientes más humildes al servicio de la casa patronal, quienes amaban en ella su llana sencillez. Para el doctor, además, la inteligencia notable de Matilde, lo acercaba de manera especial a su sobrina. Se había propuesto, como una tarea importante de su vida, nutrir esa inteligencia precoz y superior en forma constante con nuevos libros que le sugería que leyera, y que su Matilde siempre devoraba para luego comentárselos con aguda percepción, pidiéndole a su tío que le aclarara algunos términos o conceptos desconocidos para ella.

En la cajita de cuero repujado, Matilde traía su diario de vida, en el cual escribía con religiosa dedicación todos los días. Lo guardaba allí con llave, pues un día había descubierto a su madre leyéndolo con atención. La interferencia materna en su vida privada e íntima había sido lo bastante vejatoria como para que dejara de hablarle por seis meses. Pensaba hacerlo en forma indefinida, pero una orden perentoria de su padre la había obligado a salir de ese mutismo selectivo hacia la madre. No obstante, los intercambios entre ambas habían pasado a ser meramente rituales y obligados. La madre, una mujer orgullosa e imperativa, tampoco estaba dispuesta a darse por aludida por el castigo silencioso de su hija, y siguió tratándola con la misma dura indiferencia con que lo hiciera durante toda la vida de Matilde, o al menos durante todos los años de los que esta última tuviera memoria en el transcurso de su corta existencia.

Matilde se encontraba en su cuarto escribiendo en el susodicho diario, cuando escuchó la voz algo ronca de Justina y la voz baja y un poco monótona de Hilitos. Desde el primer instante en que lo conoció, un par de días después de que Hilitos comenzara su labor con el doctor Amenábar, Matilde había sentido una suerte de atracción magnética hacia el joven campesino. Observó con atención sus facciones de altos pómulos debajo de unos ojos oblicuos, rasgados y muy negros que le daban un cierto aire asiático a un rostro dotado de una mandíbula larga y que terminaba en un

mentón que mostraba la resolución inquebrantable que se escondía tras ese rostro casi infantil. La nariz era corta y casi perfecta en su diseño, excepto por un sutil montículo que le daba más personalidad al conjunto de las facciones, y la boca, aunque de labios gruesos estaba no obstante, bien dibujada y, de vez en cuando, dejaba brillar las perlas con que la herencia y una dieta muy rica en yodo y calcio y escasa en bocadillos azucarados, habían dotado a Hilitos con una magnífica sonrisa que pocas veces se abría sobre el rostro serio del muchacho. Desde ese momento no perdió la oportunidad para acercarse a él, comentarle cualquier cosa, hablarle de algunos de los libros que ambos habían leído en forma reciente, y sentir el aroma de hombre joven y lleno de vitalidad que emanaba del cuerpo esbelto y juvenil de Hilitos. Desde entonces había escrito muchos párrafos alusivos a Hilitos en su diario, pero, bien aleccionada por su mala experiencia anterior con doña Melania, había inventado un código secreto para expresar esas impresiones, y que estaba segura que jamás sería descifrado por nadie; cosa esta última en la cual, para su fortuna, no se equivocaba.

Viendo la actitud de enfado de Hilitos ante la negativa de Justina de dejarlo pasar con su misteriosa carga rumbo a su recamarita en el patio de la servidumbre, Matilde, a quien la menor de la familia respetaba más que a ningún otro morador de la casona, la conminó a dejar de molestar al muchacho con palabras serenas pero definitivas:

—¿Qué pasa Justina? Ahhh, ya, vamos malosa, deja a Hilitos que vaya a sus quehaceres tranquilo... ya, déjalo Justi (así le llamaba desde que ambas tuvieran memoria), déjalo, por favor, Justi, déjalo...

Dando un paso a un lado, Justina hizo una reverencia e invitó al ofuscado Hilitos a seguir camino:

—Pasa niño llorón... Pasa, pues —le dijo haciendo un mohín y una reverencia burlona.

Y cuando Hilitos pasaba junto a ella —quien era apenas un poco más baja que el espigado campesino— de pronto lo abrazó y le dio un beso rápido como un tierno picotazo en la mejilla. Era ese tipo

de actos espontáneos, locos y juguetones los que le granjearan un amplio cariño entre todos los moradores del Valle de Guanabar que habían tenido la ocasión de conocerla más de cerca en sus diarias y furibundas cabalgatas por la zona. Era la rebelde de su familia, y ni siquiera el adusto don Remigio, quien la adoraba y era de lejos su favorita, y de su disciplinaria y controladora madre, quien la consideraba un caso perdido y no le dedicaba mayor atención, para dicha de Justina quien así se veía librada de la ominosa y persistente intervención de doña Melania en la vida de sus vástagos. Desde hacía tiempo Melania simplemente ignoraba la existencia de su hija menor, y se concentraba en hacer miserables a sus tres hijos varones –el mayor de los cuales había sido casi forzado a contraer matrimonio con la hija muy fea de un político capitalino famoso por su gran riqueza de dudoso origen– y a su hija Matilde. Justina estaba así bajo la distante tutela de su padre, quien la dejaba hacer casi a su antojo, y la veía como su segura heredera al mando de la hacienda, cuando el estuviera muy viejo para mantener firmes las riendas del latifundio, o hubiera fallecido, posibilidad esta última que solo existía de manera muy abstracta en su mente, pues sin estar siquiera muy consciente de ello, don Remigio se concebía a sí mismo viviendo para siempre. En realidad, en su fuero interno, la idea un poco nebulosa que a veces acariciaba en sus ratos de soledad era compartir la dirección de su latifundio con su hija, deshacerse de su insufrible esposa –enviarla quizás a la capital a una inmersión total y definitiva en la alta sociedad, lugar donde ella siempre había querido estar– y disfrutar con plena libertad de todas las mujeres que a él se le antojaran.

Hilitos enrojeció hasta la raíz de los cabellos debajo de su tez morena, y su rostro se volvió muy serio. Bajó la mirada y pasó furtivo y apurado junto a las muchachas. Justina reía con desenfado y Matilde estaba aún fija en su lugar, tan sorprendida por la inesperada acción de su hermana como el propio Hilitos.

–¡Que te vaya bien muchacho tonto con tu misterioso paquetito! –alcanzó a decirle en voz alta Justina cuando él desaparecía presuroso por el largo pasillo principal.

Una vez en la intimidad de su cuarto, Hilitos cortó con una navajita que le obsequió el doctor Amenábar las cuerdas de cáñamo que mantenían enrollado el bulto que con tanto esmero y curiosidad había transportado a través de la laberíntica mansión patronal. La cobija que cubría el misterioso objeto —¿un santo apolillado, de esos de palo rústico, con un brazo tieso levantado como un robot y que tantas iglesias humildes de su región natal contenían en abundancia?— era una vieja manta de lana con bellos diseños geométricos y de colores naturales, pero ya algo desvaídos por el tiempo. La desenrolló con cuidado, como si estuviera removiendo la mortaja de una momia a punto de desmoronarse por el paso del tiempo. Lo que emergió de esa crisálida fue un magnífico ángel renacentista de madera de excelente manufactura a pesar de sus numerosas roturas y daño evidente al rostro y al cuerpo. Pero a pesar del daño del tiempo o del descuido —Hilitos no podía imaginarse cómo una escultura tan hermosa pudo deteriorarse de esa manera tan extraña— se trataba de un ángel perfecto, de proporciones y aspecto rigurosamente tallado y pintado para que pareciera un luminoso, diáfano y casi perturbador en su aspecto andrógino. Hilitos lo consideró bello, pero de una belleza hermafrodita que no despertaba en él ninguna emoción masculina, sino solo un reconocimiento estético de la hermosura de ese ser peculiar, que ahora se había tornado trágica por el daño sufrido luego de su fabricación tal vez cien o doscientos años antes de que llegara a sus manos. Su rostro y su cuerpo eran una armoniosa combinación de rasgos femeninos y masculinos que hacían imposible determinar el sexo de la escultura. La cara estaba algo dañada, como si la hubieran golpeado con especial inquina. La barbilla y la nariz estaban escarapeladas, dejando ver por debajo de la pintura la madera noble con la que algún excelso escultor colonial anónimo había plasmado la imagen del ángel que Hilitos ahora sostenía en sus manos, examinándola con curiosidad y pasando sus dedos ásperos por cada uno de sus detalles peculiares, como si quisiera con ello aliviar el dolor de sus terribles llagas y magulladuras. Los brazos del ángel estaban quebrados, uno había sido arrancado de cuajo a la altura del hombro, y el otro roto a partir del codo.

En la espalda, el ángel presentaba agujeros ocasionados por clavos –había dos grandes clavos oxidados que Hilitos extrajo poco a poco– y por otros objetos punzocortantes, y esas laceraciones de inmediato le recordaron al muchacho su propia cicatriz en la espalda a causa del malhadado latigazo que le propinó Pocho un par de meses antes. Sorprendido por la belleza maltrecha del ángel, Hilitos decidió llevarlo con el doctor Amenábar para que le explicara de qué se trataba todo eso. Además, le tocaba la segunda visita del día antes de que don Eugenio se durmiera temprano para tratar de recuperar sus fuerzas cuanto antes.

Lo encontró de mejor semblante, bien arropado en su gran pijama de algodón y con su gorrita de lana calada hasta las orejas, lo que le hacía parecer una especie de réplica bondadosa de Ebenezer Scrooge. Hilitos se había deleitado hacia poco con la famosa novela de Charles Dickens, magníficamente ilustrada con láminas a colores. Sumido contra un enorme almohadón de plumas, Eugenio Amenábar se veía más pequeño que de costumbre, casi como un niño a pesar de su barba crecida y sus ojos sumidos.

Se saludaron con entusiasmo y en los ojos del doctor brilló una luz nueva, expresando la alegría genuina que le reportaba la visita tan esperada de Hilitos.

Luego de los saludos afectuosos de costumbre, Hilitos fue directo al grano, sacando de entre los pliegues de la vieja cobija de lana, el ángel de eterna mirada gentil. Bajo la luz ambarina de la lámpara de cabecera del doctor Amenábar, la trágica escultura resplandecía como si estuviera bañada por los rayos de un atardecer dorado. El doctor no pudo dejar de admirar en silencio ese querubín lastimado que había surgido como una aparición celestial desde las entrañas de lana áspera que lo envolvían. Lo giró entre sus manos aún un poco trémulas, y el sudor de su palma acentuó todavía más el tenue resplandor que parecía brotar desde el alma de nogal del ángel. Palpó con meticulosidad de médico las heridas del ángel, después de unos largos diez minutos dijo:

–Es el arcángel Gabriel, Hilitos... Esto debe ser del siglo XVI o XVII, y es de una perfección clásica que me recuerda las pinturas

de Rafael... Un pintor italiano de hace mucho tiempo atrás, Hilitos. Uno de los mejores. Un grande entre grandes.

—Es obsequio de doña Melania, doctor. Me lo dio por la ayuda que le fui a prestar con algunos muebles y otras cosas que deseaba mover en su recámara... En realidad, yo creo que me pagó demasiado al regalarme este angelito que ahora voy a tratar de conservar siempre conmigo... Siempre doctor, si es posible.

—No seas ingenuo Hilitos. La señora te dio el angelito este porque de seguro piensa que está malogrado... arruinado, pues, inservible, inútil, desechable, en otras palabras.

—¿Pero por qué? Yo he trabajado con un ebanista de mi pueblo que además de hacer muebles arreglaba santos, vírgenes y ángeles para las iglesias de los alrededores, y de verdad no creo que sea tan difícil componer este arcángel Gabriel...

—No, no se trata de eso Hilitos... estás fogueado desde muy joven en muchas cosas de la vida, pero igual te falta mucho por aprender mi estimado y joven amigo... vaya, a lo que me refiero es que este angelito se ha negado a hacerle milagros o encargos a su dueña...

Y viendo la cara inexpresiva de Hilitos, agregó:

—Hay algunas mujeres y algunos hombres... Mejor llamémoslos brujas y demonios, porque eso es lo que son... Bueno, mira, son pues individuos que tienen la absurda y cruel idea que estas reliquias religiosas tienen acumulada una gran cantidad de santidad y de poder milagroso, y que si uno les pide algo, un amor, una venganza, una propiedad, dinero, riquezas, poder, tierras y cosas así... Banalidades Hilitos, banalidades que enloquecen a muchas personas... Pero cuando los santitos y los angelitos no les cumplen, entonces les quiebran un dedito, luego les parten un brazo, les arrancan los ojos, les revientan la nariz, les clavan cosas en la espalda y otras partes del cuerpo, los queman con cigarrillos y velas... En fin, las mismas barbaridades que a menudo los seres humanos se hacen los unos a los otros por la posesión de esas banalidades, se las propinan también a un santito patrón, a una imagen religiosa, o a un arcángel como este. Sí, toda esa maldad

que a menudo se encierra en la codicia desmedida, o en el afán de venganza, o en la pasión turbia, o los celos enfermos. Sí, Hilitos, toda locura que conduce a menudo a la crueldad maliciosa, toda, toda ella se la descargan algunos y algunas a estas benditas imágenes inanimadas de madera, yeso, cristal y óleo.

Hilitos lo miraba con los ojos apenas entreabiertos y el ceño fruncido, como quien acaba de escuchar algo absurdo y obsceno, y sin poder dar crédito de lo que recién le había explicado Amenábar.

—¿Pero acaso no es todavía más difícil que estas imágenes concedan deseos si uno las tortura? Yo pienso que eso debe ser un pecado, doctor, un pecado muy grande. Sí, un pecado grande creo yo —repitió enfático.

—Tienes razón, Hilitos, pero hazles entender eso a esas personas... Mira, cuando una representación en escultura o pintura de un santo o ángel concede algunos deseos o milagros, una fama especial envuelve para siempre a esa imagen... Hay gente que paga fortunas por adquirir esas imágenes o esculturas, y esperan que por su gran inversión, que suele ir acompañada de generosas dádivas en dinero o especies a la Iglesia, obtendrán los grandes favores que les piden... Y aunque parezca increíble, a veces esos deseos les son concedidos, por razones que yo no entiendo bien, y que quizás son solo resultado del azar, la suerte, o talvez de un pacto con el demonio que se esconde tras la imagen devota de algunos íconos religiosos... No sé, pero lo cierto es que hay gente con mucho dinero que ha invertido fortunas en comprar esas reliquias, las más famosas, pues, y en someterlas a peticiones intensas para lograr ciertos propósitos, muchas veces torcidos y nefastos.

—¿Pero quién lastimó así a este angelito, don Eugenio?

—No estoy seguro, y te pido total discreción con lo que voy a decirte muchacho. Mira, solo voy a decirte que hace como diez años atrás la doña (casi siempre se refería a ella en esos términos lejanos, como si se tratara de un personaje remoto, o mejor dicho, como si quisiera que lo fuera) de la casa hizo un viaje a una región perdida de la república, allá en esas provincias casi olvidadas por los gobernantes, la historia y Dios, y de regreso trajo ese angelito...

Lo traía bien escondido en una caja especial, pero Simón, el que lo instaló en el altar de la doña allá arriba en su recámara, me dijo que era un ángel que dizque era muy milagroso, por el que se pagó mucho, pero mucho dinero... ¿Para qué? En realidad no sé muy bien, pero puedo decirte con certeza que la doña es muy celosa, y que por desgracia mi hermano es muy rabo verde, y tiene amores, de los buenos y de los malos, de los espontáneos y no tan espontáneos, por decirlo de algún modo, en muchos lugares, cercanos y lejanos... Bueno, me imagino que las peticiones de la señora fueron en gran medida motivadas por esa situación, y por el obvio deseo de venganza que sus ojos dejan translucir en muchas circunstancias, cuando cree que nadie la observa... Por lo visto, el ángel no cumplió y, lo digo con todo respeto hacia ti Hilitos, así que no me lo tomes a mal, te lo dieron a ti como señal del desprecio que ya se le tiene, ya que dicen también que quemarlos o botarlos trae muy mala suerte... En fin, chiquillo, espero que todo esto lo mantengas como un gran secreto entre nosotros... Solo entre nosotros.

—No se preocupe doctor, y entiendo lo que usted me quiere decir, de manera que no me ofende... De verdad que no, porque he visto y he sentido el cariño y la estima de usted, y sólo gratitud hay en mi corazón.

—Así es, Hilitos, tú ahora eres como un hijo para mí. De hecho, yo creo que Dios llevó el angelito hasta tus manos, ya que se apiadó de su padecer, y porque me imagino que diosito sabe que contigo será dichoso otra vez. Cuídalo mucho muchacho... Sí, cuídalo como si fuera de tu propia sangre.

Esa noche antes de dormirse, Eugenio Amenábar bebió media botella de un excelente coñac que su hermano le había traído de regalo de la capital un mes atrás. Cayó en un sopor profundo que no impidió, no obstante, que se despertara agitado un par de veces durante la noche. En cada ocasión en que algún sueño poco placentero lo trajo de vuelta a la superficie de la consciencia, se tomó otro trago generoso, y al cabo de unos diez minutos se volvió a dormir sin obtener verdadero descanso. Hilitos, por su parte, permaneció varias horas despierto, volteándose para un lado y para

otro cada cierto tiempo sin poder conciliar el sueño. Cuando al final se durmió soñó con una hermosa playa de su tierra, y vio como el angelito que ahora le acompañaría hasta el día de su muerte, emergía de entre las olas y se abría paso casi flotando, sobre la espuma marina que ya se secaba en la orilla.

LA VIDA DE Hilitos siguió un curso bastante predecible en los tres meses siguientes. El doctor Amenábar volvió a recuperar la salud, y retomaron las rondas con solo breves interrupciones los domingos o durante aquellos días en que se brindaba asistencia en la clínica. Pero en esas breves ocasiones en que permanecían en el casco de la hacienda, la interacción entre Hilitos y las dos hijas menores de los dueños y patrones de la hacienda se intensificaron. Ellas bajaban casi todas las tardes al amplio recinto de Eugenio Amenábar que le servía de consultorio y recámara, luego de trabajar en forma asidua con sus diferentes tutoras y tutores. Y mientras el doctor se sumía en su sempiterno estudio del enorme *Vademécum* en latín, —cubierto con cuero amarillo de danta que se había tornado oscuro de tanto ser manipulado por su asiduo y dedicado lector—, Hilitos, Matilde y Justina jugaban ajedrez, juego en el cual la mayor de las dos hermanas era imbatible, o simplemente se sentaban cada uno en los enormes sillones ya un poco desvencijados, y leían con avidez. Hilitos había leído ya docenas de novelas de aventuras de Julio Verne, Emilio Salgari, Walter Scott y varios otros, y ahora estaba incursionando en los grandes del realismo y romanticismo francés y ruso del siglo XIX. Tenía especial amor por las obras de Gogol y de Stendhal, y comenzaba a degustar las rarezas de Kafka y las obras de un escritor de moda, llamado Saumerset Maugham, especialmente fascinado había quedado con la trágica historia de un amor desesperado de un hombre baldado hacia una bella casquivana, en *Servidumbre humana*. Justina era habitualmente la que se rendía primero con las lecturas, e invitaba a los otros dos a un paseo a caballo por la hacienda, o a pie por los amplios jardines traseros que colindaban con la mansión y se extendían casi medio kilómetro hasta fundirse con un bosque

cercano. Cuando caminaban, Justina los apuraba hasta que Hilitos echaba a correr riendo, y dejaba a las dos hermanas unos veinte metros detrás de él, hasta que al desaparecer tras el recodo de alguno de los caminitos de arcilla roja, se escondía junto a un arbusto, para luego brincarles encima dejando escapar un grito como de un energúmeno. Después reía hasta las lágrimas al verlas fingir temor y echar a correr dejándolo a él unos metros detrás de ellas. A propósito reducía el paso para darles ventaja, sabiendo que enseguida él sería la víctima de esa farsa infantil que tanto les divertía.

En una ocasión, llevados por el entusiasmo pueril de esas persecuciones y “sustos”, Hilitos rodó sobre el césped abrazado de Justina. El muchacho sintió el aliento tibio junto a su cuello y percibió con nitidez el perfume sutil pero embelesador de esa joven mujer, y de inmediato se puso de pie colorado y decidido a no permitir nunca más esa clase de intimidación tan estrecha entre ambos. Por primera vez en su vida sintió el aguijón atormentador del deseo, y ese inesperado efluvio de emociones y reacciones físicas le arrebató por unos minutos el encanto inocente de esos juegos todavía infantiles, algo que no le gustó. Se sintió horriblemente culpable, como si hubiera cometido un delito incalificable. Se prometió entonces que para evitar en el futuro esa mortificación, no volvería a permitirse el lujo de un contacto físico tan cercano con la deliciosa muchacha que ya –sin que ella se lo propusiera ni él mismo lo supiera– comenzaba a privar a su corazón de la paz ingenua y la libertad infantil de la que hasta entonces había gozado. En la noche, Hilitos reflexionó sobre el incidente, y sintió de nuevo el goce un poco doloroso de esa sensación de absurdo desvarío que por un momento se apoderó de él cuando rodaba por el pasto húmedo con Justina riendo entre sus brazos. Recordó también la mirada dolida con que Matilde los había observado, y pensó antes de dormirse, que esa ofuscación respondía a una acusación silenciosa a su tan reprochable conducta. Poco se imaginaba Hilitos que ya Matilde lo amaba con todas las fuerzas desatadas de su juvenil e inexperto corazón.

## **Matilde e Hilitos, Valle de Guanabar, 12 de noviembre de 1929**

ERA UN DÍA domingo glorioso. Había caído una ligera llovizna la noche anterior, pero al amanecer las casas, la tierra y la vegetación estaban apenas cubiertas de rocío matinal. Desde lo alto un sol rutilante engalanaba todo el paisaje humano y agreste con el resplandor fresco de un mundo recién nacido. El sol irradiaba una luz diáfana que se filtraba sin obstáculos a través del aire mañanero cristalino. No había nube alguna que interrumpiera la perfección de la gran bóveda celeste que se extendía de un extremo al otro del horizonte circundante de cerros y quebradas lejanas que rodeaban al amplio Valle de Guanabar. Hilitos y sus dos amigas salieron al despuntar las primeras luces del alba, montando a caballo rumbo a una aldea campesina cercana. El verano había llegado y todos los habitantes de la región sabían que el frescor matinal pronto sería sustituido por el calor tórrido del mediodía. Los tres jóvenes iban por encargo especial del doctor Amenábar, quien se encontraba sufriendo de un repentino ataque de gota que lo tenía recluso, hosco y de mal humor, al seno mullido de su sillón favorito. Iban con la misión de entregar una gran dosis para varias semanas de quinina a un pueblito donde, en apariencia, se habrían producido varios casos de malaria, de acuerdo con los síntomas que un par de atribulados visitantes del lugar le describió a Eugenio Amenábar. Además de la quinina, los tres jóvenes iban provistos de un saco de extracto de corteza de maticura, un árbol que generaba un elemento tóxico para algunos insectos, entre ellos, los zancudos, y que se podía diluir en un gran cuerpo de agua eliminando por varios meses los diminutos, molestos y alados succionadores de sangre. A solo trescientos metros de la aldea, había una pequeña represa rústica y abandonada construida en tiempos coloniales, que ahora era una gran masa lodosa verde y cubierta de algas, lotos flotantes, y habitada por millones de zancudos durante las temporadas más secas del año.

Hilitos, acompañado de sus dos nuevas amigas y de un sirviente de confianza de la caballeriza de Guanabar, cada quien en sendas monturas, salieron a un trotecito suave, seguidos de una mula joven y vigorosa cargada con el costal con quinina y el saco de polvo de extracto del árbol de matacura, cuyo extraño nombre era un misterio para todos en la región. La fresca belleza del día conquistó el espíritu de todos, e incluso los caballos y la mula marcharon con alegría como si se tratara más de un despreocupado paseo por el campo, que de una misión que podía representar la diferencia entre la vida y la muerte para un grupo numeroso de personas. Sin embargo, las apariencias eran engañosas. Tras una fachada de alegre desenfado, la mente de Hilitos giraba en torno a varios temas con obsesiva velocidad. Se sentía aún incómodo y un poco confundido luego del juego un poco más que inocente en que se había permitido involucrarse con Justina. El recuerdo aún muy vivo del asunto le resultaba especialmente incómodo cuando se le venía a la memoria la mirada contrita y decepcionada de Matilde. Una parte de su mente le decía que no era todo culpa suya, puesto que todo había sucedido demasiado rápido como para poder reaccionar con sabiduría ante una situación tan comprometedora como peligrosa. Hilitos sabía que si Matilde se lo comentaba a alguien más en la casona de la hacienda, el rumor se diseminaría sin control hasta llegar a oídos del padre de Justina, quien de seguro no dudaría un segundo en castigarlo físicamente con severidad y en reenviarlo de vuelta con la desdichada cuadrilla de sus compañeros trabajando en el canal. A pesar de su juventud, Hilitos poseía la suficiente madurez como para comprender la difícil posición en la que lo había puesto su espontánea rodada por el césped con Justina. Además, desde su llegada a la hacienda, el orden en apariencia natural del mundo social en que le había tocado nacer y crecer, se había perfilado con más nitidez que nunca. Y de acuerdo con ese orden, su lugar natural no era, por supuesto, revolcarse sobre el césped con la señorita Justina, ni siquiera en forma de inocente jugueteo. Pero lo que más le molestaba en realidad, era esa mirada de triste sorpresa y reproche en los ojos de Matilde. De modo

que más que las posibles represalias de don Remigio Amenábar, le perturbaba recordar el dolor y desilusión retratados en el rostro de la muchacha. Al mismo tiempo se decía a sí mismo que de su parte no había existido ninguna malicia y que solo se había dejado llevar en forma espontánea por el impulso infantil del momento. Pero casi de inmediato su intrínseca honestidad lo hacía volver a sus cavilaciones y aceptar que no había podido dejar de sentir un secreto efluvio de placer e incitación cuando sostenía entre sus brazos a Justina mientras ambos giraban rápido sobre el césped húmedo.

Tardaron poco en llegar a la aldea, llevados sin descanso por sus briosos corceles seguidos de la mula atada al caballo del empleado del establo. Vieron el pueblito desde lo alto de una loma de mediana altura que era el último obstáculo natural antes de descender hacia su meta. Desde ese promontorio, la aldea se observaba recostada somnolienta desde el faldeo del cerrito hasta un bosque de poca altura, que la separaba de la represa cercana que formaba una pequeña laguna igualmente calma en sus aguas oscuras y estancadas. Ni siquiera el sol que caía a plomo sobre ellas, parecía ser capaz de atravesar esa sopa espesa.

Al ingresar el pequeño cortejo por el camino terregoso que lo atravesaba de un extremo al otro, los visitantes pudieron ver la pobreza del lugar reflejada en casas de adobe, cubiertas en su mayoría por un techo pesadote de tejas de greda corroidas por el tiempo, y pintadas aún con una capa desvanecida de estuco blanco que se descascaraba al sol como trozos de corteza reseca, dejando ver el barro y las hebras de paja de los viejos tabiques con que fueran construidas. Sin detenerse saludaron a algunos transeúntes, en su mayoría mujeres, ancianos y niños que los miraban pasar con los ojos muy abiertos. Los saludaron con gestos breves y en silencio se dirigieron de inmediato, guiados por el muchacho de cuadra de Guanabar, hacia la humilde escuelita de dos aulas que estaba en una callejuela lateral. Una mujer muy alta y delgada —que resultó ser la directora y la única maestra de cerca de cincuenta niños y niñas de todas las edades entre seis y doce años que componían el alumnado— los recibió sin alegría en sus ojos y con una sonrisa que

más parecía una mueca. Los condujo caminando a una salita más pequeña junto a la entrada de la escuela y que fungía como una suerte de oficina. El lugar, que era además a todas luces la habitación de la maestra, estaba dotado de una mesa de madera amplia y brillante por el uso, dos sillas desvencijadas, un par de sillones de cuero rojo oscuro muy gastados, y un anaquel de madera apollillada que contenía unos libros de texto de papel ajado y doblado en las esquinas por el uso prolongado e intenso de varios años. Un brasero con tizones apagados y un camastro impecable cubierto con una colcha de lana de color gris natural y de punto simple, completaban el austero equipamiento de la oficina-dormitorio.

La visita fue rápida, pues por instrucción del doctor Amenábar, debían partir antes de que comenzara a caer la tarde y aparecieran los primeros mosquitos. Las dos muchachas, Hilitos y el muchacho de cuadra, habían ingerido una dosis preventiva de quinina y se habían cubierto de manera meticulosa con una mezcla de alcohol alcanforado, vaselina y sucedáneo de matacura, que era un repelente de insectos de gran popularidad en todas las áreas tropicales del país. Pero Eugenio Amenábar sabía que la quinina no era una protección segura en caso de que algún mosquito infectado y tenaz consiguiera abrirse paso a través de la barrera odorífica del repelente y enterrar su aguijón en la piel de alguno de los cuatro enviados. Le preocupaba, además, que si hacía un día demasiado caluroso, el sudor eliminaría gran parte del repelente, o incluso, que un pequeño chubasco los dejara inermes frente a los implacables insectos. Por ello, los había conminado a regresar cuanto antes, mucho antes, en todo caso, de que comenzara a oscurecer.

El empleado del establo, un joven de buen talante y de no más de veintidós años, se había regresado en cuanto descargaron la quinina y el saco de polvo de matacura. Su tío, otro peón regular de la hacienda, le había prometido llevarlo a recuperar un piño de reses que se había extraviado en uno de los sectores menos habitados de la gran hacienda. Pablo deseaba, con ardorosa pasión, convertirse algún día en vaquero, y dejar así, la mucho menos honorable función de ayudante de establo. Estaba cansado de lavar los aposentos

de cada animal una vez por semana, bañar y alimentar los caballos más finos de Guanabar, cortarles las crines y las colas, herrarlos y cepillarlos durante interminables horas hasta que quedaran relucientes como si estuvieran recubiertos de terciopelo.

Hilitos, Justina y Matilde comenzaron su regreso un poco pasado el mediodía. Hacía un calor insoportable y los tres avanzaban lento con sus caballos al paso conscientes del bochorno reinante. En la distancia se vislumbró un arcoíris de gran perfección y Matilde le dijo a Hilitos y a Justina:

–Pidan un deseo, pero en silencio, y no se lo comenten a nadie si desean que se cumpla.

Un silencio de un par de minutos señaló que cada quien estaba ensimismado en sus pensamientos, concentrándose en el deseo que pedían. Hilitos pidió partir a casa cuanto antes, sano y salvo, con algo de dinero en el bolsillo y con sus compañeros confinados al trabajo servil y a destajo del canal. Justina pidió ser algún día la reina de Guanabar y ser feliz cada día del resto de su vida a la cabeza de su pequeño reino. Por su parte, Matilde rogó encontrar un gran amor y así poder formar una familia dichosa, numerosa y unida. Poco imaginaba cada uno de ellos que muy pronto, mucho más pronto de lo que jamás pudieran pensar, una parte de sus sueños se haría realidad y la otra se convertiría tarde o temprano en una pesadilla. Sin embargo, los tres volverían a lo largo de sus vidas a ese momento y lo recordarían como un evento preñado de juvenil alegría de vivir y de grandes ilusiones que el tiempo se encargaría de esculpir de otro modo hasta moldearlas de acuerdo con los imperativos de la realidad.

Hilitos rompió el encanto, con una propuesta tan prosaica como sensata:

–Señoritas me parece que deberíamos apurar el paso... Miren el cielo, esas nubes grises que han aparecido en la distancia anuncian lluvia quizás...

En efecto, una brisa muy fresca había comenzado a soplar con insistencia en aumento. El sudor de los caballos comenzó a secarse, y era evidente que ahora podían al menos comenzar a trotar. Justina, como era de esperarse, se lanzó a galopar riendo y gritando:

—¡Vamos! ¡Vaaaamos miedooooosos!

Y le dio un golpe con sus botas largas en los ijares a su caballo. El testuz, los belfos y los orificios nasales de su corcel negro se agitaron como electricados, y Justina salió disparada con sus cabellos arremolinándose en la parte trasera de su nuca como una bandera ondeándose al viento. Matilde e Hilitos se miraron algo sorprendidos sin atinar aún a seguir el ejemplo de Justina. Luego de esa breve vacilación, Matilde levantó su voz contra el viento que soplaba cada vez más fuerte haciendo sonar como un cascabel de hojas y ramas las copas de los árboles en el monte cercano.

—¿Qué dices Hilitos? ¿Le damos alcance a Justina?

—No sé señorita Matilde, el camino está lleno de huecos y tal vez puede ser un poco peligroso... Creo que mejor trotamos tras Justina... Ella pronto se va a cansar del galope y nos va a esperar un par de kilómetros más adelante... —dijo vacilante Hilitos.

—Pero si los tres somos buenos jinetes... aunque en realidad tú te zangoloteas en tu montura como un saco de papas, más que como un jinete de verdad... —retrucó Matilde en tono de jocosa provocación.

Y sin esperar la respuesta de Hilitos, aflojó las riendas y le dio un puntapié a su propio caballo. Su montura era un potro joven que había sido domeñado no hacía seis meses todavía, y en su sangre vigorosa todavía latían un ansia de libertad sin límites y una pujanza que era evidente en su caminar brioso y sus gestos altivos y nerviosos. Matilde casi no tuvo necesidad de incitarlo al galope. El poderoso animal dio un brinco hacia adelante y agachando mucho la cabeza salió al galope tendido sobre el camino que se abría interminable ante él. No por algo los mozos de cuadra y el encargado del establo, el viejo vaquero de nombre Fanor, lo habían bautizado Saeta, aunque su nombre oficial tal y como constaba en su hoja de bautizo y pedigrí era Shinning Coal, que ponía de manifiesto su color negro obsidiana. Solo don Remigio y sus dos hijas estaban autorizados para montar ese garañón que prometía ser uno de los reproductores de mayor potencial en el establo señorial de los Amenábar. En general, ninguna otra persona más que los miembros directos de la familia —a excepción de Silvio Cousiño-Egaña y de situaciones

especiales como el viaje de urgencia de Hilitos, Justina y Matilde a la aldea aquejada por el brote de malaria— estaba autorizada a cabalgar en los corceles más finos y seleccionados del establo de Remigio Amenábar. Su colección de caballos de pura sangre árabe, le había reportado por sí sola una fortuna nada desdeñable, y los cuidaba por ende con amoroso celo, rayano en el fanatismo.

El caballo bayo dorado de Hilitos —Golden Fine— bordeaba los seis años, y aunque no era un potro lleno de energía como la montura de Matilde, era un animal maduro, inteligente, y que hasta los cuatro años había sido el caballo favorito de don Remigio, hasta que Shinning Coal lo había desplazado de su pedestal. Aún así, don Remigio lo montaba con frecuencia en sus largos paseos por los potreros ganaderos de la hacienda, o para supervisar y corroborar el avance del canal y otras tareas en el latifundio, pues conocía de su dócil carácter y de su todavía poderosa contextura, que se ponía de manifiesto en una alzada un poco superior a la media de los otros corceles árabes, y de su grupa y ancas recubiertas de una formidable musculatura que se transparentaba debajo de su pelaje sedoso. Hilitos había insistido en que el bayo dorado fuera la montura de Justina o Matilde, pero ambas respondieron riéndose, pues todos estaban conscientes de que el muchacho campesino era el peor jinete de los tres. De modo que el asunto quedó zanjado casi de inmediato. Lo que sorprendió a Hilitos fue que Matilde, por lo general menos imperiosa que su hermana menor, se hubiera quedado con Saeta luego de una discusión entre las hermanas que se prolongó por casi diez minutos. Al final Justina aceptó montar a la no mucho menos briosa yegua joven, bautizada y conocida por todos en Guanabar, como Pretty Brunette, en homenaje, de seguro, a su impecable pelaje de un solo tono castaño oscuro.

A pesar de ser una excelsa jineta, al igual que su padre y hermana, adiestrada con entrenadores especializados que vinieron desde las regiones más ganaderas del norte del país especialmente para instruir a ella y a Justina en el arte ecuestre, Matilde casi rodó hacia el suelo por las ancas de Shinning Coal, cuando este pareció estallar en un galope jubiloso y desenfrenado que pronto dejó a Hilitos en la polvareda a unos cincuenta metros más atrás.

Una vez que se repuso de su sorpresa inicial, Hilitos le dio rienda suelta al bayo dorado, pero no pudo acortar la distancia entre él y Matilde. Esta última se mantenía con seguridad sobre su cabalgadura, y aunque en su fuero interno estaba un poco azorada por la alocada velocidad de Saeta, también se sentía emocionada de percibir la fuerza animal del potro debajo de ella y el azote del viento soplando contra su rostro todavía algo acalorado. Cruzó de este modo el resto del camino que cruzaba el bosque alto y al cabo de unos dos kilómetros empezó a cabalgar junto a unos prados muy extensos que eran praderas naturales que de vez en cuando eran utilizadas por algunos campesinos, poseedores de algunas reses propias, para pastar con permiso de don Remigio. La velocidad de Shinning Coal pareció aumentar aún más, lo que sorprendió y empezó a asustar a Matilde, pues a su parecer el potro ya había alcanzado su velocidad de crucero máxima desde hacía ya un buen rato. De pronto, sin que mediara ninguna señal de su parte, Matilde comenzó a entrar en un poco de pánico, ya que su caballo saltó una zanja de riego junto al camino, y se internó como enloquecido por entre los pastizales de casi un metro de altura de la praderita natural. Jaló con todas sus fuerzas de la brida, pero el caballo relinchó como pudo a pesar de que le atenazaba el freno de hierro que llevaba a través de su hocico cubierto de espuma, agachó la cabeza hacia el suelo y la hundió entre el pastizal como si fuera el espolón de proa de un barco acorazado de guerra, y aceleró aún más su carrera frenética hacia lo que él quizás presentía sería su libertad definitiva. En medio del miedo creciente que la agobiaba cada vez más, Matilde alcanzó a pensar, “pobrecito, este animal solo quiere su libertad, aquella libertad de la que gozó en su primer año de vida cuando pastaba libre con otros animales en el potrero grande sembrado con el pasto más dulce y que mi padre destina a sus caballos favoritos...”. El potro, en efecto, había permanecido junto a su madre, una yegua fina pero que nunca había sido ni amansada ni montada por humano alguno, y que estaba destinada solo a la reproducción.

La escena era magnífica, vista a la distancia. Matilde y su corcel se abrían paso a toda velocidad por entre el pastizal que se

mecía al viento en oleadas marinas, dejando tras de sí una estela que se prolongaba desde ellos hasta el borde del camino donde iniciaron su enloquecida carrera sin destino aparente. Matilde conocía de caballos lo suficiente como para darse cuenta de que el potro estaba desbocado y fuera de todo control por parte de ella. A esas alturas solo rogaba, abrazada al cuello sudoroso y agachado del animal, que su inminente caída no fuera muy brutal.

Cuando Hilitos apareció por el camino galopando lo más rápido posible, vio aterrado la sobrecogedora escena a la distancia. De inmediato supuso que Saeta estaba desbocado, por razones que no podía comprender en ese momento, pues si bien el caballo era sin dudas un brioso animal, siempre había mostrado un afecto especial hacia las muchachas y una clara disposición a obedecerlas en todo. Pero incluso hasta los caballos más dóciles suelen ser en ocasiones impredecibles. De manera que sin preguntarse mentalmente mucho al respecto, Hilitos abandonó el camino y se internó también en la ondulante pradera tratando de tomar el camino más recto posible hacia Matilde y su enloquecida montura. Esa resultó ser una decisión acertada. Pues si bien el potro negro era más rápido que el bayo dorado, su avance había seguido una curva que eventualmente lo traería de vuelta al camino si es que no cambiaba bruscamente el curso de su galope. Con su propia montura recostada casi sobre el mar de pasto y con Hilitos susurrando en sus orejas echadas hacia atrás palabras de urgencia y aliento, la distancia entre él y Matilde comenzó a acortarse un poco. En los últimos dos minutos, la aterrada Matilde había jalado con tanta fuerza de la brida, que los nudillos de sus manos se tornaron blancos al igual que su rostro algo desencajado, mientras que la elegante cabeza del potro negro estaba ligeramente torcida hacia un lado mientras este avanzaba a ciegas, pero sin reducir mucho la velocidad de su marcha. De pronto Shinning Coal ya no soportó más la tenaza en su hocico que le torcía el poderoso cuello, y se detuvo casi en seco en medio de una nubecilla de briznas de pasto y polvo. Se alzó magnífico sobre sus cuartos traseros con Matilde aferrada a su cuello elevado, relinchó, lanzó un par de coces con sus patas delanteras, e Hilitos,

quien observaba con horror la escena a medida que se acercaba a todo galope, pensó en una fracción de segundo que la fusión en apariencia total de esos dos cuerpos en ese instante singular, le recordaba una lámina en blanco y negro en que aparecía un torso y cabeza de una mujer unidos al cuerpo de un corcel donde este en lo usual tenía su propia testa y cuello, formando así una bestia mitológica, mitad humana y mitad rocín.

Pero la magia de la escena duró también solo un par de segundos, pues de pronto el caballo comenzó a dar brincos extraños sobre sus cuatro patas, como si en la base de ellas tuviera atados resortes invisibles. Al tercer brinco, la pobre Matilde, quien en ese momento ya estaba más aturdida y anonadada que atemorizada, salió disparada de su montura y fue a caer a unos tres metros de distancia del animal. Este se detuvo casi tan sorprendido como ella. Pareció calmarse, y remeciendo el lomo como para espantar moscas, se acercó a Matilde, empujó con sus belfos y la nariz el cuerpo inerte de la muchacha con suavidad hasta que esta giró desmayada sobre sí misma con los ojos cerrados, quedando así con el rostro pálido hacia el cielo que ya se cubría de nubes oscuras. Un largo mechón de cabello cubría una mitad de su cara, desde la frente hasta el cuello. Quizás el gesto instintivo fue a manera de excusa, o quizás en ese momento el jamelgo percibió en alguna parte de su mente animal simple, la enormidad de lo que había hecho. Se quedó observando y olfateando de cerca el aliento y el cabello de Matilde, y en silencio levantó la cabeza y por encima del pastizal divisó a Hilitos y su montura que se acercaban al galope. Se volvió a alzar sobre sus cuartos traseros, relinchó expresando talvez el orgullo y la satisfacción de su triunfo, y después se lanzó de nuevo a todo correr por la pradera rumbo al monte que se divisaba como una pequeña línea verde de troncos y follaje en el horizonte. No había avanzado cuando la montura se desprendió de su lomo y cayó entre el pasto como cae una hoja muerta de gran tamaño al suelo. Nunca más se sabría o divisaría siquiera en los confines de Guanabar al potro rebelde que huyó a la libertad azarosa del monte.

Hilitos disminuyó el paso de su caballo hasta descender a la velocidad de un trotecito, preocupado en no arrollar sin querer a la muchacha que a todas luces permanecía tendida entre el pastizal y sobre el suelo mullido de la pradera y el pasto aplastado. Lo primero que divisó de ella fue su rostro cubierto en forma parcial por su cabellera. Su corazón dio un brinco y de pronto la palma de sus manos, cuello y espaldas comenzaron a sudar frío al mismo tiempo que un escalofrío recorría su cuerpo desde la base del espinazo hasta la base de la cabeza. Desmontó y se hincó junto a ella, y a pesar del dramatismo del momento, no pudo dejar de admirar la belleza de Matilde, quien a pesar de un ligero acné que despuntaba, tenía un rostro de una hermosura que no era evidente sino después de observarlo en forma detenida. Su belleza discreta se realizaba y brillaba como un aura extraña destacando las facciones de ese rostro sumido en el sosiego de la inconsciencia. A pesar de temer pensar en eso, menos aún en las circunstancias presentes, Hilitos sintió una oleada de afecto muy intensa por esa muchacha tan sencilla –de una sencillez que bordeaba casi con la falta de autoestima– y tan atractiva a pesar de su posición tan elevada en el universo social en que les había tocado nacer a ambos. Levantó su cabeza de cabellos húmedos y cálidos con su mano derecha, mientras despejaba el rostro del mechón que lo cubría. Rezaba en su interior porque nada grave le hubiera ocurrido a Matilde. Y no tanto por el temor a las que de seguro serían unas muy duras represalias, sino porque se sentía transido de compasión y ternura por la joven caída. Al verla tan entregada a ese sueño profundo en que estaba sumida, Hilitos sintió que nada serio podía haberle ocurrido, sobre todo porque su respiración que sintió al acercar su mejilla al rostro de ella, lo acarició como el mistral tibio mece la copa de los árboles al comienzo del estío. Pero de nuevo su estómago se endureció sobresaltado al sentir el líquido vital caliente que se escurría entre sus dedos que sostenían la cabeza de Matilde. Volvió a posar la cabeza sobre su almohada de pasto y al levantar la mano vio la sangre que la cubría casi por completo. Casi gritó de miedo, angustia y desesperación. Por un breve instante sintió que su corta

vida acababa de ingresar a un callejón muy oscuro y sin salida ni escape posible. Pero Hilitos tenía coraje y en ese momento mantuvo la calma, una calma fría y sin pasión que lo cubrió como la escarcha y ni siquiera su pulso se alteró. Ya no sintió. Solo pensó. Y lo hizo con nitidez y precisión, como si él no fuera protagonista de la situación, sino apenas un observador casual y desinteresado.

Con delicadeza tomó a Matilde por la nuca y rodeó su cintura con el otro brazo. La alzó hasta dejarla en una posición sentada con la cabeza caída y los cabellos pendiendo hacia el regazo de la muchacha como una cascada. Miró con detenimiento el corte en la parte trasera de la cabeza y se sintió aliviado cuando constató que era una cortadura pequeña y de escasa profundidad a pesar de la sangre abundante que manaba de ella. Luego la volvió a dejar recostada mientras buscaba un pañuelo limpio que siempre cargaba de repuesto, para el que llevaba al cuello en su morralito de cuero atado a la montura. Tomó a continuación una cantimplora de aluminio que también trajo para la sed y el calor del camino. Empapó el pañuelo y comenzó a lavar la pequeña herida con cuidado. Aprovechó para examinar con mayor cuidado el corte y verificó que no había llegado al cráneo y que solo era una herida superficial en el cuero cabelludo. Se encontraba en esos menesteres cuando Matilde exhaló un suspiro largo, comenzó a toser y abrió los ojos mirándolo entre vapores. Hilitos se puso tan contento que estuvo a punto de besarle la frente, pero se contuvo y solo la abrazó muy fuerte contra su hombro.

—¿Qué... Qué pasa Hilitos? Aaaaayyy, me duele muuuucho la cabeza...

—¿Y cómo no señorita Matilde? Usted se cayó del caballo que estaba desbocado... Creo que se pegó con algo al caer... Alguna piedra o una rama seca entre el pasto.

—¿De veras?... No me acuerdo de nada... Espera, creo que recuerdo el pastizal abriéndose a mi paso... A nuestro paso... Sí, yo iba montada en Saeta que empezó a cabalgar sin control y se salió del camino... Aaaaayyy, Hilitos, me duele la cabeza, no sabes cuanto....

—Sí, es natural que le duela. Pero por favor, sostenga el paño contra su cabeza bien fuerte y yo voy a ver si consigo una de esas arrieras para cerrarle el corte hasta que lleguemos a la casona... ¿Pero cree usted que podrá viajar hasta allá o mejor voy a buscar ayuda?

—¿Qué? ¿Una arriera? ¿Una de esas hormigas gordas que pican tan feo? No Hilitos, mejor llévame en ancas mientras yo me sostengo la herida con tu pañuelo... De veras...

—No señorita Matilde. No sea porfiada. Confíe en lo que le digo. Usted no puede viajar por más de dos hora así, aunque nos vayamos despacito, al paso nomás. Mire, yo sé de lo que estoy hablando —insistía al ver la mirada firme de rechazo en los ojos ya clareados de Matilde—, un par de arrieras y la herida podremos cerrarla bien hasta llegar adonde el doctor Amenábar, para que él le desinfecte bien la herida y le haga una sutura como Dios manda... Por favor señorita Matilde... A mí me han cerrado heridas con cabezas de arrieras... y con muy buenos resultados... Por favor.

Y sin esperar respuesta de la joven se levantó y caminó abriéndose paso por la pradera con gran seguridad hacia uno de los pocos arbolitos achaparrados que había conseguido afianzarse sobre esos suelos ácidos y desprovistos de casi todo nutriente. Matilde lo vio alejarse sintiendo que su cabeza era de pronto un globo lleno de helio que pugnaba por escapar de su cuerpo y ascender hasta el cielo nublado sobre ellos. Sintió náuseas y sin poder controlarse vomitó. Se sintió de pronto muy desdichada y un efluvio de autoconmiseración se apoderó de su ánimo. Un par de lagrimones descendieron despacio por sus mejillas cubiertas de polvo, dejando una estela blanca contra el gris-rojizo de la tierra que cubría gran parte de su rostro.

Tal y como Hilitos había pensado, un grueso y rojo contingente de iracundas e incansables arrieras estaba despojando al pobre arbolillo de gran parte de su follaje, cortando trocitos de sus hojas con sus mandíbulas y descendiendo luego con ellos rumbo a su nidal, oculto de seguro en algún lugar de la pradera. Hilitos sabía que esta era la época en que las arrieras llevaban gran cantidad de hojarasca a su guarida subterránea para fermentarla y mantener así

el nidal cálido en los días más frescos de la temporada de lluvias, y también para alimentar los hongos que a su vez les proveían de alimento para muchos meses. Estas eran cosas que cualquier campesino de la región sabía a la perfección sin siquiera poder señalar cómo o dónde había adquirido ese conocimiento. Escogió los guerreros más formidables que protegían la columna de saqueadoras apostándose a los lados del desfile con las tenazas abiertas en pose amenazante. Tomó tres guerreros por el tórax evitando las mandíbulas, y los trenzó por el cuello con dos hojitas largas de pasto y volvió sobre sus pasos corriendo.

Matilde estaba tan débil y mareada que ya no opuso más resistencia a la poco grata terapia de Hilitos. Este aplicó las hormigas presionando sus cabezas contra los bordes de la herida y los tres guerreros se prendieron de esos labios ensangrentados cerrando en forma hermética el corte que ya no sangraba mucho. Matilde exhaló un grito de dolor y quiso arrancarse en un gesto instintivo la sutura viviente de su cuero cabelludo. Pero Hilitos detuvo sus manos y volvió a rogarle con palabras de sosiego apenas murmuradas en voz baja:

—Deje, deje Matilde —llamándola por primera vez desde que se conocían con esa clase de familiaridad—, le aseguro que el picor se le pasará pronto, y que más bien le va a adormecer el dolor de la herida y, además, se la va a desinfectar un poco...

Quizás por el tono de ternura y familiaridad en las palabras de Hilitos, o quizás porque se sentía tan vulnerable, Matilde echó a llorar en forma convulsa y se abrazó a Hilitos, quedando ambos uno frente al otro de rodillas y en estrecho abrazo. A la distancia semejaban un par de náufragos flotando en la estepa que se mecía en suaves oleadas de oro líquido, brillando bajo el sol que se asomó por unos breves minutos entre los nubarrones.

Una parvada de loros verdes, azules y con alas de puntas rojas surcó el cielo brumoso, gritando con alegría rumbo al monte donde de seguro pernoctarían. El griterío alborozado de las aves pareció despertarlos de un largo sopor. Matilde abrió sus ojos pero no se movió. La alquimia de su propio espíritu la sorprendió: sin

transición alguna había pasado de sentirse miserable, a una paz reposada y dichosa. Sintió que podría quedarse para siempre entre los brazos de Hilitos con su cabeza apoyada contra su pecho huecudo y juvenil. Al cabo de unos minutos Hilitos se sintió incómodo, y quiso desasirse con tacto del fuerte abrazo de Matilde. Sus mejillas morenas se habían cubierto de un súbito rubor y sintió el rostro caliente. Podía percibir a través de su delgada camiseta de algodón el pulso en el cuello de ella contra su pecho. Pero en vez de aflojar, Matilde se abrazó con más fuerzas a él. Ambos se sentían de pronto elevándose sobre la pradera, transportados a otro lugar y otro tiempo por un campo magnético que los envolvía como un vientre materno de luz y energía. Un tic nervioso debajo de un ojo de Hilitos se desencadenó sin que este pudiera controlarlo, y sus labios entreabiertos parecían hormiguar. Con lánguido gesto Matilde alzó su rostro hacia el muchacho, quien pudo sentir su aliento tibio sobre el cuello tenso y expectante. Levantándose después un poco sobre sus rodillas, la cara de Matilde quedó frente a frente con la de Hilitos, y sus miradas se fundieron durante un largo minuto. Sin romper el embrujo del momento, Matilde tomó la cabeza de Hilitos y la atrajo hacia ella hasta que sus labios entreabiertos se posaran sobre la boca un poco apretada de él. La cálida humedad del beso por fin desbarató todas las defensas de Hilitos, quien abrió sus labios y ambos apretaron sus bocas hasta que sus dientes chocaron suavemente. Permanecieron así besándose con abandono primero, y a continuación con frenesí, como si en ese encuentro de sus bocas se sellara un pacto tácito, que los convertía de ese instante en adelante en un solo ser, en una sola alma y en un solo camino. Atrás quedaba toda duda, y el ajetreo caótico desde que el potro azabache se desbocara, parecía un lejano incidente sin trascendencia alguna frente a este amor casi infantil que acababa de nacer en medio de la soledad de una pradera mecida por el viento de una tarde de estío.

Se despojaron de sus ropas con deliberada urgencia, y a pesar de la inexperiencia de ambos, la fusión de sus corazones los guio con certeza hacia la fusión plena y jubilosa de sus cuerpos.

Hicieron el amor varias veces, tantas que ninguno de ellos pudo recordar después cuántas veces sus cuerpos se habían entreverado, sudorosos y agitados, en una serie de encuentros donde la pasión y el vigor habían suplido con creces la falta de experiencia. Fue una catarsis esperada con ansiedad soterrada por muchos meses, y que ninguno de ellos olvidaría por el resto de sus existencias.

Ya empezaba a oscurecer cuando llegaron a la mansión patronal de Guanabar. Habían regresado al paso, con Matilde abrazada a Hilitos y su cabeza reposando sobre su espalda que olía a pastos secos, flores marchitas de cardo de la pradera y sudor juvenil. A pesar de la lastimadura en la cabeza, ella viajaba feliz en el anca del caballo, embriagada por los sucesos recientes y el aroma compartido del amor físico que había coronado y, al mismo tiempo abierto, las compuertas de su corazón y precipitado el amor sentimental que ahora la unía a Hilitos con lazos invisibles más fuertes que el temor, las distancias sociales y los prejuicios de una época y una sociedad petrificada en jerarquías de siglos. Pero los formidables obstáculos que se interponían entre los jóvenes amantes pronto se manifestarían con todo su feroz poderío. Sin embargo, nada ni nadie podía robarles el embrujo del momento; en ese instante, ni Matilde ni Hilitos pensaban, o mejor dicho sentían, otra cosa que esa cercanía tibia y dulce de sus cuerpos navegando sobre el lomo de un corcel a través de un mar de pastizales que se extendían a ambos lados del caminito de tierra. Muy pronto los eventos que se precipitaron se llevarían por delante ese mágico sentimiento de intimidad física, afección profunda y de eternidad del presente, dejando, sin embargo, una huella en sus espíritus que nunca se borraría.

Se encontraban como a seis kilómetros de la casona patronal, cuando vieron en la lontananza una columna de polvo diminuta que no cesó de aumentar a medida que se acercaba a ellos. Pronto pudieron divisar a tres hombres de confianza de Pocho el capataz. Venían a todo galope, y lo que más llamó la atención y preocupó a Hilitos, fue que dos de ellos venían armados con revólveres al cinto, mientras que el aparente cabecilla del pequeño grupo, Ceferino

Urrutia, uno de los ayudantes más temidos de Pocho, desplegaba dos cananas cruzadas sobre el pecho y un fusil Máuser con el cual el muchacho estaba familiarizado, pues era un arma popular entre campesinos de Entre Ríos para disparar a distancia debido a su precisión, alcance y su grueso calibre.

Ceferino y sus hombres se detuvieron con brusquedad frente a los jóvenes, levantando otra nube de polvo que los envolvió por un instante a ellos y también a Matilde y a Hilitos. Con su caballo alzado sobre sus dos patas traseras y algo encabritado, Ceferino gritó con voz tronante:

–Su madre, señorita Matilde, nos mandó después de que Justina llegó a Guanabar hace un buen rato ya... Señorita... ¿Está usted bien?

Y sin esperar respuesta, viendo la cabeza vendada de Matilde con el pañuelo de Hilitos, le gritó a uno de sus acompañantes:

–¡Oye tú, Renato, dale tu montura a la señorita que no se ve muy bien!

Sin mirar a Hilitos, lo espetó con dureza:

–Y tú, chiquillo, pásale el bayo a Renato y te me regresas a pie lo más rápido posible... Allá en la casona platicamos, pues... ¡Vamos apúrate condenado Hilitos!... Allá aclararemos bien las cosas para saber qué fue lo que les pasó.

En silencio, pero sin agachar la cabeza, Hilitos descendió de su montura y ayudó con finura a Matilde a bajar luego de él. Mientras bajaba del bayo, Matilde empezó a decir con voz firme y segura:

–Mire don Ceferino: Hilitos me salvó la vida cuando se me desbocó el potro negro, el Shinning Coal, que se volvió loco y se lanzó a correr como si lo hubiera picado una víbora por la “praderita de los coirones” (como se le conocía en general en la zona) y no se paró nunca... Al final me tumbó... Hilitos que venía al galope detrás nuestro, me hizo una curación de urgencia... (exagerando): y creo que eso me salvó la vida... (poniéndose el parche antes de la herida en caso de que se les pidiera explicaciones por la tardanza): y yo estuve desmayada como dos horas en las que

Hilitos me cuidó... Si no fuera por él, Dios sabe qué habría sido de mí tumbada son consciencia en esos pastizales llenos de escorpiones, avispas, víbora y quién sabe cuánta otra alimaña peligrosa don Ceferino... Así es que hágame el favor, y no deje a Hilitos tirado aquí en el camino. Que se vaya, pues, con uno de sus hombres... Sí, por favor, don Ceferino.

Todo lo dijo muy rápido, pero con voz bien timbrada. Y aunque le pedía “por favor” a Ceferino que no dejara a Hilitos abandonado en el camino cuando apenas quedarían a lo más unos cuarenta minutos de sol, todos entendían que era una orden que el ayudante de Pocho no podía negarse a cumplir.

Ceferino se bajó el sombrero con gesto instintivo, y ocultó sus ojos bajo la sombra que este proyectaba sobre su rostro. A regañadientes dijo con voz gutural:

—Que sea su voluntad entonces señorita... Pero de todos modos este aquí —sin apuntar ni mirar a Hilitos— va a tener que explicarle muy bien las cosas a Pocho cuando regrese de las faenas con los hombres del canal... Sí, este aquí va a tener que explicarle muy, pero muy bien toditito este asunto... Mire que usted sabe que si el patrón se entera de todo esta jarana muchos van a pasar la noche colgaditos...

Por primera vez desde que se sumergiera en esa nube rosada y vaporosa de felicidad romántica con Hilitos unas horas antes, Matilde posó con rudeza otra vez los pies sobre el suelo lleno de aristas de su vida real. No pudo evitar un ligero escalofrío, y aunque sus ojos no revelaron nada al mirar a Hilitos, su corazón gritaba dentro de su pecho: “no te preocupes amor, no temas nada, todo lo venceremos”. Y mientras su corazón lanzaba en silencio ese grito de rebeldía y desafío, su mente, o una parte de ella, decía con voz más pausada, pero tal vez más determinante: “Cuidado... Cuidado...”.

Hilitos había escuchado atónito la perorata de Matilde. Se imaginaba ya colgado de grilletes del techo de la bodega subterránea donde se infligían los castigos corporales más “especiales” a peones revoltosos, flojos, borrachos consuetudinarios que fallaban en sus tareas, malhablados con los poderes del gran predio, o

cualquier miembro de la servidumbre que infringiera alguna de las tácitas pero duras normas que regían su vida personal y laboral en la Hacienda de Guanabar. Hilitos ya había oído a *soto voce* a diversas personas de la hacienda decir que eran varios –e incluso algunas mujeres– los que habían sido atormentados hasta perder la vida en las temidas catacumbas de ladrillo y piedra enmohecida que se encontraban en los subterráneos que se iniciaban detrás de las cavas, y que se extendían, desde un recinto bajo la cocina, hasta una serie de celdas y pasillos húmedos y sombríos que estaban a muchos metros por debajo de las caballerizas. Por eso escuchó con asombrado alivio el rápido e inteligente discurso explicativo que Matilde le dirigió a Ceferino mientras se bajaba del bayo y caminaba hacia el corcel que el otro matón de la gavilla de Pocho le estaba cediendo con las riendas en la mano. Admiró la sangre fría de la muchacha, y admitió para sí que posiblemente él no habría tenido esa velocidad mental y presencia de ánimo para urdir esos embustes blancos tan convincentes, efectivos e irrefutables en tan pocos segundos. Pero más fuerte que la sorpresiva distensión causada por las hábiles palabras de Matilde, lo que impresionó más a Hilitos fue esa fuerza de carácter que de pronto había surgido de entre los velos engañosos de timidez y sencillez que caracterizaban a sus ojos –y los de todos quienes creían conocerla– la personalidad y el carácter de la joven. “Vaya –pensó Hilitos– nunca acaba uno de conocer bien a las personas. En especial aquellas que tienen un corazón valiente y una inteligencia grande envuelta bajo las apariencias de una semblanza exterior de dulce suavidad”.

Sus cavilaciones silenciosas fueron interrumpidas por la voz del hombre con quien cabalgaría de regreso a la casona. Con voz de neutra indiferencia, el hombre, un individuo de corta estatura y de un rostro grande cubierto de una barba rala, se dirigió a él:

–Súbete oye... Súbete y deja de bobear que hay que volver pronto, mira que ya la noche se nos viene encima y no quiero llegar tarde a la cena.

Los caballos de Matilde, Ceferino y el otro acompañante desaparecieron tras una lomita poco pronunciada. Hilitos intentaba

tocar lo menos posible al hombre que llevaba las riendas, cuyo cuerpo despedía un olor rancio característico de aquellos que han pasado al menos una semana sudando una ropa que no ha sido cambiada, y sin tomar un baño. Hilitos que era de una región más cálida, tenía las pulcras costumbres higiénicas de su tierra. Si pudiera, se bañaría y cambiaría todos los días al menos dos veces, pero en la zona donde se situaba Guanabar, las costumbres eran menos exigentes en cuanto a la limpieza personal y, para incomodidad de Hilitos y sus coterráneos empleados en la hacienda, las instalaciones para bañarse se reducían solo a una pileta con un surtidor de agua constante pero helada, y sin ninguna privacidad. Los hombres debían desnudarse en ese patio interior empedrado y a la intemperie enjabonarse y luego enjuagarse a baldazos con la ayuda de algún otro compañero. A veces las sirvientas se asomaban a darse “un bocadillo de ojo” —como lo llamaban ellas— por sobre la balaustrada de una terraza del segundo piso encima de la cocina, y se reían y comentaban sobre la anatomía de los agotados peones quienes se apuraban por terminar su baño vespertino antes de que lloviera o bajara mucho la temperatura en la tarde; temperatura que en los meses más fríos podía ser bastante baja. Más de un trabajador demasiado pudoroso, evitaba bañarse a la luz del día, y esperaba a que oscureciera para darse un remojón apurado sobre los fríos adoquines antes de acostarse.

LAS HORAS PASARON sin incidentes notables. Pero para Hilitos, encerrado e insomne en la penumbra y entre las cuatro paredes de su habitación, esa tranquilidad parecía presagiar lo peor. Se preguntaba en qué momento escucharía las botas de tacón alto de suela de Pocho golpeteando furiosas contra el empedrado del patio al cual daba su cuarto. Poco después de llegar se había bañado, y le llamó mucho la atención de que todo el grupo de trabajadores —incluidos sus camaradas de Entre Ríos— del canal no hubiera regresado aún. Se enteró durante la cena, además, de que el patrón, don Remigio, se había ausentado desde hacía dos días —un día antes de su azarosa y maravillosa excursión junto a Matilde, Justina

y el mozo de cuadra— en un viaje rápido a Santa Catarina. Pero lo que más extrañaba a todos los otros trabajadores y que expresaron en diversos tonos durante la cena, era que Pocho y sus hombres no hubieran regresado aún tampoco. Es más, según comentaron varios, Ceferino y otros hombres armados, que conformaban la guardia pretoriana de don Remigio, habían salido al galope con rumbo desconocido y llevando caballos frescos y otros cuatro de remuda, con montura y todo. Uno de los señores más viejos del contingente de trabajadores estacionales que había llegado a Guanabar desde los altos más fríos de la sierra de Santa Catarina, había sentenciado algo que nadie puso en duda:

—Algo grueso se traen entre mano estos hijos de puta... A alguien se van a echar... O quizás a más de alguno. Yo los vi que todos llevaban carabinas del treinta-treinta, excepto por el Ceferino que cargaba su Mauser, como de costumbre.

Hilitos abandonó el comedor con el alma pesada y la mente hirviendo de conjeturas. No sabía a qué atenerse, pero un instinto muy profundo en su mente, le decía que se trataba, sin duda, de algo ominoso... Algo que talvez tendría consecuencias funestas para muchos, incluido él mismo. Solo rogaba que ese “algo” desconocido y temido no salpicara a la pobre Matilde, cuando cayera como una fruta demasiado madura contra el suelo, y estallara en todas direcciones como una granada de mano arrojada en medio de una multitud. Pensó en ir hasta la habitación del doctor Eugenio, pero se había enterado que este se encontraba aún con fiebre y que desde temprano en la tarde dormitaba convaleciente en su cama. Se dijo a sí mismo que al día siguiente intentaría una visita, sin poder saber que esa ocasión no se presentaría jamás.

Como a las tres de la madrugada, cuando la noche estaba más fresca, Hilitos, quien no había podido conciliar el sueño sino a ratos, escuchó que llegaba el carruaje de lujo con que don Remigio se transportaba por los malos caminos de tierra hasta la capital provincial cada vez que necesitaba hacerlo por negocios o motivos más personales. El carruaje, con capacidad para seis personas cómodamente sentadas en los mullidos asientos afelpados en

su interior, era arrastrado por seis caballos de los más grandes y fuertes de la hacienda. No era un vehículo muy rápido, pero era cómodo y los poderosos jumentos que lo arrastraban eran capaces de sostener una velocidad aceptable durante muchos kilómetros sin necesidad de detenerse a abreviar o comer.

El carruaje y los caballos entraron al gran patio frente al cuartito de Hilitos, haciendo un ruido fuerte e inconfundible. Hilitos se levantó y miró a través del ventanuco de su cuarto, moviendo a un lado las raídas cortinillas. Vio al viejo Amenábar bajarse solo y con pesadez desde el interior del lujoso carruaje recubierto de tela acojinada y de un satín rojo y brillante que refulgía bajo la luz amarilla de los cuatro faroles que iluminaban el patio. Con voz cansina pero imperiosa, ordenó que desengancharan los caballos y les dieran agua y comida y que guardaran el carruaje junto al otro más sencillo que estaba en un cobertizo abierto y cubierto de tejas que existía al parecer desde que se construyó la mansión.

La casona se volvió a sumir en silencio. Sin embargo, entre sueños Hilitos percibió una luz de una linterna de mano que se movía a través del patio. No se asomó al patio para cerciorarse de quién se trataba, pues aunque no dormía del todo, se encontraba agotado con los sucesos del día. Algo así como una hora después, Hilitos salió del todo de su sueño superficial, cuando oyó un llanto y unos gritos apenas ahogados por los gruesos muros que separaban su cuartucho de otras habitaciones vecinas, todas ellas ocupadas por diversos miembros de la servidumbre doméstica. Había transcurrido al menos una hora desde que Hilitos vislumbró desde la cama medio dormido el brillo de una luz temblorosa reflejada en su ventana y que atravesaba el patio en silencio. O al menos esa era su impresión. Se sentó en su lecho con la espalda echada hacia delante y abrazando sus piernas a medio plegar debajo de las frazadas. Volvió a poner atención, pero no escuchó nada. Estaba acomodándose otra vez en su lecho para intentar dormir antes de que el alba irrumpiera muy temprano, cuando oyó de nueva cuenta el rumor de una voz gruesa, algo así como golpes de mano con los dedos extendidos contra el agua, y grititos y llanto convulso. Esta

vez saltó de la cama al piso frío. Se puso los pantalones y así como estaba, con los pies descalzos y el torso desnudo, se precipitó al patio frente a su puerta. Esta vez pudo escuchar una voz de hombre airada, aunque tratando de contenerse un poco, y más llantos y una voz de niña cuyas palabras no pudo entender bien. Pero a pesar de que era solo un rumor opaco e indiferenciado, alcanzó a escuchar un gemido que decía, “por favor, no por favor...”.

De inmediato supo que el barullo venía de una habitación que estaba casi al frente de la suya en el otro lado del patio, como a unos treinta metros de distancia. A juzgar por el hecho de que a pesar de la distancia y los gruesos muros podía escuchar el escándalo e incluso distinguir algunas palabras, concluyó que de seguro era un asunto serio. Así, descalzo y medio desnudo como estaba, cruzó el patio corriendo, evitando pisar sobre las grandes platas que dejaron los caballos del carruaje antes de ser llevados a las caballerizas para desengancharlos. Cuando llegó frente a la puerta de la cual le pareció que venían las súplicas, Hilitos se detuvo jadeante y estaba por levantar el puño para golpear sobre la madera renegrida por años de exposición al sol y la lluvia, se detuvo con la mano alzada. Escuchó una voz de hombre que le pareció familiar y que decía:

–Bueno, bueno chiquilla de mierda. Yo también estoy cansado, pero no te hagas ilusiones, me tienes que dar todo la próxima vez que venga, y que sea sin chistar, o te cuelgo abajo... Putilla malagradecida... Acaso no aceptaste de buen grado los aretes lindos que te traje... ¿Ah putilla?... No te hagas, pues la muy *Muy* (enfaticando la palabra)... Como si fueras señorita todavía. Crees que acaso no te he visto coqueteando en forma descarada con los hombres de Pocho. ¿Ah?... Puuuutilla nomás...

Y la voz concluyó repitiéndose casi como en un escupitajo: “¡Putilla!”.

Y a esas palabras terribles dichas en un tono amenazante que por un segundo le enfriaron el espíritu a Hilitos, la muchachita, a quien Hilitos conocía más o menos bien, y que a pesar de ser algo atolondrada e inmadura, era una niña gentil de catorce años apenas

y con un cuerpo de mujer en ciernes, y que reía con frecuencia, celebrando así, con impetuoso entusiasmo, cualquier broma o piropo dicho medio en broma y medio en serio que a menudo le endilgabán los trabajadores rurales de la hacienda cuando la veían pasar por el comedor o en los patios y huertos cercanos. Hilitos estaba a punto de patear la puerta hasta que le abrieran, presintiendo que alguien abusaba de Carmina, cuando la puerta se abrió y una silueta grande y gruesa se formó en el umbral iluminado desde atrás por la luz del farol que antes había transitado furtivamente cerca de su ventana. Dado que había estado en la oscuridad casi total de una noche sin luna ni astros visibles, al principio Hilitos se cegó con esa poca luz y no distinguió al hombre que proyectaba su sombra sobre él, y que se extendía por encima de su cabeza casi hasta el centro del patio. Pero en una fracción de segundo, Hilitos reconoció el perfume fino que emanaba de ese cuerpo parado en silencio frente a él: se trataba sin dudas de don Remigio. Y en efecto, antes de que pudiera Hilitos articular palabra, recibió un bofetón que lo lanzó de espaldas a los adoquines duros, húmedos de rocío, y fríos como pequeños bloques de hielo. No sintió dolor, sino ese frío que no estaba seguro si provenía de su interior o ascendía a través de su espalda desde los adoquines helados.

La sombra se acercó agazapada hacia él, y desde lo alto vislumbró, iluminado apenas desde atrás, el rostro de don Remigio. El olor a perfume francés que despedía el cuerpo de su patrón llegó de nuevo a sus fosas nasales antes de que el hombre hablara:

—Chiquillo de porquería, ¿quién te manda a escuchar escondido detrás de las puertas? Ah, ¿quién te manda?...

Hilitos quiso farfullar algo, pero antes de que pudieran sus labios pronunciar palabra alguna, recibió un fuerte puntapié en el estómago, que lo obligó a encogerse sobre sí mismo, mientras el diafragma de sus pulmones contraídos buscaba expandirse otra vez aspirando una bocanada de aire. Sin mediar más palabras, don Remigio le propinó tres patadas más en la espalda y las piernas, e Hilitos sintió que su mente se apagaba. Y luego de descargar su ira, Remigio Amenábar se alejó abrochándose los pantalones y

ajustando su cinturón con ademanes bruscos. Pero mientras caminaba de regreso a sus aposentos en la casona, iba diciendo con voz ronca que sonaba como un carraspeo desagradable:

—Pero esto no se queda así, no se queda así mugroso chiquillo de mierda... No se queda así...

Hilitos escuchó entre vapores esas palabras como si vinieran desde dentro de su cabeza, y en ese momento no podía pensar en otra cosa que en aspirar aire otra vez. Al fin, luego de interminables treinta segundos, su diafragma se distendió en forma convulsiva y el aire entró a raudales por su boca muy abierta hasta sus pulmones. Levantó un poco la cabeza mientras escupía saliva con sangre y tosía. Pudo ver, sin embargo, a Carmina que apretaba una cobija deshilachada contra su cuerpo menudo y estremecido, y con un rostro desencajado en el que a pesar de su palidez llamaban la atención el contraste que hacían sus cachetes enrojecidos por las bofetadas de don Remigio. Miró a Hilitos preocupada al ver su estado lamentable; quiso tal vez hablarle, decirle algunas palabras amables, pero el miedo y su propio estado de confusión y trauma la hicieron empujar callada el portalón desvencijado de su cuarto que se cerró con un ruido de madera vieja y goznes oxidados. De inmediato se apagó la luz del farol que don Remigio había dejado olvidado en la habitación de Carmina.

Hilitos se quedó sentado solo sobre las piedras frías y envuelto por la oscuridad de la noche. Cuando se levantó sintió que había envejecido de pronto unas tres décadas. En apenas un poco más de un día, había encontrado el amor, descubierto los manjares todavía secretos para él del sexo, el abuso de un hombre mayor contra la que era una niña en su mente en un cuerpecito incipiente de mujer, y había recibido un castigo físico aún más brutal, injusto, humillante y despiadado que aquel fuetazo de Pocho que a menudo hacía hervir su sangre de rabia cuando se acordaba. Hilitos estaba dejando su niñez atrás a pasos agigantados. Pero los sucesos que se desencadenarían a continuación serían los que dejarían la marca más profunda e indeleble en su psiquis. Hasta su último suspiro, Hilitos llevaría el recuerdo vivo de esas horas, que se precipitaron

a continuación, como una cascada incontenible de eventos que escapaban totalmente a su voluntad. El hombre hecho y derecho que pronto llegaría a ser Hilitos no había surgido del parto de su madre, catorce años antes, sino que nacería en las horas de la madrugada y el amanecer del día 13 de noviembre de 1934.

Hacia apenas unos minutos que Hilitos había regresado a su cuarto, donde recostado dejaba su mente deambular entre las musarañas de sus fantasías en las cuales imágenes vívidas de Matilde ocupaban un lugar central, cuando escuchó el rumor de varios caballos acercándose a todo tren por el camino principal a la hacienda. Salió de sus ensoñaciones de inmediato, y aunque le dolía el cuerpo, especialmente, el estómago y las costillas luego de la pateadura que le propinara Remigio Amenábar, se levantó con presteza y de rodillas sobre su camastro, y miró por el ventanuco. Esta vez dejó las cortinas entrecerradas, y abrió con dificultad la vieja ventana ya que la suciedad del vidrio le impedía ver con claridad hacia el patio. Conteniendo un quejido por el dolor agudo que sentía en un costado –Hilitos no sabía que tenía dos costillas quebradas– se sostuvo contra el borde inferior de la ventana y no dejó de mirar hacia el centro del patio que estaba en penumbras aún a esas horas tan tempranas de la mañana.

Cuatro hombres entraron como los corceles del Apocalipsis al patio. El frenazo sobre los adoquines húmedos fue tan repentino, que uno de los caballos resbaló arrastrando consigo a su jinete al piso de piedra. A pesar de que a todas luces los jinetes venían agitados, los tres que descendieron en forma normal de sus monturas no pudieron dejar de reírse en forma estrepitosa ante la caída de su compañero. Un viejo sirviente de la casa salió por la puerta grande de la cocina al patio vestido con una bata tan venida a menos como él, y con un gorrito de dormir que a Hilitos se le hizo chistoso. Traía, además, un farol grande y antes había encendido las luces de gas de la cocina, cuya luz junto con la que él portaba, era suficiente como para que Hilitos desde su escondrijo tras la cortinita, pudiera ver a la perfección la escena desarrollándose ante sus ojos. La iluminación súbita de la escena hizo callar de inmediato a los tres

burlones. El hombre que se levantaba sin sombrero, el cabello grisiento desgreñado, y una expresión de furia en su rostro, era nada menos que Pocho. Quiso patear su caballo que se levantaba también del pavimento de adoquines. Pero se contuvo al ver la mirada fija de todos los otros presentes en ese momento en el patio. El animal no era de él, sino que, como todas las monturas en la caballeriza central de la hacienda, pertenecía a don Remigio. Tomó su sombrero y lo sacudió contra una de sus piernas. Luego se abrió paso entre sus hombres dando un empujón hacia un lado al viejo sirviente que estuvo a punto de caerse si no es por Ceferino que alcanzó a sostener al hombre que fácil tendría unos ochenta años. Luego entró a la casa dando un portazo tras de sí. Los otros hombres encendieron cigarrillos que primero enrollaron, y se sentaron en un par de bancas de piedra debajo de una enredadera trepada a una especie de parroncito y que empezaba a florear. El viejo se regresó a la casa luego de preguntarles sin obtener respuesta de los hombres que solo se burlaron un poco de él y lo mandaron a acostarse:

—No seas chismoso viejo. Mejor vete a la cama y que te caliente esa chinita todavía jugosa que te agarraste por allá por la sierra... Anda, hombre, deja que los hombres arreglen los problemas de los hombres y tú ándate a organizar al viejerío de la casa... ¿Qué no es ese tu trabajo? ¿Ah?

El anciano estaba casado como en terceras nupcias —sus dos esposas anteriores habían muerto, una de tisis y la otra de una enfermedad misteriosa— y ahora vivía en amasiato con una muchacha primitiva y algo fea, pero de gran energía y leal a morir hacia quien la sacó de la miseria de su caserío perdido en las neblinas de la alta sierra antes de comenzar a bajar hacia Villafranca y la llevó a vivir a un lugar donde tenía abrigo y comida asegurada todos los días. Además los pistoleros de Pocho tenían razón. ¿Qué le importaba a él lo que sucediera más allá de los muros de la casona? Sí, tenían razón: su única preocupación debía ser —¡y qué gran y agotador trabajo era!— organizar al pequeño batallón de sirvientes mujeres y hombres que mantenían la mansión funcionando con la perfección de un reloj suizo.

Hilitos trató de escuchar la conversación de Ceferino y los otros dos hombres, pero solo le llegaban retazos inconexos de su charla.

—Sorpresa nos dieron... Esos hijos de puta quién sabe dónde andarán... Les caemos como castigo del infierno... Todos son unos cabrones desgraciados y malagradecidos...

Por esos trozos de información, se imaginó que hablaban de algún pleito con pobladores en los alrededores de la hacienda — muchas veces surgían roces que terminaban en balazos con heridos e incluso muertos, y los principales perdedores casi siempre eran los campesinos pobres, pero libres, que vivían en aldeas o parcelitas colindantes con el enorme predio de don Remigio—. Un par de pueblitos incluso habían tenido que ser abandonados luego de que los matones de don Remigio les prendieron fuego para sacarlos de tierras apetecibles o para correr las alambradas de la hacienda hacia donde había buenas fuentes de agua. Deprimido de pronto por la combinación de su dolorosa experiencia reciente y ese revuelo de madrugada que de seguro anunciaba que otros en condición parecida a la suya habían pagado —o estaban por pagar— las consecuencias de un infortunado conflicto con los poderes de Guanabar, Hilitos se dejó caer sobre su camastro y apenas posó su cabeza adolorida sobre la almohada, cayó en un sueño profundo pero inquieto.

De pronto, como unos cuarenta minutos luego de rendirse al sueño, Hilitos sintió que golpeaban con frenesí a la puerta de su cuarto. Puesto que esta no tenía ni pestillo ni cerrojo alguno, medio adormilado alcanzó a articular unas pocas palabras:

—Entre... Entre... Entre, la puerta está abierta... Empújela nomás...

El rostro nervioso de una joven mucama que se ocupaba de los dormitorios de Justina y Matilde se asomó por el espacio de la puerta apenas abierta. Hilitos pudo reconocerla ya que la luz del día naciente comenzaba a entrar por su ventana.

—Hilitos, Hilitos... ¿Estás despierto?—

—Pues claro, que acaso no me oíste recién que te hablé, muchacha... ¿Qué quieres? Mira que estoy muerto de sueño todavía...

—Sí, sí... Pero oye muchacho, Hilitos, yo necesito que me escuches muy bien, que me pongas mucha atención, pues... Es que es muy importante y urgente lo que vengo a decirte. Oye, es un recado de la señorita Matilde. ¿Me oye bien?

Ya la mucama había ingresado de cuerpo entero a la habitación de Hilitos, y le hablaba con voz contenida desde no más de un metro de distancia cerca de la cama. Parada allí, Hilitos notó que la muchacha temblaba ligeramente, cosa que le sorprendió pues en realidad ya el frío de la noche comenzaba a retroceder muy rápido con la salida del sol.

Al escuchar el nombre de su amada, Hilitos se sentó con velocidad en su cama y de pronto su mente estaba alerta y sintió que un nudo se comenzaba a apretar en su estómago, como presintiendo que esa irrupción a tales horas de la mañana nada bueno podía presagiar.

Con la boca seca y la garganta apretada, insistió con voz ronca lanzando una ráfaga de preguntas redundantes:

—Pero vamos, Otilia, por el amor de Dios, ¿qué pasa? ¿Dime qué pasa? ¿Matilde está bien? ¿Qué pasa?

—Joven Hilitos, ¡déjeme hablar, pues!... Matilde está bien, pero me dice que te diga que debes salir de la casa y huir cuanto antes...

—¿Qué? ¿Pero por qué diablos? ¿Qué pasa? ¡Habla Otilia, pues!...

—Bueno, pero es que tú no me dejas, cállate por favor un minuto y te explico. ¡Tienes que huir! Pues el patrón le ordenó a Pocho que acabara contigo, que te matara... ¡Oyes bien Hilitos! ¡Que te matara!...

—¿Pero por qué diablos? —gritó Hilitos asustado—. ¿Pero por qué?

—Por qué los peones del canal se rebelaron esta tarde y cuando Pirincho quiso dispararles le quitaron el revólver y lo mataron a él... El señorito Silvio fue por su rifle que traía junto a la montura de su caballo, pero no alcanzó... Los hombres, entre ellos tus amigos de tu tierra, lo agarraron, lo amarraron y huyeron al monte con las armas que pudieron agarrar. Más tarde, como una o dos horas después, Pocho llegó al lugar y cuando desamarró al señorito Silvio se enteró y persiguió a los cimarrones monte adentro... alcanzó a dos y los mató a tiros... A los otros los siguieron hasta tarde en la noche, pero nada más Ceferino pudo alcanzar a otro y

también lo mató. Ahora están preparando una partida grande de hombres armados dirigidos por Pocho y a los que agarren los van a traer y dice el patrón que los van a matar de a poco allá abajo, allá donde los cuelgan de los brazos y los azotan y los dejan por días y noches hasta que muchos se mueren. Don Remigio le dijo a Pocho que al volver te llevara a ti allá abajo y te diera un buen escarmiento, ya que tú eres un alzado, un revoltoso también al que hay que acabar. Dijo que todo se hiciera con cuidado que el asunto se realizara al volver la cuadrilla de persecución y en la noche para que don Eugenio no se entere de nada... Que luego le van a decir que tú te escapaste para juntarte con tus amigos... Que les disparaste a Pocho y sus hombres y que te cosieron a balazos y te dejaron tirado en el monte para que te coman los perros o los animales que andan por ahí... La señorita Matilde escuchó todo, todo Hilitos, y te espera en la caballeriza con un caballo preparado por el mozo, que dice ella que es de confianza, y que te tiene comida y agua para que escapes sin parar... Pero que te vayas en la dirección contraria de los tuyos. No al monte sino por el camino a Villafranca, y aún antes de llegar a la ciudad te desvíes hacia la sierra y luego bajas por allí hacia la costa, hacia tu tierra, Hilitos. Dice que ella después te irá a buscar por Entre Ríos, en ese pueblo donde tú le dijiste que vivías... ¡Apúrate oye! ¡Apúrate!

Pero Hilitos como a la mitad del relato ya había saltado de la cama en calzoncillos, y sin tiempo para pudor infantil, se había vestido a toda prisa frente a Otilia mientras esta no dejaba de transmitirle con voz temblorosa y atropellada el mensaje de Matilde. Tomó un bolso de tela gruesa en que había transportado sus pocas pertenencias en su viaje a pie a Guanabar, y echó dentro algunas prendas y, envuelto con cuidado en una cobija gruesa que también trajo consigo unos meses atrás, colocó la escultura de madera del arcángel Gabriel en el centro de su equipaje, de tal manera que estuviese bien protegido. Se detuvo unos segundos dubitativo con el bolso en una mano, deseando pasar primero por el consultorio-habitación del doctor Amenábar para despedirse de él y explicarle la razón de su precipitada huida. Pero al verlo parado un breve

instante sin moverse y con la mirada perdida en su ensimismamiento, Otilia le dio un empujón suave con el hombro y lo empujó hacia la puerta diciendo:

—¿Qué te pasa ahora, Hilitos, por Dios? Vamos, vamos, que a lo mejor don Remigio cambia de idea y te manda a apresar por Pocho antes de que este se vaya con su gavilla en persecución de los cimarrones... ¡Vamos, por favor, vamos!

—Quiero despedirme de don Eugenio. Le debo tanto. Lo siento Otilia... Pero no puedo irme así como así nomás, sin despedirme de ese hombre tan bueno...

Pero aunque ese era ahora su más ardiente anhelo, su razón le indicaba que no era aconsejable. Y se detuvo en el umbral de la puerta, indeciso otra vez. Pero Otilia se paró delante de él y sin poder contenerse más, casi le gritó:

—¿Tú estás loco o qué... muchacho idiota? Matilde te está esperando, ansiosa por verte, hablarte y despedirse de ti... ¿Qué no te das cuenta de cuánto se arriesga ella también?... ¡Vamos tontorrón egoísta!

Esas palabras las sintió Hilitos como un golpe de electricidad, y fueron decisivas. Al oír otra vez el nombre de Matilde las dudas se despejaron de su mente y puso otra vez los pies en la tierra. Se avergonzó de su actitud y salió caminando rápido en dirección al establo mayor con Otilia trotando detrás de él.

La caballeriza estaba a oscuras y en silencio, a excepción por uno que otro resoplar sonoro de los caballos mientras comían o dormían de pie sobre sus cuatro patas. El corazón de Hilitos se hundió, y de inmediato empezó a pensar lo peor. ¿Sería que se tardó demasiado? ¿O alguien de la casa patronal vino y Matilde tuvo que huir del lugar para que no la vieran en una situación tan comprometedora? ¿O quizás nunca llegó a la caballeriza por algún motivo de fuerza mayor? Estuvo a punto de volver sobre sus pasos para interrogar a Otilia, quien permanecía en observación a la entrada del establo, cuando a lo lejos, casi en el otro extremo de la caballeriza, vio asomarse la mitad de un rostro muy pálido que en la semipenumbra del lugar brillaba como una media

luna apareciendo entre nubes. Aunque se divisaba con dificultad, de inmediato la reconoció. Corrió hacia ella por el largo pasillo entre los cubículos de los caballos. Algunos relincharon despacito al verlo pasar tan apurado, haciendo crujir bajo sus pies corriendo los restos de pienso regados por el piso.

Matilde salió también del cubículo donde estaba oculta y corrió hacia Hilitos. Se abrazaron y sus dientes chocaron ligeramente al besarse con desesperación, mientras se apretaban y acariciaban como si no se hubieran visto en años. Por unos segundos, Hilitos perdió por entero la noción de los peligros que se cernían sobre su persona con mayor intensidad con cada hora que transcurría. Siguió besando esa boca tibia, suave y húmeda como un melocotón jugoso cosechado en lo mejor de la estación. Se abandonó sin reservas mientras su corazón se nutría de ese fruto del cual jamás podría saciarse a plenitud. Pero en un rincón de su mente sabía que su ser debía almacenar de ese fruto toda la miel que fuese posible en esos fugaces minutos, pues quizás ya nunca más volvería a probarla. Pero al mismo tiempo que ese presentimiento doloroso anidaba en una parte del espíritu, otra se rebelaba contra tal premonición, y se aferraba a la creencia de que nada ni nadie en este mundo podría separarlo para siempre de Matilde. Pero ya la balanza entre esas dos fuerzas de su mente comenzaba, aunque él no lo aceptaría por mucho tiempo en forma consciente, a inclinarse en favor de tan temida separación sin remedio.

Matilde, por su parte, sentía que sus entrañas se encogían ante la inminencia de la separación, pero no dudaba que tarde o temprano ella se reuniría con Hilitos y podrían compartir su vida como toda mujer y hombre que se aman deben hacerlo. Mientras besaba a Hilitos en el fondo de su mente se alzaba un castillo entre las nubes, que luego se tornaba rosado al ser bañado por la luz temprana del sol naciente. Pero fuerzas mayores ya estaban en juego, y a pesar de esa seguridad esperanzada de Matilde —y de la cual Hilitos carecía debido a su experiencia con una pobreza que daba pábulo a muy pocas ilusiones y ensoñaciones más allá de las necesidades y posibilidades inmediatas—, el río de la vida empujaba a los juveniles amantes a orillas distantes la una de la otra.

Otilia se acercó a ellos después de unos minutos, y con suavidad golpeó el hombro de Matilde:

—Señorita, señorita, es mejor que Hilitos parta ya de una vez... El mozo de cuadra puede venir en cualquier momento, y después puede llegar el encargado principal, ese viejo enojón y cargante que odia que se le metan al establo sin permiso... Si ve a Hilitos, seguro que después se lo cuenta al patrón, y además no dejará que se lleve al bayo —nadie excepto sus dueños, lo llamaban Golden Fine—.

El bayo estaba ensillado, cosa que Matilde había hecho por sí sola. En ese momento se congratulaba de haber sido adiestrada en las artes ecuestres y en todo lo referente al cuidado y manejo de los caballos desde los siete años, entrenando al menos tres veces por semana con una instructora contratada para tal menester por Remigio Amenábar, y de haber crecido entre los trabajadores del establo y los vaqueros, hacia quienes siempre había sentido un afecto especial. Incluso el viejo gruñón al que se había referido Otilia poco antes era ásperamente gentil y afectuoso con Matilde cada vez que esta visitaba el establo o salía a cabalgar en alguno de sus caballos favoritos. Y Matilde estaba segura de que si llegaba al establo antes de que Hilitos cabalgara alejándose de la casona, ella podría convencerlo de que dijera que el corcel había desaparecido con su montura sin que se supiera a ciencia cierta el por qué ni el cómo. No sería, en todo caso, la primera vez que hubiera un caso de abigeato en la gran hacienda. Algunos robos de caballos y reses no se habían resuelto nunca, y en otras ocasiones, los perpetradores habían sido colgados en forma sumaria de alguna rama conveniente al poco tiempo de su captura por Pocho y sus hombres.

Pero era obvio que la situación se tornaba más peligrosa con cada minuto que transcurría. Matilde se desprendió de los brazos de Hilitos y dio un pequeño paso atrás. Ladeó su rostro y se pasó la mano por los ojos y los apretó con sus dedos, como intentando en forma infructuosa detener las lágrimas que pugnaban por brotar. Hilitos estaba quieto, muy derecho y con sus brazos estirados a sus costados al igual que un santo rústico de palo, sin permitir que se moviera ni un músculo de su cara huesuda y muy morena.

Solamente, un ligero temblor en su ojo derecho y la humedad en su mirada traicionaban sus verdaderos sentimientos. Cuando se repuso, Matilde le dio instrucciones a Hilitos de cómo podía escapar con mayor rapidez y seguridad, ya que ella conocía, por sus largos paseos con los vaqueros y por sus viajes con su padre, muy bien los recovecos de la región y los mejores atajos y rutas a tomar en caso de urgencia.

Otilia había corrido a asomarse al portalón de la caballeriza que estaba apenas entreabierto. En el momento en que los dos jóvenes se miraban con emoción sin saber ya qué decir o hacer, Otilia regresó corriendo con pasos rápidos que apenas hacían crujir el piso cubierto con molienda de alfalfa y heno.

—Niña Matilde, niña Matilde... Ya vi los primeros trabajadores que pasaban rumbo a las faenas del café... Son los primeros en salir, pero ya no tardarán los vaqueros. Y usted sabe que algunos dejan sus caballos aquí en el establo mayor. ¡Niña Matilde!... Por favor, por favorcito, que se vaya ya el muchacho Hilitos, mire que ya casi no se alcanza a fugar, pues. ¡Por favor!

Otilia hacía lo posible para contenerse, pero su voz que comenzaba a elevarse haciéndose más fuerte y más aguda, bordea ya en la histeria. La sirvienta sabía muy bien que si a Hilitos lo atrapaban no sería él solo quien pagaría muy caras las consecuencias de ese osado intento de escape. De seguro a Hilitos lo colgarían por abigeato, a la señorita Matilde la castigarían encerrándola en su habitación por un largo tiempo, o enviándola a una escuela de monjas en Villafranca o en la capital del país, y quién sabe qué le ocurriría a ella. En todo caso, no sería nada placentero, y en el peor de los casos hasta tal vez la colgarían junto al joven campesino. No sería la primera mujer ejecutada en la hacienda, reino en el cual don Remigio ejercía la justicia a su antojo y sin cortapisa alguna por parte de las autoridades regionales, a las cuales solía gratificar con generosidad cuando la ocasión o la necesidad se presentaban.

Matilde e Hilitos salieron de su trance doloroso y la primera lo instó a montar en el bayo y partir por el portón chico trasero cuanto antes. Ya no hubo tiempo para más despedidas, y ambos

se sentían ya emocionalmente exhaustos y actuaron a partir de los gritos sofocados de Otilia con mecánica precisión. Hilitos tomó las riendas del bayo y lo guio caminando rápido frente a él hacia la puerta de atrás. Matilde caminó detrás de él tomada de la mano fría y sudorosa de Otilia.

Al salir a la luz matutina que recién se insinuaba, Hilitos montó sobre el bayo con un solo brinco ágil. Matilde no podía hablar, con sus labios secos y su lengua endurecida por la emoción. Apenas atinó a hacer un gesto con la mano indicándole a Hilitos que partiera. Poco antes, le había dicho a Hilitos que tomara un caminito del monte que ambos conocían bien, y que lo llevaría por una ruta más larga pero más segura durante unos cincuenta kilómetros. Luego debía tomar el camino principal de tierra para avanzar más rápido hasta Molocoyén.

Le dijo:

—Te vas por el sendero de las lomas de los sabuyos (unos roedores numerosos que vivían en grandes madrigueras cavadas por ellos bajo tierra en esas pequeñas elevaciones cubiertas de monte bajo y arbustos espinosos) y luego del Vado de Perote tomas a la derecha hasta desembocar al camino de tierra que lleva a Molocoyén pasando los Altos de Santa Catarina de Tinampa. Pero no llegues a Molocoyén por el camino. Dale la vuelta por fuera siguiendo el entronque que va a Niñas Huérfanas (una aldea cerca de Molocoyén) y que te llevará de nuevo a la ruta empedrada principal que te conducirá hasta Villafranca. No entres tampoco a Villafranca, sino que busca algún rodeo. De allí busca el mejor camino que te lleve a Entre Ríos.

La mente un poco turbada de Hilitos tuvo dificultades en registrar toda la explicación en detalle, y al mirar sus ojos en blanco, Matilde se percató de ello y le repitió todo el esquema de huida que urdió desde la madrugada luego de oír a su padre dando sus ominosas instrucciones a Pocho. Pensó incluso en repetírselo por tercera vez, pero Hilitos le puso la mano con delicadeza en la boca cuando oyó los pasos de Otilia que regresaba corriendo desde el portón principal del establo.

Se miraron por última vez, e Hilitos luego jaló de la rienda de su caballo, enfiló hacia el monte más allá de los potreros en busca del senderito que con mucha suerte lo llevaría de vuelta a su tierra, la vida y la libertad. Matilde y Otilia permanecieron tomadas de la mano mientras lo veían hacerse chiquito y desaparecer tras una alameda junto al camino que llevaba más allá de los cafetales y los huertos de regadío hacia el monte, que se veía a esa hora temprana en el horizonte como una masa verde oscura envuelta en neblina.

## **Tima, Caña Brava, abril de 1928**

Tima asomó la cabeza por el agujero de la comadreja donde se había ocultado, y miró en todas direcciones. Su pequeño rostro redondo estaba coronado por una mata de pelo corto y renegrido que se levantaba como quiscas en todas direcciones. Los ojos enormes y oscuros eran lo único que brillaba en esa carita cubierta de polvo y sudor.

Hacia dos semanas había cumplido trece años, y ya “era hora de empezar a comportarse como una verdadera señorita”, le dijo su Mama luego de regalarle un vestidito primoroso de seda y algodón blanco con listones de raso más brillantes y que se ataba a la espalda con un cintillo ancho de color rosado que formaba una especie de flor de tela en su cintura aún infantil. Tima adoraba a su Mama —quien era ya una señora entrada en años, de un poco más de setenta años talvez, nadie lo sabía, ni siquiera ella misma estaba segura de su verdadera edad—, pero odió ese vestidito desde el primer instante en que lo vio al sacarlo de la bolsa de papel de estraza en que venía envuelto. Pero no dijo nada. Solo se quedó mirándolo fingiendo un interés que no sentía. Su Mama se puso un poco seria y triste cuando se percató de su falta de genuino interés —conocía a Tima tan bien como si fuera su verdadera madre— por parte de esa chiquilla a la que adoraba. Era ronca por las innumerables pipas que se fumaba cada día, y con esa voz tan especial suya le preguntó intrigada por el desinterés de la niña:

—Oye tú... ¿Y qué te pasa, niña bandida?... Acaso no te gusta ese vestidito que te traje de Paraíso. Era el más lindo y el más caro

que había en la tienda, pero además te lo estoy obsequiando con todo amor, niña mía.

El tono afectuoso de sus palabras y la mirada inconfundible de cariño, un poco decepcionado con que miraba a Tina, hacían contraste con esa voz ronca, casi masculina que se gastaba la Mama y que era muy difícil de olvidar luego de escucharla por primera vez. Tina la miró con detenimiento, sopesando bien sus palabras antes de hablar:

—No Mama, no es que no me guste, ¿pero dígame cuándo me lo voy a poner este vestidito de muñeca?

Así era Tima. Desde muy pequeña hablaba como un adulto diminuto, expresándose con muy buena dicción y soltando frases que denotaban un pensamiento avanzado para su edad.

—Pero si tú eres mi muñeca, pues niña oye. Y cada vez que vayamos a misa, a una fiesta, a un bautizo, una boda o un cumpleaños, te pones el vestidito precioso ese y vas a ser la princesa, y todas las otras niñitas se van a poner verdes de envidia... ¿O a poco no?

Y se quedó mirándola con ese rostro arrugado y seco y sus ojos negros muy metidos adentro de sus cuencas, con esos ojos tan especiales, que sumados al efecto de su voz desarmaban hasta al más enconado de sus detractores —que los había varios en el pueblo cercano, empezando por el segundo curita que llegó desde la capital del país hacía tres meses, y también un pastor protestante gringo que había traído la compañía bananera que se instaló hacía una década, se pasaba a la otra acera cada vez que la veía venir caminando en dirección contraria— y que utilizados de otra forma podían calmar y alegrar a sus amigos y numerosos “pacientes”.

—No Mama, a mí poco me gustan esas ‘ocasiones especiales’ como les dice mi maestra... A mí lo que me gusta es correr por los potreros, subirme a las palmas, hacer competencias del tiro al blanco con honda, pescar en las lagunas, y jugar de todo con mis amigos. Así, el vestidito quedaría hecho pedazos en menos de un día...

—Bueno, pues, pónitelo nomás en esas ‘ocasiones especiales’, como dices que dice tu maestra. Al fin y al cabo no son muchas,

niña. Para el resto del tiempo te tengo también una buena sorpresa. ¿O qué? ¿Acaso pensabas que solo un regalito te iba a dar tu Mama en el día de tu cumpleaños?

Tima se quedó con la boca ligeramente abierta. Su Mama era generosa con ella, pero nunca lo había sido tanto. En cumpleaños anteriores la había llevado a ver el circo a Paraíso, y otras veces le preparaba algunos de sus platos favoritos, pero nunca había tenido los medios, de seguro, para darle tanto. Cerró la boquita entreabierta y se quedó expectante, sin decir nada. La Mama caminó rengueando como siempre había hecho, al menos en la memoria de Tima, y detrás de una gran bolsa llena de verduras y frutas que un muchachón del mercado cercano le había ayudado a traer a casa, había otra bolsa más pequeña, hecha de yute trenzado muy firme igual que la que guardaba las compras. Pero en vez de ser toda café claro, del color natural de la fibra con que estaba manufacturada, esta tenía diseños geométricos y grecas rojas y azules muy bellas contra un fondo amarillo que se oscurecía en forma gradual desde el borde de la bolsa hacia el fondo. La vieja la levantó y desanudó la tapa y sacó dos paquetes pequeños que estaban en su interior. Sin agregar palabra, se los extendió a Tima mientras hacía un gesto silencioso con la cabeza indicándole que se acercara a tomarlos.

Por fin Tima, quien no salía de su asombro, se acercó y los tomó con sus manos muy quemadas por el sol implacable del verano en la región, y luego caminó con los paquetes en brazos hasta un sillón de palos y cueros rústicos, pero muy suave por el uso y el tiempo, y procedió a abrirlos. Desenvolvió el más grande primero, cediendo a su curiosidad aún infantil. Desató el hilo de cáñamo grueso con que estaba amarrado, y luego de desplegar el papel del envoltorio con cuidado, como si se tratara de algo especialmente valioso, sacó un trajecito café hecho de una tela muy suave, más suave que ninguna otra que hubiera tocado hasta entonces. Era una especie de uniforme, pero con pantaloncitos largos en vez de una falda, lo que la dejó aún más perpleja que hacía un momento. Superpuso la chaqueta y el pantalón sucesivamente sobre su cuerpo delgado y sin curvas de mujer, y se sorprendió mucho cuando

comprobó que el traje le quedaba perfecto, sin duda hecho a la medida de su anatomía menuda. La Mama la miraba enternecida a pesar de su rostro apegaminado y adusto, comprobando que las medidas que le había tomado a la niña mientras dormía entregada sin remedio a sus largas horas de sueño infantil, eran perfectas y que su traje iniciático se ajustaba a la perfección a su tórax corto, sus caderas estrechas y sus piernas y sus brazos muy largos en proporción al resto de su cuerpo.

Acercándose a Tima antes de que tuviera oportunidad siquiera de abrir el tercer regalo, le comentó orgullosa:

—Ahora sí mi cuculí del monte, ahora sí que ya vas a entrar al mundo de las mujeres de sabiduría, de las mujeres que sanan el cuerpo, la mente y el corazón por igual. Este trajecito café es para la ceremonia en que tú y otras dos niñas que vienen de lejos van a comenzar a recoger toda la simiente que nosotras, las maestras del golfo y de otras comarcas bien lejanas que ni el nombre les conozco, hemos sembrado y hecho madurar para que ustedes cosechen mucho, bien y bonito, para cuidar a todos los necesitados y necesitadas que se presenten, así nada más llevados por su aflicción y la necesidad de consuelo y cura, mi lagartijita hermosa del huerto, mi palomita de cerro arriba...

La Mama solía hablarle así de cariñosa, haciendo referencias frecuentes a animalitos del bosque, a los que conocía mejor que nadie en la región; podía nombrar cientos de ellos y referirse a sus hábitos de vida con lujo de detalles, dotándolos siempre de cualidades que en forma divertida y metafórica hacían referencias a defectos y virtudes humanas. De modo que el tono y las palabras de afecto “zoológico” que le acababa de endilgar la Mama no llamaron en absoluto la atención de Tima, absorta además en mirar con dicha su nueva indumentaria que no dejaba de presentar una y otra vez sobre su cuerpo cubierto con una camiseta holgada de algodón y unos pantalones de mezclilla gastados y demasiado amplios para ella. Así se había vestido siempre, y aunque a veces era objeto de la burla ocasional por algunas de las niñas hijas de los agricultores y ganaderos más acaudalados de la zona cercana y

que iban a su misma escuela, en general a nadie llamaba mucho la atención su manera peculiar de ser y de vestirse.

Desde muy pequeña, no cumplía aún los cinco años, se había lanzado a jugar con los niños por los campos, las lagunas y los manglares cercanos donde las aventuras eran infinitas, y casi siempre suponían una gran dosis de osadía, valor y destreza física. Podía subir a los árboles más altos con mayor rapidez y destreza que ninguno de sus amiguitos. Y en más de alguna trifulca infantil se había visto involucrada y desde entonces no había ningún niño de su edad en los alrededores que se atreviera a ofenderla o desafiarla a una contienda que supusiera el uso de los puños. A pesar de su corta estatura y su contextura fina y elongada, Tima poseía desde que la Mama lo recordara, una voluntad y un carácter a prueba de cualquier dificultad, y no se le podía provocar en forma grosera y gratuita sin recibir a cambio una retaliación apropiada. Y lo de “retaliación apropiada” son las palabras justas para describir sus reacciones a la provocación, pues había en su espíritu un ánimo de justicia y balance que llamaba poderosamente la atención de todos los que la conocían mejor.

—¿De qué iniciación me hablas Mama? respondió distraída Tima mientras comenzaba a abrir el segundo paquete al parecer su curiosidad satisfecha a plenitud con el traje café.

—Mira Tima, hace tiempo que deseaba hablarte de eso, pero las hermanas de la Cofradía me convencieron que no era el tiempo todavía. En general, esperamos hasta que las futuras aprendices cumplan quince años al menos antes de invitarlas a hincarse con nosotras...

Tima recordó haber visto a su Mama partir a veces en la tarde rumbo a un caserío como a cinco kilómetros de Caña Brava, el pueblito donde había nacido y se criara. En realidad, el único que conocía bien, pues a pesar de haber estado unas cuatro veces en Paraíso con la Mama y de haber ido para diversas celebraciones a otras aldeas cercanas, Caña Brava era para ella todo su universo, el comienzo y el fin de su pequeño mundo, pero suficiente para albergar todas las aspiraciones y felicidades que le podía brindar esa niñez libre y de alegres travesuras en los huertos cercanos, donde

el saqueo de fruta era repelido por campesinos irritados, quienes, no obstante, sabían que jamás lo podrían impedir por completo. Ya los adultos del pueblo estaban en su mayoría convencidos que la parvada de niños –y de algunas niñas audaces incorporadas a la pandilla infantil de Caña Brava– era una tribu de avecillas incontralables a la que más valía tolerar, disfrutando de la alegre algarrabía que a diario protagonizaban en el pueblo y sus alrededores.

–Pero yo ya estoy en la escuela Mama... –alcanzó a replicar Tima, pero de pronto calló al ver el último presente de su madre adoptiva.

Desde las entrañas del prolijo envoltorio de papel estraza, había brotado un libro de tapas duras y con letras doradas estampadas sobre la tapa y el lomo: *El tesoro de la juventud*. La Mama había buscado y rebuscado en todas las papelerías y en tres librerías de poco tránsito y de menos acervo que había en Paraíso, y por fin había desenterrado de una caja de libros usados, el volumen trece de esa amplia colección de artículos y ensayos diversos, profusamente ilustrados, de una especie de enciclopedia juvenil que abarcaba en su totalidad veintiséis tomos, y que fuera publicada por primera vez en español en 1897. El volumen que Tima sostenía en sus manos con tanta felicidad era justamente de esa primera edición, y había llegado a la librería de libros usados desde la casa de un finquero adinerado, quien luego de una lluvia intensa que destruyó casi toda la colección, había decidido vender los libros sobrevivientes en Paraíso por una bicoca. Los otros tres esperaban aún en la vieja caja que alguien se apiadase de ellos y los adoptara por unos cuantos centavos. La Mama quiso ardientemente adquirirlos, pero ya solo le alcanzó el dinero para comprar el volumen trece, que le pareció el más bellamente ilustrado, con numerosas fotos y láminas a colores.

Tima se olvidó de lo que estaban conversando y corrió hacia su habitación junto al patio trasero, abrió la ventana de madera, y dejó entrar un raudal de aire fresco y luz, y recostada de panza sobre su cama comenzó a ojear el libro maravillándose con los dibujos, grabados y fotografías que en forma profusa aparecían en casi todas las páginas. Se prometió a sí misma que lo leería completo,

y que se lo aprendería de memoria. Cosa que cumplió a cabalidad, como todas las promesas que se hacía en su fuero interno, y al cabo del primer año ya podía recitar entero el libro de trescientas páginas, dejando a su Mama muy seria y asombrada cuando se lo demostró un día. La Mama no dijo nada, pero Tima supo, por su mirada húmeda, que la impresión había sido fuerte.

DOS AÑOS MÁS tarde, Tima descendió por la calle central de Caña Brava a tomar el bus que desde hacía solo un año había inaugurado el recorrido hacia Paraíso, para asistir a su primer día de clases en una escuela nueva para señoritas que existía en esa ciudad. Hacía tiempo que el trajecito café y el vestidito de organdí habían pasado a ocupar su lugar en el arcón de los recuerdos. Cuidadosamente plegados en sendas bolsas con naftalina, la Mama los había puesto a buen resguardo de la humedad y las polillas que no descansaban en su labor corrosiva por retornar todos los productos de la actividad humana en la región, a su existencia natural, simple y original. Nada hecho por el ser humano duraba mucho en Entre Ríos. Quizás lo más duradero eran esos megalitos que en las estribaciones de la sierra quedaban como único recuerdo de un esplendor que ya se había apagado casi por completo, sumido en la lóbrega soledad de la selva alta, donde solo en las copas de los árboles se agitaba una vida exuberante.

Hacía un año que Tima había ingresado en el liceo privado de monjas de Paraíso. Se suponía que era el mejor establecimiento educativo para señoritas, pero la muchachita de Caña Brava detestó el lugar desde el primer día en que posó un pie en el viejo edificio verde que se situaba a dos cuadras del cuadro central. Las chicas se alinearon con precisión casi militar frente a la bandera de cuatro colores de la República Independiente de Panguera (RIP), y entonaron el glorioso himno nacional que hacía referencias al espíritu libertario indeclinable de la nación, expresado en los días ya distantes y añejos de la independencia. Después marcharon en filas cerradas hacia sus respectivas aulas, dirigidas por una alumna que portaba un círculo blanco con letras rojas que decían CC: Comité

Cívico. En el primer recreo pudo observar, desde un rincón sombreado y solitario donde nadie jugaba o socializaba, que las chicas con los círculos de CC se paseaban altaneras, regañando a las chicas demasiado traviesas, separando a aquellas que caminaban conversando tomadas del brazo –algo que después supo que estaba estrictamente prohibido..., “pues fíjese mi estimada señora que esas conductas minan el espíritu de decencia moral del liceo”..., le escucharía después explicar a la monja directora a una madre atribulada por las quejas disciplinarias en contra de su hija– y anotando a todas las alumnas díscolas en libretas especiales.

Ese primer día de clases, Tima estuvo a punto de echarse a llorar y el impulso por caminar fuera del recinto y tomar el bus de regreso a Caña Brava fue casi irresistible. Se contuvo únicamente para no entristecer a la Mama, a quien además le había prometido seguir siendo la mejor alumna de su clase, al igual como lo fue durante años en la modesta escuelita de su pueblo natal. A mediodía no tocó el almuerzo que la Mama le había colocado en una vasija de barro muy delgada, pidiéndole que de favor no la rompiera, pues era de esas especiales y maravillosas que hacían los jumanos, y que era una obsequio de un hombre agradecido por haber sanado a su esposa durante una fiebre misteriosa y que la aquejó una semana entera antes de que la curandera interviniera apurada. Volvió a la casa con el guiso intacto, y las tortillas que llevaba en una pañoleta de blanco impecable se las dio a un ratoncito de campo que vio asomándose en la base de uno de los edificios más corroídos del liceo. A las cinco corrió hacia la parada del bus y se durmió en el trayecto, con su psiquis más agotada que su cuerpo joven y sano, y acostumbrado a madrugar todos los días desde su más tierna edad. El chofer la despertó frente al enorme sauce donde siempre se bajaba, y riendo la condujo medio dormida aún desde su asiento duro hasta los peldaños de la pisadera.

Al llegar a la casa, su Mama estaba tan dichosa de verla aparecer y le dijo con ese modo tan suyo lo feliz y orgullosa de que su “tortuguita de arroyo...”, que decidió que contra viento y marea, y en contra de todos sus instintos más entrañables, seguiría asistiendo al detestado liceo.

La Mama había conseguido que las monjas le otorgaran una matrícula gratis a Tima, quien no debía pagar ninguna colegiatura, y solo debía ayudar en su salón de clases respectivo a repartir ciertos útiles escolares con que el liceo proveía a las alumnas cada día. Lápices de grafito y de colores y cuadernos de apuntes con el nombre de cada alumna eran repartidos cada mañana al comenzar el día a sus correspondientes dueñas, y luego recogidos al terminar la jornada durante la última hora de clases. Tima era la encargada de repartir esos utensilios, de recogerlos, contarlos, guardarlos bajo llave y de asegurarse así que no desapareciera ni uno solo.

OTRO AÑO PASÓ arrastrándose en la percepción de Tima como un caracol. Hizo apenas dos amigas en el liceo, y ambas eran igual de pobres que ella, pero vivían en Paraíso, y eso las hacía menos objeto del desdén de sus otras compañeras que pertenecían todas a diversos estratos de las clases acomodadas de la región. En su mayoría eran hijas de ganaderos, comerciantes, hombres de negocios y agricultores con propiedades medianas pero prósperas. Las hijas de la oligarquía local, es decir, de grandes hacendados, recibían clases privadas de sus tutoras y maestros en las casas patronales de los latifundios, o bien, iban a internados caros en la capital, o incluso, eran enviadas al extranjero, usualmente a Francia, Inglaterra y Suiza.

Las niñas ricas del liceo solían celebrar cumpleaños y otras celebraciones, pero nunca ninguna se dignó a invitar a Tima, a quien rara vez saludaban. De hecho, muchas de ellas le temían, especialmente cuando veían a veces sus ojos negros brillar con intensidad como única respuesta a una broma pesada o desaire e insulto velado. Corría el rumor de que Tima era medio salvaje, que la habían visto bañarse desnuda en una laguna con un grupo de muchachos unos pocos años antes, que la vieja que la había adoptado era una bruja, que sus padres habían muerto en una balacera con las fuerzas del orden (en realidad habían desaparecido en las aguas traicioneras de El Magnífico, cuando Tima apenas tenía un año, salvándose nada más porque la Mama, amiga cercana de su madre,

se había quedado con ella para cuidarla durante un fin de semana en que su progenitora debió partir rumbo a la capital provinciana para recibir un tratamiento médico urgente), que en Caña Brava, donde vivía la muchacha, todos eran borrachos y las mujeres eran livianas de cascos, que durante el carnaval todo el pueblucho terminaba en bacanales diabólicas, que... En fin, cualquier despropósito dañino que cruzara las mentes estrechas y prejuiciadas de las chiquillas ricas —o que pretendían serlo— del establecimiento.

Pero, a pesar de todos estos pesares, Tima persistió y simplemente hizo oídos sordos a tanta maledicencia, mientras mantenía siempre una actitud de distante frialdad e indiferencia, y portaba su rostro elevado y con la mayor compostura posible, aunque a veces tenía deseos de dar rienda suelta a toda su frustración e ira, y salir corriendo para nunca volver, o darle una buena bofetada a alguna de sus peores atormentadoras. Algunas veces sentía que ya no soportaba más y lloraba en silencio en las noches para no despertar a la Mama, y al día siguiente se levantaba, sin embargo, presta y diligente rumbo a su tortura diaria. Ni una sola vez se quejó con la Mama, aunque muchas veces esta la interrogaba con respecto a sus humores sombríos y tristonos, que ella pronto aprendió a disimular tras una fachada de aparente serenidad dichosa. Pero, a pesar de ello, la Mama no podía dejar de sentir que algo andaba mal. Un par de veces estuvo a punto de ir a la escuela para conversar con la madre directora y con la maestra de Tima, pero por distintas razones lo pospuso. Luego se preguntaría si eso hubiera cambiado en algo los eventos que se precipitaron unos meses más tarde.

EN ABRIL DE 1932, exactamente cuatro años después de su famoso cumpleaños que marcaría su ingreso unas semanas más tarde a la Cofradía de Sanadoras de Entre Ríos, Tima Parrales cursaba ya el último año del liceo y se preparaba para una graduación en diciembre de ese mismo año. Soñaba con partir a la capital provincial, Aracazú CE, e ingresar a una escuela de enfermería que aceptaba un cierto número de jovencitas de origen humilde recomendadas por las monjas, para que después sirvieran por un sueldo

muy modesto en hospitales, orfanatos y hospicios de la iglesia. Con un poco de suerte, talvez podría emplearse incluso en un hospital de caridad pública en la capital del país, Santa Fe de Arcadia, para después conseguir una beca e intentar estudiar medicina en la Universidad Central, que hacía diez años había comenzado a aceptar que un discreto número de señoritas se convirtieran en doctoras, pero con un cupo limitado y solo en las especialidades de ginecología y pediatría.

—Qué bueno que sueñas en grande, que bueno, niña Tima —le dijo la Mama sin utilizar esta vez sus metáforas zoológicas. Desde hacía un año qué comenzaba a dirigirse siempre a Tima por su diminutivo, que era el nombre con el que la mayoría de la gente la conocía.

—Sí Mama, ¿sino para qué sirve soñar?

—Pues, fíjate, mi Tima, que muchos no sueñan y si lo hacen, es en chiquito, así como no queriendo la cosa. Pero cuidado hija con soñar demasiado en grande. Hay que saber soñar, al igual que todas las otras cosas en esta vida.

Tres días más tarde, las palabras de la Mama descendieron sobre el espíritu y la memoria de Tima como enunciados proféticos.

Faltaban tres semanas para graduarse, cuando la profesora jefe de Tima la esperó al comenzar el día en la oficina de la directora donde había sido citada. Parada muy tiesa junto a la puerta de entrada a la sala, detuvo a Tima y la puso a su lado, mientras las otras alumnas ingresaban, unas con caras de extrañeza, y otras, aquellas que más implacables fueran con su compañera de Caña Brava, con una seriedad e indiferencia fingidas, y otras con una sonrisa apenas contenida.

—Tima, te he hecho venir a la oficina de sor Angélica, pues frente a ella como testigo y como jueza de esta incómoda situación, quiero dejar constancia que hay cinco lápices de color, de los más finos, que están faltando en la cajita de los utensilios. Todas sabemos que aparte de mí, tú eres la única que tiene acceso libre al mueble donde guardamos bajo llave los cuadernos, lápices, tizas, borradores y las otras cosas que usamos casi a diario...

Tima no pudo contenerse más e interrumpió por primera vez en esos dos años a su profesora jefe:

–Pero, si yo dejé todo en orden y contabilizado ayer antes de retirarme de vuelta a mi casa, sor Mariana...

Y al ver la cara de irritada incredulidad en ambas monjas, insistió:

–Se lo juro... Yo nunca tomaría nada que no me pertenece... Se lo juro... Se lo juro...

Sor Mariana la interrumpió a su vez, haciendo con la mano un gesto como de quien aparta algo molesto de su vista:

–Basta Tima. Basta. No jures en vano, mira, niña, no jures en vano, por favor, que ya es pecado bastante serio hurtar algo, como para encima agregarle el pecado del perjurio.

Y volviéndose esta vez hacia sor Angélica:

–Usted verá madre, usted verá lo que hace con esta muchacha ladrona y renegada, pero lo que es yo, ya no puedo tolerarla más en mi aula.

Y agregó aún más enfática, como si ya no fuera suficiente con las terribles lápidas que recién había dejado caer sobre el vapuleado ánimo de Tima:

–Bueno, bueno, sor Mariana, vaya usted tranquila a sus quehaceres y a ocuparse de la elevación de la mente de esas otras buenas chicas, que yo me ocuparé de dejar las cosas bien establecidas con Tima aquí.

Sor Mariana salió con un aire de indignada contención, pasando junto a Tima con sus hábitos de tela muy remendada, como un viejo galeote de guerra venido a menos y con sus velas caídas.

Tima sentía un gran frío por dentro. Todo en ella se encogía y tiritaba de horror ante acontecimientos tan inesperados como devastadores. De pronto veía como esos hermosos castillos de arena que levantó grano a grano mientras permanecía despierta pensando en su cama antes de dormirse, se venían abajo como si los azotara una sola ola furiosa que había surgido en medio de una bahía calma de las entrañas oscuras del mar.

Sor Angélica la miraba con sus ojos envueltos en párpados pesados, y que parecían aún más abotagados por las penitencias y las

tensiones inevitables de la molienda diaria en ese gran liceo de señoritas bien, que albergaba una matrícula de al menos mil doscientas muchachitas de muy diversa disposición, talento y talante. Pero dentro de ese abigarrado y difícil de controlar mundillo escolar, Tima siempre le había llamado la atención por el brillo de su obvia inteligencia innata, sus cuidados y responsable desempeño en tanto estudiante y ayudante de sor Mariana —quien a pesar de su cuna humilde, siempre había ocultado con dificultad una hostilidad y desdén irracional hacia Tima, como si su presencia le recordase en forma muy tangible cada paso que había debido dar a lo largo de su propia senda difícil en la vida, o quizás porque sentía una secreta envidia hacia esa joven que a pesar de tener un origen aún más pobre que el suyo, se veía llena de optimismo, esperanzas y deseos de superación, o quizás por la combinación de ambos sentimientos subterráneos—. Y, además, por su personalidad de misteriosa dignidad, y que sor Angélica sospechaba que parecía esconder un espíritu tan libre como excéntrico. Una peligrosa combinación que a su juicio llevaba en germen una inclinación natural a los temibles pecados de la rebeldía, la insubordinación y de la libertad sin frenos ni ataduras. Algo en lo cual, como buena y vieja conocedora de la naturaleza humana, no se equivocaba en absoluto.

Tima bajó sus ojos y se frotó las manos que estaban hinchadas, hormigueantes y mojadas de un sudor frío, y que le hacían recordar esos sapos gordos e inofensivos que de niña solía extraer del fango para jugar un poco con ellos. Frente a ella, sor Angélica clavó sus ojillos azules con su mirada más dura en el rostro cabizbajo de la muchacha. Calló hasta que Tima levantó algo la vista y la miró. Entonces alzó su rostro mofletudo y arrugado, y con el mentón sobresaliendo por encima de su papada muy blanca, realzada por la rigidez de su hábito monjil, movió con lentitud deliberada su boca pequeña y pálida, decretando con cada palabra suya la muerte de los sueños de Tima:

—Comprenderás muchacha, que no tengo más remedio que expulsarte del liceo. Dale gracias a Dios de que hoy me encuentro de demasiado buen humor como para llamar a los guardas

municipales y entregarte a ellos, como en realidad corresponde con quien ha cometido un robo, aunque no sea de mucha cuantía...

Y luego la filípica de sor Angélica comenzó a salir como un chorro incontenible de reproches:

—Pero, aunque creo que no tendría que decírtelo, pues es algo que hemos tratado de inculcarles a todas aquí en este liceo desde el primer día de su ingreso, un robo es un robo, aunque sea de una poquita cosa, y es un pecado tan grande como hurtarse un millón... y es especialmente odioso tu caso cuando consideramos con qué afecto y apoyo desinteresado te recibimos en este establecimiento, esperando siempre lo mejor de ti, al igual que esperamos de todas, a pesar de tu origen y condición, muchacha, y, además, tuvimos la bondad de darte comida gratis todos los días, te regalamos los tres delantales y el bolsón de cuero que ocupas a diario para venir a la escuela, y, además, te dimos un trabajo digno, y, además, confiamos a ciegas en ti, entregándote las llaves del mueble, y, además, tus compañeras, todas ellas de muy buena familia, te han tratado siempre como una igual... en fin, Diotima (la llamó ahora por su nombre completo que de repente recordó en medio de su apasionado discurso, como para darle más peso a su condena y repudio), ya simplemente no tengo más palabras para expresarte mi descontento, desilusión, y mi enojo, pero sobre todo, el dolor que me causas muchacha malagradecida... —e hizo una pausa para recuperar el aliento y asestar la estocada final—... Y ahora, ponte de hinojos en esa esquina, y rézale con todas las fuerzas de tu alma al Señor para que te perdone y te ayude a encontrar el buen camino otra vez. Y luego, te me vas a tu sala, dejas las cosas que te dimos al comienzo del año, y recoges lo tuyo y te me vas cuanto antes. Que ya no vuelva a verte yo nunca más, por favor.

Y siguió atentamente con la mirada a Tima mientras esta se retiraba de la oficina. Después se enjugó el sudor del labio superior con un pañuelo perfumado que sacó del cajón de su escritorio, y enseguida tuvo que enjugarse las lágrimas que brotaban de sus ojos sin que ella pudiera evitarlo. A pesar de la firmeza de sus palabras, en el fondo sentía que se derrumbaba un poco de su fe.

Cuando Tima llegó a su sala de clases, un contingente bulli- cioso y apurado brotaba de ella por la puerta demasiado estrecha para contener el aluvi6n. Vieron a Tima llegar, y todas de pronto callaron y se apartaron para dejarla pasar. Tima no baj6 la mirada, y aunque no gir6 hacia los lados su rostro para mirarlas, pudo sentir la oleada de desprecio y rechazo que emanaba de ese contingente de muchachas alineadas a ambos lados de la entrada. Aunque se sentía morir un poco por dentro, mantuvo la firmeza de su paso, y sin apurarse en exceso entr6 en la sala y luego de despojarse del delantal, lo dobl6 con prolijidad sobre su pupitre, vaci6 el bolso de cuero que se le obsequi6, coloc6 todos sus cuadernos, libros y lápices sobre el delantal, y tom6 su 6nica pertenencia que era la pequeña bolsa de tela que le confeccion6 la Mama y en la cual llevaba su merienda, y camin6 como en una pesadilla hacia la salida. Quiso, como en otras oportunidades, correr, huir a toda prisa, dejar atrás ese recinto en el cual había sufrido en silencio por dos años, olvidarse por entero de que alguna vez hubiera estado entre esas cuatro paredes y entre esa gente de la cual se sentía tan distante, y que no solo no la comprendían, sino que incluso la despreciaban y la detestaban, con una inquina que era para ella aún tan incompreensible como el primer día que puso sus pies en ese liceo de señoritas bien.

Avanz6 por el patio terregoso hacia la salida principal sin volver la cabeza hacia ning6n lado ni hacia atrás. De pronto algo muy duro golpe6 su espalda y la hizo trastabillar. Se dio vuelta mäs sorprendida que adolorida. Se detuvo y gir6 en redondo. A sus espaldas un grupo confuso e indefinido de muchachas gritaban insultos que sus oídos no alcanzaban a discernir, pues su mente parecía envuelta en una bruma y solo captaba su entorno como si estuviera viendo esa 6nica pel6cula que viera en su vida, y que era un filme mudo y estropeado por el uso. Ahora, ademäs, esa pel6cula se movía en c6mara lenta. Sintió un par de terrones que se estrellaron contra su pecho levantando un poco de polvo sobre su camisa blanca. Baj6 la cabeza hacia esos impactos y observ6 con desagrado las manchas caf6s que dejaron sobre su hasta ese

momento inmaculada indumentaria colegial. En ese momento solo pensaba en qué explicación le daría a su Mama, quien tanto se esmeraba en mandarla al colegio “decentita y crocante”, como decía ella algo en broma. De pronto dos piedras de mediano calibre la alcanzaron. Una en un muslo, que no le dolió mucho, pero enseguida fue alcanzada por otra en el hombro y su rostro se retorció de dolor. Pero contuvo la queja que quiso aflorar a sus labios. Inmediatamente después otro certero proyectil la alcanzó en la cabeza, y sintió que sus piernas se derretían y comenzó a hincarse poco a poco, luchando siempre por mantenerse de pie. Sintió el líquido tibio que descendía hasta sus labios y dejaba en estos un sabor extraño, entre metálico y salobre. Se tomó la cabeza con las dos manos mientras caía de rodillas sobre el suelo de tierra en el cual tantas veces corrió tras una pelota, o caminó leyendo e intentando memorizar alguna lección.

Una sombra que se le hizo enorme se proyectó de pronto delante de ella y pareció cubrirla con un manto protector. Alguien se agachó frente a ella y la abrazó y la ayudó a ponerse de pie mientras le aplicaba un pañuelo sobre la herida que tenía en su cabeza.

–Vamos, vamos niña, que te llevo a la clínica que está aquí cerca... Vamos, vamos niña.

Reconoció la voz. Y aunque mantenía sus ojos cerrados empezó a caminar guiada por su protectora, y supo que era sor Teresita, una monja muy joven llegada hacía poco desde el norte del país, y que enseñaba canto y música. Su voz, que siempre le pareció angelical a Tima cuando se destacaba en el coro, o durante los cánticos que utilizaba para enseñar, era inconfundible. Se entregó por completo a su protectora. Recordó su cara morena, casi cetrina, y de facciones no agraciadas, pero que parecía bella cuando sonreía y dejaba entrever su alma dulce y su corazón gentil, y supo que no podía estar en mejores manos.

Caminó con sor Teresita unos cien metros hasta la posta de urgencias que por suerte estaba a no más de cien metros del liceo, y Tima se dejó curar por un médico joven que le limpió la herida y luego la suturó con seis puntos que no sintió, pues el dolor adentro

apagaba todos los malestares del cuerpo. Cuando salió otra vez con sor Teresita, esta quiso que la acompañara de vuelta al liceo para interceder por ella con sor Angélica y con sor Mariana, pero Tima insistió en su inocencia:

“Yo no fui, se lo juro por diosito y por la Virgen Santísima que yo no fui, y no tengo por qué regresar al liceo y pedir perdón, de verdad no puedo sor Teresita, no puedo...”

Y casi irrumpió en llanto, pero de nueva cuenta se contuvo apretando los labios.

–Te creo Tima, de verdad te creo, y por eso volvamos al liceo para aclarar todo este asunto. Mira, yo te creo...”

–No, imposible, ya no puedo, ya no quiero, ya solo deseo volver a mi casa, por el amor de Dios, no me obligue a volver, no me obligue... Me muero, se lo juro que me muero.

–No digas eso, niña. Eso no se dice, ofende y hace sufrir a Nuestro Señor... Bueno, mira, si no quieres ir ahora, regresa mañana, o pasado, y lo aclaramos todo... Por ahora, mira, te entrego este rosario, te lo doy como expresión, pues de mi confianza en ti pero me prometes que volverás...

Y le metió el rosario con el crucifijo de plata en el bolsillito de la pechera de la camisa manchada de tierra y sangre.

Tima no dijo nada y nada más la miró entre lágrimas, se dio vuelta y echó a correr con toda la velocidad que se lo permitían sus piernas delgadas, larguiruchas y aún temblorosas. Corrió hasta que salió de Paraíso rumbo a su pueblito y su hogar. Y cuando se cansó de correr, siguió caminando durante dos horas hasta que las ceibas que estaban a la entrada de la aldea, aparecieron tras un recodo del camino.

## **Una joven formal, junio de 1933**

Teresa Santiesteban era lo que suele llamarse una “joven formal”, al menos en su apariencia. A sus diecisiete años recién cumplidos el 22 de junio de 1933, y un año antes de conocer a Guy Malebrand, llamaba la atención más por su dulzura que por su aspecto físico, aunque un observador atento no hubiera podido

dejar de notar la belleza discreta y en cierto modo sin pretensiones de la tímida muchacha. Nacida en el seno de una familia muy acomodada, no era, sin embargo, parte de los círculos más adinerados de Santa Fe de Arcadia, la capital del país. Su padre, don Herminio Santiesteban, era hijo de unos terratenientes venidos a menos del centro de la república, luego de que después de la llamada “revolución agraria”, perdiera la mayoría de sus propiedades en una buena zona con abundante riego por gravedad. El casco central de la hacienda y unas veinte hectáreas habían permanecido en la familia, luego de la muerte del patriarca y un par de años después del fallecimiento de su esposa, la madre de don Herminio. Era una familia de nueve, de modo que decidieron vender lo que quedaba del latifundio, y repartirlo en partes iguales con el fin de que todos sacaran algo de dinero que les aseguraba un “pasar decente”, pero de ningún modo una vida de lujos.

Don Herminio se casó siendo un hombre mayor y virgen, como él mismo se vanagloriaba en admitir frente a sus amigos más cercanos. Su esposa, doña Cristina Jiménez, era la hija de un Almirante, director de la escuela de cadetes en el puerto principal del país, y que al igual que él, era parte de una numerosa prole de once hermanas y hermanos. En la noche de luna de miel, ambos perdieron su virginidad, y comenzaron una larga vida en común que duraría hasta que la madre de Teresa Santiesteban Jiménez, falleció a raíz de una epidemia de viruela dos años después de su propio matrimonio con Guy Malebrand.

Nacida y criada en el barrio de Pedernales —un barrio de clase alta y media acomodada que, con el paso de las décadas, se convertiría en un mosaico abigarrado de edificios de oficina, negocios diversos y casas viejas que rara vez serían habitadas por familias, sino más bien recicladas como tiendas, academias, escuelas técnicas y escuelas privadas de menor prestigio que aquellas situadas en la parte alta de la ciudad, donde vivían los oligarcas y nuevos ricos en mansiones más o menos modernas—, Teresa disfrutaría de una infancia y una juventud sin mayores pormenores. Era una niña retraída, pero llena de una energía jubilosa y desbordante cuando

salía de su caparazón y se entregaba a personas y eventos en su entorno. Era, sin dudas, la favorita de su padre, y aunque su madre era más cercana al hermano de Teresa, reconocía en su hija una inteligencia de una vivacidad y profundidad que la hacía sobresalir en cualquier ambiente de niños y luego jóvenes de su misma edad, a pesar de su naturaleza tímida y pensativa. Aprendió a tocar el piano con facilidad, y demostraba una destreza sobresaliente en ese instrumento, aunque tampoco era difícil para ella tocar el violín, la flauta travesa, e incluso la difícil arpa, con un grado aceptable de maestría.

En una ocasión, Teresa desapareció de la pequeña quinta que rodeaba la casa por varias horas, cuando apenas cumplía los cuatro años. La sirvienta encargada de ella y sus hermanos se distrajo por unos treinta minutos, y cuando regresó a buscarla al ver que no había entrado de nuevo en la casa, comprobó con horror que la niña ya no estaba en ninguna parte. La llamó a viva voz en forma infructuosa mientras corría sin ton ni son por todo el parquecito de una hectárea que rodeaba la casa de los Santiesteban. Creyó que se desmayaba de miedo y angustia, pero armándose de valor pasó por la cocina a toda velocidad e informó de la desaparición de Teresa a las dos cocineras que empezaron a pegar gritos alarmadas, y después subió volando la amplia escalera de mármol hacia el segundo piso en busca de doña Cristina. La encontró, como de costumbre, sentada en un taburete de raso rojo en ropas vaporosas de dormir a las once de la mañana, mientras la mucama se ocupaba de peinar sus largos, aunque escasos, cabellos rubios de los que estaba tan orgullosa. Giró hacia ella cuando empezó a hablarle con una agitación que hacía resollar sus pulmones con cada bocanada corta y desesperada que conseguía aspirar y expirar, entre palabra y palabra:

—Doña Cristina... Oiga doña Cristinita... Vea, señora, fíjese, mire que, vea que...

—¿Pero qué cosa niña, por Dios? ¡Habla de una buena vez!

La imprecó con suavidad pero alzando la voz al final de la segunda frase, hasta alcanzar ese tono nasal y un poco chillón que revelaba su naciente enojo por la irrupción de la nana en el

momento sagrado –ese ritual representaba todos los días uno de los instantes más gratos para ella– en que sus cabellos eran suavemente mesados por la mucama, mientras ella dormitaba casi con los ojos entrecerrados.

–Es que... Es que... Es que vea... Es que yo estaba en la cocina... En la cocina apenas unos minutos, doña Cristina... Pero vea, es que no serían más de diez minutos doñita –intentaba la pobre institutriz echar afuera la terrible noticia, pero era como si su lengua trastabillara cada vez que intentaba decirla, mientras doña Cristina había comenzado a fruncir el ceño con creciente irritación y preocupación–, si no pasó nada, doña Cristina, apenas diez minutos, y cuando volví a buscar a los niños para que tomaran su leche con galletitas de media mañana... Apenas diez minutos doña Cristinita...

Ya sin poder aguantar más los circunloquios de la empleada, Cristina Jiménez de Santiesteban se levantó con brusquedad de su taburete, alzando toda su larga impronta, que en verdad impresionaba con su metro y ochenta y cuatro centímetros, casi diez más que su marido, y golpeando con su pie derecho calzado aún con zapatillas de levantarse, mientras blandía el cepillo de plata y pelos de mapache con que la mucama la estaba cepillando, la espetó:

–Muchacha estúpida, o hablas de una buena vez, o te juro que te doy con lo que sea... ¡Ya me estás hartando! ¡Me estás asustando aparte de hacerme enojar mucho!

Los ojos de la institutriz se anegaron de lágrimas, pero asustada, esta vez atinó a soltar todo el asunto en un solo chorro incontinente:

–La niña, doñita, la niña Teresa se ha desaparecido de la quinta, la busqué por todos lados, y no la encuentro... No la encuentro. ¡Ay diosito santo, ayúdame, por favor, diosito mío lindo señorcito, por favor!”

“¿Qué? ¿Qué? ¡Que la niña no está por ningún lado! –y ya levantando la voz con histeria–. ¡Sí serás estúpida Jovita por la Virgen Santa! Ni eso siquiera te podemos encomendar... está bien que seas una inútil que no es capaz de enseñarles nada bueno a los

niños, pero perder ahora enfrente de tus narices a Teresita, eso ya es el colmo... ¡El colmo! ¡El colmo!

Y la casa entera se estremeció al retumbar por sus grandes habitaciones, pasillos y escalinatas, los gritos estridentes de la dueña del hogar, y pronto todos, incluidos los hermanos de Teresita, y todos los sirvientes, desde las cocineras, hasta el mayordomo y el jardinero que recién venía llegando, corrieron escaleras arriba deteniéndose en el umbral de la alcoba matrimonial y vieron como entre la mucama y la institutriz llevaban en brazos a doña Cristina a una de las camas con dosel donde dormía a unos metros de la de su esposo.

Cuando los otros habitantes y trabajadores de la quinta se enteraron de lo ocurrido corrieron en todas direcciones a buscar ayuda. Se comunicaron con todas las casas vecinas dentro de un radio de un par de cuadras, pero nadie supo darles razón del paradero de la niña. La alarma cundía y se extendía desde la quinta de los Santiesteban a otros puntos cercanos en círculos concéntricos cada vez más amplios, como una mancha de petróleo en el mar calmo de una bahía meciéndose bajo el sol tibio de la mañana. Era en verdad un día esplendoroso, que contrastaba con la nube muy negra que se cernía sobre el espíritu de la familia Santiesteban.

Pasaron cuatro horas, y aún ninguna noticia de Teresita Santiesteban. La policía, los carteros que tenían su oficina cerca, e incluso los bomberos salieron en búsqueda de la niña en parques, calles, baldíos, bodegas, negocios, árboles, y muchas personas buscaron en los patios de sus propias casas, pero todo probó ser infructuoso. La niña parecía haberse desvanecido en el aire puro y soleado de esa mañana gloriosa.

El propio Herminio había tomado su flamante Packard último modelo, y en compañía de su chofer y dos empleados del gran expendio de artículos de cuero que poseía, daban vueltas por todos los alrededores, deteniéndose a preguntar a cualquiera de los transeúntes que se encontraban, si habían visto a una niñita de cabellos castaños claros y engalanada con un vestidito azul oscuro, unas medias blancas hasta la rodilla y unos botines cafés hasta los

tobillos... Pero nadie de las docenas de personas a las que interrogaron había visto a esa princesita. Uno mencionó haber visto una niñita en una placita cercana jugando con una par de perros y una bola con varios otros niños, pero no estaba seguro si correspondía a la descripción que acababa de darle Herminio con voz apretada por el dolor punzante que ya invadía su pecho. Pero resultó ser una niñita muy monona que era morena, vestía de otro modo, y que sonrió confiada y divertida cuando vio llegar cerca de la plaza, haciendo crujir los neumáticos, el coche gris perla de Herminio.

Eran las seis de la tarde cuando frenaron bruscamente frente a una acera donde un viejo indigente de barba blanca, reclinado contra la pared de un edificio de oficinas mientras acariciaba distraídamente a un perrillo blanco con negro que lamía sus manos con igual amor, les dijo con calma luego de echarse otro trago de una botella envuelta en papel periódico:

—Sí, mi señor, yo vi a esa niñita, pero no iba sola, iba de la mano con otro...

Aterrado, Herminio no pudo evitar interrumpir al hombre, cosa que este aprovechó de inmediato para darse otro traguito y secarse luego con la manga de su raída chaqueta de lino que había conocido mejores tiempos.

—¡Que qué! ¿Que la vio usted llevada de la mano por un hombre, por un extraño?

No, no, mi señor. No era un hombre...

—¿Pues quién era entonces y dónde está ahora? ¡Apúrese por favor!

—Era un niño más pequeño que ella. Así —y puso su mano para indicar la altura del pequeñín— así nomás. Como le digo, un chiquito más chiquito que la rubiecita de vestido azul... por ahí iban, pues...

Y señaló en una dirección opuesta a la que traían Herminio y sus acompañantes, con un dedo sucio que sobresalía de un guante grisáceo que cubría solo los nudillos y el resto de la mano, dejando los cinco dedos asomados cada uno por su propio orificio pareciendo unos moluscos moribundos intentando escapar de su concha.

Cuando corrieron al automóvil descapotable y salieron acelerando, el viejo indigente se rio y le dijo con satisfacción a su amiguita canina:

Qué linda vida que yo tengo mi querida Pelusa. Ninguna maldita preocupación. Mire usted mi perrita chica, mire usted a ese señor tan elegantón y adinerado que parece, y tan preocupado que vive él...

Y solo dejó de reír, para echarse el último trago bien largo.

Luego de hablar con el viejo, Herminio empujó a un lado a su chofer, y tomó él mismo las riendas de su poderoso corcel de acero. Avanzó despacio, pidiéndoles a todos sus acompañantes que miraran a ambos lados con cuidado. No habían avanzado dos cuadras, cuando vieron a Teresita sentada en la escalinata, a la entrada de una vieja casona con la pintura toda desvaída, junto a un niño de unos tres años, compartiendo una paleta de dulce que alguien les había regalado. Ambos parecían dichosos, y no mostraron ningún interés por don Herminio, su gran automóvil, y los hombres que gesticulaban desde las ventanillas abiertas hasta abajo. Lo único trascendente para el par de infantes en ese momento, era esa paleta de frutilla que se intercambiaban con amigable altruismo. Ese placer, y la libertad ilimitada de la que había disfrutado en las últimas siete horas, era todo lo que importaba para ellos en ese instante de mágica inocencia.

Los niños se asustaron cuando vieron a los hombres brincar al suelo del auto aún en movimiento y dejar las puertas abiertas al mismo tiempo que corrían hacia ellos en tropel. El pequeñín se quedó con la boca abierta y la paleta en su mano a medio camino, sin entender el origen de esa conmoción de adultos que se abalanzaban hacia ellos en forma amenazante. Casi de inmediato rompió en llanto profuso. Teresa, en cambio, arrugó su frente y se puso muy tiesa mirando de frente y sin pestañear al grupo de hombres corriendo hacia ella. A pesar de estar asustada, no les temía demasiado ni estaba dispuesta a dejarse quitar esa paleta deliciosa que compartía con su amiguito y que en forma tan afectuosa les obsequió ese señor sentado del perrito y de la botella, sentado en plena calle canturreando canciones que a ambos niños les habían

parecido hermosas. Cuando quisieron sentarse junto al mendigo y cantar con él y acariciar el perrito, este les había dicho que se fueran –pues temía que los padres lo acusaran de algo– y para convencerlos les dio esa paleta de frutilla, que extrajo de una bolsita de cuero muy limpia y bien cuidada que a su vez estaba dentro de su enorme bolso de tela parchada del cual no se despegaba ni un minuto. Allí era donde escondía sus mejores tesoros. Y entre un reloj de cadena de oro, un anillo matrimonial y unas fotos, todos recuerdos de épocas mejores, estaba la paleta que los niños de inmediato desenvolverían mientras se alejaban caminando de la mano rumbo a la muy trascendente misión que se habían impuesto, y que distraídos por unos breves minutos junto al pordiosero, parecían haber olvidado.

Cuando Herminio alzó en sus brazos y la apretó muy duro contra su pecho, Teresa quiso librarse del abrazo y le pidió que la volviera a poner en tierra. Herminio se quedó estupefacto. Había imaginado que su hijita adorada se abalanzaría temblorosa a sus brazos, buscando esa protección y esas caricias paternas que siempre al parecer fueron tan importantes para ella a lo largo de su corta existencia. Herminio la bajó al suelo, y Teresa de inmediato se acercó al hombre que sostenía en brazos a Chechito aún enjugándose las lágrimas con sus puñitos cubiertos de tierra que ya formaban costras de barro, y le pidió jalándole el pantalón bombacho que lo dejara bajar junto a ella. El hombre la miró y esperando primero un gesto de asentimiento de parte de don Herminio, posó al niño con cuidado junto a su compañerita de aventura. Luego ambos caminaron con dignidad infantil y se subieron en el amplio asiento de cuero trasero junto a don Herminio. Los otros hombres se acomodaron como pudieron en el asiento delantero.

Apenas el coche se puso en marcha, don Herminio no pudo contener más la desesperada curiosidad que le embargaba. Intentando poner una voz suave y casual que, no obstante, no podía enmascarar por entero las aristas de la ansiedad que dominaba todo su ser, preguntó:

–¿Cómo te sientes Teresita? ¿Y tú niño –aún no sabía su nombre, pues nunca lo había visto antes– cómo estás?

Chechito siguió ocupado lamiendo los residuos de paleta que aún resistían pegados al palo del dulce, y no le hizo caso a la pregunta de Herminio. Teresa permaneció un par de minutos en silencio mirando a través del vidrio impecable del Packard. Por fin, al sentir la mirada expectante de su padre, se volvió hacia este y muy campante le confesó el gran secreto de la aventura a la que se había lanzado con su compañerito, que vivía a unas tres cuadras de distancia y a quien conoció caminando por la calle luego de abandonar la quinta por una acequia amplia, fuera de uso, y que pasaba en forma muy poco visible por debajo de las enredaderas espesas que cubrían el muro que separaba la quinta de los Santiesteban de la quinta vecina, que en ese momento tenía la reja de entrada abierta esperando un camioncito que se llevaría las ramas de una poda reciente de uno de los nogales del patio delantero.

—Papá, no te preocupes, si la pasamos muy bien... Chechito y yo nos conocimos y decidimos ir a cazar un león... Yo te lo quería regalar a ti papá, ¿acaso no sales tú a cazar con tus amigos? Bueno, y como nunca les va muy bien, yo quería ir a cazar un leoncito para regalártelo y que se lo mostraras a tus amigos y les dijeras que tú lo habías atrapado... ¿No te gustaría eso, papá?

Casi llorando, Herminio abrazó y besó varias veces a su niñita. Más allá de eso, ni Teresita ni Chechito brindaron mayores detalles sobre su aventura, que ya en el trayecto en auto de regreso a casa se estaba convirtiendo en un conjunto borroso de impresiones y recuerdos para ellos. Luego de llegar a casa y entregar a Teresita a los brazos de su madre angustiada y feliz, al mismo tiempo, de ver a su pequeñita sana y salva otra vez, averiguaron dónde vivía Chechito, y se lo devolvieron a unos padres humildes que vivían en una casa muy modesta, y que al igual que Herminio y Cristina, se encontraban en un estado de profunda agitación y ansiedad. Los vecinos modestos de su vecindad los habían ayudado en su propia búsqueda, y luego dieron parte a la policía que les dijo que volvieran a casa y los dejaran a ellos hacer el trabajo. Estaban esperando noticias de la policía —que nunca se volvió a aparecer por su domicilio—, cuando el lujoso Packard de los Santiesteban se

detuvo frente a su puerta y vieron bajar a Chechito, todo lavado y cambiado, caminando muy campante de la mano de doña Cristina.

Ese fue quizás el acontecimiento más dramático en la vida apacible de Teresa y de su familia. A pesar de la timidez y el aspecto de ausente ensoñación que caracterizaría a Teresa hasta que cumpliera los dieciocho años, conociera a Guy Malebrand y se casara con él, su aventura con Chechito había puesto al descubierto ese temple de reservada independencia y contenida rebeldía que la caracterizaría siempre, y que al aflorar de vez en cuando, sorprendería a todos aquellos que pensaban conocerla bien. Crecería para ser una joven de aspecto y gesto formal. Pero, a pesar de esas apariencias y de su obvia timidez, tendría un núcleo oculto en su espíritu, que se encendería de pasión en determinadas circunstancias.

## UN CORAZÓN SIN MÁCULA

“¿Qué armadura más poderosa hay que la de un corazón sin mácula?”

- II Enrique IV, Acto III, Escena 1.  
William Shakespeare.

---

*[Como volutas de humo que ascienden y se disipan en el añil del infinito, la vida gira, y en cada una de sus vueltas, se amplía y desaparece un poco más. Como el aire que respiramos y nos da vida, como el pulso que marca en nuestro ser la marcha de los segundos, como el tiempo en el que existimos y que nos consume poco a poco, vivir es morir lento, para poder vivir de verdad. Puro el corazón será entonces de quien viva su tiempo como si fuera su último segundo, y no desfallezca, ni su alma al mejor postor entregue. Que pureza sin libertad interior, ni perseverancia ante la iniquidad, solo espejismo es].*

---

## Juan Bautista, isleta de Francisco Junín, 1949-1961

Cuando el infante llegó por fin a los brazos de Tima, tenía ya más de un mes de vida. Había permanecido las primeras dos semanas de su vida en la gran casa de Guy Malebrand, siendo cuidado y amamantado por Silvana, quien tenía leche de sobra para Teresita y el pequeñín rescatado, a quien el cura de la hacienda había bautizado Juan Bautista Román, que era el apellido de un vaquero que manifestara —con la sugerencia de Guy— el deseo de adoptarlo.

El rescate, tan inesperado como milagroso, de ese bebé cuyo pie se había atorado en un horcajo formado por dos ramas de un árbol arrastrado por la corriente, salvándole así la vida en circunstancias tan extremas como dramáticas, se convirtió pronto en una historia muy comentada en la región. Por ello no es extraño que un diario de informaciones diversas sobre la provincia de Entre Ríos, y cuyas oficinas principales se encontraban en San Vicente del Valle, publicó una nota, el día 11 de enero de 1949, sobre el valeroso rescate liderado por Guy Malebrand, a quien el dueño del pasquín debía numerosos favores. En esa nota, Guy aparecía en una foto junto al vaquero que tenía en brazos al niño que había decidido adoptar, vestidos ambos con sus mejores galas, parados frente a la casa patronal de Palo Colorado.

Sin saber de ese artículo, Tima e Hilitos habían visitado la dirección del periódico de San Vicente el día 31 de enero, para entregar una foto de un año de antigüedad de Sanjuanita, diciendo que habían leído sobre el rescate de Guy en un artículo publicado por otro periódico de Aracazú, y que venía con una foto de Sanjuanita muerta y otra del bebé vivo y envuelto en una cobija. A pesar de la mala calidad de la fotografía, en ese rostro con sus cabellos extendidos contra el suelo de la barca donde fue fotografiada, reconocieron de inmediato a Sanjuanita, y supieron, además, que el niño que vieron nacer en lo peor de la tormenta, aún estaba vivo. La foto de Sanjuanita viva que Tima e Hilitos entregaron al periódico de San Vicente sería publicada el día 2 de febrero de 1949.

A sabiendas de que la foto y la nota sobre Sanjuanita no vería la luz sino el día 2 de febrero, Hilitos y Tima volvieron a la isleta de Francisco Junín, donde residían en una cabaña improvisada mientras reconstruían poco a poco una casa parecida a la que existía allí antes del aluvión fatal que la había destruido por completo. Habían sobrevivido, por razones que ni ellos mismos alcanzaban a comprender bien, pero habían perdido a Luis, Nona, Sanjuanita y al bebé, o al menos eso habían creído hasta ahora.

EL DÍA 2 de febrero regresaron a San Vicente para comprar el diario y leer la nota en que pedían información sobre el niño rescatado a cualquier persona que pudiera ayudarlos. Después Tima pensaba caminar con Hilitos hasta las oficinas del periódico para averiguar si alguien había dejado algún dato útil sobre el niño rescatado y luego desaparecido. Pero primero Tima se dispuso a leer la nota con la foto que ella e Hilitos habían entregado al periódico de San Vicente. Sin embargo, por más que buscó, no pudo encontrar ningún ejemplar en los expendios donde solía venderse. Cansada, se sentó en un cafetín frente a la plaza central y tomó un montón de periódicos y revistas viejas para entretenerse mientras esperaba a Hilitos que había ido a hacer otras diligencias. Por casualidad, ojeando entre los muchos números viejos del diario de San Vicente, leyó el artículo del 11 de enero sobre el heroico rescate y la generosa adopción del niño de la mujer que fue encontrada muerta con su bebé de pocas horas de nacido, en un número publicado tres semanas antes. Tuvo que leerlo y releerlo varias veces para que la nota y las fotos que la acompañaban penetraran por fin en su consciencia. Allí estaba, con su mente petrificada, sentada en una cafetería frente a la plaza mayor de San Vicente; frente a esa bella plaza que ahora lucía tan apacible, y que hacía no mucho fue escenario de tan dramáticos acontecimientos.

Con interés observó una foto de Guy Malebrand en su mejor traje dominguero, junto a otra del vaquero bien engalanado también, y que había adoptado de manera informal al niño rescatado, a quien portaba en sus brazos con una cara muy seria. Pagó su café

con leche y dejó sin tocar sobre la mesa los buñuelos que había pedido para ella e Hilitos, quien estaba por llegar de la ferretería más cercana, donde había ido a comprar algunos clavos y otras cosas para continuar reconstruyendo la casa de materiales sólidos de la isleta, y que años antes de la ruptura del bordo del viejo Alamilla, levantó Francisco Junín con un afán obsesivo y una energía descomunal, que muchos definieron como una “locura”.

Tima acostumbraba caminar siempre con pasos briosos, pero quienes la observaron en esa mañana fresca y soleada atravesar el parque central de San Vicente, la vieron correr con su vestido largo y su chal multicolor flameando tras de ella. Tres cuadras más allá encontró a Hilitos haciendo una cola larga que se extendía desde el interior de la ferretería hasta la vereda debajo de los techos volados de las casas viejas y de colores múltiples y subidos de tono que eran típicas de los barrios centrales y más viejos de la ciudad. Hilitos estaba casi dormitando debajo de la sombra de su propio sombrero de fieltro, mientras disfrutaba con los ojos entrecerrados la brisa que soplabla desde el mar cercano. No la vio llegar corriendo y jadeando, sino hasta que ya estuvo a su lado jalándolo de la camisa blanca de algodón y de mangas muy amplias y cómodas que formaba parte de su vestimenta casi diaria.

—Hilitos, Hilitos, ya sé dónde está el niño, ya sé...

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando, por el amor de Dios, mujer? —respondió Hilitos, de pronto muy alerta, aunque un poco incómodo de ese diálogo a viva voz entre tantos hombres desconocidos, alineados para comprar en la concurrida ferretería de don Martín, un español llegado después del fin de la guerra civil en su país a probar fortuna en esa tierra tan distante y distinta a su Cataluña ancestral. Algunos de los compañeros de fila empezaron a reírse despacio. Otros que conocían a Tima bien, o de oídas, callaron, pues todos ellos estaban enterados de que era una “mujer de poder”, como llamaban a las de su laya en la región.

—El niño, Hilitos, el niño, el niño... ¡El niño! —seguía repitiendo sin ton ni son Tima, mientras sus ojos renegridos brillaban con la luz ambarina del sol que se reflejaba en las lágrimas incipientes que se

apozaban ya entre sus párpados muy abiertos. Hilitos la seguía mirando con sorpresa mientras se rascaba la parte naciente del cabello sobre la frente con el sombrero ligeramente echado para atrás.

—El niño de Sanjuanita, el niño está vivo Hilitos, vivo y a buen resguardo... ¡Sano y salvo Hilitos!... Sano y salvo mi niñito, vi su foto, vi su foto en un diario de hace dos semanas mientras me tomaba un café en la plaza. Sí, vi su carita de bebé chiquito y estoy segura que esa naricita y esa boquita son el calco fiel de Sanjuanita, mientras que la frente y la barbilla son el vivo retrato de Efraín (de quien tanto Hilitos como Tima oyeron hablar mucho a Sanjuanita, y que siendo el padre del niño llamado ahora Juan Bautista, había desaparecido presumiblemente muerto en la masacre de un poco más de un año atrás en San Vicente).

—Ojalá, Tima, ojalá... Aunque la pura verdad es que no es fácil, yo creo, ver todo eso en una foto, menos en la foto amarillenta de un diario viejo... ¿Pero quién sabe?... A lo mejor es él... Bueno, Dios quiera, pues, y si no, qué bueno que ese niño se haya salvado de la tormenta y el aguazón del infierno que se desató aquel día terrible...

La noticia del niño rescatado por Guy Malebrand y sus hombres no era nueva, y tanto Hilitos como Tima estaban bien enterados de ella. Pero ninguno pensó jamás que podría tratarse del pequeñín recién nacido de Sanjuanita, cuyo cuerpo fue recuperado por una lancha encargada de esos menesteres luego de que Guy les indicara el árbol donde había quedado roto y muerto ese cadáver reciente de la joven mujer. De eso nunca se notificó a nadie, y el cuerpo de Sanjuanita fue enterrado con precipitación en una fosa común cerca de la Laguna de Yamaná, junto con los cadáveres de otras trescientas personas recogidas en los primeros días del rescate. Tima e Hilitos lloraron por días la pérdida de cuatro seres muy queridos —Luis, Nona, Sanjuanita y su bebé— pensando, como era lógico dadas las circunstancias, que habían perecido y desaparecido debajo de las aguas enloquecidas y turbias, al igual que unas dos mil o tres mil personas más cuyos cuerpos quedaron enterrados para siempre debajo del lodo, los escombros y los restos de árboles y arbustos, y que nunca fueron recuperados.

–Te digo que es él, el niño milagroso de Sanjuanita, te lo puedo asegurar, es más, te lo puedo jurar, hombre de poca fe...

Hilitos en realidad no ponía en duda la aseveración de Tima, pero el asunto era demasiado fantástico, como para que entrara y se aposentara con firmeza en su mente.

–Te creo Tima... Te creo. Vamos, pues, entonces adonde quiera que esté ese niño de Dios y tratemos de recuperarlo para que se críe con nosotros... ¡Vamos!... ¿Y dónde está el niño Tima? –seguía hablando Hilitos con rapidez con su amiga mientras ya la empujaba del brazo hacia la plaza alejándose de la ferretería y de los curiosos de la cola, a quienes ahora Hilitos vio de reojo hablando con vehemencia entre ellos, especulando de seguro sobre la intempestiva llegada de Tima y el significado de las pocas palabras de ella que alcanzaron a captar.

Tima sacó de su sempiterno bolso la página arrugada del viejo periódico local, y se la mostró a Hilitos. Este la miró con detenimiento pero lo único que pudo discernir fue a Guy con el pecho muy alzado y una gran sonrisa en la primera foto, y a un campesino de aire melancólico con un bebé en brazos. Era cierto que el fotógrafo se había preocupado por mostrar el rostro morenito del pequeño en brazos del campesino, pero aún así, a Hilitos le parecía un niño de cuatro semanas como había visto muchos a lo largo de su vida. Pero pensó que era mejor no tratar de contradecir a Tima cuando esta experimentaba uno de sus famosos “fogonazos”, como les llamaba ella a las visiones y pálpitos inexplicables que a veces estallaban en su mente, permitiéndole ver cosas que nadie más podía ver, ni siquiera las otras curanderas más poderosas y de mayor reputación de la Cofradía de Sanadoras de Entre Ríos –organización que estaba oficialmente proscrita por los gobernantes que regían los destinos de la nación, o así lo creían ellos en momentos de optimismo muy extravagante– desde la capital, desde el enfrentamiento entre el ejército y los huelguistas, pero por razones que eran un misterio para todos los habitantes de la región.

–Tú no te preocupes por nada viejo... Esto estaba ya escrito allá arriba –apuntando con un dedo largo hacia el cielo sin nubes–, allá

arriba estaba escrito que la sangre y la carne de Sanjuanita y de Efraín no se borrarían por completo de esta tierra... Ten fe Hilitos, mira que estamos en camino a recuperar ese angelito que el grande de arriba nos ha encomendado a nosotros dos que lo cuidemos y lo llevemos por el buen camino, por el camino de un hombre de bien, pues...

Hilitos miraba hacia el frente sin permitir que Tima pudiera escudriñar sus ojos. A pesar de la gran confianza que tenía en las habilidades de su amiga, en el fondo se sentía muy escéptico y, además, le dolía pensar en la gran desilusión que Tima se llevaría al ver que era un niño cualquiera, y que mirado de cerca, ambos se darían cuenta de algún modo que no podía ser la criatura de Sanjuanita. Siguió en silencio todo el camino junto a Tima en el bus ruidoso, y que tosía y parecía desarmarse por el camino que llevaba de San Vicente con destino a Aracazú, y que pasaría frente a la entrada al gran rancho de Palo Colorado. Desde allí tendrían que caminar durante una hora por el camino de terracería de la hacienda para llegar a la casa patronal.

Habían caminado durante veinte minutos cuando escucharon un vehículo motorizado acercándose por el camino. A lo lejos vieron un camión que venía lento pero levantando una gran polvareda. Cuando se detuvo junto a ellos, un hombre joven pero de rostro muy arrugado y curtido por el sol, se asomó por la ventanilla y les gritó:

—¿Adónde van?

—Vamos hasta la casa de don Guy... —respondió Hilitos.

—Pues les queda un buen resto de camino... ¿No quieren que los lleve? Aquí en esta cabinita cabemos los tres.

Un par de reses que iban en la parte trasera se movieron inquietas y una dejó escapar una especie de estornudo.

—Muy bien, gracias —dijo Tima, y sin mediar más palabras corrieron al otro lado del camión y se subieron a la cabina elevada.

—¿Y ustedes de dónde son?

—Ella es de la Laguna de Yamaná y yo tengo mi humilde casita en Paraíso. Pero vamos a ver al niño que rescató don Guy hace un mes del aluvión...

–Ah, el chancito (diosito) del agua, como le dicen ya por estos lados.

–Sí, ese mismo... Creo que es el hijo de mi ahijada que desapareció aquel día y pensamos que ese es su bebé recién nacido aquella noche terrible –apuntó Tima con voz de firme convicción.

–Bueno, por lo que me han contado, porque yo no estuve allí, la mamá de ese chiquito no desapareció, sino que estaba junto a su bebé, pero ya era finadita la pobre...

Tima e Hilitos callaron un minuto, conmovidos por la noticia.

Pero el hombre siguió sin percatarse de las emociones violentas que había desatado con sus novedades en los dos acompañantes.

–Allí mismo junto a la laguna donde usted vive señora, allí mismo cavaron una gran fosa y la enterraron junto a una veintena de otros cristianos. No se les pudo dar cristiana sepultura, ya que los cuerpos empezaban a echarse a perder y se temía que empezara una infección o plaga peligrosa en la región. Así que el mismo gobernador mandó a sepultar a la rápida a todos los cuerpos recogidos y que no fueran reclamados de inmediato por sus familiares o conocidos.

Tima fue la primera en recuperar el habla:

–¿Pero cómo era la madre de este niño? ¿Le comentó alguien a usted cómo era?

–Sí, algo. Mi compadre, que estuvo en el rescate y ayudó a liberar de las ramas de un árbol a la mamá y al niño, me dijo que era muy joven y aunque estaba cubierta de lodo, hojas y bejucos del río, vio que había sido bonita. De pelo largo y muy negro, pero sin trenza, como acostumbran la mayoría de las muchachas por aquellos rumbos.

Tima e Hilitos se miraron, pues aunque la descripción era muy general, lo poco que revelaba calzaba a la perfección con las características de Sanjuanita.

–¿Pero llevaba algo puesto, su ropa todavía la tenía, alguna otra cosa o prenda que permitiera identificarla?

–Pues creo que mi compadre me dijo que en un bolsillo del vestido llevaba dentro de una bolsita un relicario de plata con una cruz negra de chonta... Algo así, pues, pero no estoy seguro la verdad...

Los ojos de Tima se llenaron de lágrimas y dijo con voz entrecortada:

–Viejo, viejito lindo, ese relicario era el que la mamá de Sanjuanita le dio una vez para sus quince años... , la niña me lo mostró con orgullo, y me dijo que pasara lo que pasara lo tendría con ella hasta el día de su muerte... Y así fue, pobrecita mi niña... Pobrecita.

Hilitos todavía abrigaba fuertes dudas razonables, pues todo lo anterior podría ser una simple coincidencia, y así lo pensaba en realidad él. ¿Cuántas muchachas no tenían un relicario igual o muy parecido al de Sanjuanita? Muchas. Pero se abstuvo de expresar todas sus reservas en voz alta, y solo dijo:

–Es muy posible que se trate de Sanjuanita y el niño, pero... Pero esperemos Tima, esperemos hasta llegar a la hacienda y allí averiguamos bien si es cierto que era ella...

–Bueno, perdonen que me meta en lo que no me concierne, pero allí en la casa de don Guy no se van a enterar de mucho... El niño está con Orlando, uno de los vaqueros que vive allí en Los Palmares, a varios kilómetros del casco... Además don Guy no está. Partió a Arcadia a arreglar unos asuntos pendientes... Oigan, pero si me esperan que lleve al corral estos animales, yo los llevo en el camión hasta Los Palmares.

Le agradecieron con sinceridad, y una hora después de llegar a la gran casa de Guy, la que Tima ya conocía, partieron con el afable y dicharachero chofer rumbo a Los Palmares.

Era la una de la tarde cuando llegaron, y el sol caía a plomo y un calor agobiante se había apoderado de casi todo Entre Ríos. La mayoría de los hombres estaban en las faenas del campo, o mejor dicho, guarecidos a la sombra de algún árbol esperando que el calor amainara un poco, para retomar las diversas labores de agricultura y ganadería hacia las tres, cuando solía empezar a refrescar un poco. Tuvieron la buena fortuna de que el hombre a quien buscaban, había regresado del campo a mediodía para almorzar, refrescarse un poco y pasar un momento con su esposa. Mayor aún fue su buena fortuna cuando al entrar al jacal del vaquero luego de saludar a la madre del vaquero que vivía con él y su nuera, Tima reconoció a la señora, como una a quien le había salvado la vida

de una picada de víbora unos años antes. Se saludaron con afecto y la señora los hizo entrar de inmediato a la cabañita que compartía con su hijo y su esposa. Sentado en una silla frente a un plato vacío, se encontraba Orlando, el vaquero que había adoptado al niño bautizado Juan Bautista, pero que aún no había sido legalmente registrado en Aracazú.

La principal razón por la cual Guy les había entregado a Juan Bautista a Orlando y su esposa era porque eran personas tranquilas, dóciles y porque a pesar de estar casados por ocho años, aún no habían tenido hijos, cosa poco común y considerada una fatalidad en la región.

El niño dormía en una hamaca pequeña que pendía junto a la de Orlando y su esposa. Tima e Hilitos les explicaron la razón de su visita y, para su sorpresa, sus amables huéspedes no tuvieron ningún reparo en que alzaran al niño en sus brazos y lo vieran con mayor detenimiento. Tima lo levantó hasta que la luz que entraba por la puertecilla del jacal lo iluminó de lleno. El niño frunció su carita, pero no lloró. Ni se quejó.

—Así es Juan Bautista, no llora, pero sí hace pucheros y ruiditos —señaló de inmediato Mirta, la esposa de Orlando.

La suegra, agregó también:

—A lo mejor es sordo y mudo el chiquillo...

Pero Tima, muy segura de sí misma, opinó:

—No, no creo que lo sea doña Pilar, este niño no lloró ni cuando salió al mundo —dando además a entender que estaba convencida que era el hijo de Sanjuanita. Luego, pidiendo primero autorización a Mirta, lo desenvolvió con delicadeza y bajando un poco el pañal de tela, lo volteó y miró su espalda.

—Sí, mira Hilitos, ves el triángulo oscuro y perfecto de Juan Bautista, esa marca es única —muchos bebés en la región nacían con esa mancha en la baja espalda, pero un triángulo equilátero perfecto, era, sin dudas, una cosa muy rara— yo se la vi por un momentito al niño de Sanjuanita apenas nació. ¿No te acuerdas Hilitos?

Este último se tardó en contestar, pero apenas se repuso de la gran sorpresa, dijo con sinceridad:

—Sí, ahora me acuerdo, como si lo acabara de ver. El niño tenía esa mancha, pues, eso que ni qué.

Y sacándose el sombrero por primera vez en todo el viaje, lo sostuvo con ambas manos contra su pecho, como en reverencia a algo asombroso.

—Sí, Tima, siempre tuviste razón, no me caben dudas ahora, este niñito es el hijito de Sanjuanita. Alabado sea Dios en toda su gran bondad, Tima, alabado sea el señor que nos ha devuelto a esta criaturita...

Y todo el pequeño grupo permaneció en silencio, dominados en ese momento por esa religiosidad sencilla y sin ambages que caracterizaba a toda la gente rural de Entre Ríos. Así, el día 19 de febrero de 1949, Juan Bautista regresó al seno de quienes serían de ahora en adelante su familia más próxima y sus seres más entrañables, aunque no hubiera lazos de sangre entre ellos.

**DOS HORAS MÁS** tarde partieron con el niño de regreso en el mismo camión que los trajo a Los Palmares. Tima iba arrebolado el rostro de alegría, e Hilitos no podía dejar de mirar a Juan Bautista en brazos de su amiga. De vez en cuando tomaba esos deditos de querubín moreno entre los suyos ásperos y callosos, y sentía un amor especial y diferente que brotaba como un surtidor de agua cristalina en medio del desierto. Todo se había arreglado con facilidad debido a la intercesión de doña Pilar, facilitándose la devolución del niño a quienes eran en la práctica sus seres más cercanos en este mundo, debido a que hacía una semana, Mirta les había confesado a Orlando y a Pilar, con temerosa timidez, pero con inmensa dicha, que estaba embarazada. Tima tanteó el vientre, aparentemente estéril de la mujer, y le dijo:

—Es una niña, y tienes un embrazo ya de cinco meses, aunque no se te nota mucho. Relájate mujer, ten confianza, mira que esta vez tendrás a esa criatura que tú y Orlando han estado esperando por tanto tiempo.

Cuando partieron, Tima e Hilitos no pudieron dejar de notar que de un momento a otro, el vientre de Mirta había brotado como por encanto en toda su rotunda y magnífica redondez, y que

ahora la mujer debía incluso echarse ligeramente hacia atrás, para balancear su cuerpo dominado por una preñez que la acongojada mujer se había negado a aceptar a plenitud hasta ese momento. Orlando permanecía junto a ella, con una expresión igual de seria como aquella con la que aparecía en la foto que le permitió a Tima encontrar a Juan Bautista.

EL NIÑO RECIBIÓ el apellido de Hilitos, y desde entonces pasó a llamarse Juan Bautista Palomares. Esta vez Tima e Hilitos se encargaron de llevar al niño hasta Aracazú para inscribirlo legalmente con ese nombre, y con fecha de nacimiento del cuatro de enero de mil novecientos cuarenta y nueve, señalando su lugar de nacimiento como la isleta de Francisco Junín. De testigos sirvieron dos personas voluntarias que en ese momento se encontraban por otras razones en el registro civil de la capital provincial.

Cuando los flamantes padres adoptivos dijeron la fecha y el lugar de nacimiento de Juan Bautista, el funcionario encargado de completar el certificado de nacimiento, los miró con fija atención, y Tima, adivinando la razón de esa mirada, le aclaró:

—Sí, este niñito vino al mundo junto con las mismas aguas que se llevaron todas nuestras posesiones y a varios seres muy queridos para nosotros.

Y de nuevo no pudo evitar que los ojos se le anegaran de lágrimas. El funcionario movió en forma comprensiva la cabeza de un lado a otro, y no quiso ahondar más en el asunto.

Juan Bautista vivió con Tima e Hilitos, quien a menudo dejaba la isleta para viajar a Paraíso, donde había adquirido una modesta casita a tres cuadras de la playa en el barrio de los pescadores. Unas cuantas veces Hilitos, llevó a Juan Bautista con él y Tima a quedarse en su casita en Paraíso, y el niño corrió alegre por la playa jugueteando con unos perros que vivían libres frente al mar. Desde el primer día que vio el mar, Juan Bautista manifestó:

—Me gusta el agua grande, papá... Sí, me gusta mucho, mamá...

Así los llamaba, como si fueran sus progenitores naturales —aunque le habían explicado que su verdadera madre, Sanjuanita,

estaba de seguro en el cielo con su padre, Efraín— desde que comenzó a hablar. Y luego, desoyendo las protestas de Hilitos y Tima se había lanzado corriendo al mar y había nadado con gran destreza unos cincuenta metros hacia adentro, saliendo con igual facilidad otra vez hacia la orilla.

Juan Bautista había demostrado desde muy pequeño, un amor por el agua y el nado, que impresionaba a todos quienes tuvieran la oportunidad de verlo nadar y zambullirse, y salir a la superficie otra vez y seguir nadando con gran facilidad y rapidez.

Hilitos le comentó a Tima al respecto:

—Pobrecito, yo creo que como tiene su pie todo torcido y camina medio rengueando, en el agua ese niño encuentra la soltura y la movilidad que le faltan en tierra. Nació en las aguas y a ellas de seguro pertenece, este pececito de Dios.

Y Tima había asentido, sin dejar de estar maravillada por esa habilidad natural tan extraordinaria que Juan Bautista manifestaba cada vez que se lanzaba al agua de la laguna, lo que en general ocurría al menos unas cinco veces a lo largo de cada día. En varias ocasiones, cuando la luna estaba llena y brillaba como un plato de argento en el cielo sin estrellas, Juan Bautista se levantaba con sigilo, y pasando junto a Hilitos bien dormido en su hamaca en la habitación que compartían, abandonaba la casa, asegurándose primero de que Tima estuviera igualmente dormida en el cuarto contiguo.

Una vez afuera, el niño de las aguas, el joven que de bebé recién nacido fue bautizado por el llanto encabritado de la naturaleza, respiraba hondo, se desnudaba dejando su ropa en alguna piedra cercana, y se hundía en la laguna plácida sin hacer mayor ruido. Cuando ya estaba como a cien metros de la orilla, nadaba con vigor, haciendo maromas debajo de el agua, surgía desde el fondo con ímpetus, y se entregaba por completo a la experiencia, disfrutando ese baño solitario sin preocuparse en lo más mínimo por las víboras acuáticas, los pejelagartos de afilados dientes ni los numerosos cocodrilos que habitaban en las orillas alrededor de la isleta. Si algún observador casual lo hubiera visto desde la orilla, quizás pensaría que se trataba de una de esas nutrias gigantes de

agua dulce que abundaban en las lagunas y ríos de la región. Nadaba y jugueteaba así por un par de horas y luego volvía al lugar donde había dejado oculta su ropa de dormir, esperaba que la brisa marina lo secara, y luego volvía igual de furtivo de regreso a su hamaca cerca de donde Hilitos roncaba. Sus padres adoptivos jamás se enteraron de esas escapadas que se repitieron durante años, hasta que partió a vivir con Hilitos a Paraíso, para asistir a la escuela secundaria de ese pueblo de pescadores y campesinos.

Los días de inocencia salvaje en aquella hermosa isleta, que fue devastada por un aluvión y luego volvió a la vida con plenas fuerzas, habían llegado a su fin.

## **Sirenito, Paraíso, 1961-1967**

LA CASITA DE Hilitos estaba en las afueras de Paraíso, como a un kilómetro al norte del centro del pueblo, pero a menos de doscientos metros del mar. Pasaba con Hilitos toda la semana yendo a la escuela secundaria pública en Paraíso, y luego tomaba el bus que lo llevaría hasta el pueblito reconstruido en tierra firme frente a la isleta. Allí buscaba el botecito que siempre estaba amarrado a una palma espectacular que crecía junto al agua, y remaba a través de la laguna para encontrarse con Tima, a quien extrañaba sobremanera durante los largos días que permanecía en Paraíso. Su vida en Paraíso estaba solo adornada por sus frecuentes inmersiones en las aguas del mar que no estaba lejos del lugar donde vivían. Pero cuando Tima venía desde la isleta y se quedaba algunos días con sus noches en compañía de su amigo y de Juan Bautista, para estos dos su vida se llenaba de luz y alegría. Tima, quien era una buena cocinera, y preparaba los mariscos y pescados que Hilitos traía a casa luego de vender la mayor parte de su pesca en el mercado del pueblo, con una sazón y en una diversidad de posibilidades culinarias que nunca dejaban de maravillarlos.

A veces Juan Bautista acompañaba a Hilitos a la pesca. Junto con otros dos pescadores que trabajaban con Hilitos, empujaban la larga barcaza de casi ocho metros, que este último había comprado

con la venta de unas reses, hasta el agua, y luego se sentaban a remar con energía hasta avanzar al menos unos doscientos o trescientos metros hacia el mar. Luego, Hilitos le daba instrucciones para izar entre ambos la vela del bote y avanzar así a buena velocidad hacia las zonas marinas donde estaban los mejores arrecifes de coral, y se podía bucear para obtener diversos moluscos que abundaban en las costas cercanas a Paraíso, a pesar de un par de derrames menores de petróleo en el mar cercano. Otras veces, tomaban las redes y salían todo un día y toda una noche de pesca cuando el mar parecía lo suficientemente calmo como para adentrarse unos veinte o treinta kilómetros. Pero Juan Bautista solo acompañaba a Hilitos durante los fines de semana, o durante los viernes por la tarde, puesto que durante el resto de la semana se encontraba bastante ocupado con la escuela. En otras ocasiones acompañaba a Hilitos a la parcelita que arrendaba en las afueras de Paraíso, y donde cultivaba cacao, maíz, papas y otros productos.

A Juan Bautista le maravillaba ver la facilidad y sabiduría con que Hilitos manejaba su pequeña producción agrícola. Y varias veces le preguntó a Hilitos, curioso al respecto:

—Papá, ¿por qué no te dedicas mejor a la tierra? Yo veo que tienes demasiada buena mano para cultivar, como para desperdiciar tu tiempo en la pesca. Mejor envía a los muchachos —se refería a los dos jóvenes pescadores que trabajaban la pesca con Hilitos— con el bote, y tú te dedicas de lleno a trabajar la parcela... ¿Acaso el cacao no te da bastante para que podamos vivir solo de eso?...

—Si mijo, nos da bastante, y sumado a lo que obtenemos en la isleta, con todo eso podríamos vivir bastante decentito creo yo. Pero fíjate, aunque es abundante por aquí, el pescado en el mercado está caro, ya ni digamos los mariscos... Así, en cambio, tenemos un alquito de todo, de todo lo que se necesita para comer bien y variado, pues. Además, el mar me encanta, me gusta sentir la brisa fresca soplando desde el golfo, el agua golpeando los lados del bote y salpicándome en la cara, la espuma que se rompe contra la proa del botecito, el olor de mucha vida, de sal y yodo, de todo eso que sale de esa agua inmensa y cuyo aroma me encanta,

pues... Cuando buceo, tengo la impresión de que viajo a otro mundo, un mundo por allá lejos, más allá de la luna y el sol, un mundo de esos que están por allá donde brillan las estrellitas... Eso me gusta mucho, mi niño, pero mucho, mucho. No me lo perdería ni por nada... Ni siquiera por todas esas maravillas que nos brinda la tierra y el monte, mi Juanito, mi tocapito (así le gustaba llamarlo a menudo, pues era el nombre que ambos compartían)...

Y lo abrazaba por los hombros, apretando la cabeza de Juan Bautista contra un costado de su pecho largo y flaco. El niño sonreía y su rostro moreno oscurecía al sonrojarse de felicidad.

Lo cierto es que después de su casi milagrosa salvación junto con Tima aquella noche en que fueron arrastrados por las aguas enloquecidas y separados de Sanjuanita y su recién nacido, Hilitos sentía una atracción por el mar que bordeaba la morbidez. Unas cuantas veces le había confiado a Tima que en repetidas ocasiones había soñado que moría en el mar:

—No, ahogado no, sino que en el lago que flota sobre el agua del mar, algo así como una balsa, o una barca grande, fea y sucia, como esa en la que vi una vez en el gran puerto de Xanaguas, y que partía del muelle principal llena de hombres rapados y vestidos de presidiarios, rumbo al horrible presidio de Isla Gorda, donde casi todos mueren antes de alcanzar allí los dos o tres años de sus largas sentencias... Sí. Yo he soñado que me voy al fondo del mar arrojado o caído desde la borda de esa barcaza horrible a descansar entre algas, corales, y que allí, en un lugar cubierto de arena suave y que apenas se mueve con la marea del fondo marino, allí me he de quedar para siempre, deshaciéndome poco a poco y volviéndome yo también parte de toda esa belleza oculta debajo de las aguas inmensas del océano.

—Sácate esas ideas absurdas de la cabeza Hilitos —como lo llamaba Tima cuando quería enfatizarle algo que ella consideraba muy serio—, pues tú vas a morir viejito junto a mí... No, de verdad, ya no quiero oírte decir esas sonseras. Nunca más.

EL ASPECTO MENOS grato de la vida de Juan Bautista en Paraíso era la escuela. Al igual que Tima, una vez que había cursado todos los años que ofrecía la modesta escuela primaria que estaba al otro lado de la Laguna de Yamaná, se había tenido que matricular en un colegio más grande en otra ciudad. Y al igual que ella, esta experiencia había resultado poco grata, pero no tanto como para Tima, pues no se trataba de un liceo privado al cual acudían en forma casi exclusiva las niñas y los niños adinerados de Paraíso.

Era un buen alumno, y quizás habría sido el mejor de su clase, si no fuera por su disposición a ser callado y por la evidente timidez que lo hacía sentarse muy atrás intentando pasar lo más desapercibido posible. Para fortuna de Juan Bautista, la mayoría de los estudiantes de ese liceo mixto eran de un origen tan o más modesto que el suyo, de manera que la sencillez de su atuendo no llamaba la atención ni despertaba burlas. Su renguear le impedía destacar en los juegos de béisbol o de fútbol, aunque era espigado, y de gran fuerza, a pesar de su contextura delgada. Durante las clases de educación física, él partía hacia el cuarto con dos estantes llenos de libros en la gran y fresca habitación de adobe encalada de blanco impecable, que servía de biblioteca al liceo. Allí se sentaba y leía con fruición, al igual como había hecho Hilitos durante su breve estadía en la Hacienda de Guanabar, cuando disfrutaba de la enorme colección de libros del doctor Eugenio Amenábar. Un día pidió prestado un libro que le fascinó y que leyó en un par de días durante los recreos en la biblioteca. Lo pidió prestado, y se lo llevó a Hilitos para que lo leyera si así le parecía bien. Hilitos seguía siendo un lector ávido, y conseguía la mayoría de sus libros prestados por Alfredo Martínez, o “el Boticario”, como lo conocían todos. Hilitos tomó con interés el libro de desgastadas tapas de cartón duro en sus manos, y leyó en voz alta el título:

—*El viejo y el mar...* Huuummm, parece interesante, parece muy interesante Juanito... Gracias.

Y al mirar con más atención el desvaído dibujo de la portada, vio a un hombre de pelo canoso y larga barba blanca remando un botecito que en apariencia arrastraba algo pesado atrapado por una

línea gruesa de pesca que se sumergía en el agua. Al mirar con más atención aún, vio que entre las olas y la espuma donde se hundía en el mar la línea que arrastraba el botecito del viejo, se asomaba la aleta dorsal y la cola de un pez muy grande.

—Ahhh, mira, es un pez espada tocayito... Sí, ese pez me recuerda uno grande, bueno no tan grande como el que parece que arrastra ese señor, que tú y yo pescamos el año pasado cuando fuimos a echarles línea a los tiburones... Y a lo mejor así como ese señor me veo yo cuando regreso de la pesca solo... Bueno, quizás no tan viejo, pero de seguro al cabo de algunos años ya me veré parecido a él...

Y luego de dejar el libro sobre la mesa en que cocinaban y comían en la cocina, se quitó el sombrero café de fieltro, que ya era parte de su atuendo permanente, y se pasó la mano por entre su cabello corto que ya empezaba a encanecer.

EN GENERAL JUAN Bautista desarrolló pocas amistades en su primer año en el liceo. Pero todo comenzaría a cambiar en forma inesperada poco después de iniciar las clases de su segundo año en el establecimiento. Dos meses luego de comenzadas las clases el liceo se engalanó lo mejor que pudo. La semana anterior enviaron una nota dictada a todas las alumnas y todos los alumnos informando a los padres y apoderados que vendría el señor gobernador con su distinguida esposa desde La Divina Providencia de Aracazú, y que visitarían el liceo durante una hora, para luego ir en solemne cortejo rumbo al muelle mayor de Paraíso a dejar unas ofrendas florales en memoria de un grupo de pescadores que nunca había regresado de la mar una tarde en que se levantó una inesperada tormenta en la costa de Entre Ríos. Les pedían de forma encarecida que vistieran con sus mejores ropas a las niñas y los niños, y que los enviaran con sus delantales blancos lo más impecables posible.

El día de la visita del gobernador y su esposa, Juan Bautista estaba en el coro del liceo, al frente del contingente de muchachitas y muchachitos que se formaron ante un estrado elevado, adornado con muchas flores, la bandera nacional ondeando en la brisa de la mañana, y en el cual se sentaron el gobernador, su esposa,

su comitiva y la directora del colegio y algunos profesores y profesoras seleccionados para integrar la mesa de recepción en esa ocasión tan especial. Luego de izar la bandera mientras el coro entonaba el himno nacional, vinieron los largos discursos debajo del sol. Más de un estudiante cabeceó adormecido, o sintió que se le aflojaban las piernas por el calor y la monotonía del evento. Después marcharon en una gruesa fila de ocho estudiantes por casi cien, caminando lento tras del amplio vehículo negro descapotado que transportaba al gobernador, su esposa y algunos miembros de su comitiva. A la cabeza de la comitiva escolar, que precedía a los contingentes de otras cinco escuelas y colegios públicos, caminaban los cincuenta profesores y profesoras del liceo, y enseguida venía el coro que de nuevo entonaría una despedida fúnebre en el muelle desde donde se arrojarían las grandes guirnaldas de flores conmemorando el primer aniversario luctuoso del triste fallecimiento de los veinte pescadores que perecieron en el mar.

Hubo otros breves discursos y la distinguida esposa del gobernador se agachó sobre la barandilla baja al final del muelle para arrojar la primera guirnalda. La más pequeña, pero también la más hermosa, hecha de numerosas rosas rojas apretadas en gruesas trenzas verdes y cárdenas que formaban una especie de herradura grande de flores. La señora, una mujer distinguida, pero algo entrada en carnes, tomó con facilidad esa guirnalda que no pesaba ni medio kilo, y se agachó un poco apoyándose contra la barandilla y se dispuso a arrojarla al mar mecido por olas casi imperceptibles. En el momento en que estiró sus brazos para tirar la ofrenda, su collar de perlas de tres colores combinadas con cuentas de oro y trocitos de coral rojo tallados a mano por algunos de los mejores orfebres del barrio de los artesanos en Santa Fe de Arcadia, la capital del país, se atascó con una de las ramitas que sobresalían de la guirnalda. El jalón arrastró el collar entero que pasó por la cabeza de la sorprendida dama. Cayendo al mar junto con la guirnalda. Hubo un grito colectivo y luego un gran silencio, mientras la esposa del gobernador irrumpía en llanto y gritaba, asomándose con osadía por sobre la baranda:

—¡Ayyy Virgen Santa, mi collar, ese collar es recuerdo de mi madre!... ¡Humberto por favor, que hagan algo, por favor!

El gobernador, Humberto Solís de Alba, corrió con agilidad insospechada junto a su esposa, a pesar de su ponderosa figura, y asomándose por encima de la baranda de hierro, alcanzó a ver como el collar que se mecía debajo del agua aún prendido de la ramita que lo arrastró, se despegaba y haciendo un movimiento oscilante se hundía de a poco en las profundidades bajo el muelle. Un par de policías municipales estuvieron tentados de brincar al agua tras el collar, pero ambos recordaron que el muelle estaba construido sobre un promontorio de roca sólida que se internaba en la bahía, pero que medio metro más allá de ese basamento, comenzaba una hollada profunda que en algunos puntos alcanzaba con facilidad los treinta metros. Además, en los costados escarpados de ese basamento sumergido, habitaban enormes mantarrayas, morenas que alcanzaban hasta los dos metros, y solían frecuentar el lugar tiburones y barracudas atraídas por las vísceras y otros restos que los pescadores solían arrojar al lugar mientras faenaban parte de su pesca que vendían allí mismo en el muelle, a quienes se arribaban en la madrugada o en la tarde, a esperarlos de regreso de sus faenas de pesca. Nadie solía bañarse o nadar en ese lugar, y no eran pocas las voces en Paraíso que se habían levantado para pedir que el muelle fuera trasladado a una zona de la bahía menos profunda y peligrosa. Pero puesto que pesados navíos, en su mayoría propiedad de las compañías petroleras que operaban en la región, necesitaban de esas aguas relativamente profundas para atracar, las quejas de los ciudadanos, y las promesas de los políticos locales, nunca pasaban de ser palabras fuertes que muy pronto se las llevaba el viento.

Un grupo de personas cada vez más numeroso se arremolinó alrededor de la angustiada esposa del gobernador y de su marido que no dejaban de gesticular y pedir ayuda junto al borde del muelle por donde había desaparecido el famoso collar. Algunos salieron corriendo a buscar algún buzo que con traje apropiado se atreviera a explorar la hollada submarina para intentar localizar la joya perdida. Pero de pronto, entre los curiosos e inútiles ayudantes del

governador que intentaban dar algùn curso inteligente a la situacìon para intentar retomar el protocolo de la ceremonia, se abrió paso Juan Bautista. Se quitó su camisa muy blanca, los zapatos —mostrando su pie deforme— y antes de que nadie pudiera impedirselo, saltó de cabeza al agua oscura junto al muelle. Se vio su sombra huidiza desaparecer entre las aguas verde oscuras. El grupo del gobernador, su esposa, su comitiva, el alcalde y otras autoridades de Paraíso, se apoyaron contra la balaustrada de hierro, para ver el insólito espectáculo de ese niño de doce años desapareciendo en el mar como un pez de las profundidades. Transcurrieron dos minutos, y la cabeza de Juan Bautista irrumpió con sonoridad del agua, y luego de que el niño aspirara una gran bocanada de aire volvió a desaparecer debajo del muelle. Otros dos minutos pasaron, y otra vez la misma escena.

Alguien gritó:

—¡Que baje alguien por la escalerilla y lo detenga! ¡Es apenas un niño!

En la tercera ocasiòn en que Juanito reapareció bufando a la superficie, un pescador que se había arrimado con su bote, intentó tomarlo por los hombros y levantarlo a la fuerza al bote. Pero el gesto de bondad del hombre fue inútil, pues el niño se escurrió de entre sus manos, nadó debajo del bote con increíble ductilidad, y a un par de metros de distancia, respiró profundo otra vez y volvió a internarse con rapidez en el mar. El pescador se volvió hacia el otro lado e intentó acercarse con un golpe de remo a Juan Bautista, pero ya era muy tarde.

—¡Parece una nutria este chiquillo bandido! —exclamó casi gritando con frustraciòn el pescador, quien era amigo de Hilitos y había observado a la distancia lo que sucedía en el muelle, y quería a toda costa impedir que el hijo de su amigo pereciera en ese lugar de aguas tan sombrías como traicioneras.

Un periodista que acompañaba al gobernador, y que era un hombre gordo, enorme y de voz estentórea, oyó el grito de frustraciòn del pescador, y respondió de inmediato:

—No, no parece una nutria, hombre... ¡Parece un sirenito!

Y, sin quererlo, esa fue su contribución más notable al acervo cultural de Entre Ríos.

Muchos murmullos y voces más agitadas se alzaron y empezaron a comentar el suceso que se desenvolvía ante los ojos atónitos de todo el numeroso contingente humano del muelle, ahora agolpado cerca de la baranda, empujándose los unos a los otros, intentando mirar por encima de las otras cabezas, y a codazos luchando por tener la mejor vista posible del evento. La multitud agolpada sobre la balaustrada hizo crujir la estructura de tubos que la formaban, y algunos se echaron hacia atrás atemorizados, pero la gran mayoría no le prestó atención al asunto y seguía hipnotizada con lo que ocurría abajo. La cabecita negra con sus cabellos rizados pegados contra la nuca de Juan Bautista volvió a asomarse, y un murmullo de emoción y alivio se alzó entre los observadores. Pero el murmullo se convirtió en un rumor fuerte cuando la cabeza del niño volvió a sumergirse luego de una gran inhalación de aire. El pescador que aún deseaba alzarlo fuera del mar, se acercó con un golpe fuerte de remo aplicado por la parte trasera de su embarcación, pero de nuevo fue muy tarde. El hombre comenzó a sacarse las ropas para lanzarse al agua en persecución del esquivo buceador.

Alguien gritó:

—¡Déjalo! ¡Déjalo al sirenito que de seguro nada mucho mejor que tú viejo metiche!

Pero el hombre siguió liberándose del mayor peso muerto posible. Estaba en proceso de sacarse las pesadas botas de hule, cuando Juan Bautista reapareció a unos metros del bote del pescador y luego de respirar con ansiedad, alzó su mano derecha fuera del agua, y todos pudieron ver el collar que brillaba como una sarta de gotas de rocío a la luz del sol sofocante que dominaba el cielo sin nubes a la vista. La esposa del gobernador se abrazó a este y comenzó a sollozar en forma ostensible.

DOS SEMANAS DESPUÉS del incidente en el muelle, Hilitos se encontraba bajando unos cocos de las numerosas palmeras que crecían en el patio delantero de su casa, cuando vio llegar en medio

de una nube de polvo un jeep Willis, de esos de la segunda guerra mundial, y el hombre que venía junto al chofer se bajó casi corriendo desde su lado sin portezuela. Venía cubierto de polvo, pero de una gran bolsa de lona sacó un paquete envuelto en papel de regalo, y con una tarjetita que rezaba:

“Del gobernador y su esposa para el Sirenito”.

—¿Para el Sirenito? —preguntó Hilitos con una ligera sonrisa cuando lo pusieron sobre la mesa.

—Así me dicen ahora todos en el pueblo, papá —respondió el Sirenito, doblando con prolijidad el papel de regalo adornado de flores y ositos que danzaban entre ellas.

Dentro de la gran caja de cartón igualmente decorada, encontraron una plancha de madera de nogal con una placa de metal dorado sobre esta, en la que se podía leer:

“Con gratitud para Juan Bautista Palomares, El Sirenito, del señor gobernador don Humberto Solís de Alba y su señora doña Graciela Valdés de Solís, por su heroico acto del día 10 de marzo de 1962”.

Y así, siguiendo la simple pero invencible dinámica del rumor, Juan Bautista Palomares dejó de llamarse así en la práctica, y desde ese momento todos empezaron a llamarlo Sirenito en la zona costera de Entre Ríos.

Comenzó a hacerse popular en Paraíso, y la gente lo saludaba en forma espontánea con su nuevo apodo al verlo pasar. En la escuela se hizo más popular, pero aunque eran muchos los muchachos que deseaban frecuentarlo, él se mantenía algo aparte, estableciendo solo un vínculo más estrecho con un par de compañeros a los que casi nadie más prestaba mayor atención. Uno era un chico jumano bajito y muy serio, cuyos padres habían muerto durante el aluvión que se había llevado también a su madre biológica, y que fuera adoptado por una familia adinerada de Paraíso que lo trataba con amor genuino, y que no hacían la menor distinción entre él y sus hijos e hijas naturales. Pero el niño era callado y tímido al igual que Sirenito, y solían irse juntos caminando por la costa hasta llegar a unas pequeñas bahías a unos diez kilómetros de Paraíso que

casi nadie frecuentaba. Allí se desprendían de sus ropas y corrían al mar. Y aunque el nuevo amigo de Sirenito no podía igualarse a este en pericia y energía para nadar, ambos disfrutaban adentrándose hasta quinientos metros de la playa mar adentro, cuando no había olas ni vientos fuertes. El otro amigo nuevo de Sirenito, y que a veces se les unía en sus correrías por las playas, o por las lagunas costeras cercanas, era un chiquillo alto, muy delgado, y que agachaba la cabeza medio encorvado cuando caminaba, como si estuviera marchando contra un viento fuerte que solo él podía sentir. Era un muchacho nervioso y alegre, y cuyo buen ánimo y espíritu optimista contrastaba con esa contextura casi esmirriada de huesos protuberantes que poseía. Desde los tres años había comenzado a sufrir de repentinas ausencias que duraban largos minutos, y después empezó a tener convulsiones que lo dejaban extenuado y postrado a veces por varios días. Sus padres no sabían cuál era el mal que aquejaba al niño, hasta que un médico que llegó desde la capital provincial a dar una semana de consultas gratis en Paraíso como parte de una campaña nacional de vacunación y prevención, le diagnosticó epilepsia.

El niño jumano, a quien sus padres adoptivos habían bautizado como Enrique, poseía un carácter irritable que a menudo lo empujaba a enfrentamientos a golpes con otros compañeros del liceo al que asistía, o con muchachos de otros establecimientos escolares de Paraíso. En más de una ocasión Sirenito intervino para detener algún pleito que amenazaba con dejar a alguno de los chiquillos involucrados con la nariz rota o un ojo ennegrecido. El prestigio de Sirenito contribuía en esas ocasiones a facilitar su rol de mediador entre su combativo amigo Enrique, y otros quienes lo veían pequeño y tímido, y se equivocaban pensando que no se atrevería a liarse a golpes con ellos.

En general, los buenos oficios de Sirenito eran suficientes para aplacar los ánimos, hasta que llegó, por supuesto, un día en que su pacífica disposición no fue suficiente. Dos años después del suceso del muelle, Sirenito, Enrique y el infaltable Ricardo –quien había mejorado mucho de sus ataques de epilepsia y no se despegaba

casi nunca de sus amigos— caminaban por la carretera desde Paraíso a la casa de Hilitos. Ricardo y Enrique habían pedido permiso a sus padres para quedarse con Sirenito, Hilitos y Tima quien estaba de visita. No habían avanzado mucho, cuando fueron abordados por un grupo de al menos diez muchachos de un barrio de Paraíso donde existía una pandilla que detestaba a los chicos del liceo de Sirenito. Salieron algunos desde unos arbustos cercanos y se pararon amenazantes frente a los tres amigos que los miraban desconcertados. Cuando se dieron vuelta pensando quizás en poner pies en polvorosa, descubrieron que estaban rodeados.

La pandilla que los tenía rodeados mirándolos con ojos duros y puños cerrados venía del barrio más duro de Paraíso; de allí donde se concentraban los bares y prostíbulos del puerto y donde las casuchas estaban construidas, o mejor dicho amontonadas, con latas oxidadas, cartones, tablas semipodridas recogidas la mayoría en las playas donde eran arrojadas por el mar, llantas descartadas de los camiones petroleros, toda clase de tubos y varas de hierros dejadas en chatarrales cerca de áreas de operación petrolera e innumerables otros desperdicios humanos y naturales; allí había un gran contingente de niños y jóvenes sumidos en un presente de privaciones y frustración, y con escasas posibilidades futuras. Sirenito y sus amigos eran pobres, pero era una pobreza que poseía ciertos atisbos de dignidad y esperanza, que hacía tiempo se había esfumado entre los habitantes del “barrio de la escarola”, como era conocido en Paraíso y sus alrededores.

—Tú, sí tú, el de la pata chueca, ¿acaso no eres ese tontito que casi se mata buceando para recuperar el collar de la vieja esa, la esposa del gobernador?

Sirenito permaneció callado y sus dos amigos cerraron filas junto a él, como si de alguna forma su especial amigo pudiera brindarles una mágica protección en su apremio. Sirenito pudo sentir incluso el cuerpo del valeroso Enrique temblando ligeramente bajo su camisa de hilo blanco. Ricardo por una vez había levantado la cabeza e intentaba estirarse lo más posible, enderezando su espalda encorvada.

Los muchachos de la llamada “banda de la masilla” se empezaron a acercar. Con alivio, Sirenito y sus amigos pudieron comprobar que no portaban cuchillas, hierros, palos, piedras o ningún otro objeto punzocortante en sus manos. Tampoco traían ahora sus puños cerrados y el cabecilla parecía haber depuesto por un momento su actitud hostil, y aunque se acercaba con ese bamboleo propio de los chicos malos del pueblo, había más bien un gesto juaguetón en su rostro. La cara del aguerrido muchacho estaba menos tensa y sus ojos no expresaban esa rabia que una vez Sirenito había apreciado cuando vio una gran trifulca a la salida de su liceo entre un grupo como de cincuenta alumnos, contra apenas una docena de miembros de la “banda de la masilla”, liderados por ese muchacho de mediana estatura, pero de formidable contextura. Lo vio recibir numerosos golpes en su rostro y cuerpo, y lo vio revolverse como una fiera, devolviendo golpe por golpe, y usando sus pies en forma magistral, hasta el punto que luego de unos diez minutos se hizo un círculo cada vez más amplio a su alrededor y nadie del liceo se atrevía a acercarse a Güiro, que era el único apelativo con que todo el mundo lo conocía y lo llamaba. Al final salió la directora acompañada de algunos profesores y del personal de limpieza del colegio, y la pelea se detuvo; los alumnos regresaron al interior del establecimiento escolar, y el grupo de pandilleros se dispersó y desapareció por una calle cercana.

Cuando Güiro estuvo a dos pasos de Sirenito, y este último podía ver de cerca y con claridad los ojos rasgados y verdes del pandillero, algo inesperado ocurrió. El Güiro se limpió la mano derecha que traía cubierta de lodo seco contra su pantalón astroso, y se la extendió a Sirenito con una amplia sonrisa que de pronto hizo que su rostro pareciera apenas el de un niño atrapado en un cuerpo de hombre bien desarrollado y adulto en apariencia.

—Hace tiempo que quería conocerte, y no por ser el tonto útil que recuperó el collar de la vieja esa, sino porque me han dicho que eres el mejor nadador de por estos lados... Mi papá, que en paz descansa, era no solo el mejor pescador de por aquí, sino que también era el mejor nadador que yo haya conocido, antes de que

se nos fuera en la tormenta aquella en que murieron muchos otros compañeros del mar...

Güiro se refería a la veintena de pobres pescadores que habían sido tragados por las aguas tumultuosas durante la tempestad cuyas víctimas el gobernador había venido a conmemorar.

Ese fue el comienzo de una buena amistad entre esos dos jóvenes de disposición tan diferente, pero unidos por el mismo amor reverencial hacia aquel mar que lamía en forma incesante las costas de la región, y que era el sustento abundante, pero peligroso, de tantos miles de familias regadas frente a las interminables playas de Entre Ríos.

Los tres amigos retomaron su camino a la casa de Sirenito. Llegaron cansados por el calor tórrido que había campeado en Entre Ríos desde muy temprano, y también emocionalmente exhaustos después de su experiencia con la “banda de la masilla” y su peculiar líder. Hilitos los recibió con una opípara cena de pescado asado, yuca, arroz y plátanos fritos, pero eso no hizo más que precipitar en ellos la urgencia de retirarse cuanto antes a sus respectivas hamacas para dormir. Eran apenas las ocho y media de la noche, cuando se precipitaron hechos que marcarían la vida de Sirenito mucho más de lo que ninguno de los presentes pudiera prever en ese momento.

El primero en abrir los ojos fue Enrique, quien tenía un sueño muy ligero, y solía despertarse varias veces todas las noches, excepto en aquellas en que ni siquiera se escuchaba un ladrido distante, o un vehículo motorizado pasar cerca. Bien despierto, como si hubiera estado ya en vigilia durante varias horas, Enrique se sentó en la hamaca y posó sus pies desnudos sobre la fría losa de cemento que el mismo Hilitos había aplicado al piso original de tierra bruta de la casita. En la hamaca cercana a la suya, vio el cuerpo de Ricardo retorciéndose en la hamaca como una anguila atrapada en una atarraya. Saltó al suelo y corrió al otro dormitorio donde Sirenito dormía cerca de Hilitos. Tratando de no despertar al hombre, sacudió en silencio a su amigo, hasta que este se despertó alarmado mirándolo con ojos muy grandes y abiertos a pesar de los párpados hinchados por la somnolencia. Enrique se puso un

dedo sobre los labios y tomando a Sirenito de un brazo, lo condujo trastabillando hasta la hamaca donde yacía contorsionándose el cuerpo de Ricardo. Tratando de hacer el menor ruido posible, se pusieron de manera frenética a tratar de desenredar a Ricardo de la malla que lo atrapaba cada vez más. Sin poder lograrlo, Sirenito dio un par de brincos hasta la cocina y regresó con un afilado cuchillo que Hilitos empleaba para faenar los pescados y abrir los diversos moluscos bivalvos que traía a casa.

—Sostenlo por debajo, mientras yo corto las cuerdas y la hamaca —le pidió a Enrique.

Su amigo se colocó por debajo de rodillas y colocó sus brazos debajo del cuerpo agitado de Ricardo, como quien se apresta a recibir un bebé caído del cielo en sus brazos. Una vez que tuvieron a su amigo tendido removiéndose sobre el cemento del piso, Sirenito cortó lo que pudo de la hamaca hasta que pudieron liberar a Ricardo, y entre los dos lo sostuvieron quieto de los pies y del pecho. Ambos conocían del problema de salud de Ricardo, pero hasta ahora nunca habían presenciado uno de sus ataques convulsivos. La saliva se agolpaba como espuma en su boca y desde allí brotaba como si su interior hirviera. Los ojos estaban volcados hacia atrás, y solo podía ver el blanco. La escena se desenvolvía en la habitación en semipenumbra, apenas iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana de la cocina y llegaba de manera muy débil hasta ellos. A pesar del dramatismo del momento, tanto Sirenito como Enrique vivían la experiencia como si se tratara de un mal sueño. En esa atmósfera de irrealidad, Sirenito se dejó llevar por instintos que llevaba encerrados en su ser quizás desde siempre, y que ahora afloraban guiándolo con gran precisión en sus pensamientos y en sus actos. Tomó un trozo de cuerda con la que había estado amarrada la hamaca de Ricardo y la cortó en un pedazo más corto de unos quince centímetros. Y con esas mismas manos y brazos delgados pero poderosos con los que se abría paso en el mar al igual que una criatura acuática, apartó la quijada de su amigo, quien apretaba los dientes y los hacía rechinar, y le pidió a Enrique que introdujera el pedazo de cordel en la boca abierta de Ricardo.

Se aprestaba a tomar entre sus manos la cabeza de Ricardo que no cesaba de brincar mientras Enrique había vuelto a tomar los pies del convulso para impedir que siguiera pateando, cuando en el dintel de la puerta apareció Hilitos con una lámpara de querosén encendida que iluminó la escena. Sirenito ni siquiera se volteó para mirar a su padre, y apresó la cabeza saltona de Ricardo y con sus palmas y dedos extendidos empezó a masajearla con lentitud pero al mismo tiempo con fuerzas. Hilitos acercó la lámpara y se colocó agachado junto a su hijo, esperando alguna instrucción de este último, y tratando de descubrir qué es lo que Juan Bautista estaba tratando de hacer o lograr con ese extraño masaje aplicado con tanta energía y determinación al cráneo de Ricardo. Bajo la claridad de la luz más próxima, Hilitos pudo percibir –aunque le costaba dar crédito de ello– que los huesos de la cabeza del pobre muchacho epiléptico se movían un poco bajo la presión de las manos de Hilitos, y si su mente o su audición no lo engañaban, le pareció escuchar unos leves crujidos parecidos a los de hojas secas partiéndose de bajo de los pasos contenidos de un caminante furtivo. Poco a poco, las contorsiones disminuyeron, los ojos de Ricardo volvieron a su posición normal y luego se cerraron, al parecer en un sueño tan apacible como profundo, mientras las piernas dejaban de agitarse y las convulsiones se iban apagando hasta cesar por completo. Ricardo pareció entrar en un trance similar al de un coma inducido, y su pecho apenas se elevaba y bajaba al ritmo de una respiración apenas perceptible. Su rostro estaba en paz absoluta, y sus facciones le parecieron a Hilitos las de un niño muy pequeño dormido luego de haber sido amamantado por el seno materno. Por un breve momento, tuvo algo de envidia de esa paz y deseó volver a ser un niño de pecho, mecido en los brazos de su madre, de quien apenas podía recordar sus facciones, excepto por los labios gruesos adornados por un discreto lunar junto a la nariz.

Entre los tres alzaron a Ricardo y volvieron a acostarlo en otra hamaca que Hilitos había guindado para el muchacho, quien esta vez fue colocado a dormir su placentero sueño en la habitación donde Sirenito y su padre estaban. Después de abrazarse

sudorosos celebrando con agotada alegría, la extraña pacificación del chiquillo epiléptico lograda por Sirenito, se tomaron una tizana de hierbas que Tima les había dejado “para el buen dormir”, y se desplomaron extenuados en sus respectivas hamacas, sin hacer mayores comentarios antes de acostarse.

La mañana del día siguiente se abrió paso levantándose desde el horizonte marino con una luz gloriosa que se desparramó como miel sobre Entre Ríos. Había llovido un par de horas antes de amanecer, y el aire estaba húmedo y al olor marino de la playa se le agregaba ahora el de la tierra fértil secándose al contacto de los rayos solares matinales.

Sirenito se levantó muy temprano, y encontró a Hilitos preparando ya sus aperos para salir de pesca en una hora más.

—Lo que hiciste anoche tocayito fue increíble... —dijo Hilitos dejando la frase en suspenso esperando alguna explicación de su hijo. Pero como este callaba bebiendo de a sorbitos una taza de café que humeaba con alegría, agregó:

—Si parece que hasta el mismo arcángel Gabrielito que tenemos puesto allá en el altar en la isleta, se te hubiera metido en el cuerpo para darte poderes especiales.

Sirenito encogió los hombros y rio un poco:

—Pues quién sabe papá... Ni yo mismo entiendo. Mire, nada más sentí que debía hacer lo que hice, y casi sin pensarlo ni quererlo, las cosas resultaron para bien.

Y así, con esa naturalidad con que Hilitos había aceptado que Juan Bautista nunca había llorado, ni siquiera cuando era un bebé muy chiquito, aceptó ahora la no explicación de Sirenito, cuya vida, después de ese extraño acontecimiento, no volvería nunca más a ser la de un niño común y corriente. Para sus adentros, el campesino pescador pensó:

—Este Juanito lo que tiene es un corazón puro, un corazón sin mancha, un corazón tan limpio que dentro de él la luz de arriba se anidó como el colibrí arcoiris anida su fulgor en lo alto de la ceiba.

**PASARON LOS AÑOS** y llegó mil novecientos sesenta y siete cabalgando a lomos de un tiempo que pareció irse con tanta premura como aquella con la que había llegado: Sirenito terminó su liceo, pero al igual que su padre y su madre, se negó a partir lejos a una escuela técnica o una universidad de provincia donde habría podido quizás llegar a ser un médico, un abogado o un profesor, engrosando así las filas de una clase media baja que cada año era más numerosa en toda la República Independiente de Panguera. Siguió en cambio los pasos de Hilitos, y se convirtió en un excelso pescador y en un dedicado agricultor. Pero sería su creciente fama de curandero la que al final determinaría el camino futuro de este joven.

## **Joe Carter, Lockhart, 1900-1936**

**HABÍA NACIDO AL** despuntar el siglo –en 1900– en un pequeño pueblito en el centro de Texas. Ya en 1925, Lockhart había duplicado su población, especialmente con refugiados mexicanos que subían desde el norte de México huyendo de los rigores, la violencia y el caos que reinó en ese país durante la revolución que se extendió desde 1910 hasta 1921. En un poco más de una década, el pueblito, fundado por Byrd Lockhart, el primer blanco anglosajón en poner un pie en la región en 1815 cuando ese territorio era aún parte de México, había pasado de tener una población de apenas doscientas almas, a casi dos mil. El problema, es que ahora, los habitantes mexicanos, o de origen mexicano, triplicaban a la población blanca que había fundado el pequeño asentamiento. De cincuenta individuos en 1910, la población de origen mexicano había ascendido a mil quinientos en 1921, mientras los anglosajones apenas llegaban a los quinientos. En sí mismo esto no hubiera sido un gran problema, pues los hombres de origen mexicano solían ser grandes vaqueros y arduos trabajadores rurales, mientras las mujeres podían proveer toda clase de servicios domésticos de gran utilidad. El problema comenzó cuando algunos de los mexicanos que habían traído consigo algo de dinero rescatado de la devastación que asoló a México durante una década, permitiéndole, no

obstante, su difícil ingreso a la modernización económica, social y política que inauguró la revolución, comenzaron a comprar algunos terrenos baldíos al gobierno federal. Pero para agregar insulto a esta injuria, hubo mexicanos que se atrevieron a introducir ganado con bastante éxito en sus nuevos ranchos, produciendo carne que con frecuencia era mejor y más barata que la de los rancheros blancos. Esto generó no solo resentimiento entre quienes se consideraban legítimos dueños de Lockhart y de sus alrededores que configuraban el llamado Caldwell County, sino que alimentó, además, el temor de los “beaners” (frijoleros) o “wetbacks” (espaldas mojadas), como solían llamarles, se apoderarían tarde o temprano de todas las mejores tierras.

Ansel Carter, el padre de Joe Carter, fue elegido alcalde del condado en 1912. Joe Carter acababa de cumplir los ocho años cuando su padre pasó a ser la máxima autoridad política de Caldwell County. Ya era de todas formas el hombre más rico del condado, pues no solo poseía más tierras y ganado que todos los otros rancheros juntos, sino que tenía la única tienda de ferretería (hardware store) y de materiales de construcción y de utensilios agrícolas y ganaderos de Lockhart. En los años siguientes, sería, además, dueño de la mayor tienda de abarrotes y el mejor restaurante de carnes asadas (que con los años le daría su renombre a Lockhart, como The Barbecue Capital of Texas – La capital de la barbacoa tejana). Su posición de liderazgo en todos los ámbitos principales de la vida de los pobladores blancos de Caldwell County, lo convertiría obviamente en el dirigente de la campaña para erradicar a los mexicanos de mayor poder económico de Lockhart y sus alrededores.

Una noche cálida de verano en que el niño Joe Carter no podía conciliar el sueño y se giraba cada diez minutos en su cama procurando infructuosamente deslizarse hacia la inconsciencia y el reposo nocturno, escuchó el ruido de los motores de numerosos carruajes de caballos grandes y uno que otro automóvil motorizado de los primeros que aparecían en la época. Se asomó por su ventana en el segundo piso de la hermosa y amplia casa de madera que su padre había heredado de su propio padre, y este último

del suyo, e intentó descubrir en la oscuridad qué es lo que estaba ocurriendo. Pero no había luna y el cielo estaba cubierto de nubes pasajeras que oscurecían aún más esa noche. Salió al pasillo con sus pantuflas y sin bata, pues era una noche tórrida y húmeda, de esas que son frecuentes en las noches veraniegas de Texas. Avanzó por el largo pasillo que pasaba ante las habitaciones de sus dos hermanas mayores y la de su hermano menor de solo cuatro años posando sus pies con delicadeza sobre las tablas del piso de madera que rechinaban en forma apenas audible. El pasillo terminaba en un ventanal grande hecho de dos puertas amplias que se podían abrir para salir a un balconcito techado, en el cual sus padres solían beber té y comer algo liviano a las cinco de la tarde casi todos los días de verano. Su preferencia por ese balcón era su frescor en las tardes, al ser suavemente acariciado por una brisa vespertina que soplaba la mayor parte del verano al ir cayendo la tarde. Además, el cielo se adornaba con unos atardeceres dramáticos, cuya belleza contrastaba con las tierras semiáridas y la naturaleza agreste y salvaje de Texas. Luego del té y una conversación casual pero animada con su madre y uno que otro visitante, circunstancia que se les unía al atardecer para gozar de la hospitalidad famosa de Ansel Carter y su familia, su padre extraía un gran habano de una caja importada de Cuba y adquirida cada cierto tiempo en Dallas, San Antonio o Houston, y luego de ofrecer un puro a cualquier huésped masculino presente, encendía el suyo con maestría y se lo fumaba con obvia delectación.

–There aint nothing like a good cigar, a nice glass of cognac, and the appropriate company to enjoy our wonderful sunsets here in Lockhart, my dear friend (no hay nada como un buen puro, un vaso de cognac y la compañía apropiada, para gozar un maravilloso atardecer aquí en Lockhart) –solía decir su padre mientras se soltaba un poco el cinturón y aspiraba su puro y luego dejaba escapar el humo en aros y volutas perfectas, expelidas con la experiencia de años de fumador empedernido.

Joe abrió con sumo cuidado las puertas-ventanales que daban al balconcito, y apretó los dientes cuando los goznes y las viejas maderas

de nogal rechinaron un poco. Por ello las abrió justo lo necesario como para deslizar su cuerpo delgado de niño y pasar al balcón. Un olor persistente a tabaco fino aromatizaba aún el lugar. A Joe le gustaba ese olor, y aunque nunca sería aficionado a los puros, siempre recordaría con nostalgia ese aroma pungente que tantos detestaban. Cada vez que su padre encendía uno de esos cherutos, la madre de Joe se alejaba con discreción amparada en cualquier pretexto. Su padre lo sabía, y fingía creer en esos pretextos, pues así era como manejaban su relación, con mutua tolerancia y un cierto desapego amistoso cuyas raíces y génesis Joe nunca entendió, ni tampoco les preguntó al respecto, puesto que todos lo aceptaban como un hecho natural que no requería explicación ni justificación.

Otra gran virtud del balcón en el segundo piso era la vista magnífica que yacía al frente de este mirador. La casa estaba construida al tope de una colinita suave, y desde la altura del balcón la estepa verde y parda de esa parte de Texas, se extendía hasta desaparecer en el vasto horizonte que distingue a esta región. A pesar de la noche tan oscura, Joe alcanzó a distinguir bien las luces de los autos, las antorchas y las lámparas de aceite que se movían al parecer sin ton ni son cerca de donde estaba el enorme granero rojo que fue construido por su bisabuelo poco tiempo después de finalizada la casa del rancho. Eso le llamó la atención, pues desde hacía un par de meses el granero estaba casi vacío —a excepción de un poco de pienso para los caballos que se almacenaba allí— ya que las cosechas de trigo, cebada, maíz y avena que se daban en abundancia en las tierras cerca del río y que tenían riego todo el año, habían sido vendidas en su totalidad.

—¿Por qué entonces todo ese revuelo a la una de la mañana?  
—se preguntaba Joe.

Siguió mirando hasta que las luces desaparecieron en su totalidad dentro del granero que se iluminó de pronto a través de las rendijas, como si estuviera en llamas en su interior. Retornó sigilosamente a su cuarto con una decisión temeraria en su mente de niño. Al fin y al cabo ya tenía trece años bien cumplidos, y se sentía todo un hombrecito. Se vistió con nerviosa deliberación,

colocándose su camisa delgada de algodón, unos pantalones de mezclilla que tenían un par de remiendos, sus botas casi nuevas que le regalaron para su reciente cumpleaños y, por último, se caló su infaltable sombrero negro con un badana roja que terminaba al frente en un botón de oro que era su orgullo. Volvió a quitarse las botas cuando comprendió que sería muy ruidoso bajar las escaleras con ellas. Cargándolas en las manos se dirigió otra vez al pasillo y bajó de puntillas peldaño tras peldaño de la escalera de madera, haciendo poco ruido gracias a la alfombra verde que la cubría desde el rellano de la entrada hasta el segundo piso.

Cuando salió por fin al aire libre, respiró profundo para relajar sus nervios, y el aire ya más fresco de la noche llenó sus pulmones procurándole placer y una sensación repentina de libertad, que fue acompañada de un escalofrío que recorrió su espalda desde la base hasta el cuello y que le hizo temblar mientras procedía a colocarse las botas. Después bajó corriendo la colinita, pero cuando estaba como a cincuenta metros del granero se detuvo y se agachó, y comenzó a correr de arbusto en arbusto sin levantarse del todo, como le dijo un viejo peón mexicano que hacían los comanches cuando se acercaban a saquear algún asentamiento de los colonos europeos y mexicanos. Estaba consciente de que era innecesario dada la oscuridad de la noche, y al llegar a unos diez metros se enderezó y volvió a ponerse el sombrero que traía en la mano. Pero en ese mismo momento se quedó paralizado en el lugar en que estaba, y quieto como una estatua observó que bajo la luz que se filtraba por el portalón apenas entreabierto del granero, se divisaba una figura blanca con un palo en las manos, que en una segunda mirada resultó ser un rifle. Con lentitud y suavidad gatuna se volvió a agachar y después se extendió cuan largo era sobre el suelo cubierto de grama seca y áspera.

Una voz baja pero ronca llamó al hombre que estaba de guarda:

—Hey Harold, hey man, come back in, we need you in here... We are going to vote on a proposal... (“Oye Harold, oye hombre, entra otra vez, te necesitamos aquí... Vamos a votar por una propuesta...”).

Harold echó la última mirada a su alrededor sin ver a Joe tirado por tierra y caminó unos pasos hacia la entrada del granero. Al acercarse a la entrada la puerta se abrió más y la luz del interior le dio de lleno. Joe se estremeció de nuevo, pero esta vez no fue por el frescor de la noche. Harold estaba cubierto desde la cabeza hasta los tobillos con una capucha blanca sobre una toga del mismo color, y unos agujeros para los ojos y la boca. Le recordó a su tío James, una vez que se disfrazó de fantasma para el día de los inocentes y les dio a él y sus hermanas un terrible susto.

Apenas Harold hubo desaparecido dentro del granero, Joe se levantó olvidando por entero las tácticas comanches, corrió hacia un costado del granero. Desde hacía unos meses había descubierto un hoyo bien disimulado en la pared de atrás que se había formado solo al desprenderse un nudo de la madera, y a través de ese visillo se había deleitado mirando a uno de los vaqueros de su padre, refocilándose sobre el pienso con varias de las muchachas que venían a trabajar en la casa del rancho. Ahora miró hacia el interior y vio que todos los hombres reunidos allí, cerca de una veintena, llevaban las mismas capuchas que portaba Harold. Uno de los hombres más altos habló, y reconoció la voz de su padre:

—OK boys, it's time for us to take into our hands in confronting the very serious threat that we have today in our beloved Caldwell County... In 1840, our forefathers crushed the Comanche revolt at the Battle of Plum Creek, saving our families, our women and children from the heathens, and procuring peace and freedom for us for generations to come. But nowadays we are facing an even worse and more insidious threat. The greasers, whom used to be a docile and industrious race in this county, are now becoming arrogant; some of them have arrived with money... Money whose origin we don't know, but an origin which is dubious at the best, or probably outright criminal in the worst of cases, and are purchasing houses in town, and what is even more grievous, they are acquiring some of those good lands that by the grace of our Lord were granted to us, white folks, and I say it's time to stop this. Those of you voting in favor of my proposal for a campaign

of scorched land; please raise your hand so that you may be counted... (“Bueno muchachos, es hora de que tomemos con nuestras propias manos el confrontar la amenaza muy seria que tenemos hoy en nuestro bienamado condado de Caldwell... En 1840, nuestros antepasado, aplastaron la rebelión comanche en la Batalla de Plum Creek, salvando así a nuestras familias, a nuestras mujeres e hijos de los paganos, procurando de este modo paz y libertad para las generaciones venideras. Pero en la actualidad estamos enfrentados a una amenaza quizás aún peor y más insidiosa. Los “greasers”, que acostumbraban a ser dóciles e industriosos en este condado, se están volviendo arrogantes, y algunos han llegado incluso con dinero... Dinero cuyo origen no conocemos, pero cuyo origen es dudoso en el mejor de los casos, o probablemente criminal en el peor. Y están comprando casas en el pueblo, y lo que es aún más injurioso, están adquiriendo algunas de esas buenas tierras que por la gracia del Señor nos fueran otorgadas a nosotros, los blancos, y es tiempo de parar esto. Aquellos de ustedes que estén de acuerdo con mi propuesta de tierra arrasada, por favor alcen la mano para que puedan ser contados...”).

Los hombres escucharon en silencio y después todos, al unísono y sin dudar un segundo, levantaron sus manos y luego aplaudieron al comprobar la solidez de los lazos e ideales fraternales que desde hacía tiempo se había forjado entre sus padres, y fuera transmitido a ellos intactos en su inalterable poder de convocatoria y compromiso.

Joe volvió corriendo a su casa sin mirar atrás. No comprendía a cabalidad lo que se estaba decidiendo en ese secreto concilio llevado a efecto en el granero, pero había reconocido la voz de su padre debajo de la capucha, y conociéndolo como lo conocía, el timbre de su voz cuando habló, le recordaba todas aquellas ocasiones en que la ira contenida —nunca lo había visto perder la sangre fría— se expresaba con palabras que eran más amenazadoras por el tono en que eran dichas, que por su apariencia formal. Se sacó las botas de nuevo, y se escurrió con gran cautela hasta su habitación en el segundo piso. Nadie más que él supo nunca de su escapada nocturna. Ni siquiera sus amigos más cercanos, que en su mayoría

eran chicos de origen mexicano con los que iba a la escuelita rural cercana, y que eran sus compañeros favoritos de travesuras.

Dos semanas después del coloquio secreto en el granero, Joe se enteró que la casa del rancho de Miguel Treviño había ardido hasta las cenizas un fin de semana en que el propietario y su familia habían viajado por tres días a Eagle Pass para reunirse con familiares que cruzaron del otro lado para una fiesta de cumpleaños de un viejo tío muy querido por todos. Y aunque el rancho podría haber sido reconstruido, los Treviño vendieron lo que quedó de su propiedad, incluyendo aperos de trabajo, reses y plantíos, y partieron rumbo a Austin sin que volviera a saberse de ellos. Los familiares de segundo grado que quedaron de los Treviño en el condado jamás quisieron explicar las verdaderas razones de la súbita partida de su primo y su familia.

Rumores abundaron, pero no pasaron de eso. Sin embargo, un mes más tarde, otro rancho, de los Sánchez esta vez, y una cantina y comedero popular frecuentados solo por los mexicanos del condado, ardieron igualmente en llamas, y sus propietarios partieron de igual forma. Después de estos incidentes, al menos diez familias de mexicanos más acomodados del condado, vendieron sus pertenencias y se mudaron a otras partes del gran estado de Texas. Joe fue uno de los pocos que sabía a ciencia cierta cuál era el motivo de ese éxodo precipitado, pero nunca lo comentó con nadie, pues, a pesar de todo, amaba y admiraba mucho a su padre, y, además, el silencio y la discreción en asuntos que le atañeran en forma personal, eran, por lo general, parte de su naturaleza.

CASI SIN PERCATARSE de ello, la vida de Joe se escurrió en forma tan veloz como anodina. Cuando acababa de cumplir treinta y cuatro años, su madre falleció de manera fulminante debido a una mala condición cardiaca de la cual los médicos no se enteraron sino hasta que su cuerpo yacía frío y pálido en su lecho de muerte. Por primera vez en su vida, Joe vio llorar a su padre; llorar como un niño y luego apenas comer y dormir por casi seis meses después de que su esposa fuera enterrada en una tumba cubierta por

una gran y bella lápida de piedra blanca con vetas rosadas, traída especialmente desde Italia. Después de seis meses, su padre se recuperó con inusitada rapidez, y de pronto volvió a ser el mismo que Joe conoció durante toda su vida hasta ese instante. Empezó a llegar más tarde y a vestirse en forma elegante. Bien perfumado salía hacia la casa de una mujer joven, hija de unos rancheros bien posicionados, pero sin la fortuna amasada por Ansel Carter durante las décadas en que había sido elegido alcalde en forma consecutiva. Un año después de la muerte de su esposa, Joe acompañó sin entusiasmo a su padre y su hermano y hermanas a la iglesia en Austin donde Ansel Carter se casó con Marie MacDonell en una fastuosa ceremonia seguida de una fiesta en el mejor hotel de la emergente capital de Texas, que duró todo un día y toda una noche.

Desde entonces, la vida de Joe se hizo más cuesta arriba. Cinco años antes había tenido un matrimonio fallido con una mujer a la que no amaba, pero con quien se había casado para complacer a sus padres. La pareja vivió en la casa paterna de Joe, y desde el primer mes, la relación fue un desastre, hasta que la esposa simplemente había tomado sus cosas y se había largado rumbo a Chicago con un nuevo amor, sin dejar siquiera una nota de despedida. El padre de Joe no dijo nada, pero su actitud crítica hacia Joe se tornó aún más áspera y acrimoniosa. Joe sintió que jamás podría complacer a plenitud a ese progenitor de quien era el favorito, y por ello mismo el objeto de las mayores demandas y expectativas de su padre. Joe siempre había querido partir a estudiar medicina en alguna universidad distante de Lockhart, pero su padre había expresado un gran disgusto ante esta posibilidad, señalando que era su hijo mayor (las dos hermanas no parecían contar mucho en estos planes paternos), quien debía hacerse cargo del rancho y los negocios familiares, cuando él ya no pudiera hacerlo. Joe aceptó los designios paternos, en apariencia con resignada docilidad, aunque se sumió en un estado de depresión moderada, pero permanente. Para recuperar en parte la ilusión de cierta dicha de vivir, comenzó a deslizarse hacia el alcoholismo, casi sin que nadie, ni siquiera él mismo, se diera mucha cuenta de lo que estaba sucediendo, hasta que ya era demasiado tarde. Al cabo

de dos años de comenzar a beber sin medida, su padre ya casi no le dirigía la palabra, y su frialdad se convirtió en un gélido reproche que hundía ya sin remedio a Joe, luego de que su propia y linda esposa lo abandonara sin mediar la menor explicación. A partir de ese punto, Joe vivía en un estado crónico de estupor alcohólico, apenas disimulado durante las horas diurnas de labor en que se abocaba con ferocidad suicida a trabajar a destajo; al menos en eso, nadie podía reprocharle nada. Vivía solo para beber en las tardes hasta caer desmayado, y luego se levantaba al día siguiente como un autómatas con sus mecanismos de control interno estropeados, y trabajaba como una mula y apenas comía lo suficiente como para mantenerse al límite de la supervivencia física.

Joe adelgazó cerca de veinte kilos y, con frecuencia, se le veía en la iglesia luterana rezando de rodillas, o sentado los fines de semana en el prado con rosas que adornaban el frente de la tumba de su madre. Sin embargo, nadie lo vio nunca llorar, o lo oyó siquiera quejarse por nada. Ni siquiera esa tarde de un lunes de lluvia en que regresó a casa desde los pastizales más apartados del rancho, solo para enterarse de que su esposa había partido en un auto descapotable elegante con un hombre moreno y elegante desconocido, quien la esperó impaciente mientras ella empacaba lo justo y necesario. Nunca más supo de ella, y evitó todo acercamiento con su familia, saludándolos apenas al pasar, sin detenerse nunca para hablar con su ex suegro, o con su esposa, o con las hermanas de la mujer que vivió con él como una desconocida por unos breves años.

EN FEBRERO DE 1936, Joe Carter tuvo un terrible altercado con su padre.

Una tormenta de rayos y truenos un día antes había desencadenado un incendio en uno de los potreros donde tenían algunos de los mejores sementales Herford, un ganado de raza fina y cara y del que su padre estaba muy orgulloso. Cincuenta cabezas de ese ganado murieron a causa del incendio. No obstante, los vaqueros le informaron a Ansel cuando regresó unos días después de un viaje de dos semanas a Oklahoma para concertar la venta de parte

del ganado fallecido en el incendio, que Joe estaba totalmente borracho cuando fueron en la noche a buscarlo para que les diera instrucciones sobre qué hacer y para que les diera las llaves de dos camiones en que podían haber movido rápido a numerosas cabezas de ganado, y que a pesar de los mejores esfuerzos de ellos, sin la dirección de su capataz y sin vehículos motorizados grandes, todo había sido infructuoso.

Ansel Carter subió a la habitación de Joe en un estado de ánimo muy negro y con su corazón batiendo furioso contra su cavidad torácica, y con su rostro enrojecido como si estuviera al borde de una apoplejía. En la habitación se encontró a Joe en camiseta recortada, shorts, con las botas puestas y bailando con la torpeza graciosa de los borrachos, abrazado a un gran almohadón. Se acercó a él por la espalda y de un jalón lo hizo dar media vuelta como un trompo quedando los dos frente a frente. Ambos tenían sus rostros igual de enrojecidos, pero por distintos motivos. Ansel era unos buenos diez centímetros más bajo que Joe, quien con facilidad medía más de un metro noventa de estatura, pero la ira lo hizo empinarse sobre sus talones y sus ojos azules, de un iris tan pálido como un cielo tejano del verano al mediodía y sin nubes, parecían dardos alrededor de sus pupilas reducidas a su mínima expresión.

—You stupid and useless drunk... You piece of human waste, when are you going to man up and take charge of your crappy life... Because of you, you idiot, we lost some of our best cattle... Damn! (“Tú, estúpido e inútil borracho... Tú, pedazo de desecho humano, cuándo vas a hacerte hombre y hacerte cargo de tu vida de mierda... Por tu culpa, idiota, perdimos algunas de nuestras mejores reses... ¡Maldita sea!”).

Su padre nunca se había atrevido a hablarle en términos tan insultantes, aunque Joe sabía que no le faltaron las ganas de hacerlo en varias ocasiones anteriores. Pero siempre se había contenido, antes de dar un paso que de seguro sería irreversible. Pero ahora había perdido todo control de sí mismo.

Joe miró al centro de aquellos minúsculos puntos negros rodeados de ese azul celeste extraño, y le pareció que estaba

observando uno de esos buitres oscuros que a enorme altura sobrevolaban el rancho planeando en el cielo veraniego en búsqueda de carroña. De pronto, en apariencia sin razón alguna, se echó a reír hasta que unas lágrimas absurdas brotaron de sus ojos y cayeron sobre su rostro contorsionado por la risa y el llanto. Eso fue simplemente demasiado para el viejo Ansel. Descargó una sonora bofetada sobre el rostro de su hijo, quien se volteó en parte y se agachó tomándose el rostro con ambas manos. Con el rabllo de su ojo Joe vio a su padre que se abalanzaba sobre él de nuevo con su mano derecha alzada para descargar otra bofetada. Se enderezó y lo tomó por las muñecas de las dos manos y lo contuvo, apretando tan fuerte que las manos empuñadas de Ansel se tornaron blancas. Impotente, su padre se debatió sin éxito por liberarse de las tenazas de Joe. Pero incapaz de liberarse, perdió por entero el juicio, y con los ojos vidriosos y el rostro ahora muy pálido, escupió a la cara de su hijo. Joe simplemente lo miró con ojos que de pronto se hicieron de acero, y empujándolo lo sacó fuera de su cuarto, lo arrastró por el pasillo y lo arrojó sobre el gran sofá que siempre esperaba mullido y paciente en el balcón que servía de mirador a todo el rancho.

Ansel cayó de espaldas, sentado y con las piernas estiradas. Jadeaba y con la mano derecha se estrujaba el pecho debajo de su chaleco elegante de seda. Joe lo miró con desprecio y rabia desde su altura y estuvo a punto de soltar una risita nerviosa y sarcástica. Pero de inmediato se apiadó un poco del basilisco desplomado sobre el sofá y que todavía resollaba con respiración estertórea. Las facciones de su padre expresaban ahora terror ante ese súbito dolor que nacía en su pecho y que se difundía desde allí como lava volcánica avanzando hacia sus extremidades. Joe comprendió que algo muy malo ocurría con su padre. Lo alzó en brazos sin mayores dificultades a pesar de los ciento diez kilos que pesaba su progenitor, y bajó con él hasta la planta baja de la casona, mientras gritaba pidiendo ayuda.

Su padre fue llevado de urgencia al principal hospital de Austin, y en tres días fue dado de alta luego de que la amenaza del

preinfarto fuera controlada con éxito. Joe no fue a verlo al hospital y siguió con su trabajo habitual, pero talvez con más desesperación y encarnizamiento que antes. Los que lo conocían lo vieron adelgazar en forma ostensible en ese breve período, cosa que no les extrañó mucho, pues los rumores de su disputa con Ansel Carter se propagaron con velocidad. Lo que sí les asombró fue verlo perfectamente sobrio en esos días, aunque todos pensaron y comentaron con frecuencia entre ellos:

—Ya se le pasará la impresión y pronto volverá a beber... todos sabemos que Joe es perro viejo ya y que no aprenderá nuevos trucos a estas alturas...

Pero lo que sucedió a continuación, dejó a todos atónitos y aceptando quizás que la vida tiene meandros que la mente simple de quienes hacen vaticinios demasiado categóricos sobre otras personas, no siempre resultan proféticos.

Joe llegó a su cuarto luego de todo un día de trabajo. Sabía que al día siguiente Ansel regresaría del hospital, acompañado de seguro por su nuevo amor y por un numeroso cortejo. Un reencuentro con Ansel —a quien no aborrecía, pero tampoco amaba en la forma natural y espontánea en que un hijo debería amar a su padre— estaba en su mente fuera de toda posibilidad: estaba decidido ya a que una etapa de su vida había llegado en forma irremediable a su final. Decidió, además, que no viviría más en su patria natal, sino que tomaría el azaroso camino de los expatriados en búsqueda de una nueva vida que ojalá lo liberara del fardo agobiante que había llevado hasta entonces. Tomó del estudio de su padre un hermoso globo terráqueo que este había traído de un viaje a Londres cuando aún su esposa estaba viva, y miró con detenimiento los cientos de países que conformaban ese enorme mosaico esférico de naciones y territorios. Descartó Europa de inmediato: muy parecida a este mundo que no me gusta, reflexionó. Casi todos sus amigos blancos en Lockhart hablaban con entusiasmo de sus ancestros europeos, y de la odisea de la conquista de este Nuevo Mundo al que poco a poco había forjado a la medida de sus expectativas y sueños europeos. Joe no quería saber en absoluto de esas culturas de las cuales

provenían los habitantes blancos de Caldwell County. Luego pensó huir en busca de nuevos horizontes hacia el Medio Oriente, o más allá todavía, hacia el Lejano Oriente, ese mundo exótico y sin ecos de su tierra de origen, pero casi al mismo tiempo desechó también este impulso. ¿Cómo podría vivir allí? De seguro sus idiomas eran difíciles de aprender, y él ya no estaba tan joven como para ponerse a adquirir una segunda lengua y hacerlo en forma satisfactoria. Siguió mirando. África podría ser talvez un buen destino. Los pocos afroamericanos que vivían en el condado de Caldwell le resultaban simpáticos y mantenía buenas relaciones con varios de ellos, y sabía que eran víctimas de incluso mayores prejuicios raciales que la gente de origen mexicano en el área. Pero recordó que en África, los únicos países donde hablaban idiomas de origen europeo eran aquellos en que los blancos dominaban sin contrapeso sobre las mayorías negras nativas. Una situación tan poco atractiva para Joe como la que se vivía en Lockhart y sus alrededores.

HABÍA DESCARTADO MÉXICO, por estar demasiado próximo –en su espíritu– al universo que deseaba dejar atrás. Pero entonces cerró los ojos, y partiendo desde Texas descendió por el globo hacia el sur y se detuvo a ciegas en un punto que calculaba sería más austral que México. Abrió los ojos y, en efecto, allí estaba la República Independiente de Panguera. No sabía nada sobre ese país al sur de la frontera. Buscó una gran enciclopedia que su padre poseía desde que el tenía consciencia, y buscó los datos de esa misteriosa nación. Se enteró de lo más esencial de su historia. Se enteró de su sangrienta guerra de independencia de España. Se enteró de las principales turbulencias sociales que la habían agitado en forma periódica. Se enteró de asonadas, golpes de Estado, revueltas, y de largos períodos de dictaduras militares y civiles “patrióticas”. Se enteró, en fin, de que era un pueblo joven y palpitante, una nación emergente pero torturada por un pasado y un presente de conflicto, pero buscando un destino tan promisorio como esquivo. Sin pensarlo más, decidió que ese sería el lugar donde comenzaría una nueva vida.

Esa misma noche reunió sus ahorros escondidos detrás de un viejo mueble en apariencia empotrado en la pared, pero dotado de un compartimiento secreto que él había confeccionado —sin saber en ese momento muy bien por qué— luego de la partida de su esposa. Tomó el tren a la frontera. Atravesó México de norte a sur y siguió el viaje en buses y en trenes, y a veces pidiendo aventones parado a la salida de ciudades y pueblos. Vestido de vaquero, con su sombrero blanco sudado, su cinturón ancho, y sus botas con hebillas laterales en la parte inferior, llamaba la atención, y fueron muchos y muy gentiles aquellos que se pararon y lo invitaron a viajar en su compañía hasta un destino común más adelante en la ruta. Conoció a muchos y muchas, y mientras más se alejaba de Lockhart y se adentraba en esas naciones pobres al sur de la frontera, más en paz sentía su espíritu, y más se regocijaba su corazón, al recibir las bondades de la hospitalidad y la amistad espontánea que se le brindaba, sin cálculo ni interés, en cada tramo de su aventura.

TRES MESES DESPUÉS de su salida de Lockhart, llegó caminando a Paraíso desde una intersección cercana que unía la entrada a la ciudad con el camino a Caña Brava.

Llegó luego de deambular sin rumbo por la República Independiente de Panguera. Vio muchos lugares, y conoció a mucha gente que le gustó. Pero su corazón inquieto lo empujó a seguir hacia adelante sin planes ni intenciones claras. Se sintió libre de verdad, por primera vez, en toda su vida. Ahora le costaba creer que no hacía mucho era un hombre roto y alcoholizado que vivía bajo la sombra de un padre que lo amaba con amor tiránico, y que cada día de su vida había sido solo una larga letanía de sinsabores y alegrías a medias. Hasta entonces, no había conocido la verdadera dicha y placer de vivir. Es más, hasta ahora no había sabido ni imaginado siquiera, la posibilidad de disfrutar del simple hecho de estar vivo, de respirar tres veces por minuto, de sentir sus pies adoloridos por la aventura y no por la rutina del trabajo a destajo, de nutrirse con los atardeceres, y de levantarse muy temprano cada mañana con la sensación de que algo especial e incitante le

esperaba ese día que apenas despuntaba. Fue feliz en el sentido más simple, inmediato y espontáneo de la palabra. Tan feliz, que se dio cuenta que hasta entonces había estado prácticamente muerto.

Paraíso lo recibió con sus brazos naturales abiertos. Cuando ingresó por la avenida mayor hasta la plaza central, alcanzó a ver el malecón no muy lejano, con gente alegre paseándose frente al mar en gregaria algarabía. Puestecitos de comida, helados, pescado frito, agua de coco, copra fresca, frutas y jugos tropicales diversos, y muchas otras exquisiteces locales le invitaron a acercarse con sus aromas incitantes y sus colores llenos de vitalidad.

El gringo Joe, como pronto sería conocido en Paraíso, caminó con sus largos pasos y con su valija de cuero a cuestas, desteñida por el sol del camino, hasta llegar junto al malecón. Un grupo de niños y niñas casi de inmediato se arremolinó a su alrededor, y no faltó la pequeña mano audaz que se posó sobre sus cabellos muy rubios, que bajo la luz moribunda del atardecer, parecían de oro ensangrentado.

—I'm staying here... For good. (“Aquí me quedo... Para siempre”) —se dijo Joe mirando con ojos idos la puesta de sol y sin darse cuenta de que lo había hecho en voz alta y en inglés.

## **Alfredo Martínez, el Boticario, Paraíso, enero de 1942**

JUNTO CON DON Martín, el catalán de la ferretería, Alfredo era uno de los dos españoles que habían llegado a Paraíso por vías distintas, aunque movidos por las mismas causas históricas. Pero mientras don Martín había sido solo un republicano, Alfredo Martínez, el Boticario, cuya familia había llegado a Barcelona desde el sur de España a fines del siglo diecinueve, había sido un militante anarquista dedicado, y que se enorgullecía de haber conocido en persona a Buenaventura Durruti. Mientras Martín Solivella había llegado desde Nueva York por tierra hasta Paraíso, donde había encontrado su segunda patria, como solía decir él mismo, el Boticario había viajado por mar en un barco llamado el “Winnipeg” hasta Valparaíso en Chile. Era un barco viejo y algo desvencijado,

pero soportó la travesía, y junto con otros dos mil quinientos compatriotas que huían del terror que se había desatado sobre España luego del fin de la Guerra Civil, llegó a Valparaíso un día ventoso y algo frío, el tres de septiembre de 1939. El puerto, encaramado sobre el anfiteatro de cerros que rodean la bahía de Valparaíso, le pareció atractivo. La gente le gustó aún más y decidió casi el primer día que se quedaría a vivir por unos años en Chile. En su mente todavía candorosa de joven idealista, calculaba que apenas cayera el régimen de Francisco Franco, regresaría a Barcelona, que era su única y verdadera patria, o al menos así lo sentía él en esa época. Pero el destino, o quién sabe qué fuerza por encima a su voluntad, había decidido que las cosas para él serían diferentes.

EN 1939 TENÍA veintiséis años. Pero se sentía a veces como un hombre viejo. En tres años había crecido mentalmente y envejecido físicamente casi tanto como en una década de vida normal.

En España había asistido a clases nocturnas para convertirse en farmacéutico en una de las tantas escuelas gratuitas para obreros que los anarquistas de la ciudad habían fundado con gran entusiasmo y generosidad. Desde el primer día se había destacado como un alumno notable, y en 1936, en la víspera del estallido de la Guerra Civil, cuando apenas había cumplido veintitrés años, se recibió con honores en la Academia Libre de Ciencias Médicas de Barcelona, y un flamante título firmado por un doctor anarquista de gran prestigio en la ciudad y el país, y que fungía de rector de la universidad, se lo entregó junto a otros veinte estudiantes, mujeres y hombres.

El famoso doctor lo había abrazado entregándole a continuación el título de químico-farmacéutico, y luego de estrecharle la mano le dio un palmazo afectuoso en el hombro para despedirlo y hacer lugar para una muchacha que esperaba ansiosa su turno en la fila de graduados.

—¡Ale, muchacho!, a salvar vidas para la futura España que estamos pariendo, compañero.

Salvar vidas pasó a ser el *leitmotiv* de su existencia desde entonces. Unos meses después partió al frente, y aunque portaba un

fusil y municiones suficientes para matar a muchos enemigos en batalla, se dedicó por entero a servir en el cuerpo de médicos y paramédicos, jugándose con ellos la vida siempre cerca de ese frente movedizo que zigzagueaba con rapidez. Durante las sangrientas refriegas, él y sus compañeros del cuerpo de médicos y paramédicos, se internaban hasta las primeras líneas, e incluso iban más lejos a recoger heridos, con el solo fin de salvar la mayor cantidad de vidas jóvenes posibles que derramaban con abundancia su sangre sobre la tierra amada, antigua y árida de España.

Entre las pocas pertenencias que llevó consigo, iba un sobre grande con fotos arrugadas de sus padres, sus tres hermanas y de sus mejores amigos y camaradas en Barcelona y el frente de batalla. Nunca volvió a ver en persona a ninguno de los miembros de su familia. Ellos eran demasiado pobres para visitarlo en América, y él sabía que sería apresado y de seguro ejecutado si regresaba a España. De modo que el vínculo con su familia de origen se redujo a cartas y postales que se fueron espaciando más y más a medida que transcurrían los años. Cuando llegó a Paraíso a comienzos del año 1940, había vivido un año en Chile, donde no había podido conseguir empleo en su profesión, debido a que requería obtener un reconocimiento oficial de su título por las autoridades nacionales competentes.

Pero aparte de un documento de viaje provisional extendido por el gobierno francés, las fotos, su ropa, y tres recuerdos de España, entre los cuales estaba una bolsita de cuero llena con tierra de un parque de Barcelona, no tenía ninguna prueba material de los estudios cursados, ni tenía en su poder el diploma obtenido en la madre patria. En los últimos días de combate en Madrid, ciudad a la que fue enviado un mes antes del asalto final de las tropas de Franco, una caja llena con toda su documentación personal, sus libros favoritos, y otros recuerdos, había sido consumida por un incendio que destruyó barrios enteros de la capital. De modo que le aconsejaron que reiniciara sus estudios en Chile, y obtuviera un título nacional en el campo profesional en el se formó en España, para así no tener dificultades en obtener un empleo acorde con esta capacitación.

El funcionario chileno con cara de perro triste que le aconsejó de este modo, le dijo mientras le palmeaba un hombro en actitud de afectuosa solidaridad:

—Usted es muy joven. Tiene toda la vida por delante. Comience bien esta nueva etapa, y rehaga sus estudios en una de nuestras casas de estudios superiores. Solo necesita dar un examen general... uno que llamamos el bachillerato, que es escrito y oral, muy fácil de seguro para usted que se ve una persona culta, inteligente y bien educada... yo le garantizo que le irá bien... es más, yo fui profesor de liceo por veinte años antes de entrar a trabajar en este ministerio donde me pagan más del doble, y tengo amigas y amigos que dan todas las materias. Yo puedo ponerlo en contacto con cualquiera de ellos, si es que necesita dar un repaso a ciertas materias antes del bachillerato...

Y al terminar estas palabras dichas con gran gentileza, el rostro de belfos caídos y ojos melancólicos se iluminó con una sonrisa que sorprendió a Alfredo. Esos dientes muy grandes y de impecable blancura brillaron en su rostro igual que un sol rutilante, abriéndose paso de manera súbita entre la neblina de un día frío, húmedo y grisáceo, típico del invierno de Santiago.

Volvió a la pensión donde el gobierno chileno lo había alojado junto con una veintena de otros refugiados españoles. Conversó con varios de ellos y les comentó de sus planes de volver a estudiar. Todos celebraron con entusiasmo su decisión y tuvieron palabras de aliento. A excepción de Benito Martorell, un hombre de unos cuarenta y cinco años que siempre estaba leyendo, y que era médico, con título en mano y ya reconocido en Chile, y antiguo militante anarquista. Lo había mirado a través de sus gafas imitación concha de tortuga dotadas de unos lentes gruesísimos que hacían ver sus ojos pequeños y de párpados gruesos y arrugados como ombligos, y le espetó a quemarropa:

—Eres un imbécil chaval, ¿por qué vas a permitir que una burocracia idiota te prive de tu legítimo derecho a ayudar a la salud de los demás?

Y viendo el rostro de desazón de Alfredo, agregó enseguida con ese hablar de ametralladora espasmódica que lo caracterizaba:

—En un mes parto a Cuzco, Perú, donde me han ofrecido trabajo con un camarada que tiene allá una clínica popular. Vente, vamos, yo te pago los pasajes en tren, y te aseguro que no te vas a arrepentir...

Así llegó a Cuzco, donde trabajó con su amigo por siete meses en la clínica del amigo peruano, pero este falleció en un viaje a Lima por las duras rutas de la sierra hacia la costa, y ambos quedaron sin trabajo. Martorell le ofreció pagarle de nuevo los boletos para regresar a Santiago, pues tenía entendido que la situación laboral en Lima estaba fatal.

Pero por una de esas extrañas coincidencias que con el paso de los años se acumularían en la vida de Martínez y que en su tercera edad le darían mucho que pensar, dos días después de la desafortunada muerte del médico peruano que los había contratado, le llegó al hotelito junto a la plaza central y cerca de la catedral de Cuzco, una carta certificada de la República Independiente de Panguera, en la cual le ofrecían una beca para asistir a la escuela de medicina de la Universidad Central de Santa Fe de Arcadia. Hacía dos meses, ojeando un boletín médico al cual estaba suscrito el médico peruano que era su jefe en Cuzco, leyó un artículo destacando las bondades de la Facultad de Medicina de esa universidad, y leyó también, con especial interés, una nota en un recuadro aparte, que hablaba de una beca para estudiantes extranjeros y daba la dirección a la cual se podía escribir para solicitarla. Al día siguiente escribió una larga carta explicando sus circunstancias personales, y agregó un breve documento de cinco páginas que se pedía como requisito de potencial aceptación, en el cual describía con detalles su formación académica y formación previa. Y luego se olvidó por completo del asunto, absorto como estaba en el trabajo de nunca acabar de esa clínica que recibía gran cantidad de pacientes humildes provenientes de los pueblos indígenas cercanos a Cuzco.

Le pidió dinero prestado a Martorell, quien le dijo con su habitual “tierna aspereza”, como la definiera otro español en Santiago:

—Coño, tú no aprendes, no aprendes, desde cuando ha habido préstamos entre camaradas, te doy estos duros que tengo, ¡y ale!, a jalar hacia donde puedas ser más útil majo, toma y no me jodas más.

Y le había extendido todo los ahorros que tenía, aclarando que, “el cochecito viejo ese que he comprado, el Buick ese que tanto te gusta coño, ese lo vendo y tengo de sobra para volver a Santiago y vivir seis meses sin trabajarle duro a nadie... ¡Ale!, a coger el dinero ese, pues, que ya me has enfadado...”.

Se habían despedido con un fuerte estrechón de manos. Los ojos empotrados en esos párpados hinchados en forma perenne, lo miraron con un afecto que no pudo disimular el viejo combatiente de treinta y cinco años de luchas incansables y de sinsabores que, sin embargo, no habían disminuido un ápice su pasión libertaria. Él, por fin, no pudo evitarlo y le dio un abrazo a Martorell, que este recibió sin reciprocación, pero con un nudo evidente en la garganta. Tomó el viejo tren de los indios a Lima, y de allí un bus al Callao. Tras una semana encontró un barco mercante portugués que aceptó llevarlo en un camarote tres pisos debajo de la cubierta, por una módica suma que pagó sin chistar por adelantado. Viajaba con pasaporte de Perú, que mediante los buenos oficios de un grupo magnífico de amigos y amigas peruanos, había conseguido apenas un mes después de llegar a Cuzco.

Llegó de este modo, no como un excombatiente y refugiado español de la Guerra Civil a la República Independiente de Panagua, sino como un joven ciudadano peruano en busca de su destino. Sin saberlo, su vida recién acababa de dar un giro radical para entrar en una nueva fase que se prolongaría hasta sus últimos días.

Cuando terminó sus estudios, decidió que ya no deseaba vivir más en la capital. La vida de estudiante pobre y siempre bregando contra el tiempo y la vida agitada en Santa Fe de Arcadia, lo había llenado de frustración y lo único que deseaba era encontrar un rincón apacible, donde también los años terribles de la guerra se borrarán dulcemente al ritmo bucólico de la vida provinciana. Tenía unos buenos ahorros que había reunido combinando con gran sacrificio su vida vespertina de estudiante con un trabajo diurno

en un hospital privado para ricos, donde le pagaban bastante bien. Con ello planeaba rehacer su vida lo más lejos posible del ámbito febril de la ambición y la lucha cotidiana en las grandes urbes.

Llegó a Paraíso un día de madrugada de enero de 1940, en un bus interurbano que se mecía de un lado a otro mientras avanzaba cargado de bultos, pequeños animales de corral y gentes por los caminos rurales de Entre Ríos.

## LOS DÍAS Y LOS TRABAJOS

*“Nuestra curación a menudo en nosotros mismos se encuentra,  
misma que a los cielos adjudicamos”.*

- Bien está todo lo que bien termina, Acto I, Escena 1.  
William Shakespeare.

---

*[¿Qué es la vida? ¿Un camino en el mar o un destino en el cielo? ¿Qué es vivir sino extinguirse para así trascender? No hay pues sabiduría más sabia que aprehender el secreto del buen vivir; que no es otro que el de saber borrarse lentamente, con alegría y dignidad. Que todo aquello que de vientre terrenal brota, deberá en su hora, consumirse con el tiempo de este mundo. Que la vida avanza entre vaivenes como el navío sobre las olas, y que existir es un misterio tan grande como el gran misterio mismo, pues con cada barquinazo se sube y se baja, y sin cesar se danza entre el amor y el odio, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte, el reposo inconsciente y el músculo endurecido y el espíritu exhausto, atracción y rechazo, razón y locura, obsesión y olvido, pues todas ellas fuerzas indispensables de la vida humana son. Pero izarse por encima de esta mundana dimensión libre de todo ciclo, imposible es, y futilidad siquiera desearlo. Que quien trabaja con amor y lo hace teniendo presente el bien común, alcanzará el pináculo de la dicha en este mundo. Que quien sea dueño de su propio sistema de vida, nunca esclavo del de otra persona será, y su trabajo lo situará dentro de este mundo, sin de verdad pertenecer a él. Así, los días y los trabajos de quien viva acorde con tan sencillo principio, una senda serán, y no el tequio del cadalso y la rutina de la obligación su ser gobernarán].*

---

## Sirenito sanador, Paraíso, 1968

Sin que nadie pudiera controlarlo o dirigir su curso misterioso, la fama de curandero de Sirenito se fue diseminando por todo Entre Ríos, y más allá incluso de los confines del Estado. Una tarde en que Sirenito regresaba de la pesca con Hilitos para reunirse con Tima en la casita a las afueras de Paraíso, se parecieron Joe Carter, el Boticario y una madre parturienta a la que trajeron en la parte de atrás de una camioneta. Venían a pedirle a Tima que les ayudara con la pobre mujer, quien llevaba ya dos días completos con contracciones y sin poder dar a luz el infante que llevaba en sus entrañas.

—Usted que es la mejor curandera y comadrona de toda la región, de seguro podrá ayudar a esta señora. Su marido aquí, don Pedrito, a quien yo creo que usted conoce ya muy bien señora Tima (en efecto cinco años antes les había salvado de un empacho atroz a su hijo mayor, quien apenas tenía un año de vida cuando se lo trajeron a la isleta moribundo), me la trajo muy enfermita, pues dice que tiene miedo de llevarla al hospital de Aracazú, ya que allí solo van las personas a morir... y bueno, mire usted señora, que no anda muy errado este hombre...

—Bueno, bueno, el Boticario —ya se conocían y tenían cierta familiaridad entre ellos, aunque el español a veces tendía a ser un poco formal después de tiempo sin verse— traigan de favor a esa señora al cuarto de atrás para colocarla en una cama, ya que no puedo examinarla bien en una hamaca.

Entre el gringo Joe y el Boticario, más el marido e Hilitos, llevaron a la mujer —quien estaba grisácea, con los ojos vueltos, el pelo negro y abundante enredado y pegado a su cráneo como un velo mojado, pues sudaba en forma profusa, aunque no dejaba de temblar como si tuviera terciana y no cesaba de gemir— a la habitación señalada por Tima. Sirenito regresó en ese momento de la playa donde había estirado las redes en postes cortos enterrados en la arena tibia, luego de vender a un grupo agitado de mujeres y hombres que se agolparon a su alrededor como un enjambre de abejas furiosas, toda la pesca que no subía ni siquiera a los cien

kilos, pues una corriente de mar muy caliente había empujado los cardúmenes mar adentro, más allá de donde los pescadores artesanales de Paraíso solían ir con sus endeble embarcaciones.

Llegó justo en el instante en que acarreaban a la fallida futura madre —era su primer hijo— en una manta gruesa que hacía las veces de camilla improvisada hacia el patio trasero donde estaba ese cuartito que poseía la única cama de toda la casa, y que era para recibir visitas que no estaban habituadas a dormir en las maravillosas hamacas, mullidas, acogedoras y frescas, que hacían los jumanos y vendían en el mercadito de Paraíso y en otras ciudades y pueblos de la región. Se asomó por entre las cabezas y hombros de quienes llevaban con el mayor cuidado posible a la mujer. Tima, a la cabeza del cortejo, sostenía una mano de Valeria, quien de seguro no estaba muy consciente de todo el revuelo silencioso que se gestaba a su alrededor.

Cuando la pusieron sobre la cama, Tima se encargó de inmediato de echar fuera de la habitación a Joe y a Pedro, pues en forma acertada consideró que ninguno de los dos le sería de mayor utilidad. A Hilitos lo mandó a hervir unos manojos de yerbas que extrajo de su enorme morral que en toda circunstancia llevaba consigo. Después tomó unas toallas muy limpias que estaban guardadas en carteras de cuero de tiburón maravillosamente curtidas y elaboradas por artesanos locales, y que protegían cualquier tela u objeto delicado de la humedad y el calor excesivo que con frecuencia campeaban por meses en Entre Ríos. Se aprestaba a seguir a Hilitos apurada hacia la cocina para hervir las toallas y luego enfriarlas hasta convertirlas solo en emplastos tibios de tela suave, cuando vio a Sirenito parado como si estuviera en trance, muy tieso y erguido junto a la puerta de entrada a la habitación. Vio ese rostro de muchachito de diecinueve años que combinaba los rasgos evidentes de su madre con los otros que asumía eran los del padre desaparecido.

No pudo Tima evitar recordar en un relámpago el rostro de otra parturienta. Se le vino como en una película esa visión a colores de Sanjuanita, postrada al igual que esta otra mujer jumana,

pujando y resoplando sin poder dar a luz. Y sin transición, ese rostro se metamorfoseó en el de Sirenito, y Tima sintió un sobresalto que no se tradujo en ningún gesto corporal, pues a quien vio de pie en postura momificada, fue a Sanjuanita, y del sobresalto estuvo a punto de soltar un llanto que contuvo en su garganta, dejando escapar apenas un largo suspiro que su hijo escuchó con claridad en medio de ese repentino silencio, interrumpido nada más por los gemidos muy suaves de la mujer que luchaba por dar paso a una nueva vida y salvar la propia.

—¿Qué pasa mamá? ¿Quién es esta señora? ¿Qué le ocurre? ¿Te puedo ayudar en algo?...

Disparó las preguntas en seguidilla, sin detenerse a recuperar el aliento entre frase y frase, y al final dejó su parrafada en suspenso, pues vio la mirada de preocupación en los ojos de Tima, que en segundos reemplazó a la de dolido asombro cuando tuvo la visión del martirologio de Sanjuanita desfilando en su mente poco antes.

“Niño lindo, sí, ayúdame por favor, y no te quedes allí parado como si acabaras de ver un ánima. ¿Vamos, corre y hiérveme estas toallas, y luego las enjuagas y aireas hasta que estén apenas tibias, que no quemem la piel, pues... ¡Vamos, vamos!

La nota de urgencia en la voz y las palabras de Tima sacaron a Sirenito de su parálisis —quizás, muy profundo en su psiquis, estaba el recuerdo tumultuoso y terrible de su propio alumbramiento— en que se había sumido al asomarse al umbral de la puerta y ver la escena de Tima preocupada y la acongojada parturienta.

Sin decir agua va, Sirenito tomó las toallas que le extendió Tima, y corrió a la cocina, donde encontró a Hilitos, quien estaba concentrado pasando por un cedazo de hierro el agua del contenido del cazo donde había hervido el compuesto de hierbas que le dio Tima. Hilitos ni siquiera se dio por enterado de la presencia de su hijo, sino hasta que este tomó el gran cazo y después de lavarlo y llenarlo de agua, sumergió en él las toallas.

—Mamá Tima me mandó, papá... —le comentó a Hilitos al percatarse de la mirada de curiosidad que este le dirigía, poco antes de salir de la cocina con el brebaje que despedía un olor pungente y agrio.

Sirenito observaba con gran atención a Tima mientras le pasaba las toallas cada vez que esta se las pedía. Tima cubrió el vientre de la mujer con un emplasto bastante caliente de hierbas maceradas, y luego lo cubrió con una toalla húmeda y tibia. Después aplicó el mismo emplasto en la parte inferior de las piernas y cubrió con él por completo la planta de los pies de la parturienta, masajeando la pasta de hierbas para hacerla penetrar lo más profundo en las partes del cuerpo a las que la había aplicado. La pasta parecía un lodo verde, y a Sirenito le recordaba el olor que despedía al de unas plantas de aroma muy penetrante que crecían por doquier, y que al pisarlas o cortarlas liberaban un látex blanco y espeso que quemaba si uno lo tocaba o rozaba con cualquier parte del cuerpo.

El olor se hizo tan intenso cuando Tima comenzó a cubrir el emplasto con las toallas, que Sirenito tuvo una arcada y estuvo a punto de salir al patio fresco y cubierto de estrellas. Pero se aguantó, porque estaba pendiente de cada detalle de lo que hacía Tima. Unas cuantas veces la había observado hacer sus trabajos cuando él era aún un niño, y en general les había prestado muy poca atención. Pero ahora se sentía impelido por algo superior a sus fuerzas, y sentía como si una mano oculta dentro de su mente pulsara en forma frenética un botón que decía: “curiosidad, curiosidad, curiosidad...”.

Algo que no podía discernir ni definir con exactitud, y que Sirenito estaba seguro de que antes no existía dentro de él, se había activado de pronto como si hubiera esperado durmiendo en las sombras de su mente por muchos años, para ahora levantarse como una criatura enorme y que no dejaba de asustarle un poco. Desde el día en que sanó a su amigo Ricardo y lo sacó sin mayor esfuerzo del marasmo de la epilepsia sin que nunca más este mal volviera a afectarlo, Sirenito había rechazado con timidez pero con vehemencia al menos a una treintena de individuos que con algunos de sus familiares y amigos llegaron hasta la puerta de su casa en Paraíso, para rogarle que los atendiera e intentara curarlos. Sirenito enrojecía y empalidecía en forma alternativa, y con voz y mano temblorosas les rogaba él a su vez que partieran y llevaran a su enfermo a un hospital o con un médico de verdad. Sentía horror de esas visitas

angustiadas de personas que acudían para obtener de él una cura cuando toda otra opción había sido ya agotada. Se trataba siempre de casos terminales o incurables, y Sirenito sabía, o pensaba que sabía a ciencia cierta, que él carecía de toda ciencia, poder o habilidad para aliviar ni siquiera en parte el sufrimiento de esas pobres gentes. De modo que cuando veía llegar algún vehículo sospechoso que se detenía a la entrada de tierra y arena que conducía entre palmeras, arbustos floridos y otros árboles a la modesta vivienda de su padre, Sirenito temblaba, sudaba frío, y sentía unos deseos casi incontrolables de huir corriendo hacia el mar, el campo cercano, o tomar el bote chico en la laguna costera más cercana y bogar por un par de horas sin rumbo fijo sobre las olas del mar y volver a ser solo él y su libertad en el cielo infinito y el océano. Si Hilitos se encontraba presente, sabedor de los tormentos morales que acometían a su hijo ante tales visitas desesperadas, salía él mismo a recibir a la gente y les explicaba que Sirenito no poseía esos poderes que en forma tan errónea le adjudicaban los rumores que algunos propalaban sin cordura ni medida. Si tenía frutas recientes, o pesca fresca, les solía regalar lo que hubiera a mano para intentar consolarlos a sabiendas que los presentes eran más para calmar su propia conciencia culpable por nada, que para alegrar el día de esas pobres personas. Si eran pobres, les regalaba de los pescados más finos a mano, o de los mejores moluscos de la zona, y a menudo había quienes lo abrazaban conmovidos por su generosidad y su evidente buen corazón. A varios que no le parecieron casos fuera del alcance de la maestría sanadora de Tima, los convocó para el día siguiente mientras él salía a la carrera para viajar hasta la isleta y traer de emergencia a Tima, quien supo curar a más de uno.

Solo Tima presentía en lo íntimo de su corazón que Sirenito, en efecto, poseía algún don misterioso y que tal vez ese poder era superior a toda su propia sapiencia de curandera mayor. Por ello, veía ahora con buenos ojos, en medio del torbellino por curó a la parturienta, que Sirenito estuviera tan interesado en cada movimiento que ella hacía.

—Juanito, por favor, pásame otra vez las hierbas maceradas... Sí, esas que están en el potecito de greda chico. No, no ese. El otro.

Y así le fue dando pequeñas y rápidas instrucciones para incorporar a Sirenito al trabajo que la tenía ocupada hasta las fibras más sensibles y perspicaces de su cuerpo y alma de sanadora. Y Sirenito se dejó arrastrar a la dinámica del trabajo sin percibir con claridad el hecho de que a partir de ese momento ya no podría vivir sin tratar de aliviar el sufrimiento de los dolidos y enfermos, y de dar más vida a los moribundos.

Después de cuatro horas de labores ininterrumpidas, Tima salió al patio dejando a Hilitos y a Sirenito a cargo de la mujer. Allí se encontró con Joe y Pedro, quienes fumaban sentados en un gran tronco labrado por Hilitos en forma de asiento, conversando despacio bajo la luz distante de los astros en la noche. No había más que una rajita diminuta de luna en el cielo oscuro, pero aún así, ella pudo ver con claridad la figura de los dos hombres conversando con calma, e intercambiando frases cortas luego de largos silencios entre un comentario y otro.

El Boticario había partido en su viejo Chevrolet hacía más de tres horas, pues debía regresar a cerrar su farmacia y cuadrar las cuentas del día, luego de que los dos dependientes que trabajaban con él hubieran partido de regreso a sus casas. Pero Joe, quien carecía de una rutina fija en su vida libre y extraña en Paraíso, había decidido quedarse para acompañar a Pedro en ese trance difícil, y distraerlo con su conversación mientras Tima ejercía sus poderes curativos en la esposa del acongojado campesino.

La sanadora mayor de Entre Ríos había puesto dos veces los emplastos y las toallas calientes sobre ciertas partes del cuerpo de la mujer. Además, le había dado de beber tres diferentes tizanas que le habían devuelto en algo el color a las mejillas sumidas de la mujer, pero las contracciones se habían vuelto más débiles, hasta casi detenerse por completo. Tima estaba angustiada pensando en que el bebé podía sufrir un daño cerebral severo y permanente, si no se lo extraía del vientre de su madre cuanto antes.

Tima sabía que a estas alturas, posiblemente lo mejor sería llevar a Valeria a un hospital cercano donde pudieran hacerle una cesárea. Ya se lo había planteado tres veces a su marido, pero cada

vez este había rechazado la proposición, abriendo mucho los ojos como si estuviera mirando un ánima. En un momento dado Joe se acercó a Hilitos y le propuso ir al pueblo a buscar el automóvil del Boticario para llevar a Valeria a Aracazú, con o sin el consentimiento de Pedro. Pero Hilitos le repitió algo que Tima ya le había dicho a él ante una similar propuesta que le hiciera poco antes:

—Mira Joe, lo que pasa es que estas son gentes de costumbres... Para ellos mandar a Valeria a un hospital en Aracazú, significaría que estamos decretando su muerte... Es decir, que creemos que de seguro va a fallecer la señora. Y si ellos empiezan a pensar eso, las posibilidades de que Valeria dé a luz y sobreviva serán mínimas... Tenga fe en Tima, Joe. Yo la he visto sortear con éxito dificultades mucho mayores...

Y en eso había quedado toda intención de recurrir a los médicos citadinos. Incluso la nueva idea sugerida por Joe de ir a buscar un médico rural, de esos que van por los caseríos brindando algunos servicios sanitarios del gobierno, había sido rechazada por todos los involucrados, incluida Valeria, quien había hablado en forma entrecortada en jumano con su esposo al respecto.

Tima empezó entonces a masajear la espalda y el vientre de Valeria en forma alternativa. Las contracciones regresaron, pero el bebé simplemente no salía. Llevaban seis horas desde que Pedro y Valeria habían llegado de urgencia a la casita junto a la playa. Tima volvió a salir nerviosa y caminó de ida y vuelta frente a la casa pisando firme y rápido sobre la tierra arenosa. Sirenito salió a caminar junto a ella, mientras Hilitos permanecía durante ese breve descanso de la sanadora, cuidando a Valeria y dándole de beber a cucharadas una nueva tizana.

—Mamá Tima, déjame probar a mí con el mismo tratamiento con el que al parecer se curó Ricardo. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto hijo, ¿cómo no me iba a recordar, si todavía se habla de eso por muchos lados de por aquí?... Y claro, está bien, por favor prueba a ver si consigues ayudarme un poco en este trámite tan difícil... No te lo quise pedir antes porque sé que no te gusta meterte a curandero, que dudas de tu poder, y que nada más

quieres ser pescador y labriego, igual que tu papá... Algo lindo, y muy provechoso, por cierto.

En la voz de Tima había una nota mal disimulada de desesperación y de urgencia, que en cuanto Sirenito la captó, partió de inmediato, sin contestar a su madre, caminando rápido hacia el cuarto donde se debatía Valeria. Ella se quedó mirándolo desaparecer en la noche con su silueta reapareciendo en el vano de la puerta de entrada, apenas iluminado por una luz que venía de las habitaciones interiores. Luego de respirar hondo, expirando en forma sonora, con una técnica que ella utilizaba a menudo para liberarse de la tensión excesiva, Tima corrió casi de regreso al lugar donde había estado trabajando casi sin pausa por tantas horas seguidas. Llegó junto a Sirenito, Valeria e Hilitos, en el preciso instante en que después de haberse lavado las manos bien con jabón y agua tibia en una palangana, su hijo tomaba la cabeza de la parturienta y comenzaba a sobarla con movimientos pausados. Usaba las dos manos, y presionaba tan fuerte que los nudillos se le volvían blancos. Pero lo hacía al mismo tiempo con delicadeza, de forma que no jalaba los cabellos mojados de sudor de Valeria. Tima observó que Sirenito mantenía los ojos cerrados, concentrándose en algo que ella no sabía ni imaginaba qué era. No lo escuchó recitar, ni murmurar ningún encantamiento o salmo de curación, como había visto una vez que hacían algunos curanderos y curanderas en un pueblito cercano a Arcadia, y que eran “brujas” y “brujos” (a ella no le gustaba usar ese término) famosos en todo el país. Se acercó más a Sirenito y a Valeria, y pudo darse cuenta que su hijo parecía recorrer las juntas de los huesos del cráneo de la mujer, presionándolos o moviéndolos fracciones de milímetros debajo de la presión de sus dedos tan fuertes. El procedimiento le recordaba a esos queseros que se especializaban en fracturas o roturas de huesos, y que con movimientos de gran fuerza y exactitud, conseguían reubicar los pedazos quebrados en su posición original, para que pudieran comenzar a soldarse de nuevo en forma apropiada.

Al cabo de unos veinte minutos de este masaje peculiar a la cabeza, la mujer se quejó con un grito que heló la sangre de su

esposo en el patio trasero, y no dejó de gritar mientras pujaba y resoplaba con una energía que a todos sorprendió. No transcurrieron otros diez minutos antes de que la cabeza enrojecida y cubierta de cabellos negros mojados del bebé asomara al mundo. Tima dio un pequeño grito de alegría y empezó a presionar con energía sobre la panza de la mujer. Luego introdujo sus dedos por los lados de la cabecita, y con gran habilidad fue dirigiendo al bebé hacia el mundo al tiempo que comprobaba si traía o no el cordón umbilical enredado al cuello. Casi lanzó otro grito de felicidad, al comprobar que no era así. Una niña de buen peso y color salió al mundo llorando luego de recibir una palmadita de Tima.

—¿MAMÁ, QUÉ VOY a hacer con este gentío que no cesa de venir a mí con todas sus dolencias y males? Ya no puedo seguir así, de verdad que no puedo... Otros tres meses así, bajo esta presión, y juro que me vuelvo loco... Me vuelvo loco, mamá —le comentó Sirenito a Tima tres meses después del difícil alumbramiento que habían logrado con tanto éxito. Sirenito había abandonado a Hilitos en Paraíso; con dolor había dejado de lado esa pasión por el océano que lo consumía desde el primer día en que se había sumergido gozoso en sus aguas vivientes, y se había solazado con la ingravidez y la movilidad sin límites que le brindaba esa masa cimbreante y escurridiza de mar azul, turquesa, verde o negra, según el lugar y la hora en que se zambullera en el seno de esa, a la que él consideraba su amante secreta y más íntima.

—No Juanito, tú nunca te volverás loco, porque al igual que tu padre y yo, ya lo estás. Pero de una locura buena, de esa que te hace muy diferente a casi todos los demás, de esa locura que le permite al que la padece, subir a la cima de la montaña más alta solo y volver a bajar sin que nadie te vea o lo sepa, para vivir de una manera que sea más útil que la del sabio más cuerdo. Ya no te puedes seguir negando más a vivir tu locura en la única forma sensata en que lo puedes hacer. Aférrate con amor al don que se te ha concedido y haz el trabajo que corresponde: trae alivio al que sufre, y salud a la enferma que ya perdió toda esperanza. Trabaja

cada día con amor, para que cada trabajo sea también un día con amor. Por razones que ninguno de nosotros, y quizás nadie en este mundo sabe o sabrá, has sido escogido hijo mío por fuerzas misteriosas para trabajar sin pausa ni descanso ni interés personal alguno, por el bienestar ajeno, y tu única recompensa será el placer que obtengas haciéndolo. Cosecharás amor, pero no será el amor de ninguna persona en particular, mujer u hombre, sino del universo en su inmensa totalidad. De la humanidad espera más bien incomprensión, rechazo e incluso el odio, porque sanar no es poder de este mundo, y este mundo no lo comprende ni lo comprenderá jamás. En esto te hablo por experiencia. Si tienes un amor verdadero de mujer, no será por causa de tus trabajos, sino a pesar de ellos, pues un buen amor entre dos personas siempre se construye como desafío a todo lo que es mundano. Vuelve a casa y déjame trabajar a mis anchas, para que tú también lo hagas. Vuelve con tu papá y manos a la obra, que nuestros trabajos no tienen fin, pero nuestros días sí son contados.

Así le habló Tima a ese jovencito que no era fruto de sus entrañas, pero al que ahora sentía como un brote de su alma, lo cual lo convertía en el vástago más entrañable que mujer alguna pudiera dar a luz.

Sirenito la escuchó sentado en una silla de palo y mimbre entretejido con la maestría especial que Hilitos poseía para hacer todo lo que tuviera que ver con el manejo de materiales naturales, y su conversión en algo útil y bello en su radical sencillez. Estaba sin camisa, con su torso largo y poderoso —como aquel que Hilitos aún poseía a pesar de los años y el uso intenso de su herramienta corporal, pensaba Tima observándolo con ternura en sus ojos que no podía ocultar— de nadador, remador y campesino. Un codo sobre la mesita y sosteniendo su rostro con la palma de la mano, se veía cabizbajo y triste.

—¿Cuáles son sus pensamientos? —se preguntaba algo preocupada Tima, al ver la evidente desmoralización del muchacho. “Se le pasará...”, se consoló ella a sabiendas de que Sirenito tenía un eje de granito en su interior, que era disimulado por una cubierta

de suave y gentil como la de los líquenes que se adhieren a las rocas más poderosas en los ventisqueros de la sierra, para apoyarse en ellas y nutrirse con la humedad de los vientos desatados que a menudo barrían esas alturas solitarias.

Sirenito abrigaba, en efecto, pensamientos sombríos que bordeaban con la autoconmiseración, un sentimiento muy poco frecuente en él. De pronto, ese joven que nunca había llorado, estaba al borde de las lágrimas. Era una emoción extraña para él, una suerte de erupción volcánica contenida que buscaba salir a la superficie para liberar toda la fuerza acumulada bajo una apariencia de calma engañosa. En realidad no sabía qué lo perturbaba más en ese instante: si esa desconocida emoción que le hacía cosquillar los ojos, o la comprobación de que, además de estar baldado de por vida, a su pie maltrecho, se sumaba ahora esa enorme responsabilidad, esa tarea titánica, absurda e incomprensible, y que lo abrumaba como una maldición y que venía a hacer trizas sus sueños de una vida simple y libre en contacto estrecho con la tierra y el mar.

**REGRESÓ A PARAÍSO.** Hilitos lo estrechó entre sus brazos y se maravilló de ver que su hijo ahora lo sobrepasaba en estatura por un par de centímetros. Había estado con Tima dos meses. Hilitos había ido con frecuencia a verlos a la isleta, donde se había quedado durante días seguidos, pero su vida de regreso en Paraíso siempre había sido un difícil retorno a un hogar que ahora parecía mustio y vacío sin su hijo.

—Es hermoso tenerte de vuelta mijo —fue todo lo que le dijo Hilitos y luego caminó hacia sus redes para prepararlas para una salida en la tarde, que de seguro duraría hasta la madrugada del día siguiente. Sirenito corrió detrás de él brincando con su pie retorcido, pero alegre de estar con Hilitos y retomar la pesca con él. Echaba de menos a Tima, pero lo que más ansiaba su corazón, era estar cerca del mar, internarse por sus caminos líquidos invisibles, en busca de los mejores bancos de mariscos y los más fecundos cardúmenes de diversas especies de peces que, según la estación del año, se aparecían y luego desaparecían por las costas de Paraíso. Si

hubiera sabido que esa sería una de las últimas salidas con Hilitos a pescar, de seguro su ánimo no habría sido tan ligero y jacarandoso como el que experimentaba al sentir la arena caliente debajo de sus pies descalzos, y ver el mar reverberando como si le guiñara un ojo bajo el sol de mediodía. Corrió a saltitos, que ese era su modo de correr, y con cada paso que daba sentía que su pecho se henchía de una salvaje felicidad al imaginar el agua del mar golpeando sus piernas a medida que corría contra las olas para darse un breve chapuzón antes de ponerse junto a Hilitos a zurcir y luego plegar las redes para otra jornada de pesca.

UN MES DESPUÉS del feliz alumbramiento de Valeria, la noticia de los poderes manifiestos de Sirenito se había replicado con velocidad, hasta llegar incluso a oídos del gobernador provincial en Aracazú. Este se encogió de hombros, sumió su rostro contra su papada, y mirando a su asistente más cercano por encima de sus lentes de fino marco redondo de oro, le comentó, exagerando:

—Mi estimado Justiniano, creo que este debe ser el centésimo curador milagroso que aparece en estas tierras desde que yo funjo como autoridad principal.

Después soltó esa risa seca sarcástica que Justiniano Orellana conocía tan bien, y que más que desdén indicaba más bien cierta preocupación mal disimulada. El gobernador temía que en algún momento estos curanderos “milagrosos” y estas curanderas “milagrosas” tuvieran la peregrina idea de querer convertirse en líderes mesiánicos, anunciando cosas tan dementes y peligrosas, como que la tierra de los nuevos grandes latifundistas que surgieron en casi todo el país luego de la llamada “revolución agraria”, iniciada varias décadas atrás, debería ser verdaderamente redistribuida; o que una modesta parte de las pingües ganancias que dejaba la actividad petrolera en la región, debería quedarse en Entre Ríos, para construir carreteras, escuelas, hospitales, y quién sabe qué más; o que los poderosos e implacables barcos de pesca extranjeros que ya comenzaban a asolar los bancos de peces y mariscos en la región con absoluta indiferencia por parte de las autoridades

regionales y nacionales, deberían ser expulsados de las aguas territoriales de la República Independiente de Panguera; o que... En fin... cualquier otra aberración demagógica que atentara contra el espíritu democrático de la nación, o que pusiera en entredicho la paz social del país, que tan encomiada era por otras naciones, en especial las más poderosas.

Lo cierto es que las aprensiones del gobernador no carecían de todo fundamento. En los años treinta había surgido un líder con tales características en otro Estado cercano de la república, quien luego de armar un gran alboroto con sus huestes harapientas armadas de viejos fusiles, picas y machetes que duró cuatro años, fue derrotado por las tropas federales enviadas por el gobierno central, quedando al menos un millar de mujeres, hombres y niños alzados, muertos en el campo de la última batalla.

Adivinando los verdaderos sentimientos y pensamientos de su jefe, Justiniano intervino, luego de su habitual pequeño carraspeo para despejar su garganta y poder elevar esa voz vibrante de locutor de radio que él mismo tanto admiraba:

–Señor gobernador, con todo respeto, permítame asegurarle que usted tiene toda la razón. Por la información que tengo y que ahora deseo comentar con usted, se trata apenas de una mera casualidad y no, por supuesto, de una curación como las que logran los verdaderos médicos. Sí, señor, se trata apenas de un chiquillo, de un mocoso, de un pobretón inútil, al que de seguro sus padres quieren utilizar para embolsicarse unos cuantos pesos explotando la credulidad y la tontería de gente ignorante. Le aseguro que de aquí no saldrá ningún líder revoltoso, sino apenas un sinvergüenza que se aprovecha de gente sin educación.

Y en eso quedó el asunto. Poco se imaginaba en ese momento el gobernador, que “el mocoso sanador” era el mismo niño ya crecido, que unos años antes había recuperado el collar de su esposa de las profundidades marinas debajo del muelle de Paraíso. El gobernador reorientó de inmediato su atención hacia otros tópicos más importantes de su gestión, que se arrastraba ahora por muchos años luego de tres reelecciones con mayoría aplastante de votos.

Su popularidad se debía sobre todo a su habilidad para mantenerse en forma equidistante de los extremos del espectro político nacional, y en saber negociar. Aunque no faltaban los maledicentes que lo acusaban de cohecho, soborno y fraude electoral. Pero esas acusaciones nunca habían trascendido más allá de los comidillos malintencionados, el chisme y el rumor. Dos periodistas de un famoso diario de la capital habían estado un mes completo en Entre Ríos investigando las acusaciones, y al final concluyeron que no había existido ninguna irregularidad significativa en las elecciones que habían llevado al actual gobernador a ocupar el cargo que ostentaba, así como tampoco en las reelecciones posteriores. Pocos meses después de este reporte que fue publicado en todos los mayores periódicos de la nación, y comentado en las más importantes radioemisoras, el presidente de la república había otorgado la medalla al servicio público destacando al gobernador.

Una vez que el asuntillo del muchacho sanador de Paraíso fue arrojado al cesto de los expedientes superados o sin importancia, el gobernador, su asistente, y seis alcaldes analizaron la situación que se estaba presentando en algunos municipios en los que un tal *Pacto de la Ribera*, supuestamente integrado por cerca de veinte mil productores de cacao y ganaderos, había presentado una demanda de indemnización en contra de la compañía petrolera nacional, por daños causados por un gran derrame de petróleo debido a la ruptura de un oleoducto que llevaba el preciado hidrocarburo a una ciudad más al norte donde se refinaba.

DESDE EL SEGUNDO día en que Sirenito regresó a Paraíso, le llegaron pacientes aquejados por diversos males. A algunos que tenían problemas que eran a su juicio tratables por Tima, y que eran la gran mayoría, los envió rumbo a la isleta. A otros, que estaban afectados por enfermedades infecciosas que eran fácilmente tratables con antibióticos, les aconsejó que fueran a la clínica pública de Paraíso, y a otros, con males o enfermedades como amigdalitis o un apéndice inflamado, les recomendó ir al hospital de Aracazú. En general, sus decisiones eran acertadas, aunque no habría podido explicar en

forma clara y bien articulada de dónde provenía ese conocimiento misterioso que lo guiaba en la penumbra, como una vela persistente en el viento de una noche de otoño. Sin saber a ciencia cierta de dónde provenía esa sabiduría y esa certeza, él avanzaba con la misma consciencia o inconsciencia magistral con que un sonámbulo atraviesa una cuerda floja a gran altura sobre el vacío, mientras sueña que camina por una vereda ancha y plana en medio de un llano sin quebradas ni desniveles. Sí, Sirenito sabía, o mejor dicho intuía, sin dudarle un segundo, a quiénes podía ayudar y quiénes tenían problemas que estaban fuera del alcance de sus habilidades. Eran certezas que primero se alojaban en su vientre, y desde allí ascendían en oleadas hasta su mente y, finalmente, su boca. Daba sus veredictos con una mirada serena, el rostro impassible, y los expresaba en palabras sencillas que todos podían entender.

TRABAJÓ EN FORMA encarnizada, sin descanso, laborando a veces hasta trece o catorce horas seguidas, como si estuviera poseído por algún compromiso o urgencia misteriosa que nadie, ni tan siquiera Hilitos o Tima, podían comprender a cabalidad.

No pasó mucho tiempo antes de que la experiencia le enseñara que fracturas de huesos, heridas, infecciones agudas como gonorrea, septicemia o gangrena, problemas congénitos como retrasos mentales, y males que requerían de algún tipo de intervención quirúrgica como deformidades, no eran problemas que él pudiera tratar con eficacia. Sin embargo, alergias, problemas digestivos leves y graves, algunos males degenerativos y progresivos, tuberculosis, sífilis, lepra, lupus, dificultades del embarazo o del parto, Parkinson, Alzheimer, epilepsia, infantes con dificultades para aprender o concentrarse, histeria, neurosis, melancolía crónica, depresión y, sobre todo, diversas formas de locura, eran enfermedades que él abordaba con sencillez y grandes resultados. Y aunque no podía describir o catalogar estos padeceres por sus nombres médicos oficiales, ni establecer cuáles eran sus síntomas y signos característicos, él leía el brillo que envolvía a sus pacientes, palpaba casi la fuerza energética, o falta de ella, que emanaba de los enfermos que lo visitaban, y así

sabía si podía ayudarlos o no. Pronto aprendió a discernir ciertos patrones en la forma como esa energía brotaba de los cuerpos de sus visitantes, y podía casi ver su intensidad, coloración, amplitud, así como los agujeros o el deterioro que manifestaba ese envoltorio en ciertas partes. Así, aunque no sabía a qué enfermedad o patología correspondían cada uno de esos patrones energéticos, al cabo de un par de meses ya estaba claro para Sirenito, cuáles respondían bien o permanecían inalterables a sus tratamientos.

Su única forma de terapia, eran esos curiosos masajes al cráneo de los pacientes. Tomaba sus cabezas y aplicaba una fuerza en aumento a los cráneos, como si estuviera tratando de moldear de nuevo la testa de una escultura de greda a medio secar. En general los pacientes se sumían en un sueño profundo a los pocos minutos de aplicarles ese masaje que se intensificaba poco a poco.

Muchos de los que acudían a él se quedaban desilusionados de observar que no había ningún ritual de “limpia”, ni velas, ni santos, ni incienso, ni cánticos monótonos, ni rociaduras de agua bendita con ramas de romero o eucaliptos, ni pomadas aromáticas masajeadas en todo el cuerpo, ni ensalmos o conjuros, ni sahumerios, ni fétidos o misteriosos compuestos, sino solo esas extrañas, y en apariencia inocuas, sobadas con gran fuerza sobre el cuero cabelludo de los enfermos. Uno que otro grupo de familiares que acompañaba a su ser querido doliente, se fue algo molesto al ver que Sirenito no preparaba menjurjes, pomadas, compuestos fétidos ni siquiera emplastos que dar o aplicar a los pacientes. Pero luego regresaban al comprobar que la enferma o el enfermo mostraba claros signos de mejoría. Sirenito los acogía de nuevo con la misma parsimonia de escasas palabras con que los había recibido la primera vez. Algunos hacían preguntas con respecto a su diagnóstico, sus pronósticos y la forma como procedería a la sanación, pero Sirenito respondía siempre con parquedad:

—Discúlpenme, pero no sé nada. No puedo decirle nada. En serio. Yo no soy el que sana, sino mis manos, mis manos nada más. En ellas está la fuerza, yo nada más soy el que las porta, pero ellas curan namás, o no curan, eso es todo lo que puedo decirles.

Los que más inquirían y dudaban eran por lo general personas ciudadinas y de mejor condición social que el grueso de los pacientes que acudían a Sirenito. Los más pobres lo veían con esa mirada de esperanza ciega y sin interrogantes del que sabe que hay cosas que escapan a toda explicación mundana, y que la vida y la muerte, están en última instancia regidas por muchos misterios que deben aceptarse con resignación. Mientras menos poder sobre su destino y menos fe arrogante con respecto a la importancia de su propia individualidad sentían aquellos que acudían a él, mayor era su entrega a la sanación de Sirenito, y mejores eran también los resultados que este obtenía.

Al cabo de seis meses eran decenas de personas enfermas las que se allegaban o las traían por semana hasta la casita frente a la playa. En vista de esto, Hilitos fue a la isleta y cortó varios árboles de buenas maderas duras y construyó dos casitas medianas en las márgenes del gran terreno de su finca frente a la playa. Cada casita tenía su propia salida independiente a la carretera que corría al frente de la finca, y estaban unidas entre ellas por caminitos que Hilitos recubrió de una grava roja alegre, y que culebreaban entre plantas ornamentales cubiertas de flores, árboles frutales y pastos cortos que le daban un aspecto pulcro y alegre al vasto jardín, y que invitaban a arrojarse en los brazos verdes y frescos de ese prado, y retozar sobre él a la sombra de las grandes ceibas. En una de ellas Sirenito recibía y trataba a sus pacientes, y en la otra pernoctaban algunos familiares y enfermos de menor gravedad. La casita que servía de consultorio tenía cuatro habitaciones, y la otra, cinco. Hilitos trajo desde Paraíso a tres albañiles, y junto con estos construyó, además, un par de baños de cajón sobre unos agujeros de bastante profundidad, y agregó otras tres casetas con duchas y lavabos.

Todas esas mejoras y modificaciones, Hilitos pudo llevarlas a cabo ya que de los visitantes, los pacientes y sus familiares, no cesaba de llegarles un flujo de regalos en animalitos de corral, comidas preparadas, bellas telas confeccionadas a mano, algunas joyas de oro y de plata, muebles de caoba, retratos de imágenes sagradas que databan de la época de la Colonia, ropa hecha a la medida de ellos, un par de caballos, algunas reses, una barca pequeña para

bogar en las lagunas y canales interiores. Incluso una motocicleta ya algo vieja, pero en buen estado de funcionamiento, y algún ocasional presente en dinero que era entregado bien envuelto en telas finas enlazadas con bandas de seda, en cajitas aromáticas de palo de rosa, o simplemente en sobres con alguna carta de amor y bendiciones por la sanación milagrosa.

La mayoría de los que se allegaban hasta ellos preguntaban con antelación por el monto del pago que deberían desembolsar, a lo que siempre Sirenito respondía lacónico:

–Lo que sea su voluntad, pero que sea algo ofrendado con corazón, nada caro o lujoso, cualquier cosa que usted desee... Y una bendición es para mí más que suficiente, pues si es del fondo del corazón, como ya le dije, eso representa más que un tesoro... Lo que sea su voluntad.

Cuando Sirenito o Hilitos detectaban que los presentes o pagos sin duda excedían los modestos ingresos y la humilde condición económica de sus pacientes y familiares, rechazaban el regalo y les pedían que rezaran por toda la humanidad en una capillita cerca del consultorio que habían construido ladrillo por ladrillo, argamasa por argamasa, y piedra por piedra, el propio Sirenito, su padre, y con la ayuda de Tima quien diseñó el pequeño refectorio. Pero a pesar del carácter no mercantil de los trabajos de Sirenito, los animalitos de corral aumentaban en forma alarmante, sobraban regalos de comida que entre Hilitos y Tima se encargaban de redistribuir entre familias de vecinos o entre los más pobres de Paraíso. Y aunque nunca se pedía dinero a cambio de sanación, muchas eran las personas que hacían entrega de regalos en efectivo, de manera que de pronto los tres tenían recursos suficientes como para ampliar la infraestructura habitacional tanto en la finca en Paraíso como en la casa reconstruida desde los cimientos por Hilitos y otros trabajadores en la isleta luego del aluvión de 1949.

ERAN CADA VEZ más numerosos los pacientes que acudían a Paraíso para visitar a Sirenito, y también cada vez más numerosos aquellos que se quedaban por temporadas a vivir en las

instalaciones en expansión dentro de la finca de su padre. Ecos de la nueva fama de sanador de Sirenito se extendían en oleadas sucesivas a lo largo y ancho de Entre Ríos. Muy pronto, Hilitos fue incapaz de dedicarse a la pesca y ayudar al mismo tiempo en forma efectiva a su hijo. Fue abandonando sus labores de cosechador de los frutos del mar y de la tierra, para ayudar a su hijo que se volvía cada vez más taciturno y distante a medida que su alma y su cuerpo se desgastaban ante tanta miseria humana; ante tantos cuerpos atormentados y tantas mentes y espíritus devastados por diversas formas de sufrimiento físico y psíquico, y toda clase de combinaciones de males en ambas dimensiones de nuestra existencia terrenal. Sus padres veían con preocupación creciente ese ensimismamiento que parecía devorar el espíritu antes llano, ligero y sonriente de su hijo. Pero a pesar de todos sus ingentes esfuerzos por mantener a Sirenito dentro de los marcos de una existencia más o menos similar a la que siempre había llevado, Tima e Hilitos se veían desbordados por el torrente de seres atormentados por toda clase de padecimientos, que no cesaba de fluir como un aluvión de miseria física y mental cada vez más desbordante, hacia la humilde casita frente al mar. Cada día Sirenito parecía más distante y más taciturno. Mientras más brillaban sus logros sanadores, más oscuro se tornaba el espíritu de ese muchacho que antes parecía vivir en la indolencia más complaciente. Hablaba solo con los pacientes y sus familiares para luego comer con sus padres en silencio respondiendo con monosílabos a las preguntas y comentarios de estos. Poco después, luego de cenar y de terminado su esmerado aseo personal, Juan Bautista se desplomaba al caer la noche como un cadáver aún tibio entre los delgados brazos multicolores de su hamaca.

TIMA VENÍA A Paraíso y se quedaba con ellos durante semanas, pero ni siquiera con su apoyo era posible contener la avalancha de dolientes del alma y el cuerpo que acudían en legiones a sanarse con Sirenito. Su fama era, sin duda alguna, merecida, pero hubo numerosas instancias en las cuales sus poderes sanadores se vieron impotentes ante males y enfermedades que parecían roer en forma

incontenible el cuerpo y el espíritu de muchas y muchos de los pacientes que llegaban a él en busca de una sanación milagrosa que no podía otorgar.

La situación se tornaba insoportable debido al asedio en aumento de las hordas de dolientes que acudían con sus familiares a hacerse curar por Sirenito, sin que este tuviera la capacidad de hacerlo en muchos casos, debido simplemente a la enorme demanda que pesaba sobre él. Aparte de que en muchos casos con solo ver o tocar a un doliente sabía que no podría curarlo, y debía resistirse al ruego desesperado de sus seres más allegados, no tenía el tiempo ni las energías para trabajar con eficiencia en cada caso.

Pero pronto descubrió que con solo pasar sus manos a cinco centímetros de distancia de la cabeza de los pacientes, podía saber, sin saber por qué, si estaba dentro de sus posibilidades curar o mejorar la condición del paciente.

—Puedo palpar su envoltura, y ver si está debilitada, dañada o rota, y sé no sé cómo, si puedo o no arreglarla —le dijo a Tima, quien observaba con admiración y perplejidad los extraños dones de su hijo.

Sirenito se levantaba todos los días a las cuatro de la madrugada, y en compañía de Hilitos por lo general, o de Tima cuando esta se encontraba en Paraíso, pasaba rápido de paciente en paciente determinando cuáles eran los que podía tratar con alguna posibilidad de éxito. Por lo general, las tres cuartas partes de los que recién acudían a él, eran rechazados de este modo tan expedito, y que a muchos dejaba desolados o disconformes. Sin embargo, la necesidad de curación del alma y del cuerpo en este mundo es tan urgente y tan extensa, que no cesaban de acudir a Paraíso un ejército en aumento de personas en busca de esa cura milagrosa que, según rumores cada vez más persistentes, podía ser otorgada por ese joven campesino y pescador de escasas palabras y de ademanes curativos tan sobrios y sencillos como quien los aplicaba.

—Es sin duda un *idiot-savant*, un loco o un tonto que está seriamente convencido de sus dotes sanadoras y que cura solo en apariencia, haciendo que las personas imaginen que han mejorado,

infundiéndoles la fe. O mejor dicho transmitiéndoles su propia fe ciega e irracional, y así las hace sentirse curadas para siempre, cuando solo es una ilusión pasajera. Este muchacho es un fraude, pero de verdad no veo mala intención en él, sino solo ignorancia primitiva y supersticiosa, sí, la estupidez de esta gente ignorante que cree en sus ‘milagros –le dijo, con pedantería a sus amigos, un médico capitalino de cierta fama que pasaba sus vacaciones en casa de unos parientes ricos en Paraíso, y que fue a ver a Sirenito, como quien visita a un monstruo de circo impulsado por mera curiosidad morbosa. Hubo algunos de su círculo de amigos ricos, quienes en esa cena en Paraíso, disintieron de sus palabras, pero temiendo quedar ante todos los presentes como provincianos ignorantes intentando rebatir a esa potencia intelectual que era el doctor Cifuentes, callaron por conveniencia.

AL NOVENO MES de haber iniciado sus trabajos de sanación, algo tan inaudito como inesperado ocurrió en la casita frente al mar. Dos camionetas Ford llegaron seguidas de un pequeño camión con una veintena de hombres de catadura poco amistosa y con armas cortas asomadas en forma conveniente sobre la cintura o entre el pantalón y las asentaderas de esos hombres con aspecto de pocos amigos. Un par de ellos cargaban carabinas 30-30, y esos se bajaron corriendo y fueron a abrir la puerta de ambas camionetas en forma solícita que contrastaba con su rudo aspecto de matones y guardaespaldas. En realidad algunos eran solo vaqueros del gran rancho de Guy Malebrand, entre los cuales venía el infaltable Melchor, quien a pesar de sus arrugas y sus bigotes y cabellos entrecanos, no había engordado un gramo desde aquellos tiempos ya distantes en que Silvana se fue a vivir a la casa patral de Palo Colorado y pasó a ser la amante principal del dueño del rancho. Del lado del chofer se bajó el propio dueño de Palo Colorado, con su calva bien cubierta por un paliacate de seda roja con hermosos diseños populares estampados, debajo de un elegante sombrero nortino de fieltro de color crema con una cinta de cuero de cascabel teñida de un café suave. Una gran hebilla de plata labrada

con una herradura con su nombre y una cruz en el centro, brillaba en su costado derecho de la cinta de cuero, poniendo de relieve la condición de clase elevada de su portador.

Se bajó, sacudió una pierna a la vez mientras las estiraba, como buscando restablecer la circulación perdida en sus extremidades luego de una manejada agotadora. No venía de Palo Colorado, sino que había ido en la mañana temprano a recoger a su hija más joven al pequeño aeropuerto que solía ser para avionetas de Aracazú, y que había sido ampliado hacía poco y recibía ahora aviones de carga y pasajeros de mediano tamaño. La fue a buscar y después la condujo a la casa patronal de Palo Colorado, para casi sin pausa dirigirse después con una comitiva de ayudantes y guardaespaldas rumbo a Paraíso. El tamaño de la comitiva respondía a una medida de seguridad que Guy consideraba enfadosa pero necesaria. Desde hacía un mes había estallado una huelga muy conflictiva de los trabajadores petroleros, y en el otrora pacífico puerto de Paraíso, se habían producido varias trifulcas a balazos entre policías y hombres armados de civil enviados desde la capital provincial para impedir posibles desmanes —como cortes de carreteras, tomas de edificios públicos, etc.— de los huelguistas y quienes los apoyaban (la mayoría de la población local).

EL B-22 DESCENDIÓ desde las nubes, y Guy Malebrand se maravilló de verlo posarse luego como un ave panzona, pero grácil, sobre la pista ampliada hacía poco del aeropuerto de Aracazú. Había subido a la terraza del edificio nuevo de tres pisos junto a la torre de control de tráfico aéreo, ambos edificios nuevos terminados no más de seis meses atrás. Teresita había caminado por la pista con la cabeza alta y esa mirada perdida que era habitual en ella. Caminaba envuelta en un vestido azul claro que revoloteaba sobre su cuerpo delgado como una bandera en su mástil ondeando al compás de la brisa fuerte que refrescaba la superficie de cemento y alquitrán de la pista de aterrizaje. Cuando se acercó a ella en la terminal, la abrazó con genuina emoción, no sin antes maravillarse de la hermosura de esa joven a la que no veía desde hacía un año y

medio, cuando partió a vivir con su madre en la capital del país por un tiempo. Ella respondió con ese afecto distante y, como siempre, no dijo ninguna palabra, aunque sus ojos algo brillantes le permitieron a Guy percibir un atisbo de emoción en su hija, y eso le dio la alegría más grande que tuvo en muchos meses. Su hermana Margarita, quien venía de acompañante de Teresita, le guiñó un ojo con disimulo, comprendiendo la súbita alegría de Guy.

Sin duda Teresita se había vuelto algo más expresiva, y parecía entender a cabalidad todo lo que ocurría y se decía a su alrededor. Pero, seguía “obstinada en no decir palabra... dura esta niña... muy dura... como patada de mula”, como le comentó Guy a Margarita en un arrebato de frustrada desesperación al mes de regresar su hija de Arcadia.

—Bueno —acotó su hermana Margarita en tono ligero mirándolo con picardía, como tratando de hacer que el humor de pronto sombrío de su hermano, se distendiera un poco, “a alguien saldría, pues”, y luego en tono serio dijo:

—Ten paciencia Guy... Ten paciencia que hay esperanzas, mira que una de las empleadas de Teresa en Arcadia, dice que la oyó un día canturriando ese bolero de moda en la radio, *La barca del amor*, y que la niña se calló de inmediato en cuanto la oyó caminando en la habitación de al lado.

Guy salió rumbo a sus numerosos menesteres, y al cabo de unos minutos ya no pensó más en Teresita, que desde muy pequeña, cuando todos esperaban que comenzara a hablar, había enmudecido, aunque la facilidad con que aprendió a escribir y a leer en silencio, demostraban que no había impedimento intelectual ni físico para que comenzara a articular lenguaje oral al igual que cualquier otro infante.

En Arcadia su madre la había llevado con numerosos médicos especialistas, con psicólogos e incluso con psiquiatras, pero ninguno fue capaz de darle una respuesta satisfactoria. Un psiquiatra vienés de gran prestigio vino a dar una serie de conferencias a la Universidad Central de Arcadia, y al final de la última ponencia, Teresa conversó con él durante un ágape en homenaje al sabio

austriaco en un hotel elegante de la capital, y le explicó el problema de su hija.

El gran psiquiatra la escuchó con atención e interés genuinos, y quedaron en que iría al día siguiente a visitarla a su casa para examinar a Teresita. En la tarde temprano, un elegante vehículo negro con chofer pasó por el sabio vienés. Pasó dos horas encerrado en el estudio principal de la casa del padre de Teresa, donde esta última vivía desde que dejó a Guy y Palo Colorado al borde de la locura para siempre casi veinte años atrás, examinando a la joven muchacha. Luego salió, y dijo con su fuerte acento germánico:

—No hay problema alguna con este niña. No habla, simplemente porque no quiere hacerlo. Tiene un mente brillante, casi genial puedo decir yo sin dudar riesgo riesgo de equivocarme mi querida senihoga. Ella hablará cuando ella así lo decida. Dele usted tiempo, mi buena senihoga, dele tiempo... Dele tiempo.

Y en eso quedó el asunto.

Ahora Guy se alejó de su camioneta, estiró las piernas un par de veces, se acomodó el sombrero y entró en la casita de Hilitos y Tima frente al mar, seguido de un par de hombres y de Melchor.

## **Teresita, Paraíso, noviembre de 1968**

Los detalles habían sido ultimados en una larga conversación entre Hilitos y Guy. Dos días después de la visita del poderoso ranchero, llegó un grupo de seis trabajadores que habían levantado una linda casita de ladrillos, madera y piedras en uno de los sectores más alejados de la entrada a la propiedad del sanador y sus padres. Estaba tan cerca del mar, que bastaba salir a la entrada de la casita de dos habitaciones, un baño bastante bien equipado, una cocina y una salita de estar con un comedor adosado, para ver el mar en reposo o crispándose bajo el efecto de alguna ventisca. El trabajo fue realizado a marchas forzadas en apenas dos meses. Guy le había dicho al capataz a cargo de la cuadrilla de albañiles:

—Toma Hernán, aquí tienes para los materiales, de lo mejor como ya hablamos, y para el pago de la primera semana de labor. Puedes llevarte a Belisario, el del camión azul, para que te ayude a ir a Arcadia a comprar todo lo que se necesita y trasladarlo a Paraíso, allí donde vive el sanador ese. El viejo flaco, alto y medio canoso aquel que le dicen Hilitos, te va a indicar dónde y de qué forma levantar la casa para Teresita y doña Pancha, que va a quedarse con ella para cocinarle, arreglarle su ropa, cuidarla... En fin, para todo lo que se ocupe... Quiero que trabajen día y noche si es necesario. Sin reposo y sin sacarle la vuelta al trabajo, me oíste, o de otra manera se las habrán de ver conmigo y con mis muchachos —dijo estirando el labio inferior para apuntar hacia un hombre de Melchor, que estaba sentado unos metros más allá sin expresión en un sillón de cuero, con un revólver abultando la parte inferior de su camisa suelta.

Guy le pidió a su amigo Anselmo Recaret, Palillo, que le diseñara la cabaña para Teresita, y que calculara en forma aproximada los materiales necesarios para levantarla. Cuando a los diez días Palillo regresó con un diseño provisional, Guy objetó algo molesto:

—No, me parece muy pequeña, y el cuarto ese que diseñaste, hazlo más amplio, para que quepan bien las camas de Teresita y la de doña Pancha, que va a dormir junto a ella... Mira, además, necesito otro cuarto de dormir en caso que yo vaya a quedarme, o para que duerma uno de los muchachos de Melchor, por si acaso se me ocurre mandar uno por allí de vez en cuando para que eche un ojo avizor y luego me cuente cómo va todo por esos lados.

Palillo comprendió de inmediato que Guy no iría jamás a quedarse personalmente en la casa que le había encomendado diseñar, y que era más bien la presencia no anunciada y por períodos de uno de sus matones, la que quería garantizar. La desconfianza de Guy era uno de los principales rasgos que le habían permitido prosperar y mantenerse en la cúspide del sistema de poder económico y político regional por tanto tiempo. Se dio cuenta, también, sin pensarlo en forma muy explícita, que “el patrón”, como lo conocían

casi todos en Entre Ríos, se sentía un poco culpable de enviar a su amada hija virginal a ese rincón frente al mar, como medida desesperada para ver si el afamado curandero la podía sacar de su tenaz silencio, para ver si así podía casarla con fanfarria y ventaja con algún buen partido capitalino. A pesar de que sus otros hijos e hijas eran todos “normales”, era de Teresita en quien más esperanzas había cifrado Guy, sin saber siquiera muy bien por qué. Era su instinto de conocedor intuitivo y animal de la naturaleza humana, el que lo guiaba oscuramente hacia esa impresión. Había visto expresados en su hija menor, en forma velada, pero inconfundible para este hombre tan experto en gentes como lo era en caballos y reses, un carácter fuerte y una inteligencia extraordinaria en esa jovencita. Sus otros vástagos habían resultado todas y todos unos fracasados, incapaces de abrirse paso por sí solos en la vida. La menos perniciosa de todas, era una hija que había contraído matrimonio con un adinerado senador viudo, treinta años mayor que ella, y luego se había dedicado a una vida social insulsa en que combinaba un alcoholismo mal disimulado con cremitas de almendras, café, cacao y otras esencias dulzonas, con juegos de cartas con sus amigas y sus amantes en los que jugaba –y usualmente perdía– cantidades importantes de dinero. Pero el senador nunca se había quejado con Guy, a quien conocía poco, siendo su actitud hacia él una mezcla de temor y desprecio muy disimulados. Cuando las cuentas de las deudas de su esposa llegaban hasta sus manos, se refugiaba en casa de su amante; suspiraba en la amplia cama que él mismo le regaló, se quejaba con ella, y luego cubría las deudas de su esposa sin chistar en público. De modo que aunque jamás llegó hasta oídos de Guy algún chisme al respecto, intuía que las cosas no eran tan brillantes como aparecían en la superficie, y puesto que no había un problema urgente y abierto que concitara su interés, sencillamente se olvidó de su tercera hija. Y esto, a su juicio, la colocaba en la columna de los elementos y factores positivos o neutros en su vida. Y así, a diferencia de sus otros hijos e hijas, había dejado de ser una preocupación para él.

ESE DÍA DE principios de septiembre en que Guy caminó desde su camioneta a la casita de Paraíso para conferenciar con Hilitos y preguntarle si Sirenito podría curar a Teresita, los dos hombres habían conversado durante casi dos horas. Hilitos no quiso comprometerse a dar una respuesta categórica, y luego de la primera media hora fue a buscar a Sirenito, para que escuchara el caso que les presentaba Guy. Brevemente, el ranchero explicó los síntomas de Teresita, y Sirenito, siempre parco, respondió con unas pocas palabras que iluminaron el rostro y el corazón de Guy:

–Sí señor, seguro que puedo curar a su hija.

Hilitos se sorprendió, pues jamás había visto a Sirenito tan seguro, más aún cuando ni siquiera conocía a la muchacha, ni había pasado sus manos sobre el envoltorio invisible que la cubría de pies a cabeza, y que era el fundamento de todos sus diagnósticos o “pálpitos”, como les llamaba el muchacho, con absoluta sinceridad y modestia. Pero cuando vio la mirada directa con que Sirenito se dirigía a Guy, supo de inmediato que Sirenito no habría respondido de ese modo sin estar primero muy seguro de su diagnóstico.

Después que Sirenito se hubo retirado a su labor de sanador en otra cabaña, Guy miró con mucha seriedad a Hilitos, sacó dos puros del bolsillo superior de su cazadora caqui, y extendiéndole uno a su interlocutor, lo miró fijo con sus ojos azules rodeados de una red de venillas enrojecidas. Hilitos no pudo evitar pensar en un tipo de “agua mala” que abundaba en algunas bahías cercanas a Paraíso, y que todos los buceadores y pescadores del puerto y sus alrededores evitaban. Era una medusa pequeña y letal, con una pequeña cresta azulada que sobresalía del agua marina cuando flotaba a merced de las olas y las corrientes, y rodeada por debajo de una malla muy tupida de cientos de tentáculos rosados. Sin bajar sus ojos dorados, Hilitos le hizo frente sin pestañear a esos ojos de un celeste pálido como un cielo sereno de agosto. Era una mirada de acero, imperturbable y sin emoción, pero Hilitos sintió que le taladraba el cráneo.

La boca de labios sensuales por fin se movió con ductilidad, contrastando con esa mirada que mientras más fija, parecía más

fría y más dura también. Sin alzar la voz ni un ápice, Guy le dijo en un tono monótono a Hilitos sin quitarle los ojos de encima:

—Bueno, amigo Hilitos, tú (como a todos sus subalternos, lo tuteaba con familiaridad como si lo conociera bien) ya sabes que en estas cosas hay que ser muy cuidadoso... ¿Cómo te digo?... (y se detuvo unos segundos buscando la palabra apropiada)... Hay que ser muy, pero muy responsable... ¿Tú me entiendes verdad?... No sé si tienes hija Hilitos, pero ya sabes que todos los de por estos lados somos muy cuidadosos con nuestras hijas señoritas... Bien, pues, tú sabes, esas son cosas con las que no se juega... Son cosas por las que uno hasta puede incriminarse, ¿verdad amigo?... Tú te haces, pues, personalmente responsable por mi niña, por mi reinita, por mi preciosa Teresita, mi hija la más pequeña, y mi más querendona y favorita... Favorita entre todas las cosas que en este mundo poseo... Amigo Hilitos. Me la cuidas, pues, como si se tratara de lo máspreciado... de lo más precioso que tienes en este mundo, pues bueno, pues... Tú ya sabes como son estas cosas, estas cosas de hombres, de hombres cabales y responsables de sus familias, del honor de nuestras mujeres y, por ende, del honor de uno mismo, de toda una familia... Esto es, pues, como te lo digo ya para que quede más claro que la luz del día... Este es un asunto de vida o muerte, sí me entiendes lo que quiero decir... Sí, ¿verdad?...

Parecía que iba a continuar sin poder hallar un punto satisfactorio de conclusión, como si ya no fuese meridianamente claro y definitivo lo que venía repitiendo, buscando a tientas las palabras más precisas, las más efectivas, esas que fueran amables, pero lo suficientemente sibilinas como para dejar entrever mortales amenazas en forma velada, pero evidentes al mismo tiempo. Pero así como era un maestro en enamorar mujeres, cuando de “asuntos de hombre se trataba” (como él mismo llamaba a esas pláticas), “lo mejor es disparar derecho y al pecho, pues”, no era un buen diplomático cuando se trataba de decir algo en forma sutil, disimulando entre la humareda de mucha palabrería vana los significados cripticos del verdadero mensaje. Esa era una habilidad que admiraba en otros, pero de la cual Guy carecía. Sus palabras cuando eran más

astutamente falsas, cuando, con edulcorada zalamería, recubierta de una cierta rudeza masculina que las hacía más efectivas, las pronunciaba al oído de una mujer a la cual enamoraba. Solo en esa instancia, era capaz de emitir frases que se envolvían en el alma de sus víctimas románticas, al igual que una boa se enrolla con delicadeza mortal en una danta desprevenida mientras ramonea en un canal de aguas tibias.

Pero ahora Guy se encontraba en una situación ambigua: no estaba tratando con sus pares o subalternos hombres en ruda y rotunda conversación, ni con mujeres a las que deseaba seducir, sino con un campesino de mirada inteligente y respetuosa, pero carente de toda reverencia o servilismo hacia él; un hombre que lo miraba con respeto, pero no con ese respeto al cual estaba acostumbrado, sino con el respeto con que una persona honorable trata a otro ser humano cualquiera; con aquel respeto genuino que no encubre ni desprecio ni pleitesía alguna. Además, lo difícil de la situación es que quería amenazar a ese hombre, intimidarlo, asustarlo, apremiarlo, prevenirlo, pero sin ofenderlo; quería darle una clara señal de advertencia, pero hacerlo de manera que no lo insultara, sino de manera que pudiera incluso congraciarse con él, pero sin hacerlo en forma ostensible debido al abismo de clase que lo separaba de su humilde huésped.

Guy estaba incómodo y se notaba. Unas gotas pequeñas de sudor empezaban a perlar su frente. Sacó su pañuelo para secarse la cara primero, y después puso su sombrero a un lado; ese fue el instante en que Hilitos rompió su silencio, y en forma tan elegante como torpe había sido Guy hasta el momento, intervino interrumpiendo en forma natural a su anfitrión:

—Don Guy estamos contentos y honrados con su visita, y más todavía si hay la posibilidad de hacer algo por esa niña, por usted, y por su familia, para que todo esté bien en la vida de todos ustedes. Nosotros aquí somos humildes, pero procuramos que todos aquellos y todas aquellas que nos visitan se sientan como en su casa, que reciban todas las mejores atenciones que nosotros en nuestra vida sencilla podemos brindar. Le aseguro, don Guy, que aquí su niña estará tan segura y tan protegida como en su propia casa.

Y agregó con audacia:

—Si es que no más.

Con el pañuelo en la mano aún, Guy levantó la vista que por un momento había fijado en la punta de sus zapatos polvorientos, y supo que ya no había nada más que agregar. Los ojos de Hilitos, rodeados de una fina tela de arrugas, y decorados por dos gruesas cejas aún muy negras en contraste con el cabello bastante canoso, se habían vuelto más oscuros, como el ocre del suelo que rodeaba la casa, y lo observaban con esa parsimonia y seguridad que denotaban el poder escondido bajo la punta del iceberg de sus recientes palabras. Eran palabras ciertas, precisas, amables y dichas en un tono suave y determinado que no podía dejar margen de duda alguna con respecto a la sinceridad de quien las acababa de proferir.

Guy comprendió que ya no cabía abundar más sobre el asunto. Se sentía más seguro sobre su decisión de probar esa última posibilidad tan extravagante como incierta para lograr que Teresita hablara, o mejor dicho, se decidiera a hablar. Pero, además, sentimiento muy raro en él, sentía cierta turbación avergonzada por la torpe redundancia de sus palabras anteriores, frente a la simplicidad efectiva con que ese campesino-pescador de Paraíso había captado sin problemas su mensaje, abordando de manera contundente y sin circunloquios la esencia de lo que había intentado transmitirle. Era, quizás, la primera vez en su vida que se sentía como un inferior ante otro hombre de condición social muy por debajo de la suya. Es más, nunca antes se había sentido inferior a nadie. Y por cierto que no era un sentimiento agradable. Después de tolerarlo en su corazón apenas por unos pocos segundos, lo apartó de un manotazo de su mente y se concentró en los aspectos prácticos del traslado de Teresita a su nueva vivienda y que aún estaba por construirse.

TERESITA LLEGÓ UNA mañana acompañada de su padre y la misma comitiva de rostros sombríos que vino con este la primera vez. Pero al igual que la primera vez, Hilitos se subió con presteza a una de las palmeras que se encontraban creciendo por casi toda la propiedad, y bajó con ayuda de Sirenito una veintena de cocos

frescos y jugosos que relajaron a los hombres de Guy, y a los pocos minutos estaba haciendo chanzas entre ellos como si hubieran salido a un paseo a la playa.

Guy y su hermana Margarita saludaron con brevedad a Hilitos, y pasaron directo con varios porteadores a la casita especialmente edificada para Teresita y la señora que se quedaría con ella. Teresita, como siempre, pasó junto a Hilitos y divisó a lo lejos a Sirenito que paseaba con una señora de edad avanzada que sufría de algún tipo de demencia senil. Ambos semejaban un par de niños, detenidos frente a un gran macizo de flores rosadas, amarillas, blancas y rojas, a las que miraban y tocaban con especial cuidado para no espantar al enjambre de mariposas, abejas silvestres y domésticas, enormes abejorros peludos y de varios colores, y avispas de todo tipo que pululaban en ese delicioso repositorio de polen que se abría en toda la gloria de sus pétalos, pistilos y estambres, para regalarles su fragante tesoro. Si Teresita los vio, no hizo el menor gesto que así lo indicara. Pasó con sus ojos altivos e inexpresivos, mirando hacia delante, como si nada de lo que ocurriera en su entorno fuera de la menor importancia, y su espíritu estuviera entregado a otra vida que tenía lugar en un mundo distante y mucho mejor que aquel que se desenvolvía alrededor de su ser material. Guy le había explicado con dificultad, la decisión de llevarla por un tiempo a Paraíso:

—Será breve Teresita, unas vacaciones junto al mar, pronto estarás de vuelta y te prometo que iremos juntos en mi yate a navegar por las lagunas y canales más hermosos de Entre Ríos. Allí serás bien tratada, bien cuidada y no te faltará nada... Mira mi reina, doña Panchita estará contigo (el sabía que la señora Francisca era la más cercana a Teresita en Palo Colorado, y era con quien la había escuchado reír con más frecuencia cuando esta le contaba jugosas anécdotas campiranas) y nunca estarás sola... Mira, ese muchacho Sirenito y su padre Hilitos se ven buenas personas, y quizás con sus manos especiales, el sanador ese te ayude a disfrutar más de la vida...

Por única respuesta, una lágrima se deslizó desde el ojo izquierdo impávido de Teresita, y de pronto su mirada se volvió más

vacía y distante que nunca. Guy no soportó más, y besándola en la frente, se retiró a los brazos solícitos de una nueva muchachita de piel canela que se había agenciado hacía poco en uno de los nuevos ranchos de colonos con los que intentaba detener los intentos de algunos campesinos jumanos por recuperar tierras que antes les habían pertenecido.

Así caminó Teresita, distante y desinteresada de todo. Caminó, tan inmarcesible e inaccesible, como una estatua de mármol de Carrara. En apariencia, como una bella fortaleza vacía, aunque, tras ese rostro inexpresivo, bullía una vida interior clandestina de gran riqueza. Guy la llevaba de la mano como si fuera invidente, y junto con Margarita dispusieron de todo en la casita frente al mar. Los porteadores trajeron una gran cantidad de muebles, ropas, enseres de toda clase, y al cabo de unas cuatro horas de ajetreo incesante, la casita parecía una vivienda que hubiera estado habitada por largo tiempo. Incluso una pequeña pianola en la que a veces Teresita tocaba, poniendo en práctica algunas de las habilidades musicales que su madre le transmitió, y que habían sido cultivadas por varios instructores de cierta calidad pianística enviados en el pasado por Teresa desde la capital a pasar unas temporadas en Palo Colorado.

Cuando todo estuvo dispuesto como lo había planeado, Guy abrazó a Teresita, la besó en una de sus mejillas de porcelana rubicunda, y se despidió de ella con una última caricia de su mano áspera posada un par de segundos sobre el rostro de su hija. Esta bajó los ojos, y ese gesto en apariencia tan trivial fue motivo de mucha alegría para Guy, porque había observado que cuando una emoción intensa se apoderaba del misterioso y desconocido mundo interior de su hija, esta bajaba sus ojos negros hacia el suelo, como queriendo disimular los sentimientos que la embargaban. Guy y su gente regresaron a sus vehículos, y partieron acelerando por el camino de tierra dejando una gran polvareda detrás de ellos, y haciendo correr los perros, las gallinas y los niños de regreso a sus ranchitos, asustados de esa súbita conmoción sobre una vía que en general era transitada sobre todo por peatones, ciclistas, carretas, gente a caballo, yuntas y muy pocos vehículos motorizados.

Doña Pancha tomó Teresita de la mano y fueron a caminar por la playa y a disfrutar del atardecer que pronto se transformaría en una puesta de sol más allá del monte y en dirección opuesta al mar. No obstante, cuando por fin el sol dejó de brillar por sobre las palmas, sus últimos rayos moribundos fueron los más hermosos, y tiñeron el agua marina de carmesí y de oro antes de que esta se tornara negra bajo el cielo estrellado. Se sentaron en la arena sobre una cobija de lana que doña Pancha había traído consigo y admiraron el paisaje marino en silencio. De pronto, Teresita se abrazó a doña Pancha, y posó su cabeza sobre el regazo de esta, y se dejó acariciar por las manos de la anciana que dejó correr sus dedos por entre las hebras de ónix negro del largo cabello de la joven.

—Ya mi niña, ya, ya... Ya, todo, todo va a estar bien, mi niña preciosa, todo va a estar bien...

Teresita no respondió, pero en su mente una voz repitió con insistencia: “no, algo va a pasar, algo complicado y difícil... Las cosas no van a estar tan bien como parecen”. Y Teresita escuchó con atención esas palabras, que provenían de una de las cuatro o cinco voces diferentes que le hablaban desde los rincones más recónditos de su psiquis, y a las cuales ella a veces respondía, entablando con ellas intensos diálogos, iracundos debates, o incluso cantando con todas ellas al unísono como si fueran un coro de ángeles caídos. Esa era su gente, ese era su verdadero mundo, allí ella convivía y compartía su vida con quienes eran de su misma estirpe y la podían comprender, mientras que sus vínculos con esa realidad fantasmagórica, odiosa, absurda e incomprensible que la rodeaba, y que a pesar suyo no podía dejar de captar con sus cinco sentidos, eran solo como una pantomima obligatoria e inevitable. Cerró los ojos y se hundió más profundo en ese universo que no era paralelo al que la rodeaba, sino que ocupaba el corazón mismo de su existencia. Volvió al mundo de los sentidos unos minutos más tarde cuando la voz de Panchita, quien la sacudió con delicadeza, la invitó a caminar de regreso a la casita para cenar algo ligero y luego retirarse a dormir. A la distancia, las seguía con discreción, el hombre que Guy había dejado como guardián de la seguridad de su hija en el peculiar sanatorio de Sirenito.

AL TERCER DÍA de la llegada de Teresita a Paraíso, Sirenito se apersonó frente a la entrada de la casita. En días anteriores la había observado a la distancia mientras paseaba con una chiquita aquejada, al igual que Teresita, por algún extraño mal del alma. La vio correr al mar y arrojarse a las olas con un vestido amplio y fresco de algodón blanco, mientras Panchita se agarraba la cabeza con las manos y lanzaba una exclamación de preocupación y disgusto. El vigilante, que venía con su gran pistola a la cintura, comenzó a desabrocharse el cinto del arma mientras caminaba rápido hacia la playa, con intenciones de lanzarse también al mar para rescatar a Teresita si era necesario. Lo cierto es que desde hacía unas horas, el mar se había encabritado con olas ornadas de espuma amarillenta por los desechos orgánicos que no lejos de allí El Magnífico arrastraba al océano.

Una ola arrastró un poco a Teresita mar afuera, pero ella se puso a bracear con energía, y demostrando gran pericia para nadar volvió a salir luego de un par de minutos a la orilla y se levantó con su vestido blanco oscurecido por la arena pegada. Sirenito no pudo dejar de admirar la belleza juvenil y armoniosa de ese cuerpo de jovencita núbil. La enagua que traía debajo del vestido impidió que la parte inferior de su cuerpo se vislumbrara más allá de sus formas atractivas, pero la blusa, igualmente de algodón y lino blanco con bonitos bordados a mano del mismo color, dejó entrever el torso de Teresita, y las dos aureolas de sus pezones le pusieron un toque de sensualidad inesperada a esa muchacha que parecía tan etérea y de otra dimensión a pesar de su evidente animalidad. Panchita corrió hacia ella y la cubrió apresurada con la infaltable manta que llevaba consigo. El guarda se giró y miró hacia otro lado con expresión algo turbada, al tiempo que Sirenito se alejaba con la niñita quien de pronto comenzó a correr alborozada tras una enorme mariposa blanca que voló frente a ellos.

Sirenito tocó a la puerta con golpes apenas audibles. El vigilante se apareció frente a él con cara de pocos amigos, pero reconociendo en ese muchacho humildemente vestido con un sombrero de paja deshilachado, y descalzo con los pantalones desteñidos

arremangados hasta las rodillas, al sanador mismo, se hizo a un lado y con un gesto lo invitó a entrar. Sirenito se sacó el sombrero y se sentó en el sillón de cuero de la salita de entrada donde el guardaespaldas le indicó con un gesto algo brusco. Había observado las ropas viejas, descoloridas y algo desgarradas de Sirenito, y de paso había mirado también su extraño pie retorcido, y se dijo para sus adentros, “si este es sanador yo soy el rey de Roma...”.

Diez minutos más tarde apareció Teresita precedida de doña Pancha. Se saludaron de mano. Teresita extendió la suya sin mirar a Sirenito a los ojos, y luego de que todos se hubieran sentado, fijó su mirada en un punto distante por encima de la testa del sanador. Se produjo un largo silencio que se tornó incómodo para todos, excepto para Teresita y Sirenito. El vigilante se movía inquieto de una pierna a otra y luego de cinco minutos, Panchita se levantó con el pretexto de preparar un poco de café y desapareció en la cocina contigua a la sala de visitas. Transcurrieron otros cinco minutos de silencio. Sirenito se echó hacia atrás en su sillón, respiró hondo luego de exhalar un suspiro, y una vez perfectamente relajado, soltó una frase que obligó a Teresita a mirarlo cara a cara por primera vez:

–Vamos al mar y nos damos un buen chapuzón, ¿qué te parece?

La tuteó con la misma llaneza con que trataba a todos sus pacientes. No lo hizo a propósito, sino que así salió de su boca, con toda naturalidad. Y era quizás esa falta absoluta de afectación en la actitud y el tono de Sirenito, lo que sacó a Teresita de su ensimismamiento, y la trajo de vuelta al falso mundo en el que su cuerpo y sus sentidos estaban atrapados. Lo miró como si no hubiera comprendido lo que había proferido. Pero Sirenito sabía que lo había escuchado y entendido, de modo que se puso de pie y le volvió a decir:

–Vamos chiquilla, que la mar está bella. Ayer vi que eres una buena nadadora. Muy buena... muy, muy buena... Te hago una apuesta: nadaremos hasta la boya que mi papá colocó a cincuenta metros de la playa para amarrar su bote cuando no desea subirlo sobre la arena. De ida y de vuelta. El que pierda tendrá que recoger diez cocos buenos de debajo de la palma, para que nos preparemos

una deliciosa bebida refrescante con el agua de ellos y la mezclamos con jugo de lima dulce, que ahora están bien maduras y listas para cosecharse... Vamos, ¿qué te parece?

Panchita había regresado en ese momento con una bandeja y unas tazas de café humeante. El guarda se había adelantado con la intención de rechazar en forma terminante la oferta de Sirenito, a quien veía apenas como un pobre pescador de las playas. Panchita lo miró con ojos muy negros tras sus párpados arrugados, y le hizo un gesto imperioso con la barbilla indicándole que se quedara donde le correspondía. Don Guy le había asignado toda la autoridad y responsabilidad sobre Teresita, y estaba decidida a ejercer ese mando por el bien de su niña querida. El vigilante retrocedió a su lugar debajo del dintel de la puerta que conducía de la sala de estar a un pasillo que llevaba a dos baños y los dormitorios.

Como era habitual en Sirenito, había dado en el clavo en cuanto a la forma de abordar y tratar a Teresita. Había decidido casi sin pensarlo, que no se acercaría a ella como un sanador que comienza un tratamiento, sino como una potencial amiga con la cual podían compartir juegos, actividades y ratos agradables propios de su edad.

Talvez el único vínculo poderoso que unía a Teresita con el mundo mundano de cada día, eran ese cuerpo vigoroso y los instintos animales que no se habían apagado en su extraviado espíritu. Poseía un formidable apetito por todo aquello que se relacionara con placeres sensuales, y aún en sus períodos de mayor distanciamiento, comía con voracidad, sobre todo frutas y vegetales de todo tipo hacia los cuales tenía una especial predilección, le gustaba montar a caballo y perderse —para angustia de su padre— por horas cabalgando entre matorrales y pastizales de las estepas, y metiéndose al monte cada vez que se le antojaba. Hasta los potros más rebeldes del rancho, se entregaban a la conducción de la joven con una mansedumbre que los vaqueros más duchos no podían dejar de admirar. Poseía unos brazos delgados, pero musculosos, y sus piernas tenían el agarre a la montura y el corcel propio de quienes se subían en los equinos más salvajes con la intención de domeñarlos. Una vez se metió al corral de los cerdos para liberar a una pobre chancha, cuyos

cuartos traseros se habían quebrado bajo el peso de un macho porcino en celo que más parecía un jabalí por su musculatura y ferocidad, que un animal de granja. Su padre la había visto con admiración rayana en la adoración, salir de la porqueriza toda enlodada y triunfal luego de arrancar al cerdo de su abrazo letal sobre la chancha que pesaría unos cien kilos menos que el descomunal macho porcino. Luego de apartar al cerdo a jalones y puntapiés, Teresita había empujado con ayuda de un par de peones que brincaron a la porqueriza a asistirle, hacia otro corral adjunto.

En los días siguientes, Teresita fue durante una semana junto con el veterinario a ayudarle a entablillar a la cerda, que luego de un mes estaba bastante recuperada como para caminar con cierta torpeza otra vez. Cuando Guy se había acercado luego del incidente con un revólver para poner fin a la miseria de la chancha, Teresita se había interpuesto poniendo sus manos sobre su pecho y mirándolo fijo a los ojos con una mirada que parecía lanzar chispas de indignación. Guy retrocedió de inmediato, y lo que vio en los ojos de su hija le gustó mucho: vio una pasión que ponía al descubierto un nexo con la vida que muy pocas veces había visto manifestarse en ello. Es más, cuando lo pensó bien saboreando un coñac antes de irse a la cama luego de cenar, esa era en realidad la única vez en que había visto un destello vital de tal intensidad en su hija. Esa noche durmió solo en su habitación, pues estaba cansado. Soñó que cabalgaba a campo traviesa a toda velocidad con su hija, y que de pronto su caballo se convertía en una enorme serpiente que lo rodeaba con sus anillos de acero y lo trituraba hasta dejarlo hecho una bolsa de piel conteniendo huesos rotos y vísceras estalladas. Despertó empapado en sudor y a punto de soltar alaridos de angustia. Pero al recordar esa chispa de vida en Teresita, se volvió a dormir contento y tuvo un sueño placentero hasta que los yaravíes, las candelegas, los periquitos dorados y los yigüirros lo despertaron con sus cantos alborozados al despuntar el sol sobre el mar. Salió al balconcito de su habitación y se sintió muy feliz, más feliz de lo que hubiera estado en mucho tiempo. Al principio su mente un poco brumosa por el sueño interpretó esa

felicidad como un eco emocional de los cánticos de los pajarillos en la ceiba que crecía junto a su balcón, pero luego recordó el incidente con Teresita del día anterior, y supo a qué se debía su dicha matutina. Bajó silbando a desayunar luego de una prolongada ducha que despejó su mente hasta dejarla otra vez filosa como una navaja de afeitar.

GUIADO SOLO POR su intuición, Sirenito acertó a la perfección sobre cuál era el camino de sanación apropiado a seguir en el caso de Teresita. Sintió un efluvio de simpatía amistosa en cuanto vio a la muchacha el primer día desde lejos. Lo primero que le llamó la atención fue el contraste entre su cuerpo fuerte y lleno de energía que se delataba con cada paso y movimiento que hacía, y su mirada ausente y en apariencia sin vida. Sus ojos grandes y estirados debajo de las cejas perfectas, tenían una opacidad mortecina que no encajaban bien con su cutis de porcelana y sus mejillas sonrosadas y que a simple vista rebosaban de buena salud. Pero no se dejó engañar por las apariencias. Supo que esa niña convertida ya en una mujercita, no era un palacio vacío y abandonado, como todos, o casi todos creían. Supo que esa fachada de perfección sin vitalidad, era la morada de un espíritu singular. Un espíritu oculto que había decidido por razones que escapaban a su comprensión, esconderse tan profundo en su guarida, que era como si nunca hubiese existido. Debía entrar en ese palacio, encontrar a la pequeña infante que se escondía dentro de sus amplios salones, cuartos y pasillos desiertos, y guiarla de la mano hacia la luz del mundo externo. Abrir los grandes ventanales cerrados de la mansión desierta, y dejar que penetraran en ella chorros de sol y de aire fresco, y que de nuevo los amplios recintos azumagados, polvorientos y oscuros, se llenaran de la chispa alegre de la vida con todas sus maravillas y todos sus inevitables horrores.

Teresita miró a los pies de Sirenito que la invitaba a hacer una carrera hasta la playa y luego nadar de ida y vuelta hasta la boya de Hilitos, y fue como si por primera vez se percatara de la deformidad del muchacho, y de pronto sintió un algo que la acercaba a él

en una forma que no había sentido antes con nadie. La inteligencia de su cuerpo, la memoria de sus músculos y la savia que recorría sus nervios tomaron comando de su voluntad y asintió levemente con la cabeza. Sirenito sonrió y su dentadura brilló contra su tez morena, acentuando la empatía de su expresión. Teresita se levantó y partió a su recámara donde encontró su traje de baño en un cajón de su cómoda y entrando al baño se cambió en un santiamén.

CORRIERON HACIA EL mar brincando sobre los médanos blancos. No sintieron la arena caliente ni el calor abrasador que reinaban en la playa. Corrieron con abandono. Teresita llegó primero y se zambulló en el mar tibio. Comenzó a dar brazadas energéticas que en pocos segundos la alejaron de la playa rumbo a la boya. Sirenito entró un poco más tarde, impedido como estaba de correr muy rápido con su pie contrahecho, pero al minuto de hundirse en el agua se encontró braceando sin mucho esfuerzo junto a Teresita. Ella lo vio aparejarse con el rabillo del ojo y comenzó a nadar lo más rápido posible. En el último año que había estado en Arcadia, su madre la había inscrito en una escuela de natación donde pronto se convirtió en la alumna estrella en nado libre de la institución. Nadie podía aventajarla, y el instructor principal decía con toda seriedad que tenía madera para una medalla mundial si continuaba trabajando a buen ritmo. Pero pronto Teresita perdió el interés cuando sintió la hostilidad envidiosa de sus compañeras, y no quiso volver más, para gran desilusión de su madre y de su instructor. Aunque la desilusión de su madre no era tanto porque arruinara su posible futuro como campeona de nado libre en los cien y doscientos metros. No era que por un momento ese terrible sentimiento de culpa hacia la hija que arrojó por una ventana de recién nacida y luego abandonó por años, se había aminorado un poco. O al menos esa fue la ilusión que tuvo por unas cuantas semanas.

Sirenito no tuvo mayor problema en mantenerse a la par de Teresita, a pesar de que ella comenzó a dar unas brazadas largas y muy rápidas, manteniendo la cabeza dentro del agua y sacándola solo cada cuatro golpes que daba con sus brazos delgados y

musculosos. Sirenito en cambio mantuvo la cabeza fuera del agua para poder disfrutar viéndola mejor. Los brazos de Teresita salían como lianas lustrosas del agua, manteniendo una curva ligera que remataba en sus manos dispuestas en posición perfecta de espátulas cóncavas. Sirenito no podía dejar de admirar la perfección técnica de su estilo y la fortaleza y empeño en ganar que mostraba en el agua de ese mar que de seguro no conocía muy bien. Sin embargo, aunque él nadaba sin estilo ni técnica alguna, no tenía la menor dificultad en mantenerse junto a ella. Desde la playa doña Panchita y el vigilante miraban nerviosos y algo preocupados la escena que se desarrollaba ya a muchas decenas de metros en el mar. Apenas podían divisar los brazos de los nadadores que salían como ramitas negras del agua, y las dos pequeñas estelas que dejaban al avanzar hacia la boya.

Rodearon la boya y empezaron a regresar. Sirenito se preguntaba si la dejaría ganar para así estimularla a nuevas competencias, o si la vencería para acicatearla a seguir intentando ganarle. Cuando ya estaba como a cuarenta metros de la parte donde podrían tocar la arena del fondo y terminar la carrera, decidió que quizás sería mejor ganarle, pero por un estrecho margen. Y como en todas las decisiones que hasta ese momento había tomado con respecto a su misteriosa paciente, estuvo acertado. Tomó la delantera de un par de metros y la mantuvo acelerando un poco cuando sintió el frenesí con que Teresita había comenzado a nadar para intentar alcanzarlo y superarlo antes de llegar a la orilla. A pesar de la intensidad del esfuerzo, Sirenito atinó a pensar con alegría, “si compite así es porque hay en ella un deseo muy grande de vida... muy grande”.

**DESDE ESE MOMENTO**, Sirenito y Teresita se convirtieron en buenos amigos, que como niños compartían excursiones en bote a pescar, o dejando atrás al guarda y a doña Panchita, tomaban la lancha mayor de Hilitos y se iban a nadar en algunos de los arrecifes de coral más bellos en playas cercanas. Sirenito descuidaba sus otros pacientes y su rutina diaria se veía con frecuencia interrumpida por algún paseo, zambullida en el mar, salir juntos a caballo, o

alguna otra actividad juvenil que los absorbía por entero a Teresita y a él por unas horas. Hilitos y Tima discutieron el asunto:

—¿No te preocupa que ahora Sirenito se la pase más con Teresita que con todos sus otros pacientes juntos? —le preguntó Hilitos a Tima.

—No importa, viejo. Es un muchacho todavía, si ni siquiera se afeita aún. Déjalo que recupere un poco de su vida anterior. Tiene derecho a hacerlo, y nada lo obliga a seguir con esta tarea titánica de sanaciones... Oye viejito, déjame ayudar a Sirenito (había comenzado a llamarlo con ese apodo, como hacían todos en Entre Ríos que lo conocieron o supieron de su existencia) a hacer una vida más normal, aunque nada más sea por el tiempo que esa niña esté por aquí con nosotros...

—Sí, de acuerdo mi viejita linda, como siempre tengo que darte la razón... Aunque estés equivocada muchas veces...

Ambos rieron a sabiendas de que Tima siempre saldría ganadora de todos los torneos de opiniones diferentes que pudieran tener.

Tima se ocupó de una buena parte de las mujeres y los hombres, en un total de veinte, que formaban en ese momento la nómina fija de pacientes que se estaban quedando en las distintas cabañitas y cuartos del “sanatorio” —como le decían casi todos en Paraíso— y Sirenito los visitaba al menos una vez al día y les “sobaba” la cabeza. Por otra parte, dejaron de aceptar nuevos “inquilinos” y en un par de semanas los que estaban desde antes, comenzaron a regresar a sus casas a medida que se curaban o mejoraban en forma visible. La voz se corrió por Entre Ríos de que al parecer Sirenito había perdido sus “poderes” y que su madre, doña Tima, lo estaba reemplazando pero sin los resultados milagrosos que obtenía su hijo. Tima e Hilitos se enteraron del rumor, y decidieron no hacer nada para desmentirlo. Las procesiones de sufrientes que eran ya comunes en Paraíso rumbo al sanatorio disminuyeron, sin desaparecer del todo, pues Tima tenía su propio prestigio que era un fuerte imán para muchos.

En ese contexto, Sirenito volvió a florecer, y junto con él se abrió el magnífico capullo que por diecinueve años Teresita llevaba oculto tras los pliegues secretos de su mente que todos creían

extraviada, y que su nuevo amigo sabía que simplemente esperaba la luz, los nutrientes y el agua necesaria para extender sus pétalos.

UN DÍA SÁBADO temprano en que Hilitos había dejado ociosa su lancha mayor, Sirenito salió cuando apenas rayaba el sol acompañado de Teresita rumbo a una isla como a unos diez kilómetros de Paraíso, y unos cinco kilómetros frente a la línea costera. La isla era famosa por la riqueza de su fauna y flora, que habían permanecido intactas mientras tierra adentro, el monte, las lagunas, los canales y ríos pocas veces habían escapado indemnes ante el avance de pueblos y ciudades, actividades petroleras, la ganadería y la pesca con dinamita. El guarda había insistido en ir, pero Teresita se lo prohibió con un mensaje escrito con bella caligrafía en una hoja de uno de sus cuadernos. Eso era algo que antes de conocer a Sirenito hacía rara vez, remitiéndose a escribir cosas impersonales, notas de sus clases, reportes y otras cosas por el estilo. Pero los escritos que contenían algún tipo de comunicación personal eran escasos, al punto que su madre los había atesorado y guardado en un álbum especial —con cubiertas de cuero fino y letras doradas que decían en la tapa: “Las palabras bellas e inolvidables de mi hija”— como joyas que de vez en cuando releía.

El guarda leyó con dificultad entrecortada la orden que Teresita le entregó con un gesto que no daba pauta a ningún malentendido:

—Este es un paseo especial en que visitaremos una isla donde hay animalitos y plantas que queremos estudiar y recolectar. Es un viaje de estudio, y no necesitamos de su asistencia. La mar está tranquila y no habrá ningún peligro. Gracias.

El guarda la miró perplejo. La verdad es que no entendía de la nota sino que Teresita no quería que fuera con ella y con Sirenito. A este último le echó otra de sus típicas ojeadas sucias, a la que Sirenito respondió con una mirada directa, franca y tan tranquila que el guarda no pudo sostenerla por más de un par de segundos. Se volvió hacia doña Panchita, quien había tomado la nota entre sus manos y acababa de leerla. Pancha levantó la vista hacia él y encojiéndose de hombros le dio a entender que no tenían más remedio

que acatar la orden de Teresita, quien además de ser ya una mujer con mayoría de edad, era la patrona de ambos.

EN EL MES y medio que Teresita llevaba viviendo en el sanatorio de Sirenito, los cambios positivos en ella eran visibles y sorprendentes. Ahora escribía varias veces todos los días comentarios, indicaciones y respuestas en pedacitos de papel que doña Pancha reunía y que pronto formaron una pequeño montículo. “Doña Teresa va a estar dichosa cuando se los envíe y los reciba”, pensaba Panchita, quien había pasado el año en Arcadia en casa de Teresa Santiesteban para ayudar con todas las necesidades y menesteres de la hija de esta, y conocía bien su costumbre de atesorar esas manifestaciones tangibles de vida e interacción social en Teresita. Más de una vez, Panchita la vio moviendo sus labios cuando estaba sola y no se sabía observada, como si estuviera practicando en su mente como articular palabras y formular frases. Pero, en cuanto se descubría observada, sus ojos se cubrían otra vez de un velo opaco, y sus labios se apretaban como si quisiera obligarlos a nunca más incurrir en semejante sacrilegio. Pero a pesar de esos retrocesos momentáneos, Panchita la veía progresar cada día un poco más, y sobre todo no podía dejar de advertir el brillo que cubría los ojos y el rostro de su niña como un halo luminoso, cada vez que Sirenito aparecía por la casita y tomándola de la mano salía a caminar con ella por la playa o el camino cercano. Esto alegraba también a doña Pancha, pero al mismo tiempo sentía un pequeño resquemor que se acumulaba en la boca de su estómago y atemperaba su entusiasmo ante el obvio proceso de sanación de Teresita. Un par de veces sintió un escalofrío que le recorría la espalda en medio del calor sofocante de las tardes, y no se atrevía ni siquiera a pensar sobre aquello que su subconsciente parecía estarle gritando a voces: “hay demasiada luz, demasiada dicha y entusiasmo en esta niña cada vez que se aparece el Sirenito aquel... Demasiada”. Y rápido hacía a un lado sus aprensiones, y no podía, por otra parte, dejar de imaginar con delectación la felicidad que de seguro se expresaría en los rostros de don Guy y de doña Teresa Santiesteban cuando se

enteraran del proceso de curación ya innegable que se podía ver en su niña. “Hasta puede que ahora don Guy me regale ese terrenito en las afueras de Aracazú, con casita y todo... ¿Quién sabe?... ¡Ay diosito que se cumpla este deseo de una pobre vieja que siempre ha tenido tanta fe en ti, mi Bienamado Señor!”

Pocos días después de esas reflexiones, Guy vino a visitar a Teresita a Paraíso. Esta lo vio llegar y Pancha pudo darse cuenta que el rostro de la muchacha se volvía inexpresivo y sus ojos se empañaban con la escarcha de la distancia. Pero cuando se enteró de que Guy venía solamente a recogerla por unos días para pasar Navidad y Año Nuevo con ella, su semblante recuperó el color rozagante que llamaba la atención de todos los que la conocían por primera vez, y para sorpresa de Guy sonrió y entrecerró sus ojos como dando a entender que le agradaba la idea de estar en esos días especiales con su padre en la casa donde había nacido y crecido.

En Palo Colorado, Teresita corrió a la caballeriza e hizo que le prepararan su montura favorita. Guy la observó desde su balcón en el segundo piso como desaparecía por el camino a todo galope. Volvió una hora más tarde y se dio un largo baño de tina antes de bajar a cenar con su padre. Incluso aceptó una copa de vino tinto, se rio a plena voz de un par de anécdotas que le contó su padre, y luego lo abrazó por la espalda cuando se retiraba a sus aposentos. Marianita, quien era ahora ama de llaves y era, además, la que servía los almuerzos y las cenas en Palo Colorado, abrió mucho sus ojos ya de anciana, al oír el gorjeo cantarino como un trino de ave jenara, que de pronto salía de la boca de Teresita. Guy se quedó asombrado y pensativo. Luego salió en busca de Silvana, quien se había convertido en una matrona madura y buena moza, de amplias caderas y pechos opulentos. En la práctica, ella era ahora la dueña de la casa en ausencia de Teresa Santiesteban, la que nunca regresó, ni siquiera de visita, a Palo Colorado. Guy seguía teniendo numerosas aventurillas con amantes de turno, pero Silvana era la autoridad femenina doméstica en la casa patronal de Palo Colorado. Y aunque su relación con Guy había perdido el ardor de otros tiempos, Silvana era su verdadera esposa, su mejor amiga,

su confidente, consejera, y la que velaba mejor que nadie por sus intereses en el enorme rancho.

Se abrazaron y besaron con afecto.

–Vengo a contarte algo que me tiene maravillado, Silvana...

–Que ya domaste al potro alazán ese...

–No, no, ese ya lo amansé hace tres días. No, esto sí que es algo extraordinario –le respondió él algo enfadado por la suposición tan trivial de Silvana, aunque en verdad había estado molesto por un par de semanas por la embarazosa situación en la que el famoso alazán lo había colocado las tres veces que intentó sostenerse en pelo sobre él. En las tres, Guy había ido a dar al suelo del corral entre los gritos sofocados de sus vaqueros que corrieron en cada ocasión a socorrerlo, viendo con alivio que el patrón estaba indemne. Lo habían sacudido para liberarlo del polvo que lo cubría, pues el patrón, a pesar de su vigorosa constitución, no era precisamente un jovencito. Guy los había apartado molesto, alejándose para luego gritarles desde lejos que tuvieran el alazán listo para dentro de un par de días. Nunca otro potro lo había hecho morder el polvo antes, y aunque odiaba admitirlo, tenía la sospecha de que no era tanto la rebeldía del corcel indómito la que lo superaba, sino los años que inevitablemente cargaba.

–Entonces qué, mi negro chulo... –le contestó ella jovial y amorosa, usando el apodo íntimo y algo chusco que sabía que a él le gustaba.

–Se trata de Teresita.

Y viendo la cara algo compungida que ella ponía pensando de seguro recibir alguna mala noticia, se apresuró a agregar: –Es extraordinario de positivo el cambio que ha tenido, no te imaginas, no te imaginas.

Y compartió con ella sus impresiones – pues Silvana, a pesar de su alto rango en la casa patronal, aún comía con la servidumbre en la cocina y no había tenido ocasión de ver a Teresita todavía– sobre el gran salto adelante que había dado su hija, y terminó con una aseveración que ni él mismo imaginaba cuan presiente sería:

–Si sigue así, no te extrañe que pronto la tengamos hablando de nuevo, digo, por primera vez, con nosotros mi ‘negra chula’.

El dos de enero Guy llevó a Teresita de regreso a Paraíso. Pero lo hizo contra sus mejores y más fuertes deseos. Desde que todas sus hijas y todos sus hijos mayores vivieron regados en la capital, o en Nueva York, Roma, Londres y su bienamada París, Guy se sentía como un rey sin su clan. Además, a esta sensación de soledad –aunque era bastante poco afectuoso con sus vástagos, a excepción de Teresita, le gustaba sentirse la cabeza de un grupo familiar numeroso, y por ello, se sentía abandonado– se sumaba el agravante de que su hija más amada tampoco estaba a su lado todos los días. Había abrigado el deseo de tenerla consigo por otros diez días, y así se lo comentó a su Teresita durante la cena de Año Nuevo. Pero esta hizo algo que lo dejó atónito. Tomándolo de la mano lo llevó a su estudio. Encendió una lamparita, y quedó a la vista la gran biblioteca de Guy, donde cientos de volúmenes delataban al gran lector que siempre había sido su padre. Se sentó tras el escritorio de caoba, y tomando una de esas plumas de oro que él rara vez utilizaba, escribió con letra grande y clara:

–Me llevas mañana a Paraíso, o tomo el próximo avión de regreso a Arcadia. Tu hija que te ama. Teresita.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y, aunque en ese momento no lloró –jamás podría hacerlo delante de su hija–, más tarde en su recámara, dejó que el llanto de alegría y emoción que había contenido, naciera y se derramara por su rostro con libertad y sin sentirse compungido por ello. Era la primera vez en su vida que lloraba así: sin reprimirse, y simplemente de felicidad.

Al día siguiente la llevó por la tarde de regreso a Paraíso.

Iba con el mismo cortejo que de costumbre lo acompañaba. Pero esta vez tres de sus hombres llevaban escopetas calibre doce de dos cañones y de repetición. Cuando pasaron por Paraíso, todo estaba en calma, pero era una tranquilidad que dejó a Guy más preocupado que antes, y se prometió que en cuanto las cosas se pusieran mal, es decir, en cuanto corrieran balas y sangre, él iría con un pequeño ejército a sacar a su niña de Paraíso.

## Luz de Año Nuevo, Paraíso, enero de 1969

EL PERFIL DE la isla se dibujó con nitidez contra el sol naciente en el horizonte. Desde hacía un par de semanas, el mar se mantenía sereno como una gran alberca que se extendía desde la costa hasta donde el cielo se unía con el océano en un beso de azul eterno. Asimismo, los días empezaban con un brillo fresco luego de la infaltable llovizna nocturna, y el monte parecía más verde y más lleno de vida que nunca. El canto de avecillas, batracios e insectos en la madrugada era ensordecedor, y las gaviotas, pelicanos y otras aves marinas se lanzaban en picada sobre los cardúmenes que pululaban cerca de la costa cuando el agua del mar no se había calentado demasiado todavía.

Ese día sábado no se avistaba ninguna barca surcando las aguas tranquilas de la bahía frente al sanatorio. Teresita iba sentada cerca de la proa de la lancha de Hilitos, dejando que la brisa mañanera acariciara su rostro y meciera sus cabellos y sus ropas ligeras. Sirenito conducía desde atrás, maniobrando con habilidad entre las lanchas, un par de barcazas petroleras y yates anclados de vacacionistas extranjeros llegados desde lejos a pernoctar en el refugio que ofrecía la bahía. El motor fuera de borda de la lancha ronroneaba con regularidad y potencia, empujando la lancha con energía, y haciendo que se levantara su proa un poco como si quisiera despegar.

Sirenito había cumplido veinte años hacía dos días, y lo habían celebrado con una cena especial preparada por Tima con peces frescos traídos por Hilitos el día anterior. Teresita y Panchita habían asistido a la modesta celebración, y luego, cuando nadie los veía, la muchacha deslizó una cruz de plata con una bella cadena de tejido chino en la mano de Sirenito. Cuando este quiso abrir la mano para verla, ella se la apretó impidiéndole extender el puño que encerraba la cruz y la cadena, y bajo la luz de la luna le dio a entender con un gesto que se la llevara a su cuarto y la viera con calma con la luz de su recámara. Sirenito miró con asombro el valioso objeto en la soledad de su cuarto, y decidió devolvérselo al

día siguiente, pero Teresita lo miró con las mejillas encendidas de indignación, y no quiso saber nada del asunto.

Antes de subir a la lancha, Teresita se dio cuenta con alegría que Sirenito llevaba colgada al cuello el crucifijo que le había regalado. Al resto de las personas que vivían en el sanatorio, no les llamó mucho la atención que Sirenito portara ahora esa joya de indudable valor, pues regalos como ese, y mucho más caros, los había recibido con frecuencia de parte de antiguos pacientes o de sus familiares al obtener alguna sanación que parecía imposible. Solo Tima se percató en silencio que nunca Sirenito se había colocado algunas de las joyas que se le obsequiaron, pero no comentó nada a sabiendas de que el trasfondo del asunto era algo delicado. Decidió que pensaría con cuidado al respecto cuando estuviera sola y en paz.

Cuando estuvieron a unos doscientos metros de las playas de la isla, el corazón de Teresita se aceleró alborozado ante tanta belleza. Cuando desembarcaron luego de empujar la lancha sobre la playa, Teresita comprobó con sus pies y su vista que la arena era muy blanca y que se deslizaba debajo de sus pies como si estuviera caminando sobre un talco muy fino. Aún antes de internarse en la vegetación de la isla, pudieron divisar las iguanas enormes que despertaban de su letargo matinal y subían sin mayor prisa hacia las copas de las palmas y los árboles que crecían cerca de la playa. Entraron sin prisa al monte y vieron una gran familia de misteques, también otros monitos más pequeños, caracús que nunca faltaban en la región, y loros verdes y amarillos que gritaban sin cesar. Tomaron una senda apenas dibujada entre la tupida vegetación que disminuyó en cuanto comenzaron a caminar hacia el interior de la isla, bajo unos árboles muy viejos y muy altos, en una selva que posiblemente nunca había sido talada. Al cabo de unos veinte minutos de caminata, llegaron junto a una fuente brotante de la cual manaba un agua cristalina que luego se dirigía entre rocas de granito de mediano tamaño hacia una quebrada que conducía el vertiginoso riachuelo hasta el mar, al que se precipitaba desde un acantilado rocoso de casi cien metros en la ladera opuesta a aquella donde desembarcaron Sirenito y Teresita.

Sin pensarlo mucho, Teresita se libró de las ropas que traía puestas y quedó en un traje de baño de dos piezas que Sirenito nunca había visto antes. Se turbó un poco al ver bastante desnudo ese cuerpo que en los intersticios más profundos de su ser, había deseado desde el primer instante en que vio a Teresita. Pero la muchacha actuaba con tal aplomo y naturalidad, que casi tan pronto como se sintió avergonzado, pasó a otro sentimiento opuesto de infantil celebración. Se ocultó tras unos matorrales y se colocó unos shorts que había traído previendo la posibilidad de darse un buen chapuzón en esa vertiente de la cual ya le había hablado a Teresita.

Debajo de una pequeña cascada de no más de cuatro metros de ancho por dos de elevación, se formaba una poza de cierta amplitud y profundidad. Teresita corrió al borde de granito, y se lanzó de cabeza saliendo unos segundos más tarde con su negro cabello pegado a su cráneo y cuello como un velo de seda. Con las manos se empujó el pelo hacia atrás, y sus facciones se vieron con mayor claridad que nunca. Sirenito, parado sobre otra roca, la miró admirando su belleza. En realidad, casi no había estado muy consciente hasta ese momento especial, de que Teresita fuera bella, aunque debía admitir que desde el comienzo sintió una atracción especial hacia ella, que durante unas cuantas semanas pensaba que era solo amistad. Ya en el agua junto a Teresita, nadó a su alrededor sumergiéndose y volviendo a salir a flote en otro punto, resoplando en el agua, como si fuera una de esas nutrias marinas que a veces venían a dar vueltas alrededor de la lancha de Hilitos cuando flotaba en el mar, con él y su padre echando o recogiendo líneas de pesca. Teresita nadó detrás de él imitándolo y riendo con una alegría que era insospechada en ella. Pronto se abrazaron, lucharon, hicieron volteretas en el agua, y ambos rieron como hacía mucho tiempo que no lo hacían.

Así estuvieron al menos un par de horas. Cuando emergieron del agua, ya eran como las diez de la mañana y el aire se había entibiado, algo que les supo a gloria, pues el agua de la vertiente era mucho más fría que el mar en el cual acostumbraban nadar. Ambos tiritaban y se recostaron el uno al lado del otro sobre la

roca granítica más lisa y disfrutaron asoleándose con los rayos de sol que descendían hasta ellos por un gran boquete en la floresta, alrededor de la pila donde acababan de bañarse. Teresita dormitó mientras Sirenito le acariciaba con timidez el cabello. Después levantó su cabeza y volteándose lo miró muy fijo, con ojos dormilones de relajamiento y algo más que fluyó desde su ser hasta Sirenito como un campo magnético, envolviéndolo a él también en un embrujo común que hizo que el mundo a su alrededor se dissipara formando un telón de fondo lejano y difuso. Y pronto ya no existía nada más en el universo que el uno para el otro. Guiada por sus instintos, Teresita tomó a Sirenito por la testa y lo aproximó a sus labios que se envolvieron con dulzura alrededor de los suyos al principio, y después, con una intensidad que los puso a ambos a jadear por las narices.

El éxtasis de los dos jóvenes duró hasta pasado el mediodía, hasta que todo el magma candente que habían contenido en sus entrañas, fluyera libre y se agotara de momento. En la fiebre del instante, las caricias y el entrecruzamiento de sus cuerpos fue lo único que importaba. Cuando al fin yacieron el uno junto al otro en el pequeño prado adonde habían ido a parar impulsados por la urgencia de su pasión, se miraron como si fuera la primera vez que se veían. Y lo cierto es que ahora, por primera vez, empezaban a conocerse más allá de toda formalidad social. Volvieron a besarse e hicieron el amor de nuevo como si fuera también la primera vez. Sirenito sentía que ese deseo que ahora latía en su ingle, envolvía sus genitales y surgía desde allí hasta su pecho y su mente, no podría ser saciado jamás por completo. Teresita, por su parte, era arrastrada por un deseo de igual magnitud, pero lo más maravilloso de esa nueva experiencia, era ese extraño efluvio incandescente que ahora sentía en sus entrañas, y que era una emoción que ella sabía igualmente que jamás se extinguiría. Hicieron el amor por tercera vez, y el sol ya había surcado más allá de su cenit en un cielo sin nubes, y comenzaba ahora a descender hacia el monte y el ocaso.

Se recostaron de espalda, cubiertos de sudor y briznas de pasto y hojas muertas, como dos décadas atrás Sanjuanita y Efraín lo

habían hecho en un paraje similar y no muy lejos de allí. Teresita pasó su mano sobre el rostro de Sirenito, y fue sacando una a una las hojitas de pasto y de árboles que cubrían una de las mejillas de Sirenito. Este sonrió, y ella le respondió y se subió cuan larga era sobre el cuerpo de su amante, uniendo parte por parte toda la humanidad de Sirenito con la suya. Después envolvió la cabeza del joven con sus dos manos y se quedó mirándolo muy fijo, intentando penetrar por la ventana de sus ojos hasta el fondo de su corazón. Sirenito la miraba sin pestañear, haciendo la misma travesía inversa hacia el interior de Teresita.

Los dos sintieron que aquella materialidad que los separaba empezaba a fundirse en una nueva entidad. Sintieron que nunca más estarían solos en este mundo tan ancho como ajeno. Y cuando el proceso de fusión se hubo completado, los labios de Teresita temblaron, intentaron moverse, pero ningún sonido brotó de ellos, ni siquiera un quejido o un suspiro de amor. Nada. Sirenito entonces liberó sus brazos atrapados a lo largo de su cuerpo, tomó la cabeza de Teresita en sus manos, y sin oprimirla ni sobarla, las dejó posadas allí unos cinco minutos, durante los cuales ninguno de los dos dejó de mirarse a los ojos. Los labios de Teresita volvieron a temblar, pero esta vez, pudo articular las primeras palabras que emitió en toda su vida:

—Sirenito, soy feliz Sirenito, y te quiero... No, te amo... te amo...

El impacto de sus palabras sobre Sirenito fue fulminante, no tanto por el contenido de ellas, sino sobre todo porque era la primera vez que escuchaba esa voz un poco ronca, y que había nacido como un rumor extraño desde los pulmones, la garganta y los labios de una muchacha, como el aguamiel, áspera y dulce, que se forma al cortar y tallar el centro tierno de un agave. Apenas llegó a sus oídos ese murmullo enamorado y que tanto había deseado escuchar algún día, el pecho de Sirenito se apretó y contrajo, su garganta se cerró, y sus ojos cosquillearon hasta que de ellos saltó como un surtidor de agua aprisionada debajo de una roca por mucho tiempo, un surtidor caliente de lágrimas que corrieron por los lados de su rostro hasta comenzar a gotear sobre el pasto tibio bajo

el sol de mediodía. Teresita besó los ojos de su amado con piquitos cortos, y al cabo de unos minutos ambos lloraban de alegría. Del pecho de Sirenito salía un gemido profundo que al principio le pareció que venía de otra persona, y Teresita no podía dejar de repetir su nombre, con voz cada vez mejor timbrada, como el agua de un río naciente que se aclara a medida que recorre un nuevo cauce limpio rumbo a un destino desconocido.

Y ASÍ EL hombre que nunca había llorado, lloró, y la mujer que nunca había hablado, habló.



## SOMBRAS NADA MÁS

*“Porque ser sabio y amar, excede las fuerzas del hombre”.*

- Troilus y Cestida, Acto III, Escena 2.  
William Shakespeare.

---

*[Podía haber jurado que sombra era yo. Podía haber jurado que era un eco moribundo. Podía haber jurado que viento arremolinándose en el vacío era yo. Podía haber jurado que era camino sin destino. Podía haber jurado que era destino sin finalidad. Podía haber jurado, amor... jurado muchas cosas, pero había esa luz en tus ojos. Un fulgor había. Había fuego y había amor. Vi tus ojos y mi corazón se encendió como la pradera en el estío. Vi tus ojos y me dejé caer hacia ellos, como un guijarro se desprende de un acantilado en una costa abrupta, y descendiendo al fondo del mar. Vi tus ojos y me perdí en ellos. Vi tus ojos, amor, y supe que ya todo estaba escrito. Vi tus ojos, y supe que si he de morir por este amor, moriré feliz musitando tu nombre].*

---

## **Teresa Santiesteban encuentra el amor, Arcadia, 1967-1969**

Cuando Teresa se trasladó a Arcadia víctima de una profunda depresión, sentía que ya no tenía ningún motivo válido para seguir viviendo. Estuvo una semana en la casa de su padre, viudo desde hacía ya un buen tiempo. Pero adoptó una postura fetal en el gran lecho del cuarto que antes había sido su recámara de infancia y juventud, y donde había pasado años de gran dicha hasta que contrajo matrimonio con Guy Malebrand a los dieciocho años, en 1934. Entre su matrimonio y el infortunado alumbramiento de Teresita, habían transcurrido largos catorce años, durante los cuales había dado a luz a seis vástagos, en seguidilla casi, antes del natalicio de su última hija. No obstante, si bien su mente se había ido extraviando poco a poco en la monotonía frustrante y la falta de amor verdadero durante su vida provinciana en Entre Ríos, cuando llegó en apariencia loca de remate a la casa de don Herminio, su padre, en el viejo y aún elegante barrio de Pedernales, su cuerpo era joven aún, atractivo y pleno de belleza femenina a sus treinta y dos años. Su rostro apenas mostraba un par de arrugas finas que descendían desde los bordes de su nariz hacia los costados de sus labios carnosos, pero su magnífico cabello castaño claro y ondulado, le daba un marco de voluptuosidad atemporal a su rostro de grandes ojos que brillaban al fondo de unas cuencas algo sumidas y oscuras.

Puesto que en su casa no parecía mejorar, don Herminio decidió internarla en un sanatorio muy caro que se encontraba rumbo a las montañas cercanas, luego de consultar al respecto con Margarita —la hermana menor de Guy que había acompañado a su cuñada a Arcadia— y otros familiares y amigos cercanos. Allí Teresa pasó seis meses durante los cuales recuperó “la plenitud de sus facultades mentales”, como le dijo el doctor Wilhelm Reich a don Herminio cuando fue por última vez a visitarla y recogerla para regresar con ella a la casa.

Teresa se veía radiante. Según le comentó el doctor Reich a su padre, la recuperación de la joven dama se había acelerado a partir del segundo mes cuando había comenzado de pronto a escribir en uno de los cuadernos que le facilitó con ese fin luego de que ella

misma así lo solicitara. Cuando entró a su habitación, lo primero que hizo fue abrir las pesadas cortinas y dejar que la luz de la tarde entrara a raudales. Después tomó las fotografías de sus ocho hijos, incluyendo una reciente de Teresita que Guy le envió al sanatorio, y la besó hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas, un poco estragadas por la falta de apetito que durante tanto tiempo la aquejó antes de empezar su mejoría. Don Herminio que escuchaba detrás de la puerta, la oyó y entró corriendo a consolarla, sin preocuparse por disimular su indiscreción de padre preocupado por el bienestar de su hija favorita. La abrazó y Teresa posó su frente contra su hombro y comenzó a llorar en forma convulsa, para tormento de don Herminio. Al cabo de una hora, ambos bajaron en calma y con solemnidad a cenar temprano. Los ojos de ambos estaban enrojecidos e hinchados, y el sirviente que los atendió supo de inmediato lo que había sucedido. La cena transcurrió casi en silencio a excepción de algunos comentarios un poco fuera de lugar sobre el tiempo y la política, por parte de don Herminio, y que suscitaron respuestas lacónicas de parte de su hija.

Pero, a pesar de los resquemores y la ansiedad de su padre, Teresa no se dejó aplastar por la enormidad del hecho de que no vería a sus hijos sino cuando Guy se los enviara durante los meses de verano, y solo después de que ella firmara un documento legal garantizando que una vez terminado ese período, los devolvería a Palo Colorado con su padre. Con tal de poder disfrutarlos aunque fuera durante ese breve intervalo, Teresa firmó un documento que Guy le hizo llegar a través del despacho de abogados que se ocupaba de sus asuntos en Arcadia. Todos vinieron, a excepción de Teresita, a quien no volvería a ver hasta que Guy la envió a Arcadia por un año cuando la muchacha cumplió dieciocho primaveras.

**DOS AÑOS DESPUÉS** de salir del hospital en que estuvo internada seis meses, Teresa era ya otra persona. Había terminado su novela *La mansión de mármol* y un libro de cuentos. Además de su actividad literaria, había vuelto a tocar el piano con asiduidad, y era tan evidente su virtuosismo, que un músico más o menos famoso que vino

de España, la invitó a tocar con él y su quinteto para cuerdas y piano durante varias temporadas. Con sus nuevos amigos del quinteto viajó a Sudamérica y recorrieron buena parte de Europa cosechando bastantes aplausos y reconocimiento. Vivió durante tres años en Florencia —que pasó a ser la base de operaciones del quinteto en Europa—, ciudad a la que llegó a amar más que a ninguna otra que conoció a lo largo de su azarosa existencia. Pero extrañaba a su viejo padre, a quien la diabetes había privado ya de una pierna, y sufría de no tener la posibilidad de ver a sus hijos aunque solo fuera por una breve temporada cada año. Guy había sido categórico en rechazar cualquier posibilidad de enviarlos a visitarla al extranjero.

Con el corazón apesadumbrado, Teresa retornó a Arcadia, y al ver a don Herminio caminando con muletas cuando fue a recogerla en el *lobby* de la salida del aeropuerto, se congratuló de haber tomado esa decisión y nunca tuvo motivos para arrepentirse. Abandonó casi por completo su carrera musical, tocando de vez en cuando en ocasiones sociales o para su solaz personal, pero no dio más conciertos ni participó en grupo musical alguno. Pero con la misma determinación que dejó su labor como pianista, se concentró desde entonces en escribir. Y escribió al menos una novela de volumen y éxito variable, cada dos o tres años. Su obra se difundió y al cabo de unos seis años era una de las escritoras de más prestigio en la República Independiente de Panguera (RIP). Pero su vida no sufrió un cambio dramático como resultado de esta afortunada evolución de su carrera literaria. Continuó viviendo en la gran casa de su padre, sola con él ahora que su hermana mayor se había casado —cuando había alcanzado una edad en que toda la sociedad que frecuentaba estaba más allá de toda posibilidad matrimonial— con un viudo adinerado, diplomático, con hijos mayores, y con quien se había trasladado a vivir a Berlín en Alemania Occidental.

UNA TARDE DE mayo de 1956, tomaba el té junto a su padre debajo del parrón que cubría un largo pasillo que se extendía unos treinta metros hacia el amplio patio trasero de la propiedad. Sería uno de los últimos momentos de relajada tertulia del que disfrutaría

antes de que Herminio Santiesteban empeorara de su diabetes y falleciera en junio de ese mismo año.

Conversaron con entusiasmo de la familia, amigos, hechos políticos de Arcadia y de la RIP en general, comentaron el último comidillo social de la gente adinerada que solían frecuentar y, por último, luego de una larga pausa de silencio en que ambos parecieron sumergirse en sus propios pensamientos íntimos, don Herminio le preguntó a Teresa con voz muy suave y con un tono de circunstancias que ella ya conocía muy bien en él:

—Teresa, hija, tú sabes cuánto respeto tu vida y tus cosas personales, ¿pero por qué no te buscas un buen marido y te vuelves a casar hija? Mira, ve a tu hermana, siete años mayor que tú, y vela ahora qué feliz que está, mira, ve, tú eres joven y bella todavía, una mujer además de gran inteligencia y de buena familia, una mujer culta y de tan bonito trato, una...

E iba a continuar con su ditirámica descripción de esa hija a la que doraba y a la que describía con absoluta sinceridad en términos tan elogiosos como elogiosa era su percepción de Teresa, pero su hija lo interrumpió con el mismo tacto suave con que él estaba intentando decirle algo que sin duda hacía tiempo que pesaba en su corazón:

—Sí, gracias, gracias mi viejito lindo, yo sé que tú me dices esto porque deseas lo mejor para mí, y no te diré que no lo he pensado muchas veces. ¿Pero no crees que después de la anulación de mi matrimonio con Guy (la RIP carecía de ley del divorcio entonces) por “razones técnicas” (habían demostrado que uno de los testigos del matrimonio no había escrito correctamente su dirección) y de todo el barullo que se armó en la prensa escrita, incluso en algunos programas de radio de esos que se dedican al chismorreo, eso no me permitiría encontrar a algún hombre bueno que esté dispuesto a casarse conmigo? Lo dudo papá, lo dudo mucho... pero, además, lo más importante es que yo no siento la necesidad de un hombre (decía eso, pero su corazón no dejaba de acariciar la idea de otro gran amor en su vida, aunque no quisiese admitirlo), bueno de un hombre así, como marido, digo yo... ¿para qué papá, si tú eres el mejor amigo y compañero que una mujer podría desear?

—No hija, no pienses así... cuando yo no esté...

Ella volvió a interrumpirlo:

—Tú estarás aquí conmigo por muchos años más papá y... —  
ahora fue el turno de don Herminio interrumpirla:

—No, no, Teresa —y se inclinó hacia ella y le tomó una mano entre las suyas muy blancas y cubiertas con manchas grandes de pecas— yo no creo, sinceramente, que esté por mucho tiempo más por aquí... No, de verdad, hija. De verdad que siento mucho cansancio y aunque no quisiera dejarte sin mi compañía, creo que se va acercando el momento para mí de irme con tu madre, que en paz descansa...

Y sus ojos claros y agotados se llenaron de lágrimas. Teresa lo miró y no pudo dejar que se le escaparan unas lágrimas también. Después se abrazaron por largo rato, y ambos pudieron sentir que el uno lloraba en silencio sobre el hombro del otro.

**DOS MESES DESPUÉS**, su padre falleció dormido en su lecho matrimonial, en el que ya ninguna otra mujer durmió desde la muerte de su esposa muchos años antes. El sepelio fue sencillo pero emotivo. Vinieron muchos parientes y amigos, y Teresa tuvo, en su tristeza, la dicha de estar acompañada de sus tres hijos mayores, quienes vinieron especialmente para asistirle en esos días sombríos.

Teresa se quedó sola en la gran casa paterna, que pasó a ser suya luego de la muerte de don Herminio. Su hermana recibió una quinta en una provincia cercana a Arcadia, y ella se quedó con esa bella mansión donde había nacido, crecido, y de la cual únicamente se había alejado durante el tiempo que vivió en Palo Colorado, y durante su periplo musical por Europa.

Aunque no le contó nunca a su padre ni a persona alguna en su círculo de familiares y amigos en Arcadia, Teresa había tenido un gran amor en Italia, durante los dos años que pasó en ese país. Había conocido a un pintor húngaro que había huido de su país luego de participar en un grupo clandestino que estaba en contra del régimen político imperante, y que buscaba restablecer una Hungría independiente y soberana ante la gran potencia imperial

que la oprimía en esos años. Era un joven lleno de entusiasmo casi infantil por la vida, y la generosidad e inocencia de su idealismo atrajeron de inmediato a Teresa hacia ese muchacho pobre y en general poco agraciado.

El joven pintor magiar medía casi dos metros. Su cuerpo largo y huesudo, terminaba en una cabeza grande que se agitaba sin cesar sobre el cuello flaco del muchacho, y que estaba coronada por una magnífica mata hirsuta de cabello castaño, ensortijado y rebelde que nunca se sometía por entero a los dictados del peine y la gomina. Pero en sus facciones angulares, había una belleza oculta detrás de esa nariz aguileña, los grandes ojos claros debajo de las cejas hirsutas y los pómulos salientes y angulares, que adornaban en forma discreta toda su peculiar humanidad. No eran frecuentes aquellas y aquellos quienes podían apreciar esa belleza interior en aquel joven desmañado, pero Teresa cayó rendida al embrujo de esa pasión elevada que palpitaba y brillaba debajo de la piel de ese artista magnífico, cuyas pinturas mezclaban la exquisitez técnica del Renacimiento con la audacia vanguardista de los jóvenes pintores rebeldes de su patria. Arrendaron un pequeño departamento a un par de cuadras de la plaza central de Florencia, y vivieron una experiencia difícil pero plena de emoción y pasión, que hizo que cada día que convivieron en ese humilde pisito, dejara en Teresa un recuerdo de brasas ardientes brillando para siempre como un rescoldo inagotable en la larga noche invernal en que se sumiría su corazón después de la muerte de Jenó. La tuberculosis que afectaba al pintor de Budapest desde que era adolescente, por fin dio cuenta de su intensa y agitada existencia y falleció en los brazos de Teresa en un hospital de Florencia una noche fría del mes de octubre.

Esa trágica pérdida de un amor que era emblemático de su resurgimiento romántico, luego de la separación definitiva de Guy, marcó a Teresa de manera indeleble, aunque nunca nadie en su entorno se enteraría. Por ello, en cuanto su padre abordó el tema espinoso de su soltería y ausencia de un amor significativo en su vida, la mente y el corazón de Teresa escucharon con paciencia benevolente la paternal preocupación de don Herminio, al mismo

tiempo que en su fuero interior estaba claro que jamás volvería a entregarse con abandono a un nuevo romance.

Teresa creía, en efecto, que viviría hasta el fin de sus días dedicada a su labor literaria, el cuidado de sus hijos, de su casa, y dedicada a una vida social mínima, restringida a sus parientes más cercanos y a unas cuantas amigas y unos cuantos amigos, cuya compañía había conservado y cultivado a lo largo de los años.

Pero como tantas y tantos que han pensado que todo capítulo amoroso en su vida se ha cerrado para siempre, Teresa sería tomada por sorpresa por un tercer y gran amor que entraría a su vida y se quedaría en ella para siempre.

En el mismo año en que Teresita vino a visitarla, conoció en una cena de gala para despedir a un coronel retirado que partía como cónsul general rumbo a la India, y quien había sido un amigo muy cercano de su padre, a un hombre cinco años menor que ella que le tocó al lado en la mesa que le fue asignada en el Club de Rotarios de Arcadia. Junto a ella se sentó un teniente que había sido invitado por tener un parentesco en segundo grado con el famoso coronel en retiro. Sin embargo, resultó ser un conversador animado y entusiasta, una vez que se rompió el hielo entre ellos. Le contó innumerables anécdotas de su vida de cuartel y de un par de campañas contra indios rebeldes en el norte del país, y Teresa quedó particularmente bien impresionada cuando le narró una experiencia en la que había intervenido con temeridad para evitar una masacre de una aldea habitada solo por mujeres, ancianos y niños. Teresa le comentó algunas historias de su propia vida, y los dos quedaron prendados con un entusiasmo digno de jovencitos adolescentes incursionando en el terreno desconocido e incitante de su primer amor.

Desde ese instante, Teresa no podía estar tranquila si no recibía al menos una llamada por día de su nuevo amor. Solo la presencia de Teresita, y el interés obsesivo de madre culpable que ponía en complacerla y en estar junto a su extraña hija menor, conseguía distraerla por momentos de su nueva pasión que rondaba en su corazón a casi todas las horas del día, y no pocas de la noche. Por

fin su corazón, ese cazador furtivo que se había dormido por tantos años a la sombra de pasados desamores, parecía haber encontrado un nicho definitivo donde anidar para siempre.

### **El “fogonazo” de Tima, la isleta, 3 de febrero de 1969**

TRES DÍAS LUEGO de que Sirenito y Teresita pasaron aquel día inolvidable en la isla donde habían consumado su amor por primera vez, Tima se acostó temprano en la casa de la isleta de Francisco Junín a la que regresó por unos días para alejarse un poco del trajín de su vida en Paraíso. Durante el día se había entretenido limpiando la casa, abriendo ventanas y aireando el ambiente algo mohoso, y luego caminó hasta el huerto algo abandonado donde tenía sembradas toda clase de hierbas y plantas medicinales. Lavó toda la ropa de cama, con la vieja plancha a carbón, planchó prendas suyas, de su hijo y de Hilitos que trajo consigo para hacerlo. Chapeó el huerto, removió la tierra alrededor de sus plantas, levantó una parte del cerco que se había caído, y luego cosechó todo lo que le fuese de utilidad para llevar en un par de días más de vuelta al sanatorio de Sirenito en Paraíso. Después cocinó algo, y tras fumarse una pipa de tabaco en su hamaca guindada en el porche debajo del alero exterior de la casa, se quedó dormida allí mismo, mecida por la brisa que llegaba desde el mar a través del manglar oriental.

Se durmió profundamente. Estaba agotada por el viaje hasta la isleta y la infinidad de pequeños quehaceres que la mantuvieron ocupada todo el día a su arribo. Pasaron tres horas y ni siquiera el cántico ensordecedor de las criaturas que pululaban en el área la despertó.

Empezó a caminar a monte traviesa. Sabía que era de día, pero todo estaba envuelto en una ligera bruma que difuminaba el perfil de los árboles, y los hacía aparecer como manos leñosas que se izaban en busca de algo que las eludía y que flotaba sobre ellas. Ese algo se parecía a mil pequeños soles que despedían una luz pálida y débil y revoloteaban como luciérnagas contra un cielo que no era azul, sino que más parecía el curso de un agua lechosa que descendía desde las alturas a la tierra. Tima avanzaba con dificultades

caminando por un suelo que era esponjoso y que no llegaba a tocar con la planta de sus pies descalzos. Más bien flotaba sobre esa tierra extraña como a unos diez centímetros de altura y su caminar aéreo por ese aire enrarecido era lento, pesado y difícil, algo que la irritaba y desesperaba, pues sentía una urgencia inexplicable por llegar a un determinado lugar que no sabía a ciencia cierta cuál era. Empezó a correr con todas sus fuerzas. No se cansaba, pero por cada cinco pasos corriendo que daba, apenas se movía hacia adelante. Pero continuó en este empeño inútil, pues la ansiedad que sintió desde el comienzo de ese periplo onírico, se había transformado ahora en una angustia que la forzaba a seguir corriendo sin progresar mucho. Al cabo de un tiempo que le pareció una eternidad, se percató que el bosque de manos se convertía sin explicación en un mar de algas sobre las que ahora volaba al menos unos veinte metros por encima de ellas, que al igual que los árboles de poco antes, se alzaban a veces por sobre el agua y se extendían a su paso como manos largas, flácidas y brillantes como si estuvieran hechas de hule mojado. Un dedo especialmente largo y que más parecía un tentáculo de algas, se estiró de una de esas manos viscosas y se enrolló a uno de sus tobillos e intentó detenerla. Tima se agachó con presteza y con sus uñas desgarró sin dificultades esa mano gelatinosa que cayó otra vez al mar lanzando un aullido parecido al de una zarigüeya que una vez vio que era atrapada por un águila de la costa que bajó hacia ella como una sombra letal. Ahora estaba volando a gran altura y se sentía libre, aunque la angustia en su pecho no disminuía. Ahora sentía que iba a estallar y trató de volar aún más rápido, sin saber por qué ni para qué, aunque una mente dentro de su mente parecía saber todo eso muy bien y no estaba interesada en comunicárselo a Tima. El día opaco que la rodeaba se tornó en una masa oscura, pero ella no dudó en seguir avanzando hacia esa meta desconocida que solo la mente que gobernaba su mente sabía cuál era. En la realidad mundana tal vez fueron apenas segundos, pero en su sueño el tiempo pareció elongarse y por momentos la noche que la envolvía se parecía en su mente –no la mente que gobernaba incógnita desde una esfera desconocida de su ser, sino la otra, la de los

días corrientes que conformaban el mundanal mundo— a la muerte, aunque otra parte de su mente diaria le decía que la muerte no sería noche eterna que congela el alma, sino luz tibia que la nutre.

Su sueño en este punto era desagradable. Era estar en un túnel negro e interminable, y se sentía cada vez más oprimida por esa sensación. Si un observador casual la hubiera visto tendida en su hamaca durmiendo, habría notado que su respiración era agitada y sonora, y que su pecho se alzaba y descendía como un fuelle mientras su rostro sudaba tan profusamente que goteaba hasta el piso, dejando una mancha en las tablas rústicas de la veranda. Pero en unos segundos, el rostro de Tima empezó a relajarse y la respiración se normalizó. La mente de su mente le había señalado que el fin de su misteriosa travesía sobre el mar estaba próxima a terminarse. En su sueño, Tima vio un puntito de luz que empezó a agrandarse hasta formar un chorro de luz que descendía hasta las aguas tranquilas del mar debajo de ella, y pudo discernir que apuntaba a una isla en medio del océano. Ella de inmediato empezó a bajar hacia esa isla hasta que estuvo en medio del chorro de luz y todo a su alrededor se hizo tan claro como en pleno día. Sin transición se encontró caminando sobre el suelo de la isla. Avanzó con su corazón ligero como quien retorna contento a casa. Pero otra vez comenzó a sentirse agitada sin que en su sueño supiera la razón. Llegó a un claro de la selva que cubría la isla, y de nuevo todo a su alrededor se volvió oscuro y tétrico. Otra vez fue una noche muy negra e insondable. Seguía caminando, pero lo hacía a ciegas. Y así, en medio de esa oscuridad total, experimentó el fogonazo:

Todo se iluminó de pronto. Y en ese fugaz instante, como en un paisaje nocturno que es iluminado por un gran relámpago, vio a Sirenito tomado de la mano de Teresita en una explanada rodeada de vegetación, y desde las entrañas de esta brincó una sombra informe pero aterradora que se abalanzó sobre ellos como para devorarlos. Vio sus miradas aterradas que se elevaban hacia la sombra que saltaba sobre ellos, y en ese instante ya su mente cotidiana no pudo más, y se levantó con el corazón batiendo duro en su pecho, la boca seca y amarga, y un sentimiento indescriptible de angustia que estaba muy cerca del pánico.

SIN DUDARLO UN instante, Tima empacó todo lo que pensaba llevar de vuelta a Paraíso, brincó en la piragua que estaba sobre una playa cercana a la casa, y bogó con energía hacia la orilla en tierra firme, desde donde caminó todo lo que quedaba de la noche, para llegar de madrugada a tomar el primer bus en Caña Brava que partía rumbo a Paraíso.

Cuando llegó a Paraíso, Hilitos la vio bajar del bus y corrió a socorrerla con el bulto que cargaba:

–La reina de Paraíso ha regresado a su palacio junto al mar –le dijo con alegría y la abrazó y la besó en la boca, algo que sorprendió a doña Pancha, quien regresaba de comprar pan fresco en un expendio cercano para el desayuno de Teresita. Sabía que eran los padres de Sirenito –adoptivos, decían las malas lenguas– pero nunca los había percibido como un matrimonio. “De seguro están componiendo su relación, que siempre me pareció como de amigos nada más, o de esposos que se toleran por el bien de sus hijos y por lo del qué dirán”, pensó sentenciosa estando ya muy cerca de Hilitos y Tima que recién empezaban a caminar hacia el interior de la finca. Si la vieron, no le prestaron mucha atención, y doña Panchita alcanzó a escuchar mientras caminaban tomados de la mano e Hilitos con el bulto sobre el otro hombro:

–Lo soñé Hilitos, te juro que lo soñé, viejito... Hay algún peligro que asecha a nuestro muchacho, un peligro grande... No sé cuándo, pero en un futuro no muy lejano, yo creo...

## **La revuelta se generaliza, Entre Ríos, 15 de febrero de 1969**

La noche en que Tima tuvo su fagonazo de alerta, los líderes de la huelga petrolera se reunieron con representantes de campesinos y ganaderos agrupados en el *Pacto de la Ribera*. Había además un comité de vecinos de Paraíso, San Vicente del Valle y de muchos otros pueblos que estaban situados entre la capital del Estado y la costa. Eran fácilmente unas doscientas personas reunidas en el amplio

recinto de la mayor escuela pública en Paraíso. Era la primera vez en la historia regional que todas estas fuerzas sociales se unían por una causa común, aunque sus motivaciones y razones eran diversas. Los trabajadores petroleros querían un aumento salarial y condiciones más seguras de trabajo en una industria peligrosa, y que hacía más de una década se les habían negado. Los agricultores y ganaderos querían que se les pagaran indemnizaciones por daños y perjuicios ocasionados durante mucho tiempo en sus economías y propiedades debido a derrames, estallidos de gasoductos, y el aire sulfuroso que se desprendía de la quema de gases excedentes, y que producía una lluvia ácida que corroía alambres de púa, techos de cinc, y dañaba los sembradíos y los vehículos que con tanto sacrificio muchos de ellos habían adquirido. Los pescadores artesanales de lagunas y cuerpos de agua interiores y de la costa deseaban también ser indemnizados por pérdidas causadas también por derrames de petróleo, gasolina y otros solventes que se utilizaban en la industria petrolera, y que con un manejo más cuidadoso podrían haberse reducido al mínimo. Había también quienes se quejaban de la destrucción constante de las carreteras y caminos debido al tránsito incesante de camiones y maquinaria pesada. Y no faltaban aquellos que se quejaban de los peligros que ese tránsito representaba para peatones, especialmente sus hijos, y que tenían la esperanza de ser incluidos en alguna lista de futuros indemnizados, haciendo así un pingüe negocio con la conmoción política y social que desde hacía dos meses se había apoderado de la parte baja de Entre Ríos.

Hubo numerosos discursos, y al final habló el Boticario. Junto a él se sentaba su mejor amigo, el gringo viejo Joe Carter, quien residía en Paraíso desde 1936, tenía una gran familia que había procreado con una esposa lugareña, y debido a su eterno buen humor y trato amistoso y generoso con todos, había llegado a ser un personaje muy popular en la zona.

El discurso del Boticario fue largo, y al final de su filípica de casi una hora, dijo:

—Ha habido demasiadas promesas que nunca se han cumplido. Esta región produce una buena parte de toda la riqueza de la

nación, pero ustedes miren a su alrededor, ¿y qué ven? Pobreza y atraso por todos lados. Muy poco de lo mucho que aquí se produce, se queda en Entre Ríos, sobre todo en los bajos de la provincia, que es donde más riqueza hay y donde más riqueza se genera... años atrás, ya hubo aquí un intento por mejorar esta situación de injusticia, pero ustedes, sobre todo los mayores, ya saben cómo acabó. Sí, acabó mal, y no necesito decirles, porque la mayoría de los presentes ya lo saben, que en esa oportunidad, en 1949, se perdió todo porque no estuvimos unidos...

Los aplausos mostraron el entusiasmo de los presentes. Luego votaron iniciar una huelga general, cerrando no solo el comercio, sino también los principales caminos de acceso a las ciudades y pueblos del área baja de Entre Ríos. Solo se permitiría el tránsito de vehículos de pasajeros privados y públicos, y el paso de camiones con ganado y productos agrícolas rumbo a la capital del Estado o hacia la capital del país. Así se dio por iniciado el movimiento regional más amplio y poderoso, con el fin de obtener algunas prebendas y concesiones por parte del gobierno central de Arcadia.

## **Guy rescata a Teresita, Paraíso, 19 de febrero de 1969**

EL DUEÑO DE Palo Colorado se enteró casi de inmediato de lo sucedido en la asamblea en Paraíso. Dos de sus hombres habían asistido haciéndose pasar por campesinos que apoyaban al *Pacto de la Ribera*, hacia quienes Guy había sentido simpatía en el pasado, cuando había percibido la posibilidad de obtener algo de una eventual indemnización a agricultores y ganaderos de la zona. Pero su vieja alianza con el principal cacique jumano, el viejo pero siempre poderoso Jenaro Horquilla, lo había hecho retirarse del gran pacto de los productores del campo de Entre Ríos. Unos seis años después de la matanza en San Vicente del Valle, se había aliado con el cacique jumano para apoderarse de varias propiedades con envidiables suelos y recursos que habían pertenecido a tres líderes petroleros que eran también ganaderos y agricultores en la parte baja de Entre Ríos.

Dos de ellos desaparecieron arrestados en cárceles del norte del país, y otro, que fue malherido el día fatídico en que el ejército entró a San Vicente del Valle, había sido sacado una noche del hospital donde estaba por un grupo de hombres al mando de Jenaro Horquilla, desapareciendo sin que volviera a saberse de él. La presión apropiada sobre los familiares de los tres dirigentes petroleros desaparecidos había permitido el traspaso por poco dinero de sus estancias a manos de Guy y Jenaro, que se las dividieron con equidad y sabiduría, para así no estropear tan ventajosa asociación. Las sospechas y los rumores abundaron y persistieron durante años, pero se fueron borrando poco a poco. Sin embargo, algunas de las familias más importantes dentro del *Pacto de la Ribera* rompieron toda relación con Guy, y este, al verse aislado dentro de la organización, se retiró maldiciendo a sus antiguos amigos y aliados.

—Que se jodan esos pobres idiotas... Al final de cuentas nunca van a conseguir nada... Yo lo sé de buenas fuentes allá en Arcadia —dijo en voz alta en una cantina que frecuentaba cuando deseaba hacerse escuchar por muchos, a sabiendas de que el eco de sus palabras sería repetido muchas veces en los alrededores. Pero lo dijo con mal disimulado despecho, porque lo dicho no era cierto, y en el fondo pensaba que era posible que algún gobierno, en efecto, se decidiera a zanjar esa vieja disputa y pagara algunas indemnizaciones a los más influyentes del *Pacto de la Ribera*.

Apenas supo que el asunto se complicaba, decidió que iría cuanto antes a buscar a Teresita, doña Pancha y su hombre al sanatorio. Pero esta vez no podría llevar el pequeño regimiento de hombres armados que lo acompañaron en ocasiones anteriores. Eso sería visto quizás como una provocación, y en ese ambiente caldeado, era posible que se iniciara una confrontación de cuyo resultado final nadie podía estar seguro.

**PARTIÓ EN LA** madrugada del 19 de febrero en un camión más desvencijado que le pidió prestado a un finquero vecino que le debía numerosos favores, que incluían una buena suma de dinero en préstamos que le facilitó a lo largo de muchos años. Solo lo acompañaba

un nuevo peón del rancho que había llegado desde otra provincia y al que muy pocos conocían en Entre Ríos. Era un hombre muy joven, de apenas veintidós años, y tenía un don de gentes con esa sonrisa fácil y un rostro agraciado, que no había escapado a la perspicaz capacidad de observación de la gente que poseía Guy.

Silvana y varios más en la casa patronal intentaron disuadir a Guy, pidiéndole que no fuera a buscar a Teresita, y que en cambio enviara solo a un par de sus vaqueros. Su persona era demasiado conocida en la región, y corría el riesgo de verse detenido y maltratado por alguno de sus enemigos dentro del *Pacto de la Ribera*. Pero Guy no quiso escuchar razones.

—O voy yo personalmente, o no va nadie —fue su última palabra.

Pero antes de partir, se afeitó con dolor del alma su bigote del que tan orgulloso estaba, se puso unos lentes que únicamente usaba para leer, y se encajó un gran sombrero que proyectaba una larga sombra sobre su rostro. Y así, sin más preámbulos, partieron rumbo a Paraíso.

CONTRARIO A SUS presagios, el camión cruzó Paraíso a través de dos barricadas a la entrada y salida del pueblo. Unos hombres que no habían dormido bien estaban con sus cafés humeantes, y charlaban riéndose con sus armas apoyadas contra sacos de arena y otros objetos pesados que se habían utilizado para levantar las barricadas. En un costado de ambas barricadas había una pequeña brecha que podía cerrarse utilizando unos grandes portones de metal contruidos por muchos soldados petroleros, con restos de hierro encontrados en una de las bodegas de la compañía petrolera en San Vicente del Valle. Los encargados de la vigilancia podían colocar o remover esos portones, actuando al unísono entre varios. Cuando Guy y su acompañante llegaron a las barricadas, los portones habían sido empujados hacia un lado, y los hombres encargados los hicieron pasar sin fijarse mucho en ellos. Guy había contado con esta falta de escrutinio riguroso, pues en forma acertada había imaginado que al ver el viejo camioncito, los vigilantes asumirían que pertenecía a uno de los tantos comerciantes mayoristas de verduras y frutas que venían a comprar copra, cacao, maíz

o algún otro producto regional, para después revenderlos a precios de menudeo en mercados de ciudades del centro del país. Para reforzar esa impresión, la noche anterior había hecho pintar en letras rústicas un par de letreros a ambos lados del camión, que rezaban: “*Abarrotes La Alegría*: productos frescos y baratos al por mayor”.

Llegaron aún temprano al sanatorio, y pasaron, sin mayores formalidades, con el camión de inmediato hacia el interior de la finca avanzando por el caminito de tierra cubierto de grava que el propio Hilitos había hecho.

Había una extraña quietud en el lugar. Tima había llegado unos días atrás y tuvo una larga conversación con Hilitos contándole de su premonición. Los dos estuvieron de acuerdo en que no debían tomar a la ligera el fagonazo de Tima, pues siempre que los había tenido en el pasado, acontecimientos muy cercanos a su prefiguración onírica, habían tenido lugar. Unas horas más tarde abordaron a Sirenito, quien venía de pasear con una niña que había perdido la razón después de que su madre se ahogara en El Magnífico, una tarde que atravesaba en una barcaza de transporte de una orilla a otra, regresando del mercado a su casa. Tanto él como Teresita habían mantenido en riguroso secreto el magnífico retorno del habla que había experimentado la muchacha. Teresita solamente hablaba con Sirenito, y seguía comunicándose por medio de mensajes escritos con todos los demás. Pero a nadie había escapado el hecho evidente de que la muchacha estaba dichosa, y más de una vez se le oyó silbando con alegría desde su habitación, habilidad que antes no se le conocía. Doña Pancha podría haber jurado además de que una noche calurosa en que se despertó con mucha sed, pudo escuchar a Teresita que musitaba incoherencias mientras dormía presa de seguro de alguna pesadilla. Se asustó pensando que su niña se quejaba por alguna dolencia, y se acercó a sacudirla y a preguntarle qué le pasaba, sin que su mente obnubilada aún por el sueño se enfocara con claridad en el hecho de que Teresita había hablado hacía pocos segundos. La sacudió y Teresita abrió los ojos de par en par y se quedó mirándola con aire de incompreensión y sorpresa.

—Estabas hablando Teresita. Estabas hablando, yo te escuché clarito. Hablabas en sueños, pero tus palabras eran muy, muy claras... —le dijo la vieja que había encendido la lamparita del velador.

Teresita se quedó mirándola como si no comprendiera nada de lo que Panchita decía. Y sin responder dio media vuelta y volvió a dormirse, dejando a la vieja confundida y dudosa con respecto a lo que acababa de experimentar. Fue al baño, bebió agua, y se acostó de nuevo conciliando muy pronto el sueño. Al día siguiente cuando se levantó, Teresita ya no estaba en su cama, la que estaba bien estirada como si nadie hubiera dormido en ella. Desde casi antes que despuntara la mañana, se había levantado y había ido a golpear en la ventana del cuarto de Sirenito. Cuando este la abrió y la vio parada allí, temblando ligeramente en el frescor de la madrugada, se vistió y saltando por la misma ventana fue a reunirse con ella, quien le contó el incidente de la noche anterior. Decidieron seguir con la farsa, pues sabían que en cuanto se supiera la gran noticia, esta se diseminaría con gran velocidad y sus días juntos llegarían muy pronto a su final. Estaban conscientes de lo mucho que le había costado al padre de Teresita dejarla en Paraíso, y sabían que en cuanto se enterara de que su hija estaba sanada, correría a buscarla.

Cuando Tima le explicó a Sirenito el significado ominoso que ella le atribuía a su fogonazo, el muchacho sintió frío en el corazón, y estuvo a punto de contarle de la cura de Teresita, pero en el último segundo decidió no hacerlo todavía. No podía contarles a Tima e Hilitos lo del habla de Teresita, sin consultar con esta primero. Sentía que hubiera sido faltar al pacto de silencio que ambos habían hecho poco antes.

Esa era la situación cuando Guy apareció a buscar a Teresita, o mejor dicho, a “rescatarla”. Habló con Hilitos y Tima, y cuando llegó Sirenito, quien se alarmó de ver la expresión grave en el rostro de los tres, les informó sin mayores rodeos, como era su costumbre, sobre todo cuando se dirigía a sus subalternos:

—Muchacho, vengo a rescatar a mi hija. Me llevo ahora mismo a Teresita, porque el asunto se está poniendo feo por estos lados.

Cuando se componga la cosa, quizás la traiga de vuelta hasta completar su sanación, pues sin duda que mi reina ha mejorado mucho.

Y luego, notando la mirada de tristeza y la expresión de desazón en Sirenito, le dijo en tono más amable, contemporizando con el muchacho, pues pensó erróneamente que a este le molestaba pensar que perdería el ingreso que representaba para él la presencia de Teresita en el sanatorio:

—Sí, mi buen Sirenito, todos hemos visto el progreso de Teresita... ahora me mira a los ojos, me escribe notas, y me manifiesta su cariño o su enojo si no está de acuerdo en algo, cuando antes apenas si notaba que yo existía... No, de a de veras, te lo agradezco Sirenito, y para demostrártelo te voy a dejar un buen pago adelantado por su estadía por otros dos meses en el futuro, cuando a estos idiotas de la huelga y sus otros amigotes de las rancherías, se les pase la locura...

Y luego de soltar esa parrafada que a él le parecía que lo ponía debajo de una luz muy favorable, demostrando su gratitud y generosidad, se levantó y volvió a calarse el sombrero hasta las orejas, diciendo en tono imperioso:

—No se hable más y vamos por Teresita, pues...

## **Un líder misterioso, San Vicente del Valle, 3 de marzo de 1969**

POCO MÁS DE dos semanas después que Guy se llevara de vuelta a Teresita a Palo Colorado, dejándola a ella y a Sirenito con un gran dolor que ninguno podía compartir con nadie, la situación política y la tensión social se habían extendido a todas las tierras bajas de Entre Ríos, y el epicentro del movimiento de los petroleros y del *Pacto de la Ribera* se había trasladado de Paraíso a la sempiterna urbe rebelde de San Vicente del Valle.

San Vicente del Valle era ahora una ciudad provinciana de cerca de ochenta mil habitantes. Seguía siendo un típico asentamiento urbano donde se superponían varios estratos de actividades, que iban del bullicioso mercado y numeroso comercio

de la ciudad, pasando por un matadero y un centro de mercadeo de ganado, a un centro de acopio de productos agrícolas donde se efectuaban transacciones al mayoreo, y dominando todo este abigarrado mundillo pueblerino, estaba la actividad petrolera que tenía en ese lugar varias oficinas y dependencias importantes. Desde la matanza de 1948, San Vicente había pasado a ser la segunda ciudad en importancia demográfica después de Villafraanca, la capital del Estado. Pero había crecido más rápido que la capital provincial, y solo el horrendo pueblito petrolero de Caramango había crecido más rápido.

Las viejas cicatrices de 1948 se habían borrado casi por completo, puesto que la mayoría de los habitantes en 1969 habían migrado desde otras provincias y pueblos dentro del mismo Estado, hacia ese centro urbano, que se caracterizaba por su caótico dinamismo. En veinte años, el casco colonial del centro del pueblo había sido devorado por el crecimiento urbano salvaje de San Vicente, quedando inserto en una red de avenidas y calles que con dificultad formaban una cuadrícula medio desmadrada que a medida que se avanzaba hacia la periferia, se transformaba en una red infernal de callejas casi siempre cubiertas de lodo y con edificaciones precarias mezcladas con grandes casas, que iban de la casucha hecha con palos, cartones y latas desechadas, a verdaderas mansiones de cemento, rodeadas de muros cubiertos de alambre de púas y vidrios de botellas quebradas, con los que los nuevos ricos intentaban erigir una barrera inexpugnable entre ellos y la miseria circundante.

Cuando los petroleros lanzaron su huelga en enero de 1969, fue en la plaza central de San Vicente donde se habían congregado unos cinco mil trabajadores para escuchar las arengas de los nuevos líderes sindicales escogidos apenas un par de meses antes. Habían decidido hacer su mitin allí, ya que Caramango, a pesar de ser un pueblo enteramente petrolero, estaba dominado por la gerencia de la Compañía Petrolera Nacional (CPN), y el lugar estaba bajo el control de un pequeño ejército de matones a sueldo del gobierno y de los directivos de la empresa. Habían descartado también la plaza mayor de Aracazú, puesto que era seguro que serían objeto de

fuertes represalias por parte de las fuerzas policiales estatales, que allí tenían concentrados a cerca del ochenta por ciento de sus efectivos. Paraíso, por otro lado, a pesar de estar bajo el influjo del *Pacto de la Ribera*, y contar con una población que en su gran mayoría tenía simpatías con la huelga que se venía anunciando, tenía una plaza central demasiado pequeña. San Vicente era el lugar, y no faltaron aquellos que dijeron que era además un lugar emblemático, en el cual habían caído muchos miembros del sindicato en 1948.

HUBO DOS ORADORES, antes de que un hombre alto, como de unos cincuenta años, de pelo entero canoso, delgado, y de rostro y cuello arrugados y curtidos por muchos soles, tomara la palabra. De los tres oradores, el último fue quien más aplausos y gritos de entusiasmo y apoyo cosechó. En la vida diaria era un hombre parco de palabras, pero pronto había descubierto, para gran sorpresa suya, que era un magnífico orador; un orador que usaba palabras sencillas, frases claras, metáforas adecuadas, y que sabía imprimirle a su retórica la pasión que la convertía en dardos de fuego. Había sido elegido como vicepresidente de la nueva dirección sindical, y aunque era aún poco conocido entre sus compañeros petroleros de esa sección sureña de la compañía, los que habían interactuado de cerca con él en el último año, luego que llegara a Entre Ríos asignado desde una región petrolera de segunda importancia en el norte de la RIP, le tenían estima. Según él mismo había comentado a sus nuevos compañeros de faenas, él había solicitado el traslado desde hacía varios años, pero no se había materializado por la lentitud con que esos trámites se desenvolvían a lo largo del herrumbroso aparataje burocrático de la CPN. Cuando le preguntaron sobre el porqué de su deseo de trasladarse a una región con un clima tan endemoniado y que dificultaba tanto las labores de campo de la CPN, se encogió de hombros, echó su infaltable sombrero hacia atrás, y con una leve sonrisa contestó:

—Pos la verdad es que yo siempre quise volver por estos lares... Vean, yo por aquí tengo algunas cuentas que saldar y gente que encontrar...

Y en vista de que el hombre nunca se explayaba más allá de esa crítica respuesta, ya nadie insistía, dándose cuenta de que era algo muy personal en lo cual no debían inmiscuirse. Además, el hombre poseía ese carisma sobrio de los que hablan poco, pero lo poco que dicen lleva un peso que no se puede ignorar. Su sonrisa de dientes muy blancos contra ese rostro enteco, rugoso y atractivo, sus palabras escasas pero siempre inteligentes y atinadas, dichas con aquella fuerza invisible que emanaba de su persona, lo hicieron popular con casi todos los que trabajaron o interactuaron con él. Les llamaba la atención de que era soltero –a la pregunta de si tenía mujer, siempre respondía con brevedad: “tuve, pero ya no”– y evitaba a las mujeres fáciles del pueblo –había sido asignado a Caramango, un pueblo con muchos prostíbulos–. Rara vez bebía, aunque en dos ocasiones sus amigos lo vieron borracho al punto de caerse, caminando de regreso a la pensión donde residía. La primera vez fue cuando por fin se enteró de que Sanjuanita había fallecido ahogada durante el aluvión de 1949. Había preguntado por ella en cuanto lugar pensó que podría obtener razón de su paradero, hasta que conversando con el Boticario de Paraíso, con quien hizo inmediata amistad, este le sugirió que revisara los periódicos de la biblioteca pública de San Vicente.

–Vaya por partes, amigo. Elimine lo peor primero. Vaya descartando posibilidades. Si en el registro civil no hay notificación de su posible deceso, no crea que eso le dice mucho. Es un registro deficiente. Busque en los periódicos. Hay una sección muy completa de ellos. ¡No sé por qué milagro! Busque luego en los archivos y en la biblioteca de Aracazú... ¡Busque, no se dé por vencido!

Sintió alivio cuando en el registro civil no halló constancia de su deceso. Una semana después, se dirigió con el corazón más ligero a la biblioteca y empezó a hurgar en los diarios locales. Revisó dos series completas de pasquines que ya habían dejado de circular, y al fin se concentró en el periódico más importante y que aún salía a la luz todos los días. En la edición del 2 de febrero de 1949, se encontró con una nota que le heló el corazón:

“Joven madre fallecida y que fue hallada con su bebé recién nacido por el bote de rescate de don Guy Malebrand el día cinco

de enero de este año, ha sido identificada en la tarde de ayer con base en unas fotos que obraban en este periódico, por sus padres, quienes a su vez nos han entregado una foto de identidad de un año atrás de la joven en cuestión. Se trata de Sanjuanita Palomares. La señora Diotima Parrales y el señor Juan Palomares ruegan a todas las personas de buena voluntad que les informen de cualquier dato que les ayude a dar con el paradero del niño que su hija Sanjuanita Palomares dio a luz el día del aluvión, y que se presume puede estar aún con vida”.

Por esa nota supo también que otro artículo del día 11 de enero de 1949, y que mostraba a Guy Malebrand sonriendo junto a un hombre con aspecto de vaquero y con un bebé recién nacido en sus brazos, se refería a su hijo, sí, ¡a su hijo! La nota del 2 de febrero relataba de nuevo con lujo de detalles el portentoso rescate de ese niño de apenas unas horas de nacido, y que había sobrevivido a la ferocidad de las aguas enloquecidas. A su vez, indicaba que el hombre junto a Guy era uno de sus vaqueros, quien movido por su buen corazón, había decidido adoptar al niño. Efraín sabía que el apellido con el que figuraba Sanjuanita no era aquel con el cual él la había conocido. Pero dedujo, sin conocerlos, que Tima e Hilitos habían decidido poner el apellido de este último a Sanjuanita, para así tener más asidero legal en caso de encontrar al bebé perdido de la muchacha, ya que por la nota del 2 de febrero de 1949, era evidente que tenían la esperanza de que estuviera vivo aún. Efraín devolvió la pila de periódicos a la encargada, y salió a beber hasta quedar inconsciente.

**AL DÍA SIGUIENTE** despertó en su residencia sin saber cómo había llegado hasta allí. Pero a pesar del agudo dolor de cabeza y de la tristeza y la terrible decepción de saber que no vería nunca más a Sanjuanita, incubaba en su corazón una nueva y maravillosa ilusión: encontrar a su hijo, pues todas sus entrañas le indicaban que ese niño tenía que ser su hijo.

Eso ocurría el día 6 de noviembre de 1968. Desde entonces, cada día libre lo dedicó a preguntar en expendios, oficinas, restaurantes, cafés, periódicos, almacenes, compañeros de trabajo,

sacerdotes y monjas, médicos, veterinarios y dentistas, y gente al azar en la calle, si conocían a Diotima PARRALES y a Juan Palomares, pero nadie los había conocido ni oído hablar de ellos. Incluso en la escuela privada de monjas donde Tima había asistido, no supieron decirle quién era esa tal Diotima PARRALES, pues la única hermana ya vieja llamada sor Angélica, quien quizás podría haberla conocido, nunca había escuchado ese nombre:

—Sí, recuerdo que hubo una chica pobre, de las pocas de su condición que asistió a esta escuela para señoritas, y ella tenía ese mismo apellido, pero se llamaba de otra manera... ¿Cómo es que se llamaba? A ver, déjeme ver si me recuerdo... No, lo siento, lo siento de veras, pero ahorita se me escapa su nombre, pero estoy segura que no llevaba ese nombre tan raro que dice usted que tenía... ¿Cómo era? Ah, sí, Diotima... ¡Qué nombre raro, oiga!... No, no señor, nunca tuvimos una alumna con ese nombre...

Y al ver la expresión de desencanto en el rostro de Efraín, agregó:

—Sí, lo siento señor, pregunte en las escuelas públicas, ya que dice usted que al parecer eran personas sencillas, según le contó el viejo periodista ese con el que habló... no, lo siento, pero no sé quién sea ella ni ese señor... Ese señor Julio Palominos... Ah, sí, sí, disculpe, el señor Juan Palomares... No, no los conozco...

Desde su asiento de rattan en el patio interior sombreado por las enormes bugambilias en flor que adornaban esa parte del convento adyacente al colegio de señoritas, lo vio alejarse con sus ojillos entrecerrados ya por esa somnolencia que la invadía luego de tomar el desayuno.

**DESPUÉS DEL DISCURSO** frente a cerca de cinco mil trabajadores petroleros y otros simpatizantes, Efraín partió a una serie de reuniones urgentes con otros líderes del movimiento a Paraíso. Manejaba una camioneta que un amigo de Caramango le había prestado para que pudiera moverse con rapidez en esos días de frenética actividad. Se detuvo en un pequeño restaurante a medio camino que le gustaba por su comida y ambiente amistoso. Estaba terminando de tomar el café luego de

almorzar, cuando una gran mariposa entró volando al local y se posó en el respaldo de la silla que estaba frente a él. Se quedó viendo con fascinación como movía con lentitud sus alas como si estuviera abanicándose, sin moverse mientras él tomaba su café caliente de a sorbitos. Dos minutos más tarde otra pasó revoloteando junto a su cabeza y la vio alejándose con su vuelo caprichoso hacia la calle.

La dueña del restaurante, una señora delgada y menuda que no paraba en su incansable trajín, pasó junto a su mesa llevando platos y cubiertos sucios a la cocina. Observó las mariposas, y le gritó a su marido que estaba en la cocina:

—Rubén, mira viejo, volvieron las mariposas otra vez...

## **Golpe de Estado en Arcadia, 10 de marzo de 1969**

LA RIP ESTABA sacudida desde hacía varios meses por una situación social y política cada vez más fuera de control. Los principales periódicos, las radios y la primera estación de televisión que transmitía solo seis horas por día, no dejaban de clamar por una acción firme del gobierno para poner fin al desorden, la violencia y los desmanes que parecían multiplicarse por el país. En el norte dos grandes minas estaban ocupadas por los trabajadores que exigían mejores salarios. En el corazón de Arcadia, la Universidad Central estaba tomada también por estudiantes, quienes abogaban por algo que muy pocos en la ciudadanía comprendían, y que era el llamado “cogobierno” junto con un proceso más amplio de cambios definidos como la “reforma universitaria” en varios panfletos distribuidos a los medios. Pero de todos los conflictos, el que más llamaba la atención de los medios, del gobierno y de la opinión pública, era la toma de las instalaciones petroleras, la huelga indefinida que ya duraba casi dos meses, y los caminos y carreteras bloqueadas por integrantes del llamado *Pacto de la Ribera* junto con los petroleros. Y aunque la enorme mayoría de los habitantes del país seguían con sus vidas como en cualquier otra época de

mayor paz social, los rumores y los medios contribuían a crear un ambiente soterrado de temor, inquietud e incertidumbre.

Al igual que en otras coyunturas similares, el país se despertó en la madrugada del 10 de marzo de 1969 con la noticia de que un regimiento de élite de las fuerzas armadas (con todo el apoyo de estas) había ocupado el palacio presidencial, arrestado al presidente en turno y a casi todos los miembros de su gabinete, disuelto el parlamento, y decretado el estado de sitio hasta nuevo aviso.

A pesar de que el golpe de Estado se llevó a cabo sin que mediara ni una sola señal anterior de que pudiera ocurrir, pocos fueron los que estuvieron sorprendidos por los acontecimientos. El gobierno del licenciado don Pedro Gasca Hamilton había sido uno de los más corruptos desde que se acabó el tiempo de los generalatos en la década de los veinte y se afianzara la endeble democracia que regía en el país desde entonces. Elegido con una amplia mayoría que superaba el sesenta por ciento, el régimen de Pedro Gasca se había desvirtuado casi desde el comienzo de su administración, y a pesar del rápido crecimiento económico experimentado por la RIP en los cinco años que llevaba en el poder, se habían visto pocos beneficios para la clase media, y ninguno para las grandes mayorías asalariadas. Pero el mayor pecado de Pedro Gasca, había sido su llamada “segunda revolución agraria”. Era un plan mucho más moderado que la primera y bastante convulsa revolución agraria, y consistía apenas en comprar las tierras ociosas de las grandes haciendas y ranchos del país, para distribuir las entre los sectores campesinos que eran parte de la clientela política del régimen. Cuando la Corte Suprema, muy cercana al gobierno de Gasca, decretó que no se debía desalojar a la fuerza a los huelguistas en el sur petrolero de la república, el frenesí de la prensa opuesta ahora a las medidas de la administración alcanzó su paroxismo. La chismografía política que corría por las calles de la nación revelaba que los militares estaban muy descontentos con la situación “caótica”, y que había ruido de sables en los principales cuarteles de la RIP. Durante las cuatro décadas de democracia, los militares habían ya protagonizado tres golpes de Estado para

restablecer el orden, cediendo luego el poder a gobiernos civiles escogidos al vapor, y cuya misión era servir como de transición a nuevas elecciones generales. Habían sido intervenciones poco sangrientas en general, y la mayor parte de la ciudadanía confiaba en que el presente movimiento de tropas sería solo una reedición de similares experiencias anteriores.



## EXALTACIÓN Y ECLIPSE

*“Aunque esto es locura, hay sin embargo método en ella”.*

- Hamlet, Acto II, Escena 2.  
William Shakespeare.

---

*[Quiero vivir contigo amor. No, quiero vivir en ti, del mismo modo en que tú vives en mí, amor. Vivir hasta que las sombras del valle de la luz nos envuelvan, y entonces, quiero contigo y dentro de ti, morir también, amor. Quiero así seguir viviendo bajo la sombra de esta aura que nos arropa, y dejarme consumir por ella dentro de ti, y tú dentro de mí, hasta que nuestra huella sea llevada al océano eterno otra vez, amor. Quiero perderme en el destello de nuestro olvido, para que así todo perdure al paso que desaparece, amor. Quiero decirte, amor; que te llevo prendida a mí, como la piel encierra mi ser. Quiero decirte, que con cada trozo que me arrancan de ti, desuellan mi alma y desnudan mi carne. Quiero decirte, que morir lejos de ti, es morir oscuro y solo, pero que irme contigo no es perecer, sino vivir más allá de todo y de nada, y subir así hasta allí donde dicen que yacen las palomas enamoradas, cuando el viento del fin del mundo se las lleva a su reposo postrero, que es más vida que la vida misma, amor].*

---

## Los zarpazos del tigre, Entre Ríos, 10 de abril de 1969

Transcurrió lo que restaba del mes de marzo y todo el mes de abril, y la asonada militar que había sacudido a Arcadia, poco efecto había tenido en la evolución de la situación regional en Entre Ríos. Las instalaciones petroleras seguían en manos de los huelguistas (la directiva regional de la empresa había abandonado en masa Entre Ríos y había regresado a Arcadia hasta que las cosas se calmaran en la región), las carreteras y entradas y salidas a los principales pueblos de la parte baja de la región estaban aún bajo el control del *Pacto de la Ribera*, y, en general, todo discurría en paz. Sin embargo, debajo de ese barniz superficial de normalidad, había una corriente secreta de frustración entre los potentados de la región, quienes veían mermados sus negocios y se sentían vagamente amenazados, aunque ninguno de los participantes en el movimiento había proferido la menor acusación en contra de ellos. De hecho, varios miembros prominentes de la directiva del *Pacto de la Ribera*, eran latifundistas de Entre Ríos. Pero constituían una minoría dentro de su clase, y no estaban enterados de los planes que algunos de sus allegados, amigos y familiares fraguaban en secreto.

A fines de abril, Guy y otros diez latifundistas de Entre Ríos, entre los cuales estaba el mismísimo gobernador de la provincia, Humberto Solís de Alba, se reunieron al caer la noche en Palo Colorado. Eran las once de la noche, una hora avanzada para las costumbres regionales. El resto de los habitantes de la gran casa patronal dormían, incluida Teresita, quien estaba agotada luego de una larga cabalgata hasta Los Palmares, para reunirse allí con una amiga de Tima, y que era también una curandera al igual que esta última, e integrante secreta de la ahora proscrita Cofradía de Sadoras de Entre Ríos. Había ido a entregarle una carta en sobre cerrado para que se la llevaran a Sirenito, proponiendo un lugar y una hora para volver a encontrarse: la reunión sería en un bosquecito a cuatro kilómetros de la casa patronal de Palo Colorado y en una semana. En esa misiva desesperada, Teresita le informaba a Sirenito que estaba embarazada y que deseaba huir con él antes

de que Guy se percatara. Gracias a su delgada contextura su embarazo de tres meses aún no era del todo visible, aunque Panchita la había tomado una vez de la cintura y se la acarició con una expresión extraña en su rostro de anciana. Debido a su gravidez se fue al paso de su montura y todo había marchado en apariencia bien. A su regreso, olvidando toda cautela y llevada por su juvenil impaciencia, Teresita había regresado al galope para evitar dar explicaciones a su padre de su larga ausencia de varias horas, y se había acostado rendida y sin cenar. Cuando Panchita entró a su cuarto de puntillas para echarle la última mirada antes de irse ella misma a dormir, la lamparita del velador estaba encendida, y bajo su luz ambarina el rostro sonrosado de la muchacha, lucía como un magnífico camafeo enmarcado por la abundante cabellera negra, regada sobre la almohada.

—Duerme mi niña hermosa, que siento que vas a necesitar todas la fuerzas que puedas juntar —pensó doña Panchita mientras apagaba la luz y salía en silencio de la habitación.

**GUY FUE EL** primero en hablar, interrumpiendo las charlas entre los distintos asistentes:

—Bueno, bueno, mis estimados señores, a ver, veamos, miren la situación no podría ser peor. El ejército tomó el poder hace un mes, y todavía no han sido capaces de hacer nada aquí en el sur, aquí donde la situación de verdad lo amerita... Señores, esto no puede seguir así. Yo ya perdí cincuenta reses... Y no por las lluvias o enfermedad, no señores, las perdí porque se me entraron a unos potreros a robar... ¡Y lo peor del caso es que sé quienes fueron y no puedo hacer nada porque tienen al maldito *Pacto de la Ribera*, con muchos hombres armados que los apoyan!...

Había ido subiendo el tono de voz y su rostro comenzaba a enrojecer, al darse cuenta se compuso de nuevo y siguió:

—Hace veinte años yo mismo los habría ido a cazar con mis hombres y los hubiéramos colgado del palo más cercano. Pero ahora, les apuesto que la buena carne que se festinan en los campamentos de los revoltosos viene de mis reses, esas que con tanto

trabajo, esfuerzo, dinero y amor hemos criado aquí en mi rancho. Yo les digo señores, ¡hay que hacer algo y pronto!

La arenga de Guy surtió los efectos deseados. Todos presentaron sus quejas y luego de unos cuarenta minutos de intercambios desordenados sobre el caos inminente que amenazaba a sus familias, sus propiedades y, sobre todo, su respetabilidad en la sociedad de Entre Ríos, decidieron con respecto al curso de acción a seguir. En esta parte de la reunión, la intervención del gobernador resultó providencial. Todos estaban renuentes a armar sus propias milicias con hombres de sobra conocidos en los alrededores.

–Debemos actuar con sigilo, desde las sombras, y que nadie pueda mañana reprocharnos nada –dijo con firmeza el mayor latifundista de Entre Ríos, don Armando Fontana, y todos asintieron con presteza.

–Mi compadre y primo hermano, don Renato Eguiguren de los altos de Santa Catarina, uno de los hombres con más tierras y dinero de esa región, tiene una gavilla de hombres armados, que según entiendo, son temibles y están dispuestos a todo por una buena paga. Si ustedes me lo permiten, yo me pondré en contacto con él por teléfono mañana a primera hora, y haré los arreglos necesarios para que podamos disponer de esa fuerza que tanto nos hace falta en este momento.

EL 15 DE abril, llegaron en seis camionetas y dos camiones a Aracazú una cincuenta de hombres bien apertrechados, bien determinados y bien pagados. Venían liderados por un hombre al que todos conocían por su apodo, el Tigre, y secundado por otro que decía conocer Entre Ríos “como la palma de mi mano”, y a quien todos llamaban simplemente el Mosco. Siendo este último oriundo de la región que había venido a asolar en nombre de la ley y el orden, su rol sería clave en las semanas por venir. La misión exícita que les habían encomendado era comenzar a secuestrar a todos los líderes posibles del *Pacto de la Ribera*, golpearlos, amedrentarlos y en el caso de los más díscolos y de mayor influencia en el movimiento, simplemente liquidarlos y hacer desaparecer sus cuerpos

con eficiencia. En lo posible deberían actuar en forma clandestina, sin permitir ser reconocidos, y en horas avanzadas de la noche.

## **Exaltación y eclipse, San Vicente del Valle y Paraíso, 2 de junio de 1969**

La acción de los grupos armados se hizo sentir muy rápido. Tres de los quince dirigentes del *Pacto de la Ribera* desaparecieron de sus casas, secuestrados en medio de la noche por hombres fuertemente armados y que se cubrían el rostro con grandes pañuelos de colores. La banda sería pronto conocida como “los Pañolones”, y la determinación tanto de los petroleros como de los líderes del *Pacto de la Ribera* consistió en sacar de los ranchos a todos los líderes de sus casas, la mayoría de ellas aisladas en medio del campo, y concentrarlos junto con sus familias en San Vicente del Valle y en Paraíso. Además, varias de las camionetas fueron identificadas, y los números de las patentes de un par de ellas comenzaron a circular en los periódicos principales de los dos pueblos donde se refugiaron los líderes del *Pacto de la Ribera* y sus familiares más cercanos. Esto hizo difícil y peligrosa su circulación por las carreteras y caminos del área, aunque lo hicieran al abrigo de la noche. De hecho, dos semanas después que “los Pañolones” se pusieron en acción, una flotilla de tres camionetas con quince hombres que habían ido a una aldea a buscar a un grupo de líderes campesinos que supuestamente estarían reunidos allí, volvía con las manos vacías a las tres de la madrugada, fueron emboscados y eliminados después de un tiroteo intenso que duró casi una hora. Luego, los asaltantes amontonaron los cuerpos de los caídos, le pusieron fuego a las camionetas y desaparecieron en el monte cercano. No se sabía quiénes eran esos asaltantes, pero se rumoraba que eran unos cien petroleros y finqueros de la zona dirigidos por un tal Efraín. Y aunque el rumor era debatible, puesto que en Entre Ríos circulaban muchas conjeturas que solían ser falsas, en este caso, la información era correcta y muy pronto llegó a oídos de Guy, sus amigos y el Tigre.

Decidieron cambiar las tácticas, y en vez de grupos conspicuos de hombres moviéndose en camionetas, irían en pequeñas partidas de cuatro o cinco, montados a caballo, y moviéndose por sendas ocultas y atajos a campo traviesa. El guía de marras en casi todas estas expediciones nocturnas sería el Mosco, y cuando este no pudiera ir, entonces alguno de los vaqueros más experimentados de los latifundistas que hacían parte de la conspiración, cabalgarían con ellos haciendo de guía. Esta táctica pareció dar muy buenos resultados, pero tuvo como consecuencia inesperada, el traslado aún más precipitado, que en semanas anteriores, de aquellos involucrados en el movimiento de pago de compensaciones a los productores del campo por parte de la junta militar que intentaba recuperar el control del país luego del golpe.

Hacia fines de mayo, el ejército había decidido por fin intervenir en forma rápida, masiva y fulminante en la región rebelde del sur, desde donde el petróleo, con todas sus indispensables divisas para el nuevo régimen, había dejado de fluir.

A LAS DIEZ de la noche del primero de junio, salieron seis mil hombres desde una gran base militar en las afueras de Real de Temontzín, una ciudad de casi trescientos mil habitantes y que se encontraba a mitad de camino entre Arcadia y Aracazú. Ni siquiera intentaron ocultar el gran movimiento, pues la junta militar en la capital del país había decidido que se manejaría el asunto en forma aplastante y sin remilgos, con el fin de enviar un claro mensaje al resto de la nación en cuanto a la determinación del nuevo régimen de meter a toda la sociedad de la RIP en cintura lo más pronto posible. El atraso en tomar la decisión de actuar con energía para aplastar la revuelta en Entre Ríos se debía, en gran parte, a la lucha interna entre los propios militares en cuanto a la distribución del poder y las prebendas que ello representaba. Pero una vez que este asunto fuese dirimido, la decisión de intervenir para acabar con tan peligroso conflicto se adoptó en materia de pocos días.

Al oír de la proximidad de las tropas, una buena parte de la dirección del *Pacto de la Ribera*, huyó con el dinero y bienes que

pudo reunir, y con sus familiares, hacia las provincias limítrofes. Hubo una votación de urgencia en el sindicato petrolero, y a pesar de las numerosas voces que llamaron a deponer la huelga, se decidió por apenas dos votos –de un total de cien– continuar con el movimiento. En buena parte, la votación en favor de mantener la huelga fue por la influencia decisiva de Efraín, de lejos el más carismático de los líderes. Así quedó echada la suerte para muchos en esas pocas horas anteriores a la llegada de las tropas.

Cerca de tres mil mujeres y hombres medianamente armados, se atrincheraron en San Vicente y en Paraíso. Se levantaron grandes barricadas cada dos o tres cuadras a partir de todas las entradas principales a las dos ciudades, y la población se refugió en silencio en sus casas luego de aprovisionarse lo mejor posible con alimentos y agua.

Pero el asalto final no se produjo sino hasta las once de la noche del día dos de junio. Las tropas entraron desde varios puntos, asaltando al mismo tiempo San Vicente y Paraíso. Contra lo que los mismos militares esperaban, en la primera ciudad, la resistencia duró a lo más seis horas, pero en Paraíso, donde el grueso de la población se había organizado con el amparo de una organización creada por el Boticario, y que se llamaba Libertad y Justicia para el Sur, el enfrentamiento duró cinco días, con grandes bajas para ambos bandos.

Al tercer día, al menos seiscientos hombres del ejército de conscriptos, en su mayoría jóvenes campesinos y urbanos pobres –que poco o nada entendían del conflicto en el cual se hallaban involucrados– habían desertado, dejando sus armas tiradas, las que pronto fueron capturadas y puestas al servicio de los rebeldes. Incluso hubo cuatro contraataques de los rebeldes que hicieron retroceder a las tropas del gobierno algunos kilómetros por la carretera que llevaba desde San Vicente a Paraíso. Fue en ese momento en que el general Filiberto Maldonado, director de la junta de gobierno, decidió que la situación ameritaba la máxima fuerza.

–Es necesario acabar con los insurrectos, al costo que sea... Después de todo, ¿quién conocía nada de ese pueblito Paraíso? Yo apenas lo tenía conocido por ser un centro petrolero, pero aparte

de eso, lo que ocurra allí no creo que tenga mucha repercusión en el resto del país... Mande la aviación, coronel Jones...

En la tarde del quinto día desde que comenzó el asalto del ejército a las zonas rebeldes, apareció una formación de veinte aviones de una sola hélice, reliquias de la Segunda Guerra Mundial, y que en esta ocasión entrarían otra vez en combate con mortífera intensidad. Cuando las primeras bombas empezaron a caer, el Boticario le dijo a su viejo amigo Joe Carter –quien a pesar de su edad avanzada y un dolor crónico de espalda que no lo dejaba ni de día ni de noche desde hacía tres años, se encontraba en una de las barricadas en la plaza central, y que servía de cuartel general de los alzados en Paraíso–:

–Coño, amigo Joe, creo que ahora se desata el infierno, pero no seremos nosotros los que nos vayamos a él, sino los que nos atacan en forma tan cobarde...

Unos minutos más tarde cayeron las primeras bombas incendiarias sobre Paraíso, que comenzó a arder por varios puntos a la vez. El Boticario y Joe corrieron a tomar abrigo. Se escondieron tras un montón de escombros y vigas medio calcinadas, y miraron con horror el proceso de destrucción de ese pueblo que había existido ya sin mayores cambios –a excepción de dos huracanes a los que había desafiado y vencido en el pasado– durante más de cuatro siglos. Entre las columnas de humo que comenzaban a ensombrecer el cielo en pleno día, observaron millares de hojas que en forma curiosa se elevaban desde el suelo y los techos y flotaban sin rumbo fijo por entre las volutas de cenizas y hollín. Tocadas de muerte por las columnas de aire muy caliente que subían hacia el firmamento, la hojarasca, que a veces formaba nubes en el aire, se desplomaba fulminada a tierra. Pero nubes de nuevas hojas se sumaban a las que conseguían sostenerse en el aire, y pronto formaban nuevas constelaciones que competían con la humareda para cubrir el cielo enrarecido desde el cual descendía apenas una luz solar mortecina sobre Paraíso en su hora final. A los pocos minutos comprendieron que no eran hojas, sino las mariposas que desde semanas invadieron los pueblos y ciudades de Entre Ríos, y que ahora intentaban escapar del infierno en el que se estaba convirtiendo Paraíso.

NO MUY LEJOS de aquel dramático escenario, Guy partía junto con dos de sus hombres en una amplia camioneta Dodge con tres hileras de asientos. Él mismo manejaba, y Silvana, quien viajaba junto a él, no podía dejar de observar sus manos crispadas sobre el volante. El patrón, de costumbre locuaz, callaba sumergido en sus propios pensamientos sombríos. Debajo de las gafas oscuras, sus ojos azules estaban rodeados de dos amplios círculos oscuros, que revelaban las largas noches sin dormir. En la segunda hilera de asientos, viajaban Teresita y doña Panchita. Los ojos de la muchacha estaban enrojecidos y hundidos en sus cuencas. El rostro muy pálido denotaba la enorme tristeza que la embargaba. Su mirada estaba otra vez perdida en la lontananza, y no expresaba nada a excepción de un profundo vacío. Otra vez el espíritu de Teresita parecía haberse fugado a otra dimensión, dejando atrás solo el cascarón corpóreo de su ser.

Una semana antes, la misma Silvana le había comunicado a Guy sus impresiones con respecto a lo que a ella le parecía el obvio estado de gravidez de Teresita. Guy enrojeció mucho y luego se puso muy pálido y comenzó a temblar. Silvana jamás lo había visto en ese estado, ni siquiera cuando estuvo al borde de una apoplejía luego del robo de sus reses, supuestamente por miembros del *Pacto de la Ribera*. Tuvo que acercarse a él y abrazarlo con la esperanza de calmarlo. Pero Guy exclamó:

–Ese hijo de puta de Sirenito, y su padre Hilitos, esos desgraciados... Me pagan esta con sus vidas... ¡Hijos de la gran puta!

Y empujó a Silvana hacia un lado y salió corriendo en busca de Teresita, quien no se encontraba en la casa, pues había ido al establo, como todos los días, a cepillar y acariciar a sus corceles favoritos.

Por uno de los sirvientes que ayudaban en la cocina, adonde entró como una tromba, se enteró de donde estaba su hija. La encontró saliendo del establo. Caminaba sosteniendo de la brida a su yegua favorita, pero se detuvo cuando lo vio caminando con pasos enérgicos en su dirección y el rostro desencajado. Ella casi de inmediato supo de qué se trataba el exabrupto de su padre. Por primera vez desde que fue forzada a regresar al hogar paterno, sus

ojos se enfocaron con la lucidez que alcanzaron durante el período que vivió cerca de Sirenito. Sus ojos no solo se volvieron claros y directos, sino que se dirigieron con una mirada de desafío cercano a la ira hacia los ojos de Guy, quien trastabilló con una tabla, la pateó con exasperación, y siguió caminando hacia ella; pero ya su paso no tenía esa seguridad furiosa de pocos segundos antes. Teresita casi sintió lástima por él: lo vio más encorvado, más calvo, y su cuerpo robusto ya no parecía tan formidable. El hombre que por fin se paró frente a ella no era un titán, sino un viejo que intentaba ser aún atemorizante.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Teresita? Me estás matando...

Y lo que sucedió en ese instante lo marcaría hasta su último día en este mundo. Ella lo interrumpió, y una voz que venía como la de un ventrílocuo —o al menos esa fue la imagen que cruzó fugaz por la mente de Guy— golpeó a su padre como una bofetada:

—Por una vez en mi vida hice algo para mí. Si no te gusta es problema tuyo, porque yo no lo hice para dañarte. Ni siquiera pensaba en ti.

Eran palabras simples, razonables y legítimas, pero se clavaron en el pecho de Guy como puñales. Por años había esperado que su hija le hablara, que le dijera alguna niñería simpática, quizás que le expresara cariño, pero hubiera preferido morir antes que tener que escuchar las que serían las primeras palabras que Teresita le dirigía en la vida, y que serían las últimas también, aunque él en ese momento no lo supiera.

EL AVIÓN SE elevó y desapareció tras un banco de nubes que cubría gran parte del horizonte. Había abrazado a Teresita antes de que esta caminara junto con Panchita por el asfalto de la pista hasta el avión. Ella se había dejado abrazar, pero no había devuelto ese abrazo, con el que Guy no pudo evitar manifestarle todo su gran amor a pesar de la rabia y el despecho que campeaban en su corazón. Quiso decirle algo, pero se calló al no encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo expresarle su amor en el momento mismo en que la enviaba a la capital junto a su madre con la orden explícita

de que el bebé que naciera de sus entrañas fuera entregado de inmediato a las monjas para su futura adopción? Ella ya no había pronunciado ni una sola palabra más desde aquel terrible encuentro frente al establo. Y la verdad es que él no deseaba escucharla decir ninguna más, si esas palabras serían para decirle cosas que jamás hubiera esperado ni querido escuchar.

Guy regresó con Silvana a Palo Colorado, y a la entrada de su casa les dijo a los dos hombres que habían ido con ellos a dejar a Teresita y Panchita al aeropuerto de Aracazú:

–Ustedes vayan a descansar a las casa de los vaqueros, y me mandan al Tigre porque necesito hablar urgente con él.

Cuando el Tigre apareció tocando suave en la puerta de entrada, con ese sigilo que era tan propio de él, y que irritaba un poco a Guy, quien le había comentado a su amigo Recaret:

–Ese tipo me pone nervioso, siempre andando como de puntillas, callado, el maldito, como si fuera un zorro, no, un chacal, eso es, un chacal, no sé por qué le dicen Tigre, ha de ser por los ojos amarillos, pero para mí que es chacal, el hijo de su mala madre ese.

Guy miró fijo al Tigre, quien desvió ligeramente esa mirada inexpresiva de sus ojos amarillos, y que a tantos les producían desasosiego, aunque ni siquiera supieran que era por esa causa.

–Vas a partir en cuanto puedas a Paraíso a buscar al tal Hilitos, ya sabes quién es, ¿verdad?, bueno, me lo traes bien atado y amansado para que decidamos qué hacemos con él... pero eso no es lo más importante, agarra al tal brujo ese, el que llaman Sirenito, ablándamelo un resto, y me lo traes también. Los dos separados, bien amarrados, que no puedan hablarse entre ellos, vendados y con la boca con una mordaza bien apretada... ya hablarán cuando llegue el momento de que lo hagan. La aviación y el ejército ya recuperaron Paraíso, bueno lo que queda del pueblo, de modo que no tendrán problemas para pasar con las camionetas y todo. Yo hablé por teléfono recién con mi teniente coronel don Tomás Tinoco, y ya está todo arreglado para que pasen rumbo a la playa sin problemas. Dale, muévanse...

UNA HORA DESPUÉS de recibir instrucciones de Guy, el contingente del Tigre partió rumbo a Paraíso. Una veintena de hombres integraban la comitiva. Viajaban en cuatro camionetas. Los hombres iban bien armados, pero en forma discreta. Los fusiles, ametralladoras, escopetas y otras armas largas las pusieron sobre el piso de las camionetas para que nadie pudiera verlos desde afuera. Las camionetas avanzaron con una distancia de alrededor de medio kilómetro entre ellas, en caso de que hubiera una emboscada, algo improbable, pues ya era *voxpópuli* que los insurrectos habían sido aplastados en todas partes, y que buses llenos de prisioneros estaban partiendo hacia el gran cuartel de Real de Temotzín. Junto al Tigre iban sus mejores secuaces, pero faltaba uno. Lo habían buscado por todos lados, pero no pudieron encontrarlo.

Pasaron por la carretera que daba un rodeo alrededor de Paraíso. No entraron al pueblo, ya que vieron que estaba en llamas y que grupos desordenados de damnificados abandonaban el pueblo como podían, y llevando solo sus posesiones más preciadas, como documentos, joyas, dinero y comida, si era posible. Muchos iban malheridos, llevados en camillas improvisadas o en vehículos que habían escapado de la catástrofe. Pero luego descubrieron que la situación en la calle de circunvalación no era mucho mejor. Allí también había un éxodo masivo. Era un interminable flujo de refugiados que avanzaba en silencio, a excepción de algunos heridos que se quejaban, de niños que lloraban, o personas que gritaban a la multitud con la esperanza de encontrar algún pariente o conocido desaparecido. Era un río humano contra el que avanzaron con lentitud. Y a pesar de la insólita presencia de esas camionetas nuevas y de los hombres que viajaban en ellas yendo en dirección contraria al flujo humano, nadie les prestaba la menor atención.

Cuando llegaron por fin al sanatorio de Sirenito, encontraron a este en una habitación llena de pacientes a los que les estaba leyendo de uno de los libros de Salgari, de los que Hilitos poseía una colección completa de varios tomos. El grupo, de hombres y mujeres de todas las edades, y de varios niños y varias niñas, estaba sentado en forma calma y ordenada en una hilera de sillas rústicas.

Todos estaban bien peinados, con los cabellos un poco húmedos, como si se hubieran duchado hacía poco. A pesar de ser un grupo en el que había numerosos pacientes con problemas mentales de diversa índole, todos parecían subyugados por la voz un tanto monótona con que Sirenito leía. Quizás varios no seguían bien el hilo de la narración, pero todos habían caído bajo el embrujo de la voz suave y persuasiva del sanador, o quizás respondían a su presencia con la misma serenidad que él les infundía cuando paseaba con ellas y ellos por la playa o el solar de la finquita, o cuando les masajeara el cráneo con movimientos lentos y deliberados de manos.

Cuando el Tigre irrumpió en la escena, Sirenito siguió leyendo sin prestarle mucha atención. El resto del auditorio siguió también escuchando atentamente, y esto desconcertó al Tigre. Había esperado algún tipo de resistencia armada al entrar en el solar con sus camionetas y hombres amenazantes, pero un hombre, que en apariencia trabajaba en arreglar un techo, los saludó sacándose el sombrero con alegría. Nadie más salió a recibirlos, de modo que caminaron hacia la cabaña desde donde se escuchaba el rumor de una voz. Y allí se encontró con una escena tan apacible como doméstica, y no con un nido de conspiradores, como supusiera al escuchar las instrucciones de Guy, quien no le había dicho la razón real de su deseo de tener como prisioneros secuestrados a Hilitos y Sirenito. Aunque sí le había prevenido:

—Pero por ningún motivo vayas a matarlos, los quiero vivitos y coleando...

Sin dar explicación alguna, el Tigre y otros dos de sus hombres se acercaron a Sirenito que los esperaba con el libro sobre las rodillas y los miraba perplejo. No se movió, ni siquiera cuando el Tigre estuvo frente a él proyectando su larga sombra sobre el sanador, quien de pronto parecía un niño descubierto metiendo a escondidas las manos dentro de la jarra de galletas. Sin que hubiera ninguna razón, él se sintió culpable de algún delito indefinible, al acercarse a esos hombres de rostro tan adusto. Pero al mirar a los ojos amarillos del Tigre, supo con exactitud por qué estaba allí. El doloroso recuerdo —mitigado por el hecho de que entendía

las razones que animaban al padre— de Teresita siendo llevada a la fuerza por su padre hizo eclosión en su mente. Intuyó que algo malo había sucedido después. Y pensó que tal vez alguien que los hubiera visto caminando enamorados de la mano por la playa, o en alguna otra actitud comprometedora, o quizás Panchita le había dicho algo a don Guy u otra persona que cometió una infidencia, o quizás Teresita... ¡No, no, de ningún modo!... Teresita jamás le habría comentado nada a nadie por escrito, y en cuanto a decirlo con palabras orales, él sabía con toda seguridad que ella no hablaría, si no estuviera forzada por las circunstancias.

Su mente corría a gran velocidad cuando dos de los hombres del Tigre lo alzaron con brusquedad tomándolo de ambos brazos, y casi alzado lo empujaron hacia la puerta de la cabañita que servía como centro de reuniones sociales en el sanatorio. Algunos de los pacientes empezaron a gritar, entonces el Tigre los encerró dentro del recinto, del cual llegaba una algarabía aterrada. Sirenito quiso desembarazarse de sus captores, pero estos lo garraron con más energía aún. Al verlo resistirse, el Tigre giró sobre sí mismo, y con su rostro inexpresivo de siempre, le dio sin advertencia alguna un puñetazo en la boca, que de inmediato comenzó a sangrar por los labios partidos. De pronto Sirenito estaba muy pálido y sus ojos mostraban miedo y tristeza. Intentó zafarse de nuevo, y esta vez, el hombre que lo tenía apresado por su brazo derecho descargó un fuerte pisotón con sus botas de tacón aguzado sobre el pie contrahecho del sanador, y este último dejó escapar un gemido de dolor; las lágrimas brotaron abundantes de sus ojos y bajaron por sus mejillas.

—Cojo de mierda, o te quedas quieto o te rompo esa pata chueca como cola de chancho que traes”. El Tigre sonrió complacido. Le complacía esa forma de hablar. Sintió deseos de darle otro puñetazo a Sirenito en la cara, pero se contuvo. “No hay nada que odie más, que un maricón llorando”, pensó.

Dándose cuenta de la severidad del castigo por venir si no se callaba y se dejaba llevar sin resistencia por sus captores, Sirenito contuvo el llanto y mantuvo un férreo silencio. Pero una vez dentro de la camioneta cerrada, el Tigre se inclinó por un lado sobre él,

mientras otro hombre amarraba su manos por detrás con una cuerda delgada que se enterró en su carne causándole bastante dolor. Era un hombre de corta estatura, pero fornido y con un rostro mal afeitado y ojillos pequeños que le conferían un aire que intimidaba. Pero el más atemorizante era ese al que todos llamaban Tigre. Era frío como un ofidio, y sus ojos paralizaban a cualquiera que entrara en el foco de su atención. Sin embargo, a pesar del aura de maldad que lo envolvía, había algo en ese hombre que le resultaba familiar; algo en sus ojos amarillos y en sus facciones regulares y casi atractivas, que le recordaba a alguien, aunque no llegaba Sirenito a discernir con exactitud quién era. Algo en la frente combada, la nariz un poco torcida, la barbilla voluntariosa, y los labios, le hacían pensar en una persona que estaba seguro que le era familiar. Pero dejó de pensar en ello, cuando la voz sin modulaciones del Tigre lo jaló de los pies a la brutal realidad otra vez:

—Mira muchacho, mira, no te seguiré pegando, si me dices dónde se encuentra tu padre, el tipejo ese que llaman Hilitos... ¡¿Dónde?!

Le soltó un bofetón en la parte posterior de la cabeza que lo hizo estrellarse contra el respaldo del asiento delantero con la frente. El respaldo era una barra de acero que corría debajo del vinilo del asiento, que no alcanzó a morigerar el golpe, y en la frente de Sirenito se abrió un largo surco cárdeno que empezó a sangrar de a poco.

Lo sacaron de nuevo de la camioneta y le dieron varios golpes en el estómago y en el pecho que lo dejaron sin respiración por un par de minutos. Cuando recuperó con dificultades el aliento, el Tigre lo tomó de la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Hablas o no respondo de mí... Te juro que no respondo, y aquí mismo te mato como a un bicho. ¿Oíste?

Y antes de que Sirenito pudiera decir nada le tomó la cabeza con ambas manos y comenzó a enterrarle los pulgares en los ojos cerrados con gran fuerza, lo que hizo gritar de dolor y miedo a Sirenito. Cuando Sirenito estaba a punto de desmayarse, el Tigre aflojó la presión y volvió a interrogarlo sobre el paradero de su padre. Pero Sirenito no habló, de modo que hubo una nueva

secuencia de golpes y maltratos que dejaron el rostro del muchacho cubierto de sangre.

Hubieran seguido así un buen rato, si no es porque el albañil que estaba trabajando en una nueva cabaña cuando aparecieron los secuestradores de Sirenito, salió rumbo al camino cercano, con su pequeño bolsito con herramientas y su ropa de trabajo, bien peinado y con el pelo todavía mojado luego de una larga ducha. El hombre venía silbando con desenfado y contento de terminar su jornada de trabajo. A pesar de estar a no más de cincuenta metros de todo lo sucedido, no se había percatado de nada.

El Tigre lo vio venir, y le susurró una orden a su secuaz:

–Agarra a este y mételo en la camioneta y tápale bien la boca... ¡Apúrate!

El otro metió a Sirenito por la misma puerta por donde lo habían sacado poco antes. Como era en el lado opuesto a la dirección que traía el albañil, este aún no pudo casi darse cuenta de nada anormal. Aunque vio a través de los vidrios de la camioneta un tumulto de sombras que se removían en forma extraña, y disminuyó el paso y dejó de silbar. El Tigre dio la vuelta a la camioneta y caminó con una falsa sonrisa que pretendía infundir confianza en el albañil, quien al verlo acercarse se detuvo en seco y se quedó fijo en el lugar donde estaba. El Tigre se acercó a él y cuando estaba a solo dos metros de distancia, sacó rápido un gran revólver que traía debajo de una chaqueta corta, y le apuntó, diciéndole:

–¡Quédate ahí, no te muevas o te quemo sin asco! ¿Oíste?

–Siii señor, aquí me quedo, no se preocupe.

–No, si a mí no me preocupa nada, además solo quiero preguntarte algo y después te dejo partir sin problemas.

–Bieeee... Usted diga señor, para qué soy bueno...

–¿Tú conoces a un viejo que le dicen Hilitos?...

–Sí, sí, sí lo conozco un poco, pero así que como amigos, no tanto señor.

–Bueno, eso no importa, no te estoy preguntando cuánto lo conoces, solo quiero saber dónde se encuentra ahora, porque tengo un negocio urgente que a él le va a convenir mucho...

Y se sonrió con un solo lado de la boca sin preocuparle en lo más mínimo que su circunstancial interlocutor le creyera o no. Después de todo, sentía que ese hombrecito con la simple amenaza de su gran revolver lo haría confesar rápido todo lo que pudiera saber.

—Mire, señor, con todo respeto, pero yo nada más vi a Hilitos partiendo en su lancha de pesca a lo que es su trabajo, pues, casi a diario. Pescar, y de vez en cuando sembrar, ya que eso es lo que hace ese señor Hilitos, pues.

Parecía que iba a seguir repitiendo en cuanto a las actividades laborales de Hilitos, pero el Tigre lo cortó con brusquedad:

—Está bien, está bien, pero dime, ¿como cuánto crees que se tardará Hilitos?

—Ah, no, ese señor no regresa hasta mañana. Ellos, los pescadores de por aquí, cuando salen con redes salen por dos días... Por lo menos.

—Bueno, tú me vas a llevar adonde él esté.

—Con todo respeto señor, pero yo no puedo... De verdad no puedo... Yo soy albañil nomás, no soy pescador, señor... Por favor, no le miento, yo no puedo... No puedo, señor... De verdad que no puedo.

El Tigre pensó entonces en forzar a Sirenito a llevarlo adonde estuviera su padre, pero desechó la idea, pues era claro que el muchacho no colaboraría, además, sería mejor enviarlo cuanto antes a Palo Colorado para que don Guy dispusiera de él del modo que más le complaciera.

—Llévame entonces con alguien, algún pescador, qué sé yo, que me pueda transportar en su lancha o bote con algunos de mis hombres a buscar a ese Hilitos... ¡Vamos, piensa!... Que no tengo mucho tiempo...

El hombre dudó, pues sabía que ese hombre de los ojos fríos era peligroso, y que a cualquiera que nombrara para la función de transportista por mar, estaría casi de seguro en peligro. Pero aún así, la urgencia de huir de esa compañía ante la que trepidaba pudo más, y le dijo a su captor que en la finca siguiente había alguien que tenía una gran barcaza motorizada.

EL ALBAÑIL SALIÓ corriendo por la carretera hacia Paraíso. Vivía a dos kilómetros antes del pueblo en una aldea más pequeña, y aunque el caos y el dolor estuvieran desencadenándose a muy corta distancia de su casa, era como si estuviera ocurriendo en otra galaxia. Solo había escuchado rumores sobre lo que ocurría en Paraíso, pero mientras trotaba jadeante hacia su hogar huyendo de esos ojos amarillos que aún le enfriaban el alma, empezó a ver grupos de personas que huían a pie, en vehículos motorizados, carretas, y bicicletas, cargando cuantos enseres y bienes de valor poseían y podían llevar consigo. Había comenzado a correr otra vez luego de recuperar apenas el aliento, cuando vio pasar una caravana de hombres armados que llevaban prisionero a Sirenito de retorno a Palo Colorado.

A POCA DISTANCIA de allí, la barcaza con el pescador forzado a ir a buscar a Hilitos, se internaba mar afuera rumbo a otra bahía que estaba como a unos veinte kilómetros. El Tigre iba con cuatro hombres bien armados. No apuntaban al viejo que dirigía la barcaza de hierro y madera que había comprado barata en una subasta de la compañía petrolera estatal, pero él sabía muy bien a qué se atenía en caso de desobedecer sus órdenes. No era amigo cercano de Hilitos, pero lo conocía lo bastante bien como para saber en qué lugar se encontraría pescando en esa época del año.

Cuarenta minutos más tarde, el viejo se reclinó sobre el timón dentro de la pequeña cabineta de metal, y les gritó a sus captores:

—Ahí veo un bote que se parece al de Hilitos. Sí, es él... Aquel que está parado en ese bote.

Los cinco hombres se agacharon escondiéndose tras la borda metálica elevada del lanchón. Un minuto después, el Tigre se movió agachado y entró a la cabina del viejo desde donde podía vigilar escondido el bote que estaba como a unos seiscientos metros todavía de ellos. Hilitos levantó la cabeza y se cubrió la vista con la mano que tenía libre. Parado así con su figura alta y delgada en su bote que se mecía con suavidad en el mar calmo del atardecer,

con su camisa muy blanca de algodón, parecía un mástil con las velas sin izar. Sin explicación alguna, pues la tarde era tibia, Hilitos sintió un escalofrío que le bajó de la nuca a la baja espalda.

EL TIGRE HABÍA crecido en un hogar adoptivo. Era un hogar campesino junto a la casona patronal de la Hacienda de Guanabar. Cuando tenía doce años, se había enterado que ese hombre taciturno y esa mujer casi obesa que lo toleraban con desgano, no eran sus verdaderos padres. Se enteró de ello por don Eugenio Amenábar, quien se había encariñado con ese niño solitario y medio salvaje que se acercaba un par de veces por semana a la puerta de su habitación-consultorio, y se quedaba mirándolo con sus grandes ojos amarillos sin expresión, esperando que el viejo médico le obsequiara alguna golosina, siempre acompañada de unas palmadas cariñosas en la cabeza y en la espalda. A veces conversaban, pero el Tigre era desde niño de poco hablar, y casi siempre respondía con monosílabos, las preguntas cariñosas del doctor. Con frecuencia, Eugenio Amenábar lo hacía entrar a su amplia habitación, lo sentaba en un gran sillón de felpa verde que guardaba la forma de su corpachón luego de años de uso, y le leía algún cuento o lo dejaba en libertad que deambulara curioso entre los numerosos objetos y los libros que cubrían las paredes de lado a lado.

El día que cumplió doce años entró a la habitación del doctor, quien llevaba muy enfermo cerca de dos meses postrado en su cama, y se acercó al doctor convaleciente. La enfermera que cuidaba del enfermo día y noche lo dejó pasar y estar tan cerca de don Eugenio, solo porque sabía del afecto que este último tenía por el niño. Se sorprendió, no obstante, cuando el viejo abrió los ojos como recuperando de pronto un poco de su antigua vitalidad, y le pidió que los dejara a solas por una media hora. Dudó en hacerlo, pero la mirada de pronto penetrante de Eugenio Amenábar la hizo salir sin chistar.

—Hay algo que debes saber —dijo sin mayores preámbulos el enfermo— debes saber quién fue tu madre. Ella era la hija mayor de mi hermano Remigio... Cuando tú naciste ella fue enviada a

un convento de monjas Carmelitas que está a las afueras de Caledonita, desde donde nunca regresó... Hace dos años murió allí cuando le entró la tuberculosis. Se murió muy rápido y no llegó a conocerte. A ti te entregaron a Rudesindo y Filomena, que te han criado con amor y dedicación, aunque no son tus padres naturales. Tu mamá era hermosa y buena, y se llamaba Matilde... Fue un gran pecado lo que se hizo, un terrible pecado de mi hermano, que en paz descanse...

En la madrugada del día siguiente, el doctor Amenábar murió. La hija menor de Remigio Amenábar regresó de Santa Fe de Arca-dia junto a su esposo, y tomó el mando de la hacienda reemplazando a su madre de salud precaria.

Al cumplir los quince años, el Tigre mató de un balazo en el rostro a Pocho, el capataz y matón de Guanabar. Huyó con tres vaqueros cercanos a él a la sierra cercana, pero Justina, la nueva patrona de Guanabar, envió a un mensajero para pedirle que regresara a convertirse en el nuevo capataz. Justina siempre había compartido con muchos en la hacienda, un fuerte rechazo hacia el brutal Pocho, y sabía, además, quién era realmente el Tigre. Nunca le había gustado ese extraño muchacho, retraído, violento, y con esa mirada que a todos dejaba helados.

El Tigre ocupó el sitio de Pocho, dirigiendo los asuntos cotidianos de Guanabar, con la misma mano de hierro con que lo había hecho Pocho por tanto tiempo. Justina intentó morigerar sus excesos, pero sin mucho éxito. Junto a su amigo de mayor edad, el Mosco –quien había llegado un día a la hacienda, pidiendo trabajo, y se había quedado a vivir allí sin formar familia ni vínculos significativos con nadie más que el Tigre–, el joven capataz hacía a espaldas de la patrona, casi lo que se le daba la gana. Todos le temían y nadie se atrevió a denunciarlo nunca, aunque los rumores abundaban y llegaban débiles a oídos de Justina, quien no sabía realmente qué hacer al respecto. Por eso, cuando tres antiguos senadores de la república, ahora bajo el mando de una junta militar, vinieron a pedirle algunos hombres “de coraje y determinación, a quienes no les tiemble la mano”, para enviar en ayuda de ciertos

círculos de amigos y parientes cercanos de Entre Ríos, no dudó un minuto en enviar a Tigre y Mosco, junto con varios otros vaqueros de los más rudos de la hacienda y pueblos aledaños, en socorro de las vidas y propiedades amenazadas en la vecina provincia.

LA BARCAZA LLEGÓ junto al bote de Hilitos, y sin que este entendiera muy bien lo que estaba ocurriendo, varios hombres armados le apuntaron, mientras que aquel que parecía ser el cabecilla, le ordenaba:

—Muévete viejo. Súbete a la lancha si no quieres que te friamos a balazos.

Hilitos obedeció con lentitud, lo que le ganó un culatazo de uno de los matones que había saltado a su bote y le apuntaba por la espalda. Una vez que Hilitos fue transferido a la barcaza, pasaron al viejo pescador al bote de Hilitos y le dijeron que se llevaban la gran lancha de hierro y que se la dejarían en la playa frente al sanatorio de Sirenito. El hombre que había saltado al bote de Hilitos recogió dos bolsos de lona azul que este había llevado consigo a pescar. Luego se alejaron del infortunado pescador que les sirvió de involuntario guía, y obligaron a Hilitos a manejar la lanchota de vuelta a la bahía de Paraíso.

Llegaron cuando empezaba a oscurecer. El Tigre le ordenó a Hilitos que se detuviera un kilómetro mar afuera en la bahía de Paraíso. Desde allí se podía observar el relumbrón de los incendios que habían consumido ya casi por completo el puerto, luego de que empezara a ser bombardeado por aviones de guerra desde la mañana de ese mismo día. Hilitos miraba asombrado el tétrico espectáculo, y en ese momento se olvidó por completo del gran peligro en que estaba, aunque desconociera las razones de su situación en ese momento.

El Tigre había sentido una rabia instantánea hacia el hombre. Desde el primer momento en que lo observó de cerca al subirse a la barcaza, había sentido deseos de lastimar a ese hombre que no parecía en absoluto intimidado por él y sus matones armados. Odió ese orgullo de hombre sencillo pero perfectamente en paz

consigo mismo y el mundo; todo lo contrario de él, quien a pesar de su exterior frío y distante, estaba corroído por una ira y una insatisfacción que lo habían atormentado durante toda su vida, o al menos, desde que él tuviera memoria. Ataron a Hilitos de manos y pies por órdenes del Tigre. El labriego-pescador se dejó amarrar sin resistir, pero a la luz del farol de querosén que habían encendido, sus ojos color miel brillaban desafiantes. El Tigre abrió de un tajo los dos bolsos que Hilitos llevaba consigo. En uno encontró ropa, víveres y otros enseres necesarios. En el segundo, había una caja larga de madera que estaba cerrada con un candado. Le pidió las llaves a Hilitos, pero este le explicó que habían quedado en su bote. Enojado el Tigre le dio un puntapié en pleno rostro con sus botas. Uno de los ojos de Hilitos se cerró y comenzó a sangrar por el oído de ese mismo lado. No dijo nada ni profirió quejido alguno. Sin mirarlo, el Tigre golpeó la caja contra un hierro al interior de la barcaza, hasta que la partió en pedazos. De su interior se deslizó una figura de madera con los brazos rotos. Era la escultura del arcángel Gabriel que Hilitos había recibido como obsequio de Melania Rivas de Amenábar. Bajo la luz trémula del farol, su silueta se alzó por unos segundos como un ángel caído del cielo al infierno. El Tigre la miró con sorpresa. Había esperado encontrar un arma o alguna otra cosa de valor, y no ese inservible monigote de madera pintada. Fue la primera vez que Hilitos vio alguna expresión en su rostro vacío. Pero casi de inmediato la alzó por sobre su cabeza con ambas manos con clara intención de estrellar el antiguo arcángel Gabriel de palo contra la borda metálica de la barcaza.

–No, no haga eso, por favor –habló Hilitos elevando la voz trémula, y dejando entrever por primera vez la angustia que ocultaba en su interior.

El Tigre se volteó y bajó la vieja escultura de madera hasta dejarla colgando cabeza abajo.

–¿Qué te pasa viejo? ¿Acaso esta mierda tiene algún valor?

Y sin esperar la respuesta de Hilitos, arrojó el arcángel al mar que se la devoró con un ligero chasquido de aguas. En ese mismo segundo Hilitos comprendió que no saldría indemne del apremio

en el que se encontraba. El Tigre lo miraba con una leve sonrisa de sorna. Esa era la segunda oportunidad en que Hilitos veía alguna manifestación de vida interior en ese rostro que era casi hermoso con esos extraños ojos amarillos. Se miraron durante unos largos veinte segundos, e Hilitos supo que estaba viendo directamente a los ojos de la muerte.

El Tigre comenzó a golpearlo con sus puños desnudos en el rostro. Golpeó y golpeó, hasta que sus puños derramaron su propia sangre que se unió a la de su padre, formando un gran charco sobre el torso y las piernas de Hilitos que estaba en cuclillas todavía, pero ligeramente ladeado y apoyado contra un saco de redes que estaba junto a él. El Tigre no cesó de golpear a Hilitos en el rostro, hasta que este se convirtió en una pulpa sanguinolenta. Hubiera seguido, pero dos de sus hombres lo detuvieron a duras penas, impidiendo que continuara.

**HILITOS DEJÓ DE sentir los golpes cuando su cuerpo se aflojó por completo. Delante de él se extendía un páramo cubierto de una grama suave que jugueteaba con alegría al ser besada por una leve brisita. Sintió su cuerpo juvenil y liviano, y su espíritu estaba impregnado por una sensación de bienestar, armonía y serenidad, como nunca sintiera antes. Por entre unas nubes gordas y benignas que surcaban el firmamento con parsimonia, rayos de sol descendían cubriendo el páramo de una luz que arrojaba todo con la misma atención amorosa con la que una madre cubre a su bebé.**

Comenzó a caminar completamente desnudo hacia el centro del páramo. Luego de unos diez minutos de avanzar sobre suaves colinas cubiertas de pastizales, se asomó a la cima de una de ellas, y allí, en el centro de la pradera, vio recostado un magnífico animal. Un tigre tan grande, o quizás más grande aún, que aquel con el que tuvo un furtivo encuentro tantos años antes. El enorme felino estaba recostado, con su cabeza alzada, y lo miraba con tranquilidad mientras él se acercaba con pasos ligeros al lugar donde se encontraba. Avanzaba descalzo, y la grama debajo de la planta de sus pies era como una alfombra mullida y tibia. Caminó hasta

quedar a menos de un metro de distancia del tigre, que seguía recostado mirándolo con expresión amable. Ambos se miraron a los ojos. Hilitos no pudo dejar de maravillarse al ver los dorados iris del gran gato, rodeando como un aro de oro, las pupilas negras y muy dilatadas del etéreo animal. Siguió mirando esos ojos hasta que sintió que su ser entero se fundía con ellos, y entonces supo que su vida verdadera recién había comenzado, más allá del mundo ilusorio de la existencia material y mecánica del universo que dejaba atrás.

EN PARAÍSO JOE Carter había llevado en brazos el cuerpo exangüe de su amigo el Boticario. Caminaba entre las calles calcinadas donde algunos caserones de madera aún estaban en llamas. Caminó sorteando cuerpos, escombros y los agujeros de las bombas que habían dejado caer los aviones. Caminó entre el humo negro que envolvía todo como una niebla maligna. Caminó guiado por el instinto, pues su razón lo había abandonado hacía un buen rato ya. Caminó llevado más por los reflejos instintivos de sus pies y piernas, que por su mente afebrada. Caminó, sin saberlo, rumbo hacia su casa donde de seguro lo esperaba Renata, la mujer con la que rehizo su vida en Paraíso, y con la que habían procreado y criado a diez chiquillos y chiquillas. Caminó con los ojos alzados al cielo envenenado de fumarolas de muerte y destrucción, e iba repitiendo sin cesar un mantra improvisado que surgía desde el fondo de sus entrañas:

–Madness, all is total madness... madness... (“Locura, todo es locura... locura...”).

CUANDO EL SÉQUITO del Tigre hubo abandonado la casa patrimonial de Palo Colorado, y todos los vehículos desaparecieron rugiendo por el camino de tierra, Guy se sirvió un largo trago de coñac, y abrazó a Silvana, quien conociéndolo bien como lo conocía, sabía que en ese instante el patrón la necesitaba junto a él. Se besaron y se abrazaron y se mantuvieron en silencio recostados

sobre el largo sofá. Guy depositó la copa en el suelo junto a ellos, y ambos entrecerraron los ojos sin dormirse del todo.

Cuando la puerta de cristales se abrió con un suave crujido, ambos abrieron los ojos y miraron hacia la sombra que se deslizó con sigilo y se paró frente a ellos. Vieron la silueta de un hombre que se aproximó un par de pasos hasta quedar en el centro del gran salón. Al llegar a ese punto, la luz suave del lamparón de cristales que estaba al centro alumbró al intruso.

Era el brazo derecho del Tigre. Ese hombre insulso y retraído, al que todos conocían solamente como el Mosco, sobriquete común en la región. Se había afeitado y por primera vez lo miraron sin que estuviesen sus ojos cubiertos por esas sempiternas gafas contra el sol que nunca se había quitado en presencia de ellos. Al eliminar la barba y los bigotes canosos que cubrían buena parte de su cara, Guy y Silvana vieron a un hombre más joven del que siempre habían percibido en las pocas oportunidades en que se cruzaran con él. Además, por primera vez lo vieron despojado de su sombrero negro con ese anillo blanco de sal y sudor que lo caracterizaba. En ese momento, ambos lo reconocieron, pero no tuvieron tiempo de manifestar el hecho. La escopeta que el hombre traía entre sus manos rugió doce veces.

LAS TRES CAMIONETAS avanzaban a una velocidad no mayor de cuarenta kilómetros por hora. A menudo se detenían, y algunos hombres bien armados caminaban a pie por ambos lados de la carretera para asegurarse de que no había peligros aguardándolos más adelante. Pero aparte de los grupos de refugiados que huían de Paraíso, no encontraron ningún peligro o resistencia, de modo que empezaron a aflojar las precauciones y continuaron a mayor velocidad. Su confianza creció aún más cuando se encontraron con un puesto de control militar poco antes de llegar a Paraíso, y el teniente a cargo del contingente militar de cerca de cien hombres, les aseguró que todo estaba bajo control, que los revoltosos habían sido destruidos, y que los pocos que habían sobrevivido de seguro se encontraban intentando huir de la zona para no ser muertos o arrestados.

—Vayan tranquilos, el camino está despejado. Nosotros los estábamos esperando. El general Gutiérrez ya había cursado órdenes estrictas de dejarlos pasar sin problemas... el próximo puesto de control militar se encuentra a seis kilómetros, más o menos, de Paraíso rumbo a San Vicente del Valle... suerte y buen viaje, señores...

Y saludó con un clic de sus botas lustrosas.

Aceleraron más con Sirenito sentado y atado con los ojos vendados en el asiento del medio de la tercera camioneta. En la segunda camioneta, los hombres iban tan confiados que habían encendido la radio y la habían puesto a todo volumen. Uno de los hombres había sacado una botella de aguardiente, y a hurtadillas comenzó a circularla entre todos sus acompañantes. En las otras camionetas no primaba el mismo entusiasmo, pero la confianza los había ganado también, y los hombres que no iban conversando en forma animada, dormitaban apoyados contra los vidrios o la carrocería.

No habían recorrido un kilómetro desde la salida de la circunvalación de Paraíso, cuando varias docenas de luces y el estruendo de armas de fuego provenientes de ambos lados de la carretera acallaron las conversaciones, despertó a los adormilados, y cegó en forma instantánea la vida de casi la mitad de los ocupantes de las camionetas.

Las dos primeras camionetas quedaron acribilladas de balas y los que no murieron en el acto, agonizaban en su interior. La tercera en la que iba Sirenito recibió los impactos por el vidrio frontal y quienes iban en ese asiento perecieron también sin siquiera llegar a comprender lo que les estaba sucediendo. Sirenito sintió un par de balas pasar silbando junto a su cabeza, y se agachó en forma instantánea poniendo su cabeza sobre sus rodillas. No podía ver nada de lo que sucedía a su alrededor, ya que estaba con los ojos vendados. Tampoco podía intentar moverse mucho o huir, atado de pies y de manos como estaba. Sintió que las puertas traseras de la camioneta cubierta en la que viajaba prisionero se abrían. Oyó más ráfagas, gritos y se encogió aún más dejándose caer sobre el piso del vehículo. Pudo percatarse que los hombres que viajaban junto a él a ambos lados de la camioneta, salían en forma precipitada y

disparaban hacia los agresores, cuya identidad era un misterio para él. Sintió, además, el rugido de un motor detrás de la camioneta, y supuso, correctamente, que era la cuarta camioneta que había escuchado detrás del vehículo en que él estaba, y que maniobraba tratando de evadir el fuego de los que los habían emboscado. Después sintió las llantas de esa camioneta chirriando sobre el asfalto de la carretera y el ruido del motor alejándose.

–Se nos escapó una, jefe.

Oyó que gritaban varias voces casi al unísono.

–Bueno, pero acabamos con casi todos los que iban en las tres camionetas de adelante –respondió Efraín con serenidad.

Un minuto más tarde sentía que lo jalaban manos fuertes sin contemplaciones y lo arrojaban al pavimento, que se sentía tibio todavía.

–Jefe, aquí hay un muchacho amarrado y con los ojos vendados.

¿Está vivo todavía?

–No sé, tiene mucha sangre que le corre por la cara.

Sintió que le arrancaban el pañuelo que le cubría los ojos, y después vio como un hombre fornido y de corta estatura se inclinó sobre él con un cuchillo grande en la mano y cortó de un tajo el pañuelo muy apretado que le impedía hablar.

Varios hombres se inclinaron sobre él, y lo miraron sin animadversión. Sus expresiones eran más bien de curiosidad. Un hombre alto y delgado, con el pelo entrecano y que por su tono de voz y actitud general parecía ser quien comandaba a los emboscadores, dijo:

–Es un prisionero. Desátenlo y dejen que venga conmigo en la misma camioneta. Saquen todos los muertos y échelos junto al camino. Después, los que puedan que se suban en las camionetas y los otros que se metan al monte y desaparezcan. Donde puedan entierren las armas envueltas en lonas o ropa, para ver si después, más adelante, las podemos usar otra vez.

La veintena de hombres que comandaba Efraín eran los restos del pequeño ejército rebelde que tanto los del sindicato petrolero como algunos miembros del *Pacto de la Ribera* habían

conformado, con la inútil esperanza de poder resistir el formidable asalto que sabían que eventualmente el ejército lanzaría contra ellos. Habían combatido en las calles de Paraíso, pero habían abandonado el pueblo cuando este comenzó a arder en llamas por los cuatro costados a raíz del bombardeo aéreo. El ejército había puesto un cerco bastante apretado alrededor de Paraíso, pero ellos conocían mejor el terreno y de este modo Efraín con un puñado de hombres armados había conseguido filtrarse hacia la carretera periférica por una fisura en el operativo de encerramiento lanzado por la milicia.

Se habían desplazado con sigilo pero con rapidez hasta un punto libre de militares, y emboscados habían esperado que se acercaran algunos vehículos que pudieran detener y confiscar para huir hacia El Magnífico, donde podrían quizás conseguir algunos botes o lanchones que los transportaran hacia la seguridad de la otra orilla, y que en línea recta se encontraba a solo cien kilómetros por carretera hasta llegar a la frontera con un país más al sur. Cuando vieron venir las camionetas con numerosos hombres armados que identificaron de inmediato como los temidos Pañolones, Efraín hizo la señal convenida de no interceptar los vehículos, sino de esperar hasta que estuvieran más cerca para abrir fuego graneado en contra de ellos. Y así lo hicieron, acabando con la vida de casi todos los Pañolones, quienes luego de ser hechos prisioneros, fueron ejecutados sin dilación detrás los arbustos a un lado de la carretera.

Pero, para su infortunio, la camioneta que alcanzó a escapar representaba un peligro tan inesperado como inminente. Por ello, luego de liberar las dos camionetas de vidrios rotos y cadáveres aún tibios en su interior, se subieron en ellas unos diez hombres, e iniciaron una huida casi a monte traviesa por unos pastizales cruzados por caminos de tierra que conducían hasta las orillas del gran río. El resto siguió las instrucciones de Efraín y se internaron en el monte en dirección contraria, con la expectativa de desaparecer en las lagunas y marismas no muy lejanas.

Efraín tomó el volante de una de las camionetas, mientras Sirenito, se sentaba junto a él y les contaba con voz todavía

entrecortada sobre la golpiza y el secuestro del cual había sido víctima en manos de los Pañolones. Al menos dos veces le pidió a Efraín que lo dejara en cualquier lado, ya que quería volver al sanatorio para ver a su padre, quien estaba pescando en el momento en que los matones irrumpieron en el predio, y a sus pacientes.

Pero Efraín fue categórico:

—Mira muchacho, te quedas por estos lados, y te mueres, y de mala manera, te lo garantizo. Mira, tenlo por seguro, ¿acaso crees que esos que escaparon en la otra camioneta se van a ir de paseo? No. Ellos van a ir a buscar al ejército, y de seguro nos caen con todo. Van a venir por el mismo camino que vamos nosotros. No son tontos. Van a saber que vamos huyendo en la única dirección en que tenemos una pequeña esperanza de salir bien librados de este entuerto mortal en que estamos, muchacho. No nos queda de otra... mira, después, quizás puedas volver escondido a ver a tu gente, pero ahora, ni lo sueñes... ni lo sueñes.

Sirenito calló ante la lógica de las palabras de ese hombre, cuyo modo inspiraba respeto. Ni él ni el hombre entrecano a su lado, tenían la menor sospecha del poderoso lazo de sangre que los unía. Desde que Efraín se salvó gracias a la milagrosa intervención de ese hombre extranjero medio trastornado —cuyo nombre, Ottomar Lauder, nunca llegó a conocer— que mató en su extraño delirio a los secuaces del cacique jumano Jenaro Horquilla, quien los había seleccionado por su ferocidad en Mecuitlán Chico, para que cazaran al fugado Efraín y lo mataran.

Al retornar a Entre Ríos, Efraín había decidido seguir buscando a su hijo desaparecido, mientras le quedara aún un hálito de vida en su cuerpo correoso. Pero los acontecimientos que se habían desencadenado en la región, lo habían distraído de ese propósito y había concentrado todas sus fuerzas en la organización del movimiento de los petroleros y del *Pacto de la Ribera*. Ahora, padre e hijo, viajaban uno junto al otro en medio de la noche a toda la velocidad que permitía el caminito rural hacia una pequeña posibilidad de salir ilesos, o al menos con vida del apremio en que se encontraban.

No pasó, en efecto, mucho rato antes de que un helicóptero viejo, pero igualmente temible, sobrevolara sobre ellos apuntando hacia abajo un par de poderosos focos que los colocaba en el centro de una mancha de luz en esa noche sin astros. El helicóptero dio una vuelta alrededor de las dos camionetas que trataban de acelerar al máximo, y en el segundo giro empezó a disparar sobre ellas. En la distancia se podían percibir las luces caprichosas y el ruido que hacían los motores de otros vehículos al aproximarse. En el tercer giro la metralla del helicóptero dio en el motor de la camioneta que conducía Efraín, y este perdió el control. La camioneta dio un enorme brinco por sobre un bache en la ruta y luego quedó detenida con el motor humeante. La que venía detrás se estrelló contra ella y ambas quedaron como cetáceos varados.

Efraín consiguió por fin abrir la puerta de su lado, y sin pensarlo mucho ingresó otra vez la cabeza y el torso en la cabina de la camioneta y jaló a Sirenito primero, y luego a tres hombres más que viajaban en la parte trasera. Los ocupantes de la otra camioneta hicieron lo propio, y traían apoyado entre dos al conductor que se había lesionado la cabeza al golpear esta contra el tablero del segundo vehículo que manejaba. Empezaron todos a correr dispersándose lo más posible para no ser un blanco tan fácil del helicóptero que no cesaba de revolver sobre ellos lanzando ráfagas intermitentes de metralla cada vez que el artillero veía algún blanco moviéndose en la pradera. Para fortuna de los fugitivos, pronto los pastizales comenzaron a poblarse de matorrales y árboles achaparrados que dificultaban su localización desde el aire. Los hombres que corrían como podían, sin detenerse ni siquiera para mirar hacia arriba, supieron que eso indicaba que entrarían a un monte ralo que denotaba la cercanía de El Magnífico.

Rugiendo entre el monte ralo de las orillas ya cercanas del enorme río, aparecieron dos vehículos descapotados y dotados con potentes faros que alumbraban con mayor claridad, aún más que la luz del helicóptero.

Sirenito pudo ver el brillo del agua sobre la cual se reflejaban las luces movedizas de quienes los perseguían. Corría un par de metros detrás de Efraín y de otro hombre. Un par de veces volteó

para mirar sobre el hombro y constatar con pánico que los vehículos militares que los perseguían estaban a no más de cien metros detrás de ellos. Hasta él mismo se asombraba de lo rápido que corría con su pie retorcido. A pesar de que Efraín era de piernas largas y el otro hombre era muy joven, Sirenito consiguió mantenerse solo unos pasos más detrás que ellos.

De pronto estallaron unas ráfagas de fuego más intensas que las del helicóptero. Eran los dos jeeps que venían en su persecución. Ambos poseían ametralladoras punto cincuenta montadas fijas en la parte trasera de los vehículos, y ambos artilleros, que veían a los hombres delante de ellos a no más de cincuenta metros, comenzaron a disparar casi al unísono.

El hombre joven se desplomó con la cabeza destrozada. Bajo las luces de los focos que avanzaban hacia ellos, Sirenito vio estallar el cráneo del pobre hombre como si fuera una fruta madura alcanzada por una pedrada certera. Comenzó a sentir el agua debajo de sus pies y las frescas salpicaduras que levantaba al correr empaparon su pecho y su rostro, y a pesar de su desesperada situación, no pudo dejar de agradecer por esa suerte de rocío refrescante que le daba nuevos bríos. Efraín de pronto se desplomó delante de él alcanzado por algún proyectil. Sin medir consecuencias, se detuvo, lo recogió y pasando uno de sus brazos sobre sus hombros lo llevó casi en vilo hacia las negras aguas de El Magnífico que ya los aguardaba. Estaban ya corriendo casi treinta metros aguas adentro del río, hundiéndose poco a poco en ese remanso que en aquellas vegas era prolongado y de poca profundidad. Hubo gritos airados desde la playa donde los vehículos se habían detenido temiendo hundirse en esas arenas traicioneras del remanso. Hubo nuevas ráfagas.

Sintió que algo poderoso como un tronco lo golpeaba y se hundió en las aguas negras de El Magnífico junto a Efraín, quien en un abrazo final lo arrastró hacia las profundidades negras de esas aguas que corrían con solemne indiferencia. El río se cerró sobre ellos, y un soldado gritó con entusiasmo:

—¡Les dimos teniente! ¡Acabamos con los dos últimos!



## EPÍLOGO

*“Si es cierto que el buen vino no necesita mata, entonces, es cierto también que un buen drama no necesita epílogo”.*

- Como a usted le gusta, Epílogo.  
William Shakespeare.

*[Cuando las brumas del tiempo parecen devorar todo con la oscuridad del olvido, y la espuma de los días se acumula en el alma, uno busca una luz. Un rayo furtivo que nos transporte a la otra orilla. Un susurro amable que nos hable con la voz de los días perdidos. Un recuerdo que lo resuma todo y haga brillar el pasado con la lumbre del porvenir. De la eternidad, el tiempo es pues su misericordia. Sin la premura de los días idos y por venir, que es la mayor premura de todas, eterno sería todo tormento, aunque no eterna la dicha, pues criatura del instante es. Todo es ilusión y todo es realidad, todo pasar y todo quedar, todo la ola y todo la espuma que la corona en su viaje a la playa del mañana. Todo es suspiro imperecedero que se levanta como la espuma de la vida, y que el tiempo borra de un golpe, para luego retornar a la nada y vivir allí hasta siempre. Vanidad humana que ambiciona, en el relámpago fugaz de la gloria mundana, lo que solo se alcanza al trascender el tiempo y su espuma. Ya es la hora de la hora, y es preciso otorgar al Imperio de la Espuma todo aquello que le pertenece, y bogar así, sin carga, ni atadura, ni lastre, hacia las alturas del fondo de los días. Vuela, entonces, Sirenito. Vuela, pues, con el tiempo, más allá de la espuma, hasta llegar libre y etéreo, a la mar estelar infinita].*

Una niñita diminuta de cinco años corría por la playa cercana a Paraíso. Venía alegre, pues había ido a llevarle la pitanza a su padre, quien estaba partiendo cocos y sacando la nívea pulpa para colocarla a secar en largos bastidores de ramas y obtener así la preciada copra, y le había regalado unos centavos para que se comprara golosinas en la tiendita rural más cercana. Venía despreocupada de todo, disfrutando un sol del mediodía que debido al cielo nublado no era muy fuerte todavía. Pero algo inesperado como a unos treinta metros más adelante la hizo casi detenerse por completo. Visto a esa distancia, parecía la espalda sonrosada de un niño o bebé que yacía sobre la arena amarilla y gris de esa playa. Empezó a acercarse poco a poco, como si temiera que esa pequeña criatura volviera de pronto a la vida, y levantándose sobre sus piernitas igual de rosadas que ya podía divisar también, corriera gimiendo hacia ella en busca de auxilio. Ya estaba como a quince metros y pudo darse cuenta de que el extraño ser tenía la cabellera dorada como la de su prima Anabel, la hija menor de Joe Carter, su padrino. Pero se percató, además, que el niño o la niñita tenía sus bracitos quebrados, y en ese mismo segundo comprendió que no era otra cosa que un misterioso muñeco de palo pintado en forma muy realista.

DEJÓ LA BOLSA de algodón vacía que traía consigo sobre la arena a un par de pasos del muñeco. Con las dos manitos regordetas lo alzó, y se maravilló de su sereno rostro hermoso de querubín y de sus ojos azul turquesa como el mar que lamía la playa a pocos metros de donde estaba. Lo observó con detenimiento y no pudo evitar besarle la nuca húmeda de dorados cabellos. Pensó en llevárselo con ella, pero algo había en ese muñeco que le inspiraba una especial reverencia. Pensó que sus dueños no podían estar muy lejos, de modo que lo paró sobre la arena de la orilla como si fuera un efebo caminando del mar hacia el monte verde que crecía a pocos metros detrás de la hilera de palmas. Lo dejó así, recogió la bolsa y empezó a correr más fuerte que antes, pensando en contarle a su madre que había visto un angelito malherido y caído del cielo junto al mar.

TERESITA HEREDÓ EL rancho de Palo Colorado, mientras otros bienes y propiedades iban a parar a manos de sus hermanos y hermanas, quienes no dejaron de murmurar airados por tan injusta repartición de la fortuna de Guy Malebrand. El enorme rancho, con sus miles de cabezas de ganado, sus tierras fértiles, sus bosques aún vírgenes y sus numerosas casas, incluida la mansión patronal, era sin dudas el corazón de la fortuna de Guy, y el bien más preciado que poseía después de Teresita. Pero el testamento era incontrovertible, y el asunto no pasó de ser una tormenta en una taza de té.

Teresa conseguía sacarle de vez en cuando algunas palabras a su hija, pero, por lo general, esta la escuchaba hablar con aire distraído y distante, y si quería responder lo hacía con el viejo método de escribir en una hoja de papel o en una pizarrita que a menudo llevaba consigo. Se había adelgazado mucho, aunque su largo y espeso cabello negro seguía siendo brillante como el ala de un cuervo, y sus ojos muy negros también, no habían dejado de brillar contra el cutis nacarado y sus cejas oscuras y delineadas en una ligera curva. Pero no había rubor en su rostro, y eran muchos los días que permanecía simplemente acostada en su cama sin deseos de levantarse, ni de bajar al jardín, salir, o incluso, de comer. Teresa estaba tan mortificada que empezó a dormir menos, perdió también su apetito, y era solo gracias a su amor hacia su buen compañero, aquel teniente enamorado que le había deparado la vida luego de muchos crueles desengaños, empezando por Guy, que salía a hacer compras, interactuaba con amistades, iba al cine o a alguna otra actividad recreativa. Incluso dejó de escribir, y ese fue el síntoma más evidente de su profunda desdicha al ver a su hija consumiéndose poco a poco en una depresión que no parecía tener remedio ni alivio posible. Dos cruces llevaba clavadas en el pecho Teresita, y ambas la atormentaban sin pausa y sin remedio: una estaba hecha con la raíz del árbol de su vida, su padre, y la otra, su único amor, era un trenzado hecho con el verde follaje del mismo árbol en cuya sombra había encontrado esa luz tibia y embriagadora que brinda la pasión cuando es reina y señora del corazón.

ASÍ PASARON OCHO meses desde que Hilitos, Guy y Sirenito murieron en distintas circunstancias durante los trágicos eventos que asolaran a Entre Ríos y sacudieran a toda la nación.

En una de esas raras ocasiones en que Teresita descendía al jardín para pasearse por él en silencio y con aire meditabundo, repiqueteó alegre la campanita que servía para anunciar la llegada de visitas. Una de las empleadas iba a caminar a través del jardín delantero a abrir la puerta, pero Teresita le indicó con un gesto de mano que ella atendería la llamada de la campanita de bronce. Teresita estaba esperando la llegada de tres compañeras de estudio de la Facultad de Medicina, quienes vendrían a estudiar con ella para un próximo examen.

Abrió la puerta de hierro y su corazón se detuvo por una fracción de segundo. Parado frente a Teresita estaba un muchacho muy delgado y más alto que ella, que le sonreía con tristeza. Un poco más atrás, estaba un hombre tan alto como el muchacho, con cabello entrecano, un sombrero en las manos y los mismos ojos tristes de su hijo.

CADA DOS O tres días, Tima abandonaba la isleta de Francisco Junín, y remaba su botecito a través de la laguna para desembarcar al otro lado y tomar un bus que la llevaba a San Vicente del Valle. Apenas llegaba al pueblo compraba todos los periódicos, y luego iba al correo para preguntar si algo había llegado para ella. Ninguno de los tres diarios más importantes de la región, tampoco ninguno de los otros cinco más pequeños, mencionaron en sus largas listas de cuerpos de mujeres, hombres e infantes muertos y encontrados, los nombres de Hilitos o Sirenito. Pensaba que talvez sus cuerpos habían sido encontrados, pero estaban en un estado irreconocible, de manera que desde el día siguiente de los acontecimientos que culminaron con el asalto del ejército a San Vicente del Valle y Paraíso, Tima iba a las dos morgues de ambos pueblos a examinar los cadáveres que allí se encontraban antes de ser recuperados por familiares o amigos, o poco antes de ser arrojados a una fosa común. Vio a muchas personas conocidas, lloró numerosas veces al

ver sus cuerpos destrozados por la metralla o medio carbonizados a raíz del incendio que acabó con Paraíso, pero sus dos seres más queridos en este mundo, no aparecían ni se tenía la menor noticia de ellos. Su único consuelo era pensar que de seguro habían ido a reunirse con Sanjuanita lejos del valle de las sombras de la muerte. A menudo pensaba en tomar una frágil canoa de laguna, e internarse en el mar hasta desaparecer en el horizonte mientras su embarcación se hundía en forma irremediable al golpe de las olas. Pero tan pronto como esos deseos ocultos la asaltaban, los hacía a un lado, pues como bien dice el cliché, la esperanza es lo último en morir. Contra toda razón, su corazón se empecinaba durante todos los días y durante todas las numerosas noches de insomnio, en que Hilitos aparecería una tarde poco antes del ocaso, para abrazarla sin palabras. Y debía apelar a todas sus fuerzas para no gritar ni llorar sin consuelo. Por fuera seguía siendo la misma Tima: alegre, dicharachera, y sanadora del alma y del cuerpo de todas aquellas y todos aquellos dolientes que se arrimaban a la isleta en busca de auxilio. Nunca nadie la oyó quejarse, y mucho menos llorar.

SEIS MESES DESPUÉS, Tima casi había perdido todas la esperanzas de tener noticias de Hilitos y Sirenito. A esas alturas lo que más ansiaba era al menos que se encontraran restos de ellos o algo que aclarara en forma definitiva el misterio de su desaparición. Regresaba una tarde de hacer sus compras quincenales en San Vicente del Valle. Llegó a orillas de la laguna y se disponía a buscar su botecito para iniciar la travesía por la laguna hasta la isleta, cuando oyó la voz de un chiquillo que le gritaba:

—Oiga, doña Tima, traigo esto para usted... ¡qué bueno que me la encontré aquí!, para no tener que remar hasta la isleta.

Cuando llegó trotando junto a ella le extendió un sobre largo. Lo miró casi distraída, sin imaginar de qué se trataba. A veces recibía cartas con consultas de salud o pidiéndole que asistiera a realizar alguna sanación o limpia en un pueblo o ciudad de Entre Ríos o provincias aledañas. Muchas veces esos sobres venían con el pago incluido.

El muchacho se quedó mirándola, sin partir a seguir con su ruta de carterito. Tima se quedó algo perpleja, pero no dijo nada. Después, miró con más detenimiento el sobre, que tenía escrito con tinta negra y letras a mano muy grandes:

*“Para doña Tima. Entre Ríos. Laguna de Yamaná. Isleta de Francisco Junín. Domicilio conocido”.*

Con la mente todavía paralizada, dio vuelta al sobre y leyó:  
*Juan Bautista*, aquel nombre que ya nadie en la región asociaba con el otrora famoso Sirenito.

**RECONOCIÓ INMEDIATAMENTE** LA escritura de ese ser amado, y reconoció también ese nombre olvidado ya por todos, a excepción solamente quizás por ella.

De pronto, el inmenso e inconsolable vacío que dejó la súbita y simultánea desaparición de Hilitos y Sirenito no pareció ser un abismo tan insondable. La negra desesperación en la que se encontraba sumida desde hacía varios meses permitió que penetrara un loco rayo de esperanza. Dejó caer al suelo las bolsas que traía en la otra mano ante el asombro del carterito, y enseguida, ella misma cayó de rodillas sobre el polvo rojo del camino y empezó a sollozar mientras apretaba el bendito sobre contra su pecho.





Impreso por el Programa de Publicaciones e Impresiones de  
la Universidad Nacional.

La edición consta de 300 ejemplares  
en papel bond y cartulina barnizable.

E-22-13—P.UNA